Letizia Balmoral

EL MAR FUE TESTIGO



INDIANOS DE ASTURIAS LIBRO 2

«El mar fue testigo»

Indianos de Asturias, libro 2

Letizia Balmoral

Copyright © 2025 Letizia Balmoral.
Esta es una obra de ficción. Personas (vivas o muertas), lugares o situaciones son producto de la imaginación del autor, por lo que cualquier parecido con la realidad es sólo una coincidencia.

©Todos los derechos reservados
Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, o cualquier otra forma de cesión de la obra sin el consentimiento previo y por escrito del titular del copyright.

Capítulo 1

Llegaron en plena noche. El despampanante automóvil se detuvo a la entrada de la casa de los Solís, y de él descendió el chófer, quien se apresuró a abrir la portezuela trasera. Don Jaime y su esposa se adentraron en la vivienda, él delante, ella siguiéndole. No hubo entre ellos ninguna muestra de afecto, emoción o complicidad, sólo una frialdad casi profesional, como si los recién casados, en vez de recalar en su nuevo hogar, se dispusiesen a afrontar una misión ineludible.

Margarita Durán, ése era el nombre de la esposa de Jaime Solís, una mujer escuchimizada y anodina, con las facciones afiladas y unos ojos saltones que daban la impresión de inspeccionar continuamente cuanto la rodeaba y, a juzgar por su mueca de desagrado, evaluarlo de forma muy negativa.

Doña Rebeca, la matriarca de los Solís, acogió con sumo agrado la evidente diferencia entre la recién llegada esposa y la que debió haberse convertido en su nuera, Celia Quirós, si ésta no hubiese decidido plantar a su hijo Jaime a pocas horas de la boda. Margarita era de carácter reservado, gesto adusto y antipatía evidente, detalles estos que carecían de importancia para doña Rebeca, poco dada ella misma a regalar sonrisas gratuitas. Intuyó que la improvisada esposa de Jaime había sido educada en la practicidad, pues se le notaba a la joven un desdén genuino hacia los sentimientos y una desarrollada habilidad para manejar una vida social discreta e impoluta. La suegra agradeció también que Margarita Durán, en este empeño de guardar las apariencias, fuese al igual que ella de comunión diaria, sustituyendo así a don Alfonso en la piadosa obligación de acompañar a su esposa a misa, lo cual hacía a regañadientes al carecer del fervor religioso de doña Rebeca.

Pocos pudieron conocer a la recién llegada, que sólo fue presentada en el círculo de las amistades íntimas de los Solís. En las escasas ocasiones en las que podía vérsela por Avilés, lo hacía escoltada por

el chófer de la familia, como si temiese un secuestro o un atentado, y sus incursiones eran rápidas y precisas.
Por el contrario, a Jaime Solís se lo veía de juerga con más frecuencia de lo acostumbrado, pero nadie se extrañaba por ello, pues la devota recién adquirida esposa, ella sí, cumplía a la perfección con lo que se esperaba de una dama de su posición y, mientras Margarita no diese que hablar, los escarceos del esposo entraban dentro de lo admisible. Además, conociendo a Jaime, nadie esperaba su redención de la noche a la mañana, por mucho que su nuevo estado civil así lo aconsejase.
Ahora, Margarita contemplaba, desde la ventana de la sala, la lluvia torrencial que se había apoderado de esa tarde de primavera. Ya había conocido a Celia Quirós, pues en una de sus escasas salidas a Avilés la había tenido muy cerca, y, lo que había visto, le había causado un profundo malestar: la joven era una manzana fresca y jugosa, un delirio para los sentidos, un derroche de lujuria. Desde el encuentro casual, pensaba en ella obsesivamente y, conocedora de la estrecha relación que la había unido Jaime, los celos la carcomían al imaginar a su esposo besando la boca de Celia, acariciándola, desnudándola con la mirada, como él solía hacer —ya se había dado cuenta— con las bellezas que se cruzaban en su camino. Ni por un momento pensó Margarita en confesarle estos pensamientos, porque eran muy íntimos y estaba enseñada a mantener la dignidad, a comportarse como una inalterable esposa, la oficial y legítima, por mucho que su marido se emplease a fondo con mujeres deseosas de hombre como marranos en celo. Ella debía aparentar y no mostrarse nerviosa, tampoco insegura, porque tenía muy clara cuál era su misión allí, al lado de Jaime Solís, y todo lo demás debía pasar a segundo plano.
Margarita Durán era una caja de sorpresas, la caja de Pandora, dispuesta a liberar todos los males del mundo. Y jugaba con una ventaja incuestionable: sólo ella lo sabía.

Capítulo 2

En el antiguo palacete de los Villanueva, tanto tiempo cerrado hasta que Silvia decidió instalarse allí, el matrimonio de Celia y Beltrán era un nuevo motivo para que, en las paredes centenarias, reverberasen de nuevo las risas juveniles. La alegría de sus nuevos habitantes parecía llenar de luz los corredores y las estancias cargadas de añeja sobriedad.

Celia apenas había hecho cambios en la decoración, a pesar de la insistencia de su amiga y cuñada, Silvia Villanueva, quien había visto, con la llegada de la joven esposa de su hermano Beltrán, la oportunidad de darle un aire nuevo al vetusto caserón.

De momento, las obras se centraban en habilitar la casita del guarda, situada a la entrada de la finca, donde tenían pensado acoger a Celeste y su pequeña familia en cuanto estuviese terminada. La idea había partido de Beltrán, y tanto Silvia como Celia la secundaron gustosas, pues ambas sentían la necesidad de proteger a la chiquilla, víctima del abuso de Jaime Solís. Tenerla en la casa como parte del servicio era la mejor forma de ayudarla a salir adelante. El verdadero motivo de Beltrán, sin embargo, era otro que sólo Ismael Quirós y él conocían: la posibilidad real de que Jaime intentase librarse de ella, al ser la única testigo de su presencia en la casona de Arnao el día en que uno de los accionistas mayoritarios de la mina, el señor August Meyer, fue asesinado.

Aquella mañana, Celia y Silvia disfrutaban juntas de su desayuno preferido, pues la cocinera había preparado sus deliciosos pestiños con miel, receta que guardaba como oro en paño. Beltrán hacía ya un rato que se había levantado y, fiel a su costumbre, había salido a dar un paseo con Goliat antes de encerrarse en su despacho y trabajar durante toda la mañana, pues ser un prestigioso abogado, a pesar de su juventud, requería horas de dedicación que invertía gustoso, le encantaba su profesión.

Gracias a la compañía de Silvia, Celia llevaba con maravillosa condescendencia estas ausencias de su esposo, a pesar de que estaba deseando, tal y como él le había prometido, un inolvidable viaje de luna de miel.

—Celia—interrumpió Silvia los pensamientos de su amiga— hoy tenemos que reunirnos con Alma, recuerda que nos envió un mensaje.

Alma Reguera era la maestra de una pequeña escuela en Arnao, a la cual Silvia y las hermanas Quirós se habían comprometido a ayudar en un interesante proyecto que pretendía reducir los alarmantes índices de abandono escolar de los alumnos de su escuela, casi todos ellos hijos de mineros de la cercana explotación carbonífera. También Ismael Quirós participaba, impulsado, sobre todo, por la fascinación que la joven maestra había despertado en él. Celia, que sabía lo difícil que era para su amiga Silvia trabajar con Alma, admiró su capacidad para sobreponerse y continuar, movida tan sólo por el bien de esos escolares, condenados por sus propios padres al analfabetismo.

—Como quieras, Silvia—le respondió Celia—. Hace un día precioso, podemos comer en el jardín y pasar el resto de la tarde con Alma. Pero, ¿estás segura?

Silvia Villanueva la miró, sin poder evitar la tristeza que asomó a su mirada. Pese a ello, se sobrepuso y respondió con la integridad que la caracterizaba:

—Ya sabes que me hubiese gustado ser correspondida por Ismael, estaba— quizás lo esté aún—enamorada de tu hermano, pero como bien me dijiste en una ocasión, en las cosas del corazón no podemos decidir, él lo hace por nosotros. Si el amor ha surgido entre Alma e Ismael, ni el uno ni la otra son culpables de mi sufrimiento, porque nada pueden hacer para evitar amarse, así es la vida.

Celia asintió en silencio. Admiraba y quería a Silvia y hubiese deseado, también para ella, la enorme la felicidad de sentirse enamorada y ser correspondida. Sólo esta circunstancia nublaba ligeramente la sensación de plenitud que sentía al lado de su esposo, Beltrán. Pero Silvia tenía razón: el corazón siempre decide por nosotros.

En ese momento, una criada entró en el comedor. La mujer llevaba toda la vida al servicio de los Villanueva, desde antes de que los padres de Silvia y Beltrán falleciesen en un accidente que privaría para siempre a sus hijos de su necesaria presencia. Sus manos temblorosas delataban los estragos de la edad.
—Deja, Fermina, ya sirvo yo.
—¡Ni hablar, señorita! —se revolvió la mujer, mientras intentaba atinar para que el chorro de café cayese en la taza, aunque fue inútil, pues parte del líquido terminó en el platillo. —¡Ay, qué desastre! Perdonen las señoritas, pero una está ya vieja. Y contra la vejez, nada puede hacerse, ni la mejor voluntad es capaz de doblegarla.
—No te preocupes, mujer—intervino Silvia, condescendiente—. Ya has trabajado bastante, Fermina, así que pronto llegará la hora de que descanses.
La criada la miró con los ojos muy abiertos:
—¡Pero señorita Silvia! —se lamentó la anciana—llevo toda la vida en esta casa, yo no sabría qué hacer ni a dónde ir.
—Por eso no te preocupes—Silvia ya había tratado aquel asunto con su hermano Beltrán—. En cuanto llegue Celeste para sustituirte, vas a estar como una reina.
Fermina se retiró cabizbaja y preocupada, porque desconocía que los Villanueva habían decidido que continuase en la casa, en la misma habitación que siempre había ocupado. Y para que no se sintiese una carga, su labor sería la de supervisar a las nuevas doncellas que se incorporasen al servicio.
—En cuanto terminen las obras de acondicionamiento de la casita, Celeste se instalará. Con ella no tendremos problemas, ya sabe trabajar. Será pronto, pues creo ver un interés inusitado en Beltrán para que esto suceda cuanto antes.
—Ya me he dado cuenta, por la razón que sea, mi esposo quiere que la chiquilla se instale enseguida.
—Quizás considere que Fermina ya debe descansar, está muy mayor y la carga de trabajo puede resultarle excesiva, ahora que la casa se va llenando...
—¿Me estás diciendo que doy mucho trabajo? —bromeó Celia.

—Y más que vas a dar, querida, porque gracias a ti, nuestro viejo palacete familiar va a quedarse pequeño— y le guiñó un ojo en un gesto de innegable cariño y complicidad. Una sombra de preocupación nubló entonces la bella mirada de Celia, pero Silvia continuó hablando sin percatarse de ello:
—Ya sabes que estoy deseando tener entre los brazos a mi sobrino —prefiero niña, que lo sepas—, una adorable criatura nacida de los dos seres a los que más quiero.
—Silvia, ¿y qué pasaría si yo no…?
—¿Qué quieres decir, Celia? —preguntó su amiga, con aparente ingenuidad.
—Bueno, pues que quizás yo—apartó la vista de su interlocutora para mirarse las manos, que caían relajadas sobre su regazo—quizás yo no pueda ser madre.
Silvia la miró, interesada:
—¿A qué viene eso, Celia?
— Ya han pasado muchos meses desde que nos casamos y…nada.
Silvia sonrió, intentando quitarle importancia:
—No te preocupes, preocuparte sólo hará que el embarazo no se produzca. No ha pasado tanto tiempo, créeme.
— No sé qué decirte. Mi madre se quedó encinta de mi hermano Ismael apenas un mes después de su boda con papá. Y luego, todos sus hijos, salvo la pequeña Aurora, llegamos seguidos.
— Eso no significa nada y lo sabes: cada cuerpo tiene su ritmo, ¿no es cierto? —Pero Celia sólo carraspeó, incómoda, bajando la voz al acercarse un poco más a Silvia.
—¿Y Celeste? ¿Cuántas ocasiones tuvo el desalmado de Jaime Solís para encontrarse con ella? Creo que pocas, desde luego. ¡Y mira el resultado!
—¡Celia, por favor! —intervino Silvia—¡Vaya ejemplo acabas de poner!
Pero la joven Quirós continuó como si no la hubiese oído.
—Creo que voy a consultarlo con un médico, sé que hay uno muy bueno en Oviedo, que atiende a mujeres en mi situación.
—¿Mujeres en tu situación? —Silvia no pudo evitar reír con franqueza, e incluso Celia sonrió también, pues en boca de su

cuñada la expresión sonaba un poco ridícula —. Hazme caso, querida: no le des más vueltas. Cuando menos lo pienses, tu hijito se instalará en nuestras vidas. Y será una gran alegría para todos, créeme.

Sin embargo, cuando se separaron, el rostro afable de Silvia dejó entrever cierta preocupación, pues ella también había pensado que ese matrimonio, tan joven y enamorado, estaba tardando demasiado en tener descendencia. No es que ella fuese experta en esos asuntos de los que, en la práctica, lo desconocía casi todo, pero por lo que veía a menudo, los embarazos se producían con una facilidad increíble, no había más que fijarse, por ejemplo, en las esposas de los mineros, cargadas con un montón de hijos a los que se les hacía tan difícil cuidar y alimentar. «Lo que unos no quieren, otros lo desean, qué paradoja», pensó Silvia, consternada.

Capítulo 3

Después de comer, Celia Quirós y Silvia Villanueva se montaron en la calesa de un tiro y pusieron rumbo a Avilés, donde se reunirían con Alma. La maestra las esperaba ya en la pequeña escuela, y Silvia no pudo evitar el vuelco que dio su corazón al verla. No le extrañaba que Ismael Quirós se hubiese enamorado de ella, pues tenía algo muy especial, una inusual luz en la mirada, una sonrisa enigmática y cautivadora, y quizás una edad —estaba metida en la treintena— en la que su condición femenina exhibía una sensualidad más madura y rotunda.

Las tres mujeres se saludaron con afecto, aunque el trato de Silvia hacia Alma estuviese marcado por una frialdad que no pasaba desapercibida.

—Queridas amigas, hoy agradezco de especial manera vuestra presencia, pues tengo la primera reunión con los padres —casi todas serán madres, imagino— y vuestro apoyo es fundamental. Me gustaría que nuestros argumentos fuesen tan contundentes que, al terminar, nadie tuviese duda de que la escolarización es un proceso tan necesario para los hijos como nutrirlos o procurarles un techo digno bajo el que vivir.

—Bueno, Alma, pues aquí estamos, deseosas de que nuestra presencia signifique el apoyo que necesitas—dijo Silvia, con gesto serio.

—Alma—preguntó Celia, interesada—¿Crees que esos padres verán con buenos ojos nuestra presencia en la reunión?

—No creo que eso suponga ningún problema, lo comprenderán cuando les expliquéis vuestro punto de vista. Aunque he de advertiros que, la mayoría de ellos, son bastante cerrados de mente, y les cuesta admitir todo aquello que está fuera de sus esquemas. Por eso necesito que me respaldéis.

En ese momento, una mujer llamó con timidez a la puerta del aula. Llevaba en los brazos un bebé y, de la mano, una niña de unos cinco

o seis añitos.
—¡Adelante! —dijo Alma con una enorme sonrisa, demostrando así la satisfacción con la que era recibida la recién llegada.
—Señorita, no me ha quedado otro remedio que venir con estos dos…—dijo la mujer, apocada, al tiempo que señalaba con la cabeza a sus hijos.
—No importa, los niños siempre son bien recibidos. Es usted la madre de Milagros, por lo que veo. Su hija—Alma le dirigió ahora una mirada afable a la niña— es una alumna maravillosa, se centra mucho en las tareas y no alborota nada en clase.
La mujer asintió con un gesto que bien podría indicar orgullo maternal, pero que podría ser cualquier otra cosa. Alma le indicó que le cedía su silla, puesto que estaba con el bebé en brazos, pero la mujer, ruborizada, rechazó el ofrecimiento.
—No se preocupe, señorita, estoy acostumbrada a cargar con él— dijo, dirigiéndose a la criatura que dormía plácidamente en su regazo, mientras Celia lo contemplaba con una mirada indescifrable para cualquiera que desconociese los miedos que le acechaban.
—Milagros, puedes sentarte en tu sitio—le dijo Alma a la niña, la cual respondió con una sonrisa antes de separarse de su madre y tomar asiento en un pupitre de la primera fila, con la ingenua satisfacción que le proporcionaba saber que allí tenía su propio lugar.
Esperaron otros cinco minutos, en los cuales sólo recibieron a cuatro mujeres más, pero ni uno solo de los padres de los alumnos escolarizados acudió a la reunión. Alma comprendió que debía comenzar sin más dilación, antes de que las escasas asistentes comenzasen a pensar en las labores que habían dejado pendientes.
—Buenas tardes, señoras. Esperaba una reunión más numerosa, pero les agradezco mucho que estén aquí. No sé si conocerán el motivo por el que les he convocado, pero enseguida se lo explico: como maestra de esta escuela, veo que muchos de los niños y niñas dejan de venir a clase —Alma procuró adaptar su discurso al nivel de comprensión de las mujeres, prácticamente analfabetas— y quiero que ustedes comprendan que eso no es bueno para ellos. Lo que pretendemos, con su ayuda, es que sus hijos e hijas continúen en la escuela hasta que hayan aprendido, al menos, a leer y escribir con

soltura, y a manejarse convenientemente con la aritmética y las operaciones básicas: sumar, restar, multiplicar y dividir. Es importante que sepan eso. Algunos le cogerán el gustillo a lo de aprender, y quizás, con la conveniente ayuda, puedan seguir estudiando en la capital.

Una mujer joven fue la primera en tomar la palabra, antes de que Alma pudiese afianzar su discurso. Hablaba con resentimiento, aprovechando una oportunidad única de sacar a relucir el malestar que le provocaba la injusticia de su situación social.

—Perdone, señorita, para usted es muy fácil hablar y hablar, pero la vida es otra cosa, Yo no sé nada de eso que usted ha dicho, ni de leer, ni de números ni de nada. ¿Y sabe por qué? Pues porque mi madre me puso a servir con diez años.

—Eso es, precisamente, lo que debemos evitar—se apresuró a intervenir Alma, aprovechando que la mujer le había puesto el argumento en bandeja—, ¿quiere usted, para sus hijos, ese mismo destino?

— ¡Mira ésta! —respondió con rapidez — ¡Pues claro que no! Pero, ¿qué remedio nos queda? Somos familias obreras, señorita. Me apuesto algo a que su familia no lo era, si usted ha podido estudiar para maestra.

En efecto, Alma no tenía respuesta posible, pues su padre, sin ser un gran potentado, era el orgulloso propietario de una pastelería en Gijón, gracias a la cual habían vivido sin estrecheces económicas. Ella, hija única, había podido cumplir el sueño de su madre, ser maestra. La mujer supo detectar de inmediato esos segundos de vacilación de Alma, aprovechándolos para desarmarla:

—Lo suyo es fácil, señorita, pero hay que predicar con el ejemplo—. Envalentonada, la joven se atrevió a proseguir con sus prejuiciosas alegaciones— Como estas dos señoritas que la acompañan que, con su permiso, nada pintan aquí. Éstas sí que lo han tenido fácil de verdad, no sé cómo se atreven a venir a contarnos, a nosotras, cómo deben ser las cosas. Si todo es muy bonito desde fuera, señoras, pero tendrán que meterse ustedes en nuestros zapatos *pa* ver lo que es bueno.

—Señora—se envalentonó Silvia—usted no me conoce, no debería juzgarme a la ligera. Nuestra única intención, al venir aquí, ha sido la de apoyar a Alma con nuestro testimonio.
—Sí que la conozco, sí—respondió la otra, cada vez más bravucona—usted es la hermana del marqués, la del palacete con criados. Sus manos, señorita, no están de lavar coladas en un barreño donde antes hay que romper el hielo. Mire—la mujer extendió ambas manos— ya es primavera, pero los sabañones no *me se* van en todo el año. Y ahora, ¿qué es lo que nos quería decir? —y miró a las demás, triunfal, esperando, quizás, que jaleasen su reivindicativo discurso.
—No soy culpable de haber nacido donde lo he hecho— se defendió Silvia—, pero soy consciente de la suerte que he tenido, por eso me gustaría aportar mi granito de arena para que las cosas cambien, ésa y no otra es mi intención al venir aquí. Lo mismo puedo decir de mi amiga, Celia Quirós, con quien me une la misma motivación.
Una de las mujeres, que hasta el momento había permanecido callada, intervino por vez primera, ante la mirada inquieta de Alma, que veía peligrar el éxito de la reunión:
—No sé si la he entendido bien, señorita, al igual que mis compañeras, yo también soy analfabeta. Pero sólo le diré algo: usted regresará a su cómodo palacio, como lo hará la señorita Quirós quien, si no he oído mal, contrajo matrimonio con su hermano, el marqués. Cuando ella llegue a su hogar—dijo, mirando a Celia— su esposo la recibirá con un beso, como hace la gente de postín, que yo lo he visto, se cambiará de ropa para cenar y unas criadas atenderán todos sus caprichos. ¿Sabe cómo me recibe mi esposo? ¡Con una paliza el día que llega borracho! Pero lo prefiero borracho a cariñoso, porque sus amores desbocados no me traen más que hijos que no puedo mantener. Y ahora, señorita, dígame qué pintan ustedes aquí, porque yo, pobre ignorante, no lo veo.
—¡Basta ya! —gritó, ante la sorpresa de las asistentes, Alma Reguera— Señoras, no las he convocado para que desacrediten a estas mujeres, cuya única intención ha sido la de echarme una mano en lo que sospechaba una ardua tarea, lo cual acabo de confirmar. No pretendo arreglar el mundo, las luchas de clases me quedan

grandes. Tampoco les voy a pedir perdón por mi condición, ni por la de ellas, ¡sólo faltaba! Lo único que pretendo es que sus hijos no repitan esos patrones, que puedan escapar de estas vidas de las que ustedes, con razón, tanto se quejan.
Un silencio denso se hizo en la pequeña aula. La niña, Milagros, permanecía ajena al rifirrafe, enfrascada en copiar, con su precaria caligrafía, una frase que Alma le había puesto de muestra, mientras su hermanito se aferraba al pecho de la madre y mamaba tranquilo, indiferente a las diferencias desatadas entre las asistentes a la reunión. Ya más tranquila, y con la sensación de haber retomado el control, la maestra prosiguió:
—Si perdemos el tiempo en luchas inútiles y en revanchismos que a nada conducen, vuestros hijos se verán abocados a repetir vuestra forma de vida. Lo que queremos es que ellos tengan la posibilidad de prosperar, y eso sólo podrán lograrlo si salen del pozo del analfabetismo—Alma hizo una pausa para que las mujeres asimilasen sus palabras.
—Muy bien, señorita, quizás su intención sea buena —intervino ahora la madre de Milagros, al tiempo que la pequeña, rota la concentración al oír la voz conocida, levantaba la vista de su cuaderno para mirarla sin comprender—. Pero yo sigo preguntándome qué hacen aquí estas señoritas.
Esta vez fue Celia Quirós quien tomó la palabra:
—Soy hija de Álvaro Quirós, un emigrante. Mi padre tuvo que dejar estas tierras asturianas porque se moría de hambre. Ahora es un hombre rico, pero no hubiese podido llegar donde ha llegado si, mientras trabajaba como un animal de carga, no se hubiese molestado en aprender a leer, a escribir, a sumar, a restar. Más tarde, cuando su primer negocio ya estaba en marcha, se procuró una educación financiera, pues sin esos conocimientos, sus empresas no hubiesen podido crecer como lo han hecho. Ahora, mi padre es un hombre que entiende de geografía, que lee libros de historia, porque dice que debemos conocer el pasado para evitar los errores ya cometidos. También sabe algo de leyes, a fuerza de usarlas. Y le encanta leer a los clásicos, la biblioteca de mi casa es una verdadera joya. Mi hermano Ismael ha podido dedicarse a estudiar desde

joven, precisamente porque, gracias al esfuerzo de mi padre, no se ha visto obligado a repetir la trayectoria seguida por él.
En la pequeña sala se hizo el silencio. Al parecer, las palabras de Celia tenían la lógica suficiente para evitar argumentos en contra. Motivada por su propio discurso, prosiguió:
—Mi hermana Sofía y yo no hemos ido a la universidad, pero no somos analfabetas. La pequeña de todos, que se llama Aurora, tiene diez años. Ella no va la escuela, se forma en casa, y ya casi habla inglés, al igual que mi hermana Sofía y yo misma. Aurora dice que quiere ser abogada, como mi esposo, y creo que eso es lo que será. Me gustaría que comprendieseis que el sacrifico de mi padre, y todo su dinero, no hubiesen servido de nada si él no hubiese tenido la clarividencia de entender que adquirir conocimientos, aprender y formarse han sido vitales para su trayectoria.
—Vale, señorita, usted me ha convencido, pero sigo sin entender lo que hace aquí la hermana del marqués.
Silvia, por alusión, fue quien respondió:
—Mi padre tenía un título nobiliario que mi hermano ha heredado. Podríamos habernos dedicado a dilapidar la fortuna dejada por mis padres, como otros muchos herederos, pero no lo hemos hecho. Yo he estudiado música, y mi hermano, como saben, es abogado. Su formación será muy útil para administrar el patrimonio familiar convenientemente y, por supuesto, para ganarse la vida y no malgastar, en una generación, el legado de las anteriores. El dinero se esfuma, señoras, no cae del cielo ni es infinito. Por eso, mi hermano trabaja, por muy marqués que sea. Si, cuando nos quedamos huérfanos, no hubiésemos continuado aprendiendo y formándonos, nuestras vidas serían ahora muy distintas.
Alma rompió el silencio para continuar convenciendo a su audiencia:
—Es difícil, pero puede hacerse. Hemos pensado establecer una serie de ayudas familiares para aquellos que quieran seguir un programa de escolarización. En otras palabras: a aquellas familias que hagan un esfuerzo para que sus hijos acudan regularmente a clase y traigan las tareas escolares hechas, se les ayudará económicamente. De esta forma, el niño o la niña podrán seguir en la escuela, sin necesidad de tener que abandonarla para ayudar con

su trabajo, porque ese dinero llegará a la familia mediante esta ayuda, que se llama beca.
Las mujeres se miraron. Aquello era una buena noticia, desde luego, tan buena que no parecía real. Todas ellas deseaban, sin duda, un mejor futuro para sus hijos, y lo que acababa de proponer la maestra era la solución perfecta.
— ¿Puede aclararnos bien lo que hay que hacer para que nos den esa ayuda? —preguntó la joven levantisca, ya más calmada.
—Es imprescindible que los alumnos acudan puntualmente a clase. Y, además, como ya he dicho, han de traer resueltas las tareas escolares. Sé que para muchas de vosotras esto será de gran dificultad, porque vuestros hijos mayores—las niñas casi siempre —os echan una mano, muy necesaria, cuidando de los más pequeños o haciendo alguna de las tareas domésticas. Debéis sacrificaros y renunciar a ello, porque si están trabajando en casa, es imposible que hagan las tareas que yo les ponga. Y creedme si os digo que son importantes, porque les ayudarán a afianzar los conocimientos adquiridos en el aula, y a mí me sirven para saber qué alumnos son los que han aprendido y cuáles necesitan que yo insista con ellos un poco más.
— Y las que tenemos varios hijos en la escuela, que somos casi todas, ¿las ayudas son para cada uno de los niños?
—Por supuesto—respondió Alma, lo cual provocó que las mujeres se mirasen las unas a las otras, sin terminar de creerse que la asistencia de sus hijos a la escuela iba a ser como una pequeña lotería—. Habrá una ayuda para cada niño escolarizado, independientemente de que formen parte del mismo núcleo familiar.
Las mujeres asintieron, pues habían comprendido el mensaje, a pesar del rebuscado lenguaje de la maestra.
— ¿Y de cuánto hablamos, señorita? —y la madre que había hecho la pregunta, frotó sus dedos índice y pulgar en un gesto relativo al montante de la beca.
—Puedo aseguraros que será la ayuda que necesitáis. Para que os hagáis una idea, cada niño varón, que son los que suelen ir a trabajar a la mina, cobrará la misma cantidad que ganaría como pinche en la explotación. Y las niñas una cantidad similar, no

queremos hacer diferenciaciones, porque el mundo empieza a cambiar, y ya hay mujeres que se están movilizando para que tengamos los mismos derechos que los hombres.
Esta vez, las madres congregadas se miraron unas a otras con evidente escepticismo, y una de ellas le dijo algo al oído de la que tenía al lado, provocándole una risita ahogada. Si Alma hubiese podido oír el comentario, hubiese sabido que las palabras pronunciadas se referían a ella. «Ésta ya lo ha aprendido bien», había dicho en susurros, refiriéndose al estilo de vida de Alma, que tantos comentarios desataba al considerarse poco adecuado para una joven soltera.
—Bueno, siendo así, yo estoy conforme—dijo una de las mujeres—. Pero, ahora, hace falta convencer a los hombres. Esos no son tan blandos como nosotras, y no sé si creerán eso de que nos van a dar dinero por no hacer nada.
— ¡No, por favor! —intervino Alma, alarmada al comprender cuán fácilmente podían malinterpretarse sus palabras—. En ningún momento he dicho eso, todo lo contrario: como familias, debéis hacer un gran esfuerzo para ayudar a vuestros hijos, pues para mantener la beca, el alumno tiene que demostrar un rendimiento escolar adecuado.
—Si eso que acaba de decir, tan complicado, es como decir que la ayuda sólo se da si el niño aprende, con el mío no puedo contar: es un zoquete.
El comentario mereció la carcajada unánime de las allí reunidas, a excepción de Alma, Silvia y Celia, entristecidas al constatar la opinión que esa madre tenía de su propio hijo.
— ¿Me podrías decir el nombre de tu hijo, por favor? —preguntó la maestra.
—El mío es *el Toñito*—respondió la mujer, buscando con los ojos la complicidad del resto.
— ¿Antonio Yáñez es tu hijo? Pues he de decirte que me sorprende tu comentario y, si me lo permites, me da a entender que conoces muy poco a tu criatura. Porque Toñito, como le gusta que le llamen —prosiguió Alma— es un niño que no pierde detalle de cuanto sucede en clase. Aprende rápido y procura, eso sí, hacer las tareas

en clase, me he dado cuenta de ello. Mientras yo explico, de nuevo, algo que el resto no han entendido, él aprovecha para completar en su pizarrilla las cuentas. Eso me indica que en casa no puede hacerlo.
La mujer bajó la mirada. Toda la arrogancia de los instantes anteriores había desaparecido:
—Mi esposo no le deja, dice que eso de hacer cuentas y letras es de sarasas.
Todas se miraron. Silvia, al igual que Celia, desconocía el significado de la palabra, pero ambas lo imaginaron. Alma intervino, preocupada:
—Me parece que hay muchas cosas que debemos cambiar. Que un chiquillo se moleste en aprender, pero que su padre le llame afeminado por ello, es un completo disparate.
—A mí también me lo parece, señorita—intervino una mujer que apenas lo había hecho — pero luchar contra las manías de mi esposo es una labor imposible, no sabe usted cómo se pone.
—Os comprendo—intervino Alba Reguera, conciliadora—. Y no creo que la solución sea luchar contra ellos, está visto que nunca ganaríais. Así que lo más inteligente es aliaros con ellos, al menos en apariencia. No piséis su orgullo mal entendido llevándoles la contraria, hacedles creer que tienen razón y, por detrás, haced lo que creáis adecuado. Sinceramente, confío siempre en el criterio de una madre, ellas suelen saber qué es lo mejor para sus hijos.
—O sea, señorita, que no le repliquemos, que le dejemos hacer a sus anchas.
—Más o menos sí, eso es lo que he querido decir. Cuando el padre de Toñito diga que su hijo no tiene que hacer caligrafía, el niño deja de hacer caligrafía. Pero en cuanto el hombre se dé la media vuelta, usted debe estar preparada para facilitarle a su hijo las cosas y que continúe practicando su caligrafía. De esta forma, la criatura hará lo mejor para él, sin enfrentarse usted al marido.
Las mujeres asintieron en silencio, aunque pensasen que las cosas, en realidad, no eran tan sencillas como se las planteaba esa maestra, soltera y sin hijos a su cargo, que hacía y deshacía a su

antojo sin atenerse a normas. Hablar, desde el punto de vista de su absoluta libertad, era muy fácil.
Cuando la reunión terminó, las madres que habían acudido salieron disparadas. Alma, Celia y Silvia contemplaron desde la ventana el corrillo formado, que apenas duró unos instantes, y en el que, sin duda, intercambiaban las primeras impresiones acerca de la reunión y lo que en ella se había tratado.
—Aún no le he hablado a papá de las becas —informó Celia— pero no va a haber ningún problema, estará encantado de poner su granito de arena.
—Es una suerte poder contar con la generosa aportación de don Álvaro, querida Celia. Desde que llegué aquí, he oído hablar de tu padre con especial cariño. Habría que erigirle un monumento, sin duda, pues sin sus aportaciones, la comarca no hubiese progresado como lo ha hecho.
—Bueno, Alma, para ser justos, mi padre no ha sido el único benefactor, otros muchos indianos han hecho generosas donaciones. Y todo por la tierra que los vio nacer, por sus paisanos.
—Lo sé— afirmó Alma—. Todos ellos se merecen mi respeto y admiración.
—Bueno, ¿Nos tomamos un café en el Imperial? —preguntó Silvia, mientras caía en la cuenta de que fue, precisamente allí, donde estuvieron los cuatro reunidos —Alma, Celia, Ismael y ella— el día en que el joven Quirós y la maestra se conocieron. Como si hubiese caído en la cuenta de esta circunstancia, Celia intervino:
—Vayamos al Colón, nunca he entrado allí.
—Quizás a esta hora haya demasiados hombres—medió Alma, dubitativa.
—¿Te van a amedrentar ahora un puñado de paisanos? —Celia rio, divertida—Si queremos que las cosas cambien, hemos de comenzar por cambiarlas nosotras.

Cuando Celia y Silvia regresaron a casa, ya había anochecido. La cena estaba preparada, pero Beltrán aún no había salido del despacho. Rosita, aya de los hermanos Villanueva y ama de llaves de

la familia desde que los marqueses fallecieron, contempló con preocupación la llegada de las jóvenes. Quizás no era bueno que Celia, ya casada con su querido Beltrán, continuase con un estilo de vida más propio de una mujer soltera. ¿Acaso en sus planes no entraba ser madre? La mujer meneó la cabeza de un lado a otro, quería a aquellos jóvenes —sus niños— como la madre que fue para ellos desde que tuvieron la desgracia de quedarse huérfanos, y la preocupaba todo aquello que, de alguna manera, pudiese perjudicarlos.

Capítulo 4

Ismael llegó a Villa Beatriz una tarde de finales de primavera. Mateo, el chófer de la familia, había acudido a recibirlo a la estación, y ahora cargaba con el resto de equipaje mientras el joven Quirós entraba en la casa con una maleta en cada mano.

Beatriz Cruz-Stuart y tía Marta salieron a recibirlo.

—Ismael, hijo querido—la madre lo besó en la mejilla con afecto—¡Crispina, sube las maletas del señorito, por favor!

—Déjalo, mamá, pesan demasiado, ya me encargo yo de hacerlo. Pero primero dime, ¿qué tal va todo?

En ese momento, su hermana pequeña, Aurora, bajaba las escaleras, aliviada por haber terminado ya sus clases con miss Hudges.

—¡Ismael! —gritó al ver a su hermano, y se abalanzó sobre él, abrazándolo con cariño.

—Aurora, veo que has crecido mucho en estos meses—le dijo su hermano, y a la pequeña se le iluminó la cara, porque estaba deseando hacerse mayor para que en casa dejasen de tratarle como a una niña.

—¿Quieres un café, hijo? Tía Marta y yo estábamos tomando el té.

—Me vendrá bien, mamá—dijo Ismael, pasando el brazo por el hombro de su querida tía mientras se dirigían a la sala.

En cuanto estuvieron acomodados, el joven Quirós fue directo al asunto que le quitaba el sueño.

—Bueno, mamá, tía Marta ya ha llegado el momento. Yo estoy preparado, pero no sé si vosotras lo estáis también.

—¿Nosotras? ¡Claro que sí! —respondió Marta de inmediato—. Eres tú el que debe decírselo a tu padre.

—Tía, sabes a qué me refiero: papá se va a disgustar mucho, sabemos cómo se pone cuando algo le contraría, y eso va a afectar a la tranquilidad familiar.

—No te preocupes, Ismael, conozco bien a tu padre, y aunque le tengamos un par de días enfurruñado, enseguida se le pasará. No olvides que es un hombre de una pieza y, si ha llegado tan lejos, no ha sido achicándose ante las contrariedades.
Ismael asintió, pensativo. Lo que hoy tenía pensado decirle a su padre era sólo la parte fácil, porque lo peor era lo otro, lo de Alma. Pero eso, de momento, debía esperar y permanecer como un secreto compartido con sus hermanas.

Álvaro Quirós llegó aquel día un poco antes de lo acostumbrado. Cuando fue a sentarse a la mesa para cenar, allí estaba esperándolo su primogénito.
—¡Ismael, hijo mío, dame un abrazo! Ya casi tienes cara de abogado, lo veo—bromeó su padre, mientras el joven Quirós pensaba que debería graduarse la vista.
—Bueno, papá, dejémonos de títulos y vamos a cenar todos juntos, tenía ya muchas ganas de regresar y de reunirme con vosotros.
—Pues ya estás aquí, hijo mío. Por suerte, podemos decir que todo ha vuelto a la normalidad, y eso os lo debo a Beltrán y a ti.
—A Beltrán, papá, fue él quien te libró de un juicio y de una probable condena. Yo sólo estuve a su lado.
—Pero ¡qué humilde es nuestro hijo, Beatriz! —respondió Álvaro, emocionado. Su esposa permaneció callada, pues sabiendo lo que sabía, la actitud de Ismael no era un gesto de humildad, sino de sinceridad.
—¡Vamos a cenar ya, estoy hambriento! —dijo Álvaro frotándose las manos mientras ocupaba su lugar en la mesa— Crispina, traiga las botellas, por favor—la criada asintió antes de retirarse—He mandado subir unas botellas de champán, para celebrar el regreso a casa de Ismael.
—¿No serán de las que sobraron de la primera boda de tu hija? —bromeó Beatriz, pues la familia solía recordar, con alivio, la cancelación de la boda de Celia con Jaime Solís. Desde entonces, lo

llamaban, en tono jocoso, la «primera boda», aunque nunca hubiera llegado a celebrarse.
Todos sonrieron:
—Esas ya se terminaron el día de la boda de verdad—dijo Marta, emocionada aún al recordar la felicidad de aquel día, cuando Celia dio el *sí quiero* al que ahora era su esposo, Beltrán Villanueva.
Después de cenar, todos se acomodaron en los sofás de la biblioteca para ponerse al tanto de las novedades. Hacía una preciosa noche primaveral, y por la ventana entreabierta llegaba, evocador, el aroma de la hierba húmeda.
A Álvaro, que acababa de encenderse uno de sus puros habanos, le pasó inadvertido el gesto que su esposa le hizo a Ismael, antes decirle a su hermana:
—Marta, querida, hace una noche deliciosa. ¿Nos damos un paseo por el jardín, a la luz de la luna?
Sin mediar palabra, ambas se levantaron, cerrando la puerta al salir. En cuanto se quedó a solas con su padre, Ismael decidió afrontar la conversación cuanto antes, de nada serviría retrasarla.
—Papá, ahora que nadie nos molesta, debemos tener una conversación de hombre a hombre.
Álvaro Quirós se incorporó súbitamente del respaldo del sofá:
—Ismael, hijo, no me asustes. ¿No habrás deshonrado a una joven y, con ella, a toda tu familia?
Ismael sonrió, a pesar de la gravedad de lo que tenía que revelarle a su padre:
—No, nada de eso—respondió el joven — ¿Por qué, cada vez que dos hombres pretenden hablar como tales, tiene que haber una mujer de por medio? No es un asunto de faldas, papá. Es algo que, para ti, va a ser mucho peor. Y, antes de nada, me gustaría recalcar que nunca ha sido mi intención engañaros, y que lamento profundamente la decepción que, por mi causa, te llevarás.
Álvaro Quirós dio una calada profunda al habano, expeliendo el humo involuntariamente a la cara de su hijo, quien comenzó a toser, haciendo inútiles aspavientos con su mano para alejarlo de él.
—No es para que me castigues de esta forma, papá…o quizás sí—bromeó Ismael, pese a que no era momento para las chanzas.

—Dime de una vez lo que tengas que decirme, hijo. Procuraré asumirlo con entereza, lo cual no significa que no corras el riesgo de que mi lado más oscuro salga a relucir y cargue contra ti—bromeó Álvaro Quirós, a pesar de todo.
—Pues allá voy: papá, nunca seré abogado, he decidido dejar de torturarme, no valgo para serlo. No considero que te haya engañado, defraudado tal vez, porque lo he intentado, pero no he sido capaz.
Álvaro Quirós guardó silencio mientras ordenaba sus ideas. Una vez que tuvo claro a qué se enfrentaba, le preguntó a su hijo, con fingida calma:
—¿Hasta qué curso has llegado, en todos estos años estudiando en Oviedo?
—Sólo estoy en el segundo curso de carrera, papá—Ismael bajó la mirada, no se atrevía a enfrentar la de su padre—pero no he perdido el tiempo.
Álvaro asintió al tiempo que le daba otra calada al puro, pero esta vez giró la cabeza antes de exhalar el humo.
—¿Qué has estado haciendo, entonces?
—Estudiar matemáticas, a escondidas—. Álvaro permaneció en silencio, y la calma tensa que reinaba le recordó a Ismael la falsa quietud de la atmosfera momentos antes del estallido de una tormenta— ¿No estás enfadado? —preguntó el joven, con timidez.
Su padre le miró con fijeza:
—¿Tú que crees, muchacho? He confiado en ti, pero veo que, mientras tanto, me has estado tomando el pelo. Estaba muy orgulloso de mi hijo, futuro abogado, ¿sabes? ¡Qué ridículo me siento, proclamando a los cuatro vientos tu dedicación a los estudios de abogacía!
—Lo siento, papá, de verdad que lo siento—dijo Ismael, con los ojos brillantes, a punto de saltársele las lágrimas—. He sido un completo idiota al no dar la cara, al no enfrentarme a la verdad. Siento que te hayas hecho ilusiones, y siento que nunca cumplas tu sueño de tener un hijo abogado.
—¿Tan seguro estás, Ismael? —preguntó su padre, tanteándolo casi a la desesperada.

—Del todo, papá. A mí lo que me gustan son las matemáticas, no el derecho. He nacido para ser matemático, se me dan bien desde muy pequeño.
—¿Y por qué diantres no lo has dicho, antes de dejarme como un auténtico idiota? —vociferó Álvaro, pues había llegado su momento de desahogarse.
—Porque temía defraudarte, debía seguir intentándolo.
—Pues se ve que no lo has hecho con demasiadas ganas, porque si le hubieses echado codos—Álvaro se tocó alternativamente los de sus brazos— hubieses acabado la carrera. Te he dado cuanto un hijo puede desear. ¿Y me lo pagas así, con este desengaño?
Ismael estaba a punto de echarse a llorar. En ese momento, Aurora, que pasaba por allí y no había podido evitar esa manía tan fea de escuchar tras las puertas, entró con cautela:
—Papá, papaíto, no te preocupes, habrá una abogada en esta casa, eso es lo que yo quiero ser, es lo que me gusta de verdad. Pero no te enfades con Ismael, ¿tú sabes lo horrible que es estudiar algo que no te gusta nada? ¡A mí me pasa con las matemáticas, y es un horror!
Álvaro Quirós no pudo evitar enternecerse. Aurora había intervenido en el momento más oportuno, logrando que su padre comprendiese, gracias al argumento sencillo de una niña de diez años, lo que Ismael intentaba transmitirle en vano.
—Está bien hijita, me hace muy feliz tu deseo de ser abogada. Así, el botarate de tu hermano se podrá dedicar a esas matemáticas que tanto le gustan. «Y yo no me quedaré con el culo al aire porque, afortunadamente, ahora cuento ya con un buen abogado en la familia, mi querido yerno», pensó Álvaro.
Aurora, comprendiendo que los ánimos ya estaban más calmados, le dio a su padre un beso de buenas noches y se retiró antes de que su institutriz acudiese a buscarla, pues desde que hacía unos meses la niña desapareció de la casa mientras ella echaba una cabezadita, la inglesa se había convertido en la sombra de la pequeña de los Quirós.
—Bueno, Ismael, qué le voy a hacer—dijo Álvaro, sin poder evitar el tono airado en su voz—. Intentaré asumir esta derrota— Ismael

estuvo a punto de corregirle, pues él no se sentía derrotado, sino liberado y feliz como no lo había estado los años anteriores, pero calló—. Aun así, no sé cómo se tomará esto tu madre. Siento lástima por ella, la decepción va a ser terrible.
—Por eso no te preocupes, papá, tanto ella como tía Marta están al tanto.
Álvaro le miró extrañado, e Ismael le explicó:
—Cuando te detuvieron, mamá me hizo regresar a toda prisa de Oviedo, quería que llevase tu defensa. Y claro, no me quedó más remedio que confesar.
—O sea, que me habéis tenido engañado todo este tiempo…
—No, papá, no digas eso de mamá y de tía Marta, sería injusto para ellas. Fui yo quien decidió que, cuando el curso terminase y regresase a casa, hablaría tranquilamente contigo y juntos decidiríamos mi futuro. Si quieres seguir pagando mis estudios, seré matemático. Si no, lo comprenderé, papá. Pero como ese es mi anhelo, lo seré de todas formas, ya me las ingeniaré para poder seguir estudiando lo que de verdad me apasiona.
El mutismo de su padre, pensó Ismael, no auguraba nada bueno, pero se equivocaba. Desde que hacía unos meses Álvaro Quirós vivió la posibilidad real de ser injustamente condenado por el asesinato de August Meyer, su percepción del mundo había cambiado en muchos aspectos. Entre otras cosas, había aprendido a desestimar, como minucias sin importancia, contrariedades que antes le hubiesen enojado durante días. La vida era única, había que saborearla a cada instante. Así que, si su hijo quería ser matemático, no sería él quien se lo impidiese. Apartó a su ego, el que le gritaba, furioso, que la decisión de Ismael era inadmisible, y se dirigió a él con la mirada humana y tierna de un padre comprensivo:
—Ismael, hijo, tu futuro has de decidirlo tú, no yo. Así que haz lo que consideres, y equivócate —o no—, estás en tu derecho. Cuenta conmigo, yo patrocinaré tus estudios. ¡A ver si voy a pagar plazas y jardines, y no voy a invertir en la educación de mi hijo! Aunque deberías aprender que, en esta vida, no todo resultará tan fácil, hijo.
Las palabras de Álvaro Quirós resultaron involuntariamente proféticas, pues lejos estaba de imaginar que, bien pronto, Ismael se

vería obligado a afrontar desengaños que le mostrarían el lado más cruel de un mundo al que aún no había tenido que enfrentarse solo.

Capítulo 5

Al día siguiente de su llegada, Ismael tenía pendiente una visita muy especial. Así que, nada más desayunar, decidió acercarse hasta casa de los Villanueva dando un paseo.

Fue Rosita quien abrió la puerta, y después de saludarle con su entrañable sonrisa, lo acompañó hasta la sala. Se dirigían hacia allí, cuando las voces risueñas de las jóvenes cuñadas llegaron hasta ellos. Por un momento, el pánico se apoderó del joven, pues aunque Silvia y él ya habían hablado, habían desnudado sus sentimientos y zanjado el asunto de lo que pudo haber sido entre ellos pero que nunca fue, sintió un nudo en el estómago ante la posibilidad de enfrentar, después de varios meses, la dulce mirada de esa mujer apasionante.

Estaba en estos pensamientos cuando, desde la espalda, en una maniobra infantil, las manos pequeñas y suaves de su hermana le taparon los ojos.

—¡Celia, hermana querida! —los Quirós se abrazaron sonrientes, muy ilusionados al verse de nuevo— ¡Estás guapísima, el matrimonio te sienta de maravilla!

Silvia los miraba también sonriente, con las manos cruzadas en su regazo, esperando en silencio el momento de saludar a Ismael sin interrumpir el emotivo reencuentro de los hermanos. Cuando estos deshicieron su abrazo, Ismael se dirigió a ella:

—Querida Silvia, tú también estás bellísima, porque ese es tu estado natural— y Silvia creyó ver un brillo conocido en la mirada del joven, pero apartó de inmediato ese pensamiento que sólo era un espejismo.

—Gracias, querido amigo, se ve que esto es una reunión de guapos, porque tú tampoco estás nada mal.

Rieron los tres con alegría sincera, y continuaban riendo cuando tomaron asiento en la salita. Beltrán acudió al oírlos.

—¡A quién tenemos por aquí! ¡Ismael Quirós! — ambos se dieron la mano con cordialidad, pero, a continuación, se fundieron en un sentido abrazo, pues la dura experiencia que habían capeado juntos los había unido de un modo muy especial.
—Me alegro de que estéis los tres, porque así os doy la noticia a todos a la vez —dijo Ismael, mientras el resto se miraban con cara de desconcierto —. Ayer por la noche, me armé de valor y hablé con papá.
Ahora sí, los tres supieron de qué se trataba.
—¿Ha habido suerte? —preguntó su hermana, mostrando cierta preocupación.
—Sí, Celia, ya está resuelto. Contra todo pronóstico, papá ha sido más comprensivo de lo que yo pensaba.
—Entonces, Ismael, ¿Eso quiere decir que abandonas definitivamente la abogacía?
Ismael asintió sonriente, en un gesto involuntario que ponía de manifiesto el alivio que tal circunstancia le proporcionaba.
—Así es, Beltrán. Tú lo sabes tan bien como yo: no he nacido para abogado.
—Te comprendo, amigo—respondió el marqués de Ribadeo—. Siempre defiendo que esta profesión ha de ser tan vocacional como el sacerdocio, aunque algunos piensen que exagero. Pero es cierto: cuando en tus manos está la libertad, incluso la vida, de un hombre, tienes que sentir por dentro que nada te importa más que hacer justicia.
—Y si no fuera por eso—Celia tomó entre sus manos la cara de su esposo, mientras le miraba con dulzura— quizás las cosas hubiesen sido muy diferentes para los Quirós. Fue tu dedicación, esposo mío, la que consiguió la libertad de mi padre.
—Tienes razón—continuó Ismael— y el argumento de mi hermana es la constatación de que tu profesión necesita de una fuerte vocación, que yo no siento.
—¿Y qué vas a hacer ahora? —preguntó Silvia con timidez, deseando que permaneciese una temporada por allí, aun sabiendo que era preferible tenerlo muy lejos.

—Estudiaré matemáticas, papá está de acuerdo. Y aunque no me lo ha dicho, estoy seguro de que piensa en la inutilidad de tener un matemático en la familia, sin darse cuenta de que todas las ciencias, incluso la economía, se fundamentan en los números.
—Olvídate de papá y sus utilidades, sabes que es práctico hasta rozar la vulgaridad—todos rieron ante la ocurrencia—. Lo importante es que, por fin, hayas encontrado tu camino.
Él asintió con un movimiento de cabeza al tiempo que miraba de reojo a Silvia, pues sentía, en efecto, que había encontrado su camino, y Alma era parte del mismo.
— Me alegro mucho por ti, Ismael—prosiguió Silvia—, todos sabemos que las matemáticas y tú sois inseparables.
—No sabes el alivio que siento, Silvia: por fin podré dar rienda suelta a esta pasión, meterme de cabeza en tomos y tomos de teoría matemática sintiendo que no importa que las horas pasen, liberado de la presión que sentía antes cuando, para hacerlo, descuidaba el estudio de las leyes. ¡Me siento libre, por fin!
Todos sonrieron ante el entusiasmo del joven, y Beltrán, que debía regresar al despacho, se puso en pie:
—He de dejaros, tengo trabajo. Pero me gustaría comentarte algo referente al caso de tu padre, si no te importa entrar de nuevo en el fastidioso mundo de la criminología, Ismael.
—Lo soportaré con paciencia sabiendo que es transitorio, no te apures. Chicas, nos veremos pronto. ¿Quizás me invitéis a comer un día de estos?
—¡Cuenta con ello, Ismael! —dijo su hermana, mientras Silvia le miraba como si el amor que había sentido por él no la hubiese abandonado por completo.

Los hombres se encaminaron al despacho del marqués y, una vez allí, Beltrán cerró la puerta. Lo que tenían que hablar era confidencial, y no convenía que nadie más lo supiese, ni siquiera Celia y Silvia, al menos de momento.
—Ismael, ya sabes que tengo pensado traer aquí a Celeste, a su abuela y al niño. Estamos preparando la casita que hay a la entrada

de la propiedad, antigua vivienda del guarda, para instalarlos. Pero me preocupa que Jaime Solís actúe antes de que podamos protegerla.
—No sé, Beltrán —dudó Ismael—, pienso que no debemos preocuparnos demasiado: han pasado varios meses y Jaime parece ignorarla. Quizás no se fijó en que esa limpiadora, testigo de su presencia en la casona el día del asesinato, era Celeste.
—No lo creo— intervino Beltrán—. Si acabas de cometer un asesinato, sales huyendo y te topas de pronto con alguien imprevisto, a la fuerza te fijas, porque esa persona es un peligroso cabo suelto.
—Bueno, quizás con las prisas no la reconoció.
—¡Por Dios, Ismael! Tiene un hijo con ella, ¿cómo no la iba a reconocer?
—Jaime Solís es un indeseable. No me extrañaría nada que, aun habiendo abusado de Celeste, ni siquiera recuerde su cara.
—Eso es mucho suponer. Hemos de ser precavidos y pensar que, aunque de momento Jaime Solís no haya movido ficha, pueda hacerlo en cualquier momento. De ese indeseable me espero lo peor, ya sabemos cómo se las gasta, se agazapa como un zorro para perpetrar sus desmanes, por lo que no me extrañaría nada que ya tuviese un plan en marcha.
—Visto así tienes razón, desde luego, la seguridad de Celeste es lo primero.
—Por eso estoy pensando en traerla cuanto antes, me preocupa que continúe como limpiadora en La Casona, allí es un blanco fácil.
—¿Queda mucho por arreglar en la casita? —preguntó Ismael
—Aún queda trabajo por hacer, lleva en desuso muchos años, y el tejado estaba muy deteriorado, aunque ya está casi arreglado. Pero ten en cuenta que se construyó en época del palacete, y no disponía de agua corriente. Queremos llevar la acometida desde la casa, e instalar, además, un inodoro y un lavabo. Para hacerlo hay que esperar a que cesen las lluvias primaverales.
Ismael asintió, pensativo.
—¿Sabes algo más del caso, te ha llegado información nueva?
Beltrán negó con la cabeza antes de responder:

—La policía, al menos eso parece, no sabe por dónde seguir. Quizás tengan ya alguna pista y no quieren que el asesino lo sepa: a veces, esa aparente ignorancia tiene el propósito de que el culpable se relaje y cometa un error. Yo estoy seguro de que algo saben, me extraña que no hayan interrogado al tal Marcelo para sacarle información.
—Quizás lo hayan hecho, pero él sabe que, si abre la boca, se juega demasiado.
—Lo importante es que ya ha quedado claro que tu padre es completamente inocente del asesinato de August Meyer. Ahora que eso está resuelto, debemos proteger a Celeste. El resto lo dejaremos en manos de la policía.
—¿Y no te llevan los demonios al saber que el asesino del belga, probablemente el impresentable de Jaime Solís, anda suelto por ahí?
—Por supuesto, Ismael. Pero como estoy convencido de que el crimen perfecto no existe, sé que tarde o temprano lo pagará, ese es mi único consuelo.
—Ojalá estés en lo cierto, Beltrán, ojalá.

Capítulo 6

«Olga, me voy a Avilés, avisa a mamá, por favor. Llegaré puntual para la cena».
La gobernanta asintió sin hacer comentarios, a pesar de que le sorprendió el aspecto de Ismael, recién afeitado, impecablemente vestido con su mejor camisa de lino y una chaqueta nueva. El cabello, ondulado y moreno, caía descuidado sobre su frente, dándole un desenfadado aire natural que ensalzaba aún más el atractivo de su bello rostro.
Ensilló él mismo su caballo y partió veloz, por lo que enseguida llegó a su destino. Descabalgó y, con las riendas en la mano, se dirigió hacia la pequeña escuela, donde esperaba encontrar a Alma, preparando las clases del día siguiente.
Antes de que Ismael pudiese atar el caballo a la verja que se alzaba delante de la escuela, la maestra, advertida por los resoplidos del animal inquieto, asomó por la puerta del edificio. Al verle allí parado, mirándola con sus bellos ojos enamorados, estuvo a punto de llorar de alegría.
—¡Ismael! —suspiró en un susurro, llevándose las manos al pecho, como si quisiera contener con ellas la emoción que amenazaba con explotarle dentro.
—¡Alma! —respondió él desde la distancia, clavando en ella sus ojos, de una ingenuidad enternecedora.
Permanecieron unos segundos en silencio, manteniéndose la mirada. Fue ella quien rompió el hechizo:
—No dejes el caballo ahí atado, aunque por aquí apenas hay automóviles, alguno podría pasar y asustarlo. Ven, detrás hay una praderita donde juegan los niños, lo acomodaremos allí.
Dieron la vuelta al edificio y, tal y como había dicho Alma, a la sombra de la parte trasera de la pequeña escuela se abría un prado verde, salpicado de florecillas. Se sentaron allí mientras el caballo pastaba.

—Estaba deseando verte, tengo muchas cosas que contarte.
—Me alegra mucho que hayas venido—dijo ella, mirándolo desde su rostro pecoso, tan bello, tan sensual.
—Te he echado mucho de menos—dijo Ismael, con la vista fija en un trocito de hierba que sujetaba entre los dedos, como si no se atreviese a enfrentar los ojos verde oscuro de esa mujer, de la que estaba tan enamorado.
Ella le tomó la mano con inusitada timidez. Nada en su comportamiento recordaba la seguridad que la caracterizaba.
—Yo también he pensado en ti, más de lo que debiera.
Entonces Ismael miró a su alrededor. Estaban completamente solos, pues frente a ellos se levantaba un muro de piedra que, sin ser demasiado alto, los separaba de la calle colindante. Llevado por un deseo incontenible, posó su mano sobre el cuello de la maestra y la atrajo hacia sí. Ella apenas opuso una leve resistencia para, a continuación, acercarse con timidez a la boca entreabierta del joven. Una vez que entraron en contacto, la pasión se desató, y se besaron con la vehemencia del deseo largo tiempo contenido, temblando de excitación, intentando saciarse, sin conseguirlo, en la boca el otro.
—Alma—dijo él, separándose de ella— te amo, no puedo vivir sin ti.
Y tras esta rotunda declaración, tomó su cara entre las manos y regresó a sus labios, donde se detuvo, saboreando el inigualable placer de sentirla tan cerca, deseando aspirar cada molécula de ella hasta hacerla completamente suya. Se tumbaron sobre la hierba sin separar sus bocas, alimentando el fuego que ya ardía desbocado, a punto de dejarse llevar allí mismo, ajenos al mundo, sólo ellos dos.
El relincho del caballo los devolvió a la realidad. Alma aprovechó para incorporarse, estirarse la falda y sacudir algunas briznas de hierba adheridas a ella. Ismael también se incorporó, consciente ahora de que la deseaba con locura. Ninguno de los dos, aturdidos por la intensidad de lo que acababan de vivir, vieron la figura que, amparada por el muro, y aprovechando la oquedad dejada por una piedra suelta, contemplaba la escena con libidinosa curiosidad.
— Vayamos dentro, Ismael, esto es peligroso, alguien puede vernos.
Ambos entraron en silencio en el aula e Ismael, más calmado, se dispuso comunicarle a la maestra la buena noticia: por fin se había

liberado de una enorme presión, los estudios de abogacía que tanto le disgustaban. Ahora estaba decidido a ser matemático.
—Me alegro tanto, Ismael…
—Ya sé que te alegras, porque me quieres. ¿No es cierto? —preguntó él con ojos risueños, mientras Alma, más realista, le miraba con cierta reserva:
—Claro que te amo, Ismael, es algo superior a mí, pero…
El joven Quirós la interrumpió:
—Pero ¿qué, Alma? ¿Qué más queremos? ¡Nos amamos, eso debería ser todo! Lo demás es secundario.
—Ismael, ya lo hemos hablado, las cosas no son tan sencillas. Y temo que mi relación contigo te perjudique. No me gustaría que, ahora que tu padre ha aceptado tu decisión de dejar la carrera de derecho, surgiese entre vosotros un nuevo motivo de distanciamiento. Eso sería yo, Ismael, la causa de un importante problema.
—¡Alma, Alma…! —dijo él con vehemencia, tomando la cara de la maestra entre sus manos grandes—¿No lo entiendes? Mi padre me ha demostrado que ha cambiado, que está dispuesto a mirar hacia otro lado con tal de que yo sea feliz.
Ella hizo una pausa, en la que le miró, afligida, antes de responder:
—¡Pues yo no quiero eso, Ismael! No quiero que tu padre tenga que mirar hacia otro lado, lo que quiero es que pueda mirarme de frente, y que yo vea en ellos satisfacción. Pero sé que no va a ser así.
—¿Acaso lo conoces? —preguntó Ismael, no tanto a la defensiva como tratando de desarmar sus argumentos.
—A él en particular no, Ismael. Pero recuerda que te llevo unos cuantos años de ventaja y sé de la vida más que tú. Y he aprendido que los ricos suelen ser reacios a simpatizar con los que denominan advenedizos. Cualquiera que no esté a su nivel, en cuanto a fortuna, es sospechoso de serlo.
—¿Sospechoso, Alma? —inquirió el joven, recalcando sus palabras.
—¡Ismael, por favor! —suspiró ella— Sabes bien a lo que me refiero: sólo soy una pobre maestra.
—¿Y eso qué importa, Alma? ¡Eres trabajadora e inteligente y te adoro! ¿Dónde está el problema?

—En tu candor, en tu honradez, en lo limpia que es tu mirada. Pero no todo el mundo es así, y enseguida pensarán que estoy contigo por tu dinero y posición. Y eso los más benévolos, que el resto elucubrarán acerca de las malas artes que habré empleado para engatusarte.
—No creo que hables en serio, Alma. Además, ¿a ti que te importa lo que piensen? ¿No se trata de vivir nuestro amor?
—Eso mismo, Ismael. Ahora quizás no lo comprendas, pero, a la larga, nuestras diferencias nos traerán problemas. Sé de lo que hablo.
Ismael se apartó de su lado y se movió, inquieto, por la estancia.
—¡Te juro que no logro entenderte! ¡No eres coherente, Alma!
—Más de lo que piensas, Ismael. Para mí, lo fácil, sería dejarme llevar, pero no quiero que sufras.
La insistencia de Alma en argumentos que él consideraba absurdos comenzó a irritar a Ismael.
—¡No entiendo por qué presupones que lo nuestro ha de hacerme sufrir! Y si es así, déjame sufrir, pero a tu lado. ¿No crees que tengo derecho a elegir?
Se miraron largamente y, de nuevo, una irresistible fuerza los atrajo el uno hacia el otro. Juntaron sus cuerpos en un abrazo impetuoso, y volvieron a besarse con el ansia inicial, la pasión que sentían,creciendo por instantes. El deseo era demasiado intenso, y Alma, excitada y confusa, dejó que él tocase sus pechos, provocando una nueva ola de deseo incapaz de ser aplacado ya. A punto de cometer la locura de entregarse a Ismael allí mismo, se apartó con brusquedad:
—¡Vete, por Dios, no puedo más! Te deseo tanto que estoy a punto de perder el control. Si de verdad te importo, vete.
Él, a pesar del dolor que le causaba separarse de ella, la miró sonriente:
—Alma, amor mío: ahora sé que sientes lo mismo que yo por ti.
Ella sonrió con tristeza:
—Veo que no lo entiendes, amor: claro que lo siento, te adoro, Ismael Quirós.
—Pues ya está, todo resuelto. ¿Qué problema hay entonces?

Ella sonrió con dulzura:
—No puedo evitar desearte, y tú no me lo pones nada fácil.
Él, sonriendo aún, se acercó, la agarró por los hombros y le dio un beso en la frente:
—Antes de irme, deberíamos dejar resuelto el asunto de las clases de Nieves. ¿Es posible que comience la semana que viene? ¿O prefieres que la niña descanse unos días?
—Creo que, cuanto más aproveche tu estancia aquí, mejor será para ella. Ya viste que le apasionan las matemáticas, como a ti, y para ella es una diversión. Así que estará encantada de comenzar cuanto antes.
Ismael la miró, mostrando una amplia sonrisa:
—Genial, así tendré la excusa perfecta para verte un par de días a la semana.
—Creía que lo hacías por la niña…—respondió Alma, juguetona.
Ismael respondió a su insinuación:
—Tengo dos amores y lo sabes: las matemáticas…y luego tú.
Ambos rieron desenfadadamente la broma, y el joven Quirós, muy a su pesar, se dispuso a marcharse.
—Avisa a Nieves y a su madre, el lunes por la tarde estaré aquí sin falta—antes de irse, Ismael depositó un beso largo y cargado de sentimiento en la mejilla de su amada.
Alma lo contempló desde la ventana mientras desataba su caballo, subía a él con agilidad y ambos, montura y jinete, salían del jardincillo trasero. Ismael se despidió, sonriente, moviendo su mano, y el gesto la enterneció aún más. No pudo evitar las lágrimas que brotaron de sus ojos enamorados, mientras se lamentaba de que las cosas más sencillas, a veces, pudiesen complicarse tanto.

Capítulo 7

Cuando Celia Quirós y Beltrán Villanueva se casaron, acordaron que el que el viejo palacete familiar de los Villanueva sería su residencia habitual por una buena temporada. Por este motivo, hubo que incorporar personal de servicio, pues las dos criadas de la casa, entradas en años, eran incapaces de asumir solas las tareas habituales de una vivienda de tales dimensiones.

Aquella tarde, las sirvientas recién incorporadas, Luisa y Albertina, doblaban sábanas mientras charlaban despreocupadamente, ajenas que la joven señora había bajado en su busca. Al oír las voces que salían del cuarto de plancha, Celia se encaminó hacia allí, y mientras se aproximaba, la conversación que ambas mantenían captó su atención.

—Me ha costado un buen rato lavar la sábana, a la señora le pilló por sorpresa *el mes*—comentaba una de las chicas.

—¡Mira ésta! ¿Qué te pensabas, que las señoras no ensucian las sábanas? ¡Como tú y como yo! Que, aunque no lo parezca, todos estamos hechos de carne y hueso.

Ambas rieron la ocurrencia, pero enseguida Luisa le comentó a su compañera:

—¿Y a ti no te parece que la señora ya debería estar esperando?

Celia, que estaba ya a punto de entrar, aguzó el oído:

—¡Pues claro! O el marqués no funciona bien, o ella está averiada, porque yo, con un hombre como ese, estaría ya encinta del segundo.

De nuevo se oyeron risitas contenidas, mientras las lágrimas comenzaron a correr por las mejillas de Celia.

—Oye, a propósito, ¿sabías que Encarnita, esa sí, ya está esperando?

—¡Eso sí que es un milagro, la pobre!

—De milagro, nada. A mí me contó lo que hizo, y por eso sé que la magia la obró el mar.

La cara de Albertina era un poema:
—¿El mar?
—Sí, hija, sí. *La* Encarnita tiene una prima gallega, y allí el remedio es muy conocido.
—¡Cuenta, mujer! ¿Cómo es eso del mar?
—Sí eres curiosa tú…—respondió Luisa, posponiendo intencionadamente el relato — ¿Y qué querrás saber, si aún no tienes hombre que te ronde?
—¡Eso que tú sepas! —Respondió Albertina, enigmática—. Bueno, qué, ¿me lo cuentas, o no?
—Está bien—se hizo de rogar la otra—. Pero te advierto que esto, si no crees en ello, no funciona. Eso dice la gallega, que lo cree a pies juntillas y, mira tú por dónde, ya está preñada.
—¡Pues cuenta! —la visible impaciencia de Albertina estaba haciendo las delicias de Luisa, mientras Celia, que escuchaba la conversación oculta a un lado de la puerta, miraba nerviosa hacia las escaleras que descendían al sótano, temiendo que apareciese alguien en el momento más inoportuno.
—Ya va, curiosona, ya va…Pues según me dijo, se fueron el esposo y ella a la orilla del mar, en plena noche. Se desnudaron, se dieron la mano y se metieron en el agua. No te niego que estaría para cortarle a una la respiración, pero…
—¡No me digas que lo hicieron dentro del mar!
—¿El qué? — esta vez fue Luisa quien preguntaba a Albertina, la cual estalló en carcajadas.
—Pues qué va a ser, atolondrada, lo que se hace para tener hijos, ya lo sabes.
—¡Ah, eso! No, no, qué va, qué locura, mujer, si eso sólo puede hacerse en la cama de matrimonio, lo demás es pecado.
—Bueno, entonces, ¿qué hicieron?
—Se dieron la mano y, de cara al mar, saltaron nueve olas, como los nueve meses que tarda en hacerse la criatura. Y eso es todo.
—¿Sólo eso? ¿Y cuándo ha de hacerse? Y la luna, ¿cómo ha de estar?
—Dicen que la mejor noche es la de San Juan, pero *la* Encarnita, que ya andaba inquieta y no pudo esperar, se fue a la playa una

noche de marzo. Que digo yo, que ya son ganas de *neñu*. Y, *pa* que veas, que la resultó de igual manera. Lo de la luna…¡Y yo qué sé! —Luisa dio por concluidas las explicaciones—Y ahora, a *trabayar*, que como venga doña Rosita y vea que aún andamos así, nos caerá buena reprimenda.

Celia se retiró en silencio y emprendió el camino de vuelta a las escaleras, porque el motivo por el que buscaba a las criadas se le había olvidado. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, no quería que ni Silvia ni Beltrán la viesen llorar. Hasta las sirvientas se habían percatado de su desgracia, de esa mancha en las sábanas que no debería estar. Y la culpa era suya, porque cada vez estaba más convencida de que su cuerpo era defectuoso, tal y como había dicho esa muchacha, Luisa.

A pesar de la total confianza que se tenían, esta vez Celia prefirió ocultarle a Silvia la verdad cuando, aquella misma tarde, decidió acudir sola a casa de sus padres.

—Silvia, querida, voy a visitar a mamá, Sofía me ha comentado que está algo resfriada.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, no es necesario, no tardaré.

—Presenta mis respetos a Beatriz. Espero que se recupere pronto.

—Gracias, así lo haré.

Cuando Celia llegó a *Villa Beatriz*, la dueña de la casa estaba en la salita, ojeando su revista de moda preferida.

—¡Celia, hija! ¿Has venido sola? ¿Y tú inseparable Silvia? Llegas justo a tiempo para aconsejarme. ¿Qué te parece este sombrero? ¿Demasiado llamativo, quizás? —Beatriz mostró a su hija un bonito sombrero de verano, de grandes dimensiones, según dictaba la moda, adornado con un penacho de plumas que le daban el toque de sofisticación.

—Yo no lo veo excesivo. Además, mamá, tú te puedes permitir llamar la atención, eres tan hermosa.

—Aun así, no sé, hija, creo que a tu padre le parecerá atrevido en exceso.

Celia sonrió:
—Mamá, ¿Desde cuándo te tomas en serio las opiniones de tu marido, en cuanto a moda? Sabes que acabarás poniéndote lo que quieras, como debe ser.
Esta vez fue Beatriz quien sonrió a su hija:
—Y espero que hagas lo mismo con tu marido, aunque sé que los matrimonios de ahora nada tienen que ver con los de mi época.
—Mamá, no depende tanto de la época como de las personas. Papa y tú siempre os habéis entendido y respetado, por eso has podido hacer lo que tú has considerado que debías hacer. Y eso es, también, lo que define mi matrimonio con Beltrán: el amor y el respeto hacia las opiniones y los gustos del otro.
—Por cierto, ¿Qué tal tu encantador esposo, hija? Hace al menos un par de semanas que no lo vemos por aquí.
—Él está de maravilla, mamá. Ya sabes que es un hombre estupendo.
Beatriz Cruz-Stuart advirtió la sombra de preocupación en los ojos de su primogénita.
—¿Y tú, hija? ¿Tú estás bien?
Celia no pudo evitarlo y rompió a llorar:
—¡No, mamá! Tengo un serio problema…
Beatriz se había levantado y tomaba las manos de su primogénita, preocupada ante la inesperada reacción:
—¿Qué te sucede, hija mía?
—Mamá, ¿no lo ves?
—¿El qué, Celia? —inquirió la madre, cada vez más asustada— ¿No estarás enferma?
—Algo parecido.
Beatriz se retorció las manos, inquieta:
—Dime qué te sucede, cariño—suplicó la esposa de Álvaro Quirós.
—Mamá, creo que soy incapaz de concebir un hijo, incapaz de darle un hijo a mi esposo.
La cara de Beatriz se suavizó y mostró entonces una sonrisa relajada:
—¡Ah, es sólo eso!

—¿Sólo eso? —repitió Celia, interpretando las palabras de su madre como un menosprecio hacia su problema—Para ti es fácil decirlo, ¡eres madre de cuatro hijos!
—No, no me has comprendido, Celia: no pretendo desdeñar tu preocupación, pero aún es demasiado pronto, hija. Y cuanto más te preocupes, mucho peor. Debes estar tranquila y, cuando menos te lo esperes, mi nieto estará en camino.
—No, mamá. Tú tardaste bien poco en quedar encinta de mi hermano.
—Sí, hija, pero cada una tiene sus circunstancias. Hay mujeres que, después de un año de casadas, tienen su primer embarazo.
—Pocos casos conozco yo—dijo Celia, negando el testimonio de su madre.
—Son las menos, desde luego. Pero con esto quiero transmitirte la idea de que estés tranquila, aún estás dentro del tiempo razonable para que suceda.
—Porque, transcurrido un año, se acabarán mis esperanzas de quedar encinta, ¿no es eso?
—¡Celia, hija, no te tortures! No, no es eso lo que yo he dicho. Tranquilízate y confía. Eres joven y estás sana, al igual que tu esposo, y ese hijo anhelado llegará, ya lo verás.
Celia la miró, retrotrayéndose a su infancia, a esos momentos en que, con sus padres al lado, nada podía ir mal:
—¿Me lo prometes, mamá?
Beatriz la miró, consternada:
—Cariño, sabes que no puedo prometértelo, lo haría si pudiera. Pero estoy segura de que, si te tranquilizas y dejas que la naturaleza actúe, sin presión, sin obsesionarte, lo que tanto deseas, sucederá.
Celia intentó creer lo que su madre le decía, pero algo en su interior, algo más poderoso y oscuro, proyectaba negras sombras de desilusión que la entristecían, provocando ese llanto fácil, esa melancolía que, a todas horas, procuraba esconder.

Capítulo 8

Matthew Ashbourne aparcó su elegante Berliet delante de las verjas del palacete. Se apresuró a bajar del vehículo para ayudar a su tía, Beatriz Cruz-Stuart, a descender del mismo, mientras el ocupante del asiento trasero saltaba a tierra y miraba, con los ojos entrecerrados, el edificio de piedra, apenas vislumbrado entre la frondosa vegetación. Juntos traspasaron la puerta de hierro de la propiedad para adentrase en los jardines.

Hacía una tarde deliciosamente primaveral, y Celia y Silvia reposaban la comida en el jardín trasero de la casa, cuando Fermina les anunció la visita:

—La señora de Quirós, acompañada de dos jóvenes caballeros, señoras—explicó la mujer, algo jadeante a causa de la premura con la que intentaba cumplir diligentemente con sus obligaciones, demostrando así que, aunque vieja, no era inútil.

Detrás de ella apareció la madre de Celia, tras la cual destacaba la figura imponente de un joven alto, peinado con la raya a un lado y largas patillas que se fusionaban con la barba, cuyo tono rojizo revelaba a su vez el color de su cabello, ligeramente oscurecido por el fijador. Sus ojos eran de un verde brillante, y tan expresivos que no había resquicio en ellos para el engaño. Detrás de ellos otro hombre, también joven pero algo mayor, captaba de manera involuntaria todas las miradas femeninas.

—Queridas, pero ¡qué bien estáis aquí, al solecito! —Beatriz ya se había acercado a ellas que, puestas en pie, recibían con una sonrisa el cariñoso beso de la bella esposa de Álvaro Quirós— Celia, como verás, te traigo una sorpresa.

Beatriz se hizo a un lado para dejar paso al joven pelirrojo, cuyo rostro lucía una tímida sonrisa, tan sincera como la de un niño.

—Querida prima, estás bellísima. El matrimonio te ha sentado de maravilla.

Se dieron un sentido abrazo y Celia procedió a presentarle a su cuñada, Silvia Villanueva:
—Querida Silvia, es para mí una gran alegría que conozcas a mi primo, Matthew Ashbourne, del cual ya te he hablado en más de una ocasión.
Matthew se sonrojó un poco al tenderle la mano a Silvia, quien se la apretó con decisión. Tenía muy buenas referencias de ese joven, por el que su amiga Celia sentía tanto cariño.
—Es un placer conocerle, Matthew—dijo ella mirándole a los ojos, mientras él soltaba su mano como si su contacto quemase. A continuación, el inglés tomó la iniciativa para hacer las presentaciones de su acompañante:
—Señoritas… perdón, señoras-…—se corrigió Matthew sin saber muy bien a qué atenerse, mientras las dos cuñadas se miraban de reojo con innegable complicidad— quiero presentarles al señor John Beadle, él, querida prima Celia, es también primo mío, por parte de padre. Estaba tan deseoso de conocer España que, aprovechando la ocasión de mi viaje, ha decidido acompañarme.
Las mujeres saludaron al mencionado John Beadle. Poco importaba que Celia estuviese ya casada y que Silvia debiese mostrarse prudente y recatada ante un hombre al que acababa de ser presentada, pues la apostura del recién llegado despertó en ambas una coquetería involuntaria, casi instintiva. Las dos le sonreían sin disimulos, con la pretensión de resultar atractivas, quizás deseables.
—Encantada, señor Beadle— fue Celia la primera en reaccionar—. Y de momento, ¿qué le ha parecido nuestro país?
—Bueno, acabamos de llegar, venimos desde Francia, donde nuestro querido Matthew acaba de adquirir un flamante automóvil que, pese a ser francés, es una maravilla. Respecto a España, tan sólo hemos viajado a través de la cornisa cantábrica, y lamento decirles que, por lo que he visto, es una copia deslavada de nuestra querida madre patria —a pesar del indiscreto comentario, las dos jóvenes le rieron la gracia—. Pero he de ratificarme en eso de que la comida española es espectacular.
—Nos alegramos sinceramente —añadió Silvia, sin relajar la sonrisa, a pesar de que su nivel de inglés, menos fluido que el de Celia, no le

permitía captar los matices más enrevesados de la conversación—. ¿Y usted, Matthew, qué opina?
—Bueno —carraspeó el tímido Matthew Ashbourne, antes de responder en español —, como usted sabrá, pasé algunos veranos de mi infancia en este precioso país, y guardo recuerdos tan entrañables de sus gentes, que estaba deseando regresar. Respecto a la comida—miró de refilón a su amigo y respondió de nuevo en inglés— estoy por completo de acuerdo con John.
—¿Están de paso, o piensan quedarse una temporada? —inquirió de nuevo Silvia, dirigiéndose a John.
—Yo no soy quien para determinarlo, no quisiera ser una molestia para los señores Quirós —pronunció *Cuigoss,* pero a nadie pareció importarle—, al fin y al cabo, me alojo en su casa, doña *Beatrix* ha tenido la amabilidad de acogerme.
Beatriz Cruz-Stuart sonrió, y Silvia se apresuró a intervenir:
—Los señores Quirós son excelentes anfitriones, estará usted tan a gusto como no puede imaginar. Pero si desea cambiar de aires, aquí —hizo un gesto con los brazos—también será bien recibido.
John Beadle la miró como si fuese la única mujer sobre la faz de la tierra. Se acercó sin apartar de ella esa mirada cautivadora, insinuante y provocadora y, tomando su mano con suma delicadeza, la envolvió entre las suyas.
—Es usted adorable, Silvia: además de belleza, derrocha amabilidad.
—John, amigo—intervino Matthew, sonriente—se nota que eres un mimado, estás acostumbrado a ser el centro de atención.
Silvia se quedó perpleja, sin comprender por qué todos le reían la broma al señor Ashbourne cuando acababa de decir que John estaba podrido… ¿Estropeado? Al percatarse de su confusión, Celia le explicó con discreción:
—En inglés, a *spoiled boy* es un mimado. Matthew no le ha faltado al respeto en ningún momento, si es eso lo que te ha escandalizado.
Ahora sí, Silvia también sonrió: John Beadle era un encantador niño mimado.
Continuaron la conversación sentados alrededor de la mesa del jardín. Al cabo de un rato, Albertina entró con el servicio de té, y tampoco pudo evitar mostrarse en exceso solícita con John Beadle,

cuya persona parecía emanar un atractivo casi magnético. Silvia reparó de inmediato en la actitud de la sirvienta y frunció el ceño, alarmada. ¿Se estaría ella comportando así? Pero la voz varonil y sosegada del inglés la hizo sonreír de nuevo.
—Permítame la indiscreción, Silvia, pero, ¿usted no está casada?
—No, no lo estoy— respondió ella, ruborizándose un poco.
—No entraré en sus motivos, obviamente sería una indiscreción. Pero le confieso que nada me sorprende tanto de este país como la insensatez de sus hombres —de pronto, el silencio se hizo denso, ¿qué le pasaba a ese John Beadle, empeñado en desacreditar a la patria de los anfitriones y a sus gentes? — porque no puedo entender cómo una joya como usted continúa soltera.
De inmediato, todos volvieron a sonreír, ya conscientes de que el inglés era especialista en subterfugios para mantener la atención. Sabía ser tan obsequioso, que se ganaba de inmediato la simpatía de todos. Silvia, que no había despegado la sonrisa de los labios, estaba encantada ante la circunstancia de que John pareciera tener ojos sólo para ella.
Tomaron el té en un ambiente distendido, los primos poniéndose al día después de años sin verse, recordando anécdotas familiares mientras John, sin dejar de sonreír, gozaba de la completa atención de Silvia. En un momento dado, Beatriz manifestó su deseo de regresar a casa:
—Puedo llamar a Mateo, él vendrá a recogerme en el automóvil. Ustedes quédense, no es necesario que me acompañen.
—Tía, no pretendemos invadir la intimidad de mi prima y su encantadora amiga, por hoy ya hemos abusado bastante de su hospitalidad, así que…
Silvia intervino con su discreción habitual, estaba encantada con la presencia de los jóvenes ingleses, el señor Ashbourne tenía una conversación de lo más interesante, y John Beadle…él no dejaba de mirarla como si no hubiese más mujeres en la tierra, nunca se había sentido tan bella, tan atractiva, tan femenina.
—Señor Ashbourne, estamos encantadas con su visita, ¿no es así, Celia?

Después de la novedad que supuso el reencuentro con su primo, Celia, muy a su pesar, se había dejado arrastrar por las oscuras cavilaciones que, de un tiempo a esta parte, se apoderaban de su pensamiento. Casi se sobresaltó al oír su nombre:
—¡Oh! Pues claro, Silvia.
—Entonces no se hable más: les acompañaremos a dar un paseo por los alrededores, hace una tarde magnífica. Doña Beatriz, no se moleste en llamar a Mateo: prepararemos un coche y la llevarán a su casa. ¡Fermina! ¡Fermina! —comenzó a llamar Silvia a la criada, para que avisase al caballerizo.
—Es estupendo, Silvia—intervino el adulador y simpatiquísimo John Beadle—. No se me ocurre mejor plan que descubrir los alrededores con dos bellezas a nuestro lado, ¿No es así ,Matthew?
Su amigo le miró como si se hubiese vuelto loco:
—John, mi prima Celia es una mujer casada, y debe ir acompañada por su esposo.
Celia asintió. Le hubiese encantado dar ese paseo con los ingleses, pero en otras circunstancias. Ahora estaba ocupada dándole vueltas a un plan que parecía ser su última esperanza.
—Mi primo tiene razón, será mejor que espere en casa la llegada de Beltrán—. Beatriz Cruz-Stuart, que esperaba el coche de caballos que le habían ofrecido, respiró aliviada. Por un momento temió que su hija, después de casada, volviese a sus antiguas costumbres, caracterizadas por un intenso desapego a las normas sociales.
—Celia, hija, debes descansar— le dijo en un susurro apenas audible — recuerda nuestra conversación, has de estar tranquila.
Silvia, algo apenada al ver que sus intenciones se frustraban, intervino con timidez:
—Bueno, podríamos dar un paseo por la finca mientras esperamos a Beltrán, estoy segura de que estará encantado de conocerlos. Les mostraré el jardín inglés e iremos a ver el hórreo. ¿Saben lo que es un hórreo?
A la pregunta formulada, Matthew asintió con la cabeza, sus estancias veraniegas cuando era sólo un niño le permitieron conocer bien la zona. Pero a Silvia no le importaba tanto su respuesta como

la de John, el cual, como era de esperar, la miró con un encantador mohín de perplejidad: era evidente que nunca había visto uno.
—Si Celia tiene ganas de acompañarnos, por supuesto— puntualizó Silvia—. ¿Te encuentras bien? Pareces un poco cansada.
Celia asintió con la cabeza, en realidad le era tan indiferente pasear con los ingleses y su cuñada como tumbarse en el sofá, sus angustiosos pensamientos la mortificaban de igual modo, estuviese donde estuviese, pero sería muy descortés no acompañarlos.
En ese momento, Fermina anunció que el coche para la señora estaba listo, y Beatriz Cruz-Stuart se despidió de los jóvenes, después de recordarles que la cena se serviría a las nueve. Había captado el desasosiego en la mirada de su hija, por eso, antes de despedirse de ella, le recordó de nuevo:
—Estate tranquila y relajada. Lo necesitas, hija mía.

Cuando se quedaron los cuatro a solas, Silvia vio llegado el momento de intimar un poquito más con el encantador John. La tarde, que se presentaba muy tranquila, había dado un curioso giro, donde el sosiego y la calma habían dado paso a una emoción intensa, la que le causaba el señor Beadle. Ella caminaba delante con el apuesto inglés mientras Celia lo hacía detrás, al lado de su primo. Se adentraron en el espléndido jardín inglés de la finca de los Villanueva.
—Qué, John, ¿aun te parece que esta tierra es una copia deslavada de tu patria? —preguntó Matthew con su ingenuidad característica, a lo que su amigo, que no daba puntada sin hilo, respondió:
—Puede que al jardín aún le falte algo, no sé, el sello de lo inglés, quizás. Pero a esta flor que llevo a mi lado…—y sonrió, embaucador, intenso, seductor.
Celia se percató del gesto contrariado de Matthew. Rodearon el palacete y se adentraron en una zona que quedaba a la derecha de la entrada principal, donde se agrupaban diversas construcciones, como la casa del guarda y las caballerizas. De frente, al fondo y pegado a un huerto, se levantaba un hórreo.

Cuando llegaron hasta la peculiar arquitectura, John miró complacido:
—Muy peculiar, pero no única. He visto construcciones semejantes en los Alpes del cantón suizo de Valais —nuevo desplante para las orgullosas asturianas—.
—No lo pongo en duda, señor Beadle, pero seguro que carecen del aire legendario y mítico que le otorga la bellísima tierra asturiana. Eso es inimitable— respondió Silvia, un poco molesta, pues a pesar de todo su encanto, la prepotencia de John Beadle rayaba la indiscreción.
Sin embargo, él sacó a relucir sus innegables dotes de seducción y el gesto complacido volvió de inmediato al rostro de la joven. John le tendió el brazo caballerosamente antes de replicar:
—Quizás sea eso lo que le hace a usted también inimitable, señorita —. Y entonces su sonrisa enmarcó unos dientes blanquísimos, alineados a la perfección. Silvia, encandilada de nuevo por su galantería, le tomó del brazo con timidez y caminó ligera, mirándolo de reojo.
Regresaban a la casa cuando el inconfundible sonido de un carruaje llamó la atención de Celia:
—¡Beltrán acaba de llegar! Vamos, querido primo, estoy deseando que conozcas a mi esposo.
En ese momento, el marqués de Ribadeo descendía del coche, y un mozo de caballerizas se apresuraba a desenganchar el tiro. Beltrán, sorprendido por la inesperada concurrencia, saludó divertido:
—Beltrán, por fin puedes conocer a mi primo, Matthew—le dijo Celia en cuanto llegó hasta ellos.
El marqués saludó al pariente de su esposa con afabilidad. Enseguida le presentaron a John:
—Todo un placer, señor—respondió a su saludo el inglés—. No dejaré de envidiarle mientras viva: está desposado con una criatura encantadora.
Silvia, que hasta el momento había sido el objeto único de los requiebros de John, se sintió un poco molesta. Extrañada por su propia reacción, se preguntó qué tenía John Beadle para engatusarla de tal manera.

—Vayamos adentro, tomaremos un coñac—propuso Beltrán, deseoso de descalzarse y arrellanarse en su sillón favorito, con Goliat a sus pies y una copa de buen brandy en la mano.
Entraron todos de nuevo en el palacio, y Celia observó el inusitado interés con el que Beadle observaba las vetustas estancias.
—Este palacete lo construyó un antepasado de mi esposo, el primero en llevar el título que los honra desde entonces. Debemos hacer algunas reformas para traerlo al siglo veinte pero, de momento, queremos disfrutarlo tal y como está.
Entraron en la sala de la enorme chimenea. A pesar de que la primavera estaba a punto de dar paso al verano, según avanzaba la tarde, la temperatura había descendido. Por eso Rosita, conocedora de las costumbres familiares, había encendido un fuego, cuyo rescoldo nadie rechazó.
Los hombres tomaron un coñac, mientras las jóvenes prefirieron una copita de vino dulce.
—¿Permanecerán mucho tiempo por estas tierras? —el inglés de Beltrán era tan fluido como el de su esposa, pues había pasado parte de su juventud en Inglaterra.
—Aún no lo hemos decidido, pero está claro que no podemos abusar de la hospitalidad de mis tíos, sus suegros, señor marqués.
Al oír la expresión, Celia sonrió a su marido con complicidad. Él detestaba que empleasen dicho tratamiento, y al poco de conocerse, ella lo utilizaba con la única finalidad de sacarlo de sus casillas. Así era Celia, pensó Beltrán: deliciosa y provocadora. Beltrán se disponía a aclarar que no le agradaba demasiado que lo llamasen por su título, cuando su esposa se le adelantó:
—No seas tan comedido, Matthew— intervino la joven Quirós— sabes que en Villa Beatriz eres recibido con los brazos abiertos, y hay tantas habitaciones que apenas estorbarás, más que nada, porque a veces es complicado coincidir con el resto de habitantes.
Rieron la ocurrencia de Celia, y entonces Silvia hizo su propuesta:
—Aquí también disponemos de espacio y, en el supuesto caso de que decidan cambiar de aires, estaremos encantados de acogerles.
John Beadle aprovechó el momento, una vez más. Era un verdadero especialista en el arte de la seducción:

—No sé si tenerla tan cerca sería recomendable para mi corazón. Tanta belleza me provoca taquicardia.
La aludida, irreflexiva, hipnotizada, desposeía de su voluntad, recibió el cumplido con una sonrisa bobalicona, mientras Matthew sacaba a relucir, de nuevo, un gesto de incomodidad que a Beltrán no le pasó desapercibido.
—Señores—intervino el marqués de Ribadeo, poniéndose en pie—ha llegado el momento de prepararnos para la cena. Serán ustedes bienvenidos a nuestra mesa, si así lo desean.
Antes de que John pudiese abrir la boca y, con ello, cambiar los planes de dos familias, la de sus tíos y la de los Villanueva, Matthew intervino con contundencia:
—Agradecemos el ofrecimiento, señor marqués, pero mi tía Beatriz está esperándonos. Además — Matthew se volvió hacia Celia— aún no he podido ver a tía Marta, y lo estoy deseando. Les dejamos que se preparen para la cena, ya hemos perturbado bastante la tranquilidad de su hogar.
—En ese caso, como deseen. Y Matthew, por favor, sepa que prefiero que se dirija a mí por mi nombre, lo del título es algo que se me hace un poco raro.
Matthew sonrió, y Silvia se fijó entonces en que tenía una sonrisa hermosa, contagiosa de tan positiva, de tan sincera.
—Serán bienvenidos cuando lo deseen, ¿no es así, Celia? —insistió Silvia, encandilada por John, deseosa de verlo de nuevo.
La aludida asintió con la cabeza, y Matthew respondió al ofrecimiento:
—Permaneceremos aquí unos días, así que tendremos ocasión de reunirnos, será un placer verte de nuevo, Celia, me ha gustado mucho rememorar tiempos pasados, las anécdotas de aquellos veranos infantiles inolvidables. Y contar con la agradable compañía de Silvia será, sin duda, un poderoso aliciente.
La joven Villanueva se sorprendió. Toda la tarde había estado recibiendo, con indudable vanidad, los halagos de John Beadle, por lo que el requiebro de Matthew Ashbourne fue una inesperada y agradable novedad. Sin dudarlo, su primo se lanzó a superarlo en galantería:

—¿Sólo agradable, Matthew? Eres parco en palabras, desde luego. La señorita Silvia Villanueva es mucho más que una agradable compañía— dijo, mientras Ashbourne le miraba desolado. Daba la impresión de que el primo de Celia intentaba competir con John, sin conseguirlo.
Ambos dieron por finalizada la reunión despidiéndose con un gesto amable, y Beltrán los acompañó hasta la salida. En cuanto las dos jóvenes se quedaron a solas, Silvia se dejó caer sobre el sillón, como si estuviese agotada:
—¡Qué hombre tan encantador!
—Sí, ya te dije que adoro a Matthew, es una de las mejores personas que conozco.
Silvia rio con naturalidad mientras la miraba con ojos risueños:
—También, por supuesto, tu primo es un encanto, pero me refería a John, que me ha parecido simpatiquísimo. Además de muy guapo— dijo Silvia, con la mirada fija en su regazo.
Celia asintió sin revelarle lo que pensaba en realidad, pues, aunque acabara de conocer a John, algo le decía que esa capacidad ilimitada de seducción del inglés—también ella había resultado inicialmente cautivada— sólo podría traer problemas.
Después de cenar los cuatro juntos —Rosita comía y cenaba siempre con ellos—, Beltrán disfrutó de otra copa de coñac, esta vez con Goliat a los pies. Silvia interpretaba al piano un nocturno de Chopin —estaba romántica y soñadora aquella noche— mientras Celia parecía escucharla, aunque estuviese de nuevo atrapada en la oscuridad de su pensamiento obsesivo.
Cuando subieron a los respectivos dormitorios y mientras se desnudaba, Beltrán intercambió pareceres con su esposa acerca de los jóvenes ingleses.
—Tu primo Matthew me ha parecido un joven en su sitio. Tiene una mirada tan franca que he simpatizado con él desde el primer instante. Pero el otro, John, no sé… creo que le gusta demasiado el protagonismo, ¿no te parece?
Celia rio:
—Has dado en el clavo. El tal John parece de esas personas que necesitan ser el centro de atención.

—Es guapo, sin duda—Beltrán miró a su esposa e hizo un gracioso puchero.
—No te preocupes, amor, no tanto como tú— ya estaban acostados, y Celia se abrazó a él.
—¿No te parece que a Silvia le ha cautivado más de la cuenta? —él se volvió para mirarla.
—Más de lo recomendable, en efecto.
Beltrán miró a su esposa con curiosidad y ella prosiguió.
—Los dos conocemos a Silvia: es reservada, prudente, y sus conversaciones son las de una mujer inteligente y sensible. No creo que John Beadle pueda aportarle nada, aparte de su belleza varonil: es como un pavo real.
Ambos rieron:
—No tiene nada de extraño que le atraiga John Beadle. Pero creo que aún no ha superado la decepción amorosa que tuvo con Ismael, no del todo. Temo que esté deseosa de encontrar el amor de nuevo, y eso podría hacer que se precipite en su elección.
—Yo también lo temo. Pero sabes que nada podremos hacer, está en su derecho de enamorarse, y eso es algo que no va a poder controlar—reflexionó Beltrán.
—Eso es lo malo, amor mío, que el amor no se puede controlar, nunca…
Se fundieron en un largo abrazo, tras el cual, sus almas enamoradas dejaron que sus cuerpos expresasen, con sublime y placentera dedicación, el amor que se profesaban. Beltrán no se percató de la ansiedad con la que Celia lo recibía, y la oscuridad ocultó las lágrimas que rodaron por su rostro cuando comenzó a preguntarse por qué su cuerpo parecía rechazar esa semilla que él, con tanta pasión, depositaba en ella cada vez que se amaban.

Capítulo 9

Doña Rebeca y su nuera, Margarita Durán, se santiguaron sin devoción, se pusieron en pie tras haber permanecido media misa arrodilladas y se dirigieron, cogidas del brazo, a la salida.
Apenas se dirigían la palabra, no tenían nada que decirse. Se disponían a ungir sus dedos en el agua bendita, cuando el párroco pasó por su lado y se detuvo a saludarlas:
—Doña Rebeca, permítame que la felicite por el matrimonio de su hijo, no había tenido ocasión de hacerlo. Imagino que la dama que le acompaña es su nuera.
Doña Rebeca, sin despojarse de su máscara de dignidad, tras la que escondía una amargura de origen indefinido, hizo las presentaciones. Margarita, al igual que ella, saludó sin demasiado interés al párroco.
—Pues sea usted bienvenida a nuestra tierra, señora. Y como presumo que es usted mujer piadosa, me es grato comunicarle que siempre estoy en la parroquia, por si tiene a bien dedicar parte de su precioso tiempo a obras de caridad.
Margarita le miró como si el pobre hombre acabase de pisarle un callo, y el cura, apabullado, procedió a explicarse:
—Muchas damas de alta posición colaboran con los más necesitados a través de la parroquia, pero es tanta la necesidad, que nunca tenemos ni bastantes manos, ni suficientes recursos para paliar tanta pobreza.
Margarita Durán permaneció impasible, mientras pensaba que no había ningún motivo para acabar con los pobres, pues si no existiesen, ella y su marido no podrían presumir de ricos. Dispuesta a dar por concluido el encuentro con el párroco, tiró del brazo de su suegra, pero doña Rebeca, en su afán por llevarle la contraria, no se movió:
—Ya sabe, don Remigio, que somos una familia creyente y cumplidora con los mandatos de nuestra sagrada religión. Nuestros rezos devotos son tan beneficiosos para los pobres como el

voluntariado, que para eso, hay que valer. Y yo, bien lo sabe Dios, no valgo.
—Tiene usted razón, señora, hay que valer. Pero pongo en su conocimiento que hay muchas formas de ayudar en la comunidad, les cito como ejemplo a la nueva maestra, la señorita Alma Reguera, que se ha propuesto que los niños no falten a clase y, con la ayuda necesaria, creo que algo logrará.
—¿Y para que quieren los hijos de los pobres aprender? Para meterse en la mina o trabajar de criada no hace falta ser bachiller, digo yo—Respondió doña Rebeca sin percatarse de lo obtuso de su razonamiento. Don Remigio, hombre entrenado en la paciencia, se mordió la lengua:
—Señora mía, eso es otro cantar, no vamos a ponernos aquí a hablar de la educación de las masas, ¿no le parece? Pero volviendo a usted, doña Margarita, en ese proyecto colaboran mujeres jóvenes de las familias más relevantes. Precisamente, las ayudas van a provenir del padre de una de esas damas.
Aquí, la curiosidad abrió una pequeña brecha en la insensibilidad de la señorita Durán:
—No creo, señor, que haya muchas familias tan relevantes como la de mi esposo. ¿De quién se trata, si no es indiscreción?
—¡Oh, no lo es en absoluto! —respondió el cura, jovial —Aunque nuestro prohombre no es partidario de airear sus aportaciones sociales, estas cosas acaban siendo un secreto a voces. Se trata de don Álvaro Quirós.
El cura temió haber cometido una indiscreción, al recordar que los Quirós y los Solís habían dejado de tratarse después de lo sucedido entre Celia y Jaime. El gesto de ambas mujeres corroboró sus temores. No obstante, Margarita Durán se recompuso de inmediato, y parecía muy interesada:
—¿Así que la hija de don Álvaro va a colaborar con esa maestra?
—Sí señora, y su joven cuñada, la señorita Silvia Villanueva, también.
Ahora fue doña Rebeca quien, con un gesto seco y hostil, tiró del brazo de su nuera, pero esta parecía anclada a la piedra del suelo:

—Bien, si esas jóvenes participan de esta manera, yo no puedo ser menos piadosa que ellas —a don Remigio se le iluminó la cara al tiempo que doña Rebeca palideció, mostrando una ligera inestabilidad, como si acabase de sufrir un pequeño mareo.
—¡Margarita! Eso has de comentarlo antes con tu esposo— recriminó la suegra a la nuera—. Y no creo que esté a favor de ello: las mencionadas jóvenes, por muy caritativas que sean, gozan de una reputación…en fin. ¡Tú deberías saber, mejor que nadie, quien es esa Celia Quirós!
—Doña Rebeca, por favor—intervino el cura, escandalizado, pero Margarita Durán le interrumpió:
—¿Cómo dice usted que se llama la maestra? Quizás me interese conocer sus puntos de vista. Aunque si es amiga de esas jóvenes damas, cuyo nombre no queremos pronunciar—dijo mirando con retintín a su suegra—, no sé yo si sería bien recibida.
—Por eso no debe preocuparse, la joven maestra es una mujer inteligente, capaz de comprender muchas cosas. No es del agrado de todo el mundo, quizás esperaban un maestro entrado en años y más comedido, pero es buena gente. También ha llegado a mis oídos que el joven Quirós participa en estas caritativas acciones, enseñando matemáticas a los niños que más lo necesitan.
—¡Qué barbaridad! —intervino de nuevo doña Rebeca— Sólo les falta venirse a vivir a una chabola de la barriada. ¡Contenta tiene que estar la estirada de su madre!
El cura se mordió la lengua, de nada valía afearle su actitud, ella era la que llevaba la voz cantante.
—¿El hijo también? —preguntó Margarita con fingida inocencia pues, interesada como estaba en cuanto concernía a los Quirós, ya había llegado a sus indiscretos oídos que la maestra lo tenía encandilado.
—Eso parece, un joven admirable, desde luego.
Don Remigio apenas pudo terminar la frase, pues la esposa de Alfonso Solís tiró de su nuera con la fuerza de un mulo y, tras despedirse del sacerdote con un displicente mohín, ambas se perdieron calle abajo.

Una vez fuera, la suegra se dispuso a reprender a esa cabeza de chorlito que tenía por nuera:
—El nombre de Celia Quirós es impronunciable en mi casa, tú deberías ser la primera que escupieses —es un decir, una dama no hace esas vulgaridades— al oír ese nombre maldito. Este asunto no lo mencionaremos delante de mi hijo Jaime, sólo reavivaría en él malos recuerdos, y no quiero que sufra a lo tonto. Fin del asunto.
Las damas caminaron del brazo, tiesas como palos de escoba, en absoluto silencio, cada una rumiando sus propios pensamientos.

Dos días después de la charla con el cura, la esposa de Jaime ya había organizado una temeraria salida, la cual llevaría a cabo cuando Doña Rebeca subiese a reposar la comida, pues era ésta la ocasión diaria perfecta para que Margarita Durán se desenvolviese con absoluta independencia, libre del mortificante escrutinio de su insoportable suegra. Estos reposos, que tan bien le venían a la nuera, eran siestas de tres horas, causantes del posterior insomnio nocturno de la dama, debido al cual deambulaba como alma en pena hasta la una de la madrugada, incapaz de conciliar el sueño.
Para esta salida, Margarita se había puesto un vestido negro de paño barato que había cogido del ropero de servicio. Contaba con la ventaja de ser una desconocida por aquellos parajes y, vestida con ropas sencillas, nadie caería en la cuenta de que era la esposa del único hijo de uno de los hombres más ricos de la comarca.
Al cochero le dio la orden de parar un poco antes de llegar a su destino, una pequeña escuela. Antes de salir, había cogido una cesta de mimbre que llevaba del brazo, por lo que su aspecto se mimetizaba a la perfección con los pobladores de aquella zona, gente corriente ocupados en sus tareas diarias. Cuando llegó, dio la vuelta al edificio, mirando con disimulo al interior. Estuvo a punto de entrar, pero le pareció muy arriesgado. Disimuló fingiendo buscar una dirección que no encontraba, lo cual la permitió rondar por allí justo cuando la maestra salía de la escuela. Aunque la vio de lejos, comprendió enseguida que era una mujer magnética, dotada de una hermosura natural de la que pocas afortunadas —desde luego, no

era su caso— podían jactarse. Con mucho disimulo, la siguió. La maestra entró en una casita de planta baja de las muchas que se alineaban a ambos lados de la calle, y aunque esperó un buen rato a que saliese de nuevo, no tuvo suerte.
Caminó hacia el coche de caballos, subió deprisa y el cochero arrancó después de que Margarita le ordenase que se dirigiese a la Casona de Arnao. Sabía que lo que se disponía a hacer tenía una buena dosis de riesgo, pero era adicta a la adrenalina.
El cochero, al igual que hiciera antes, detuvo el carruaje en un lugar discreto y apartado, y ella continuó a pie. Al entrar en el edificio, un portero le dio el alto:
—Señora, ¿a dónde va?
Margarita, acostumbrada a que su habitual atuendo de señora respetable le abriese todas las puertas —nadie le impedía el paso a una dama de postín— a punto estuvo de revelarle a ese don nadie que era la esposa de don Jaime e iba donde le daba la gana, pero se contuvo a tiempo. En vez de ello, respondió con sequedad:
—Busco a Marcelo.
—¿Y quién lo busca, si puede saberse? —al portero le comía la curiosidad, porque el aspecto de la mujer le desconcertaba. Sus ropas eran sencillas, pero sus ademanes y ese rictus de suficiencia eran más propios de una dama engreída.
—Eso a usted le da igual. Cumpla con su deber como portero, no me haga perder el tiempo y dígame si está o no está.
«Vaya con la señora», pensó el hombre. No deseaba meterse en ningún lío, tenía muy presente el aún reciente asesinato de August Meyer y, de aquel suceso terrible, había aprendido una valiosa lección, que no siempre ponía en práctica: lo mejor era ver, oír y callar. Así que, sin más, le dijo a la desconocida:
—Primera planta, despacho número uno. Llame a la puerta y el administrativo la atenderá.
Cuando Margarita Durán enfiló las escaleras, la duda estuvo a punto de acabar con su determinación, pues si Jaime llegaba a enterarse… temía a su esposo, quizás porque se parecía demasiado a ella misma. Sin dar opción a que consideraciones adicionales le hiciesen flaquear, desembocó en el rellano de la planta primera donde,

enseguida, divisó la puerta indicada por el portero. Llamó con resolución y, acto seguido, abrió.
El administrativo trabajaba sobre unos papeles. Levantó la vista y sus ojos reflejaron una cierta curiosidad, que pronto se volvió fastidio, la mujer que acababa de entrar era tan anodina que no suscitaba en él ningún interés. Probablemente se hubiese confundido, así que la despacharía en breve.
—Quiero hablar con usted —y antes de que el hombre pudiese abrir la boca, Margarita Durán se quitó la máscara, dejando al descubierto su verdadera identidad, esa que, lo sabía bien, acapararía toda la atención del hombre que tenía delante— soy la esposa de don Jaime Solís.
Al oír este nombre, Marcelo se tensó visiblemente. Hizo un movimiento con el cuello, como si quisiera desentumecerlo y la miró con seriedad:
—Usted dirá, señora Solís.
—Ante todo, sepa que no me envía mi esposo. Y de esto, él no debe saber ni una palabra.
Aliviado, el corrupto administrativo se relajó por completo. Ahora sonreía, casi divertido:
—Si no la envía don Jaime, señora mía, se me hace complicado entender qué hace usted aquí. Lo mejor será que se vaya por donde ha venido, no quiero líos con su esposo, él puede ponerse…en fin… que no quiero problemas.
—Mire, señor Marcelo— comenzó la joven— lo sé todo de usted y de la peculiar relación que mantiene con mi esposo, así que estoy segura de que le conviene escucharme.
Aquellas palabras dejaron petrificado a Marcelo, porque el hombre desconocía que, bajo su insignificante y mustio aspecto, Margarita ocultaba una mujer audaz, experta en escuchar conversaciones ajenas aparentando una indiferencia tan absoluta como si estuviese sorda. Era sigilosa, sabía moverse con precaución y poseía un oído privilegiado, entrenado para captar cuanto se decía al otro lado de una puerta, mientras permanecía atenta a cualquier movimiento que se produjese a su alrededor. Tenía una sangre fría admirable, y podía permanecer impasible ante cualquier ataque verbal, lo cual, a ojos

de los demás, le hacía parecer una mujer tímida y pusilánime, sumisa e indiferente al mundo. Y paradójicamente, ésta era su fortaleza, disfrazarse de lo opuesto a lo que en realidad era, resultar invisible para poder estar presente en todo cuanto sucedía a su alrededor.

—Usted dirá, señora…—se ofreció el administrativo, comprendiendo que su única opción era atender, fuesen cuales fuesen, los requerimientos de la mujer.

—Quiero que lleve a cabo un trabajo un poco…cuestionable. Como puede imaginar, le pagaré bien por sus servicios, al igual que hace mi esposo. De momento, puede cobrarse con esto.

Margarita sacó de su escote una gruesa cadena, de la que colgaba una medalla de oro de un peso considerable. Su suegra, por fin, parecía convencida de haberla perdido camino de la iglesia, sin sospechar que había sido ella quien, en un alarde de virtuosismo, se las había ingeniado para abrir el broche. Posteriormente, había permanecido atenta a la caída de la valiosa pieza, la cual se produjo, como era previsible, en una de las numerosas alfombras de la sala. Con suma discreción, la había recogido y, con el mismo sigilo, se la había guardado. Sonrió al pensar en cuánto se había divertido mientras ponía a prueba sus dotes de prestidigitación, gracias a los cuales no había sido necesario desprenderse de una de sus valiosas joyas.

—Señora, no admito en pago objetos personales, si me pillan con esto, estoy perdido.

Margarita sonrió sarcástica:

—¡No me tome el pelo! Ya sé que le vendría mejor un buen fajo de billetes, pero un tipo como usted sabe colocar cualquier pieza de valor en el mercado negro, así que cójalo y vayamos al grano.

Aquella mujer no dejaba de sorprenderle, era, sin duda, la réplica femenina de su esposo. Aceptó en silencio, resignado, porque no tenía más remedio que obedecer.

—Bien, señora—dijo Marcelo en cuanto se hubo guardado la joya en un bolsillo del pantalón— ¿qué quiere que haga por usted?

—Es muy sencillo, porque no tiene que matar a nadie— las palabras de Margarita Durán provocaron que la saliva se le atragantase en la

garganta, al tiempo que una súbita palidez se apoderó de su rostro, perlado de sudor frío. Más que las palabras, fue la expresión de su cara y el brillo malicioso de sus ojos lo que le paralizaron—. ¡No se ponga tan serio, que ya le he dicho que no quiero sangre!

Al ver que Margarita, inconvenientemente sentada sobre el borde de la mesa, sonreía, él se vio forzado a hacerlo también. Ella continuó:

—Sólo tiene que lograr que el minero más bravucón de Arnao le haga una desagradable visita a la maestra, una tal Alma Reguera. Que esa listilla se lleve un buen susto, eso es lo que quiero.

Al ver que Marcelo iba a disparar una batería de preguntas, motivadas sin duda por la curiosidad, ella le hizo un gesto para que se mantuviese en silencio y prosiguió:

—Para no levantar sospechas, le voy a dar motivos que le inspirarán: esa maestra intenta evitar que los hijos de la gente obrera trabajen. ¿Con qué finalidad? Lo desconozco, quizás con la de fastidiar, parece una revolucionaria. Por eso, alguien debe pararle los pies. Convenza al más salvaje de esos hombres, tan sólo debe hacer eso.

Marcelo asintió antes de decir:

—Creo que sé quién puede darle un buen escarmiento. Y no me harán falta demasiados argumentos para convencerle. El hombre en el que estoy pensando sólo necesita una pequeña provocación, el resto lo hará su afición a la taberna.

—No me dé explicaciones, no las necesito—respondió Margarita con sequedad, dejando claro que Marcelo no estaba allí para opinar, sino para obedecer—. Sólo le advierto que no debe fallar. Y si está tentado a preguntarme qué saco yo con esto, ahórrese saliva, no le importa, así que no pienso responderle.

Margarita Durán salió sin despedirse. Al pasar por la garita del portero le dirigió una mirada agria y caminó deprisa hacia donde la esperaba el coche de caballos. Estaba tranquila, porque confiaba en que todo saldría tal y como lo había planeado. Cuando se sentó en el carruaje, se deleitó imaginando la escena: el tipo, un borracho lascivo y pendenciero, estaría encantado de darle su merecido a esa maestrucha, tan sensual, tan provocativa. Quizás así aprendiese a ser más discreta con las bondades de su agraciada anatomía. Con un pequeño esfuerzo de imaginación, pudo verla llorando en el

hombro del señorito, ese Quirós enamorado de ella quien, llevado por la rabia, buscaría al agresor hasta molerle a palos, lo cual le pondría de patitas en la cárcel. Allí iría a visitarle su apenada hermana, sometiéndose sin remedio a las miradas y chascarrillos de los depravados reclusos, tipos de la peor calaña que la desnudarían con los ojos…

Perdida en sus placenteras ensoñaciones, a Margarita Durán el trayecto de vuelta se le hizo inusualmente corto.

Cuando la esposa de Jaime Solís salió del despacho, Marcelo comprendió que acababa de meterse en un lío. No era recomendable trapichear a espaldas de Jaime Solís, pero no le había quedado más remedio que hacerlo, la mujer le había causado una profunda impresión y algo le decía que podía ser tan peligrosa como el mismísimo Solís. Con los codos apoyados en la mesa, se tapó la cara con ambas manos, al darse cuenta, cuando ya no tenía remedio, de que los asuntos turbios acabarían por escapar a su control.

Capítulo 10

Margarita Durán miró, impaciente, el reloj de pared. Eran las doce y media de la noche, y su esposo aún no había regresado. No se había presentado para cenar y, aunque eso era algo que sucedía con frecuencia, la joven intuyó que hoy Jaime se demoraría más de la cuenta y aparecería de madrugada, oliendo a alcohol y a ese repugnante perfume barato que le revolvía el estómago. Continuó con su labor de punto de cruz mientras, a cada puntada, sus pensamientos se hacían más oscuros, cargándose de un odio tan amargo como bilis.

Jaime Solís, ajeno a la rabia que atenazaba a su esposa, entraba en esos momentos por la puerta de un club que todos los caballeros conocían, los decentes sólo de oídas.

Allí el ambiente parecía sacado de una novela de Thomas de Quincey. La luz ambiental, reducida al máximo, impedía valorar las dimensiones del espacio, que se iba revelando en rincones aún más oscuros. Al fondo, una escalera, cuyos peldaños crujían bajo cada pisada, subía hacia las sombras de una misteriosa segunda planta, la cual se asomaba a la primera a lo largo de una galería abierta, en cuyo balaustre se apoyaban con indiferencia las chicas de alterne, observando con ojos vacíos a la concurrencia mientras esperaban la llegada de su próximo cliente. El olor dulce, terroso y amaderado del opio inundaba el aire.

Jaime Solís se aposentó en la barra. Ya había bebido mucho, pero cuando entraba en la satánica espiral de entregarse al placer inmediato, nunca tenía bastante. Le sirvieron una copa, y apenas dio el primer trago, una mujer medio desnuda, con el cabello revuelto y un maquillaje exagerado se acercó a él. No era joven, tampoco la más bella, pero en cuanto la vio, Jaime Solís la atrajo hacia sí, y besó con descaro su escote excesivo, mientras la mujer aceptaba su comportamiento con profesionalidad.

— ¿Qué hace aquí mi canalla favorito? —dijo ella, dejándose babosear sin mostrar rechazo en ningún momento, ya estaba acostumbrada.
—Quiero pasar un buen rato contigo. Vamos.
La mujer, conocida en el club como *Mimí*, se separó del abrazo acaparador y enfiló las escaleras. Mientras subía, su rostro se ensombreció: Jaime Solís era un depravado. Decidió que no estaba dispuesta a volver a pasar por lo de la última vez, así que, si las cosas se ponían feas, y ya que estaba medio borracho, le golpearía dejándolo sin sentido. Sabía cómo hacerlo para que pareciese la caída accidental de un beodo. Así, cuando despertase con un enorme dolor de cabeza, que achacaría a sus excesos con el alcohol y la droga, se le habrían pasado ya las ganas de divertirse a su costa.
Las paredes de la habitación estaban recubiertas con tela adamascada, y una gran cama con dosel presidía la estancia. En un rincón había un diván, sobre el que Jaime se dejó caer mientras la mujer encendía una pipa, que le pasó a continuación. Tras darle dos buenas bocanadas, los ojos del hombre se entornaron. Mimí suspiró, pues en esta ocasión el opio había actuado enseguida, dejándolo tan relajado que parecía inofensivo.
—Estás fuera de combate, amigo…—le dijo la mujer, con suma cautela.
— Espera que me recupere, Mimí, porque aunque tengo una esposa —dijo arrastrando las palabras—, estirada como un palo y fea como un pecado, no me satisface nada, necesito una mujer como tú.
Mimí sonrió, perversa:
—Tu esposa será una señoritinga, como corresponde. Apuesto a que no le haces las guarrerías que me haces a mí.
Jaime, cada vez más afectado por la droga, sonrió sin fuerzas:
—Nooo—dijo alargando mucho la vocal—, acabo de decirte que sus encantos femeninos no logran encenderme, ni la he tocado. Sólo hay una mujer que hace que me vuelva loco.
Mimí, al verlo desarmado, soltó una carcajada:
—Todas las señoritas de postín son iguales. Y luego se extrañan de que sus hombres vengan aquí —la prostituta meneó la cabeza de un

lado a otro—Y dime, cariño, ¿cómo es que te has casado con semejante adefesio?
Esta vez fue Jaime Solís quien rio, pero su risa sardónica tenía un matiz tan tenebroso que helaba la sangre:
—No la quiero como mujer, pero voy a utilizarla para otros asuntos, pues es lo que necesito: mala, envidiosa, capaz de lo que sea por destrozar a quienes cree mejores o más felices que ella. Por eso la elegí: tiene una capacidad inigualable para odiar.
Mimí se retiró un poco. Jaime Solís estaba borracho y drogado, pero sus palabras tenían tal calado, que se dio cuenta de que sabía perfectamente lo que decía. Un escalofrío la recorrió al pensar que, si la esposa de ese malnacido era tan depravada como él y unían sus fuerzas, no le gustaría estar en la piel del destinatario de su odio. Intrigada, intentó tirarle de la lengua:
— ¿Y a quien puede odiar por aquí tu esposa foránea?
—Ya sabes a quien…—dijo Jaime, profundamente relajado. Tosió un poco, y se incorporó. Tenía los ojos inyectados en sangre, y Mimí sintió un rechazo visceral hacia él— Celia Quirós. Ella es la causa de todos mis males, y ahora de los suyos, la razón de que yo no la desee como hombre. En cuanto la vio, la odió. Yo creo que ella, mi flor marchita, mi beata y ridícula esposa, ha comprendido que jamás podrá despertar el apetito que despierta Celia en mí. Por eso, hará cuanto pueda para hacerle la vida imposible. ¡Así que ya somos dos!
—replicó Jaime, triunfal.
—No sé—respondió Mimí— me parece muy rebuscado, nadie es tan complicado como tú dices.
—No la conoces bien, yo sí. Antes de casarnos, hicimos un trato. Yo podía darle lo que ella necesitaba, y aceptó.
—¡Pues sí que has hecho tú buen matrimonio! —rio Mimí—Desde que te dejó esa tal Celia, vas como pollo sin cabeza.
Mimí había calculado mal, el estado de relajación de Jaime no llegaba al punto de hacerle permanecer impasible ante el recordatorio de su gran humillación. Él se incorporó y la sujetó con fuerza por los brazos:
— ¡No vuelvas a decir eso! ¡Nunca! ¿Me oyes? —dicho lo cual, abofeteó con furia la cara de la mujer, a quien la reacción de Jaime

Solís había pillado por sorpresa, impidiéndole reaccionar a tiempo de esquivar los golpes—. Esa puta y su familia estuvieron a punto de pagar muy caro lo que me hicieron, pero el juego no ha terminado aún. Y tú, ándate con ojo: como me entere de que sueltas una palabra de lo que te he dicho, vendré y, entonces, desearás no haber nacido, tenlo por seguro.

Mimí se tomó muy en serio la advertencia de Jaime: mantendría la boca bien cerrada. Pero, por si acaso, se planteó la posibilidad de trasladarse a otro club, uno que la *madame* tenía en Oviedo, aunque ya era vieja para el oficio. Por si las moscas, intentó serenarlo:

—Cariño, no te enfades conmigo. Anda, machote, ven aquí, con tu Mimí…

Pero Jaime Solís acababa de aspirar dos nuevas bocanadas, que esta vez fueron suficientes para sumirlo en un sueño ligero, cargado de diabólicas pesadillas.

Mimí se tumbó en la cama. Nadie sabía que su cliente estaba fuera de combate durmiendo la mona, así que, de momento, no se vería obligada a aceptar a otro. Permaneció tumbada boca arriba, con los ojos abiertos, tocándose las mejillas, que le ardían a causa de las bofetadas recibidas. Rememoró a su madre ya fallecida, y a esos dos hijos que pudo haber tenido y que nunca llegaron a ver la luz de este mundo, y comprendió que su vida, a sus treinta y ocho años, había sido un compendio de humillaciones, esclavitud y dolor. Pensó que era una valiente, o quizás una insensata, por seguir adelante cada día. Por un instante, imaginó la posibilidad de alejarse de todo, de irse muy lejos y ponerse a servir en una casa decente, comportarse con dignidad y cumplir a la perfección en un trabajo que no la avergonzase ante el resto de parroquianos. Quizás, de esa forma, expiase todas sus culpas, porque estaba segura de que, cuando le llegase la hora de rendir cuentas, el de ahí arriba la enviaría de patitas al fuego eterno. Pero llevaba tantos años de prostituta, que sin duda su cara revelaba su pasado con tanta claridad como si llevase un cartel en la frente donde lo anunciase con letras mayúsculas. Jaime Solís roncaba. Parecía —pensó Mimí— una mula moribunda aquejada por los estertores de la muerte. Estuvo tentada de revisarle los bolsillos, pero tuvo mucho miedo, ese

señorito era un discípulo de satán. Así que se olvidó del buen fajo de billetes que llevaría encima,y de los que al día siguiente ni se acordaría. Continuó con la vista clavada en el cielo adamascado del cortinaje de la cama mientras seguía pensando en Jaime Solís: odiaba tanto a aquel hombre que, con ganas, le rebanaría el pescuezo mientras dormía. Un tajo rápido y profundo, que lo haría desangrarse antes de que le diese tiempo a tocarla ni un solo pelo. Se preguntó qué habría querido decir con eso de que los Quirós habían estado a punto de pagarlo muy caro. Quizás estuviese relacionado con la noticia que llegó a sus oídos hacía unos meses, según la cual don Álvaro Quirós había sido encarcelado como presunto asesino de un poderoso accionista de la mina de Arnao. Pensó de nuevo en Jaime y su perversidad, en esa esposa que, según él, era tan abyecta y retorcida que se convertía en el cómplice adecuado para ejecutar sus maldades. Mimí torció el gesto, no le gustaría estar en la piel de Celia Quirós sabiendo que la joven era el objetivo principal de los depravados instintos de Solís.
«¿Qué sería eso de que los Quirós habían estado a punto de pagarlo muy caro? », pensó Mimí antes de caer en un sueño ligero, fruto del cansancio, del opio y de la necesidad de apartarse del mundo tangible, ese que no le reportaba más que malos ratos. Y a pesar de las advertencias de Jaime, guardó bajo siete llaves cuanto él le había confesado, pues quizás, en un momento dado, le resultase de utilidad.

Mientras, en casa de los Solís, Margarita Durán miró por vez enésima el reloj. Eran las dos y media de la madrugada y su esposo aún no había regresado. Dejó la labor sobre el regazo al tiempo que doña Rebeca asomaba por la puerta de la sala.
—¿Qué haces aquí, mujer?
—Ya me retiraba, señora.
Su suegra la miró, y Margarita reconoció de inmediato la perversidad de esa mirada, la misma que contemplaba a menudo en el espejo.
—¿No estarás esperando a mi hijo, infeliz?
La nuera no apartó la vista, retadora:

—No, señora. No se me ocurriría, los hombres son hombres y necesitan respirar fuera del matrimonio.
Doña Rebeca asintió, desilusionada. Hubiese preferido que su nuera estuviese sufriendo la ausencia de Jaime como una pobre esposa humillada pues, de esa forma, hubiese aliviado su insomnio recurrente divirtiéndose un rato a su costa, metiendo el dedo en la llaga, haciendo sangrar la herida. Pero Margarita Durán parecía hecha de otra pasta, inmune a las humillaciones de los esposos como Jaime Solís, como su propio esposo.
—El servicio ya se ha retirado, así que, si necesitas algo antes de acostarte, tendrás que hacerlo tú misma. Espero que mañana no te duermas en misa de ocho—fueron las últimas palabras de doña Rebeca antes de desaparecer entre las sombras, pues en los paseos nocturnos por la casa, a los que su insomnio le obligaba, recorría las estancias con una palmatoria en la que llevaba un pequeño cabo de vela encendido.
Margarita Durán había cenado odio, tanto, que estaba indigestada de él. Se metió en esa cama que compartía con Jaime y continuó despierta un buen rato, dándole vueltas a todos esos asuntos que la atormentaban. Extendió el brazo hacia el lado de la cama que debería ocupar su esposo, buscando su contacto en vano, él no regresaría tan pronto. Sintió en la boca el sabor amargo de la soledad y del rechazo como un peligroso veneno, pero no lo escupió, porque si lograba inmunizarse, todo sería más fácil. Ella era un superviviente, una luchadora, una hiena solitaria, pero, quizás por eso, aún más peligrosa.

Capítulo 11

Alma acababa de preparar un delicioso café de puchero, y el aroma, esparciéndose por la pequeña cocina, la llevó a aquella tarde en la que, allí mismo, Ismael y ella se besaron por vez primera. Cerró los ojos y pudo sentir de nuevo el sabor de su boca, el olor amaderado de su cuerpo fibroso, vibrante de deseo. Se dejó llevar por la fantasía, y un agradable cosquilleo inundó su vientre, le deseaba con todo su ser. De vuelta al presente, pensó con tristeza en lo enamorada que estaba de él y en todos los escollos que dificultaban su relación, y sintió esa impotencia que caía sobre ella como una losa y que la sumía en una indiferencia enfermiza, en una pena negra y honda. Sabía que todo sería más fácil para ambos si reunía la fuerza suficiente para renunciar a él, pero le faltaba valor. Resistiéndose al consejo de la prudencia, tanteó una vez más la posibilidad de invitarle a otro café el jueves, cuando él saliese de su clase de matemáticas con Nieves, la niña superdotada a quien tenía tanto que enseñar. Pero estaba segura de que, en cuanto se encontrasen a salvo de miradas indiscretas, los dos solos, el uno frente al otro, ocurriría lo que ambos tanto deseaban, pues sus cuerpos, incapaces ya de resistirse a esa tensión sexual acumulada, necesitaban amarse tanto como respirar. «¿Por qué la vida se complica, cuando podría ser todo tan sencillo?», pensó con amargura mientras le daba un sorbo al café.

Un ruido en la ventana la sobresaltó, pues alguien golpeaba el cristal. Se llevó la mano al pecho en un gesto instintivo, como si quisiera apaciguar el acelerado latido de su corazón, y se asomó con cautela. A través del visillo, y protegida por la pared, comprobó que se trataba de un hombre desconocido, y eso la alivió. Salió de la cocina y abrió.

—¿Qué desea?

—¿Es usted la maestra? — preguntó el recién llegado y, sin más preámbulos, fue directo al grano— Si es así, quiero que me cuente

eso que va a hacer en la escuela.
—¿Cuál de todo? —dijo ella, con la puerta aún medio entornada.
—Lo de que los guajes no vayan a *trabayar*. ¿Cómo es eso, señorita?
El hombre trabajaba en la mina, pues el polvillo de carbón que tintaba sus parpados lo delataba. Estaba algo bebido, pero a Alma no le extrañó, eran muchos los que tenían por costumbre pasar la tarde en la taberna.
—Bueno, ahora salgo y se lo cuento, no estaría bien visto que entrase usted en mi casa—respondió Alma, en cierto modo sorprendida por que uno de los padres se hubiese interesado por el proyecto que estaba intentando sacar adelante. El hombre soltó una risotada.
—¡Vaya con la maestra! ¿Y eso por qué? ¿Porque no soy un señoritingo? ¡Venga ya! —resopló— ¿Le impide usted el paso a un honrado padre de familia?
Alma no supo qué contestar, así que no la quedó más remedio que dejarlo entrar. Le indicó con un gesto de la cabeza que entrase al zaguán.
—Está bien, pase y le explicaré en qué consiste el proyecto— dijo ella mientras pensaba que, por muy honrado padre de familia que fuese aquel individuo, dejaría la puerta abierta.
El tipo sonrió y entró, deteniéndose en el zaguán. El hombre rezumaba alcohol hasta por los poros de la piel y su mirada, negra, profunda e indescifrable, como un negro pozo donde esconder todo tipo de pensamientos oscuros, la amedrentó. Instintivamente, dio un paso atrás antes de comenzar a hablar.
—Se lo resumiré en pocas palabras —comenzó Alma a exponer su proyecto—: estoy tratando de evitar que los niños de mi escuela falten a sus clases y, para ello, vamos a contar con una gratificación para las familias que se esfuercen por…
El hombre la interrumpió con brusquedad.
—Ya sé cuáles son sus planes, señora, aparte de retozar con señoritos en el prado de la escuela.
A Alma se le erizó la piel. Guardó silencio durante unos segundos, a la espera de la reacción del hombre, que no se hizo esperar.

—Creo que está engatusando a nuestras *muyeres,* que son más tontas que el asa de un cubo. Ésas se lo tragan todo, vienen envenenadas y luego, lo pagan con los maridos. La mía no, porque sabe que, como se ponga de uñas, la arreo un tortazo que le vuelvo la cara del revés.

En este momento, la maestra comenzó a temblar. Sus peores pesadillas comenzaron a flotar ante sus ojos, y tuvo que hacer un esfuerzo por controlarse.

—Yo no enveneno a nadie, si usted me deja que le explique lo que pretendemos, comprenderá que…

El hombre, repentinamente, se volvió y cerró la puerta antes de que Alma tuviese tiempo de reaccionar. De una zancada, estaba tan cerca de ella que podía oler su aliento cargado. Sus ojos, enrojecidos, delataban los excesos de la taberna. La maestra, apoyada contra la puerta por la que se accedía al piso superior, temblaba de pies a cabeza. No quería darle a ese energúmeno la satisfacción de verla atemorizada, y quiso avanzar al frente quitándoselo de en medio, pero las piernas no le respondían.

—Podríamos pasar un buen rato, es usted una hembra muy hembra, no las hay tan hermosas por estos parajes —dijo el tipo, acercándose aún más. Pero cometió un error importante al apoyar su brazo en la puerta sobre la que también se apoyaba Alma, pues a pesar de tenerlo tan cerca que apenas tenía margen de maniobra, aprovechó el flanco que había dejado al descubierto para lanzar el puño contra su costado. El hombre soltó un aullido y se replegó, momento que ella aprovechó para colarse por la puerta y subir a toda velocidad. Aun así, el intruso reaccionó a tiempo de agarrar los bajos de su falda, lo cual estuvo a punto de provocar que la maestra perdiese el equilibrio y cayese hacia atrás. En un rápido movimiento, se giró con la intención de tener las piernas libres para patearle, pero el desagradable intruso tiró de ella hacia abajo. Cuando ya la tenía a su altura, la maestra le asestó un golpe en el rostro que hizo que se desorientase unos segundos, los cuales aprovechó, animada por un excepcional instinto de supervivencia, para lanzar la rodilla contra la boca del estómago de su agresor, quien se apartó a un lado, retorciéndose de dolor. Con el hombre incapacitado, Alma se

lanzó escaleras arriba y entró en el único cuartito que disponía de un endeble cerrojo. Presa del pánico, abrió la ventana y comenzó a gritar cuanto podía, deseando llamar la atención de los vecinos. Eran tales las voces, que enseguida se abrieron dos ventanas de las casitas de enfrente, y un joven salió a la calle. Al ver que la maestra pedía auxilio con medio cuerpo fuera del ventanuco, cruzó la calleja corriendo hacia la vivienda de Alma, mientras su agresor, alertado por el escándalo, abandonaba la casa, perdiéndose calle arriba antes de que pudieran detenerlo, algo que, quizás, nadie se hubiese atrevido a hacer.

El joven subió veloz las escaleras, pero la puerta del cuartito donde se había encerrado la maestra estaba cerrada y, como ella continuaba gritando, aún tardó unos instantes en oír las voces desesperadas del chico, pidiéndole que abriese. Sólo entonces, se precipitó a quitar el cerrojo.

—Señorita, ¿se encuentra usted bien?

El golpe le había partido el labio, sólo eso, pero la adrenalina que circulaba por sus venas le impedía sosegarse.

—¿Dónde está? ¿Se ha ido ya? —le preguntaba al joven, al que se agarraba con una fuerza desmesurada.

—Tranquila, ha salido corriendo. ¿Está usted bien? Tiene sangre en el labio.

Alma se dejó caer sobre la única silla que amueblaba la pequeña estancia.

—No es nada, lo peor es el susto que me he llevado. Un padre insatisfecho con la maestra de su hijo—respondió Alma, al tiempo que hacía un gesto de resignación con las manos.

—Me alegro de que esté a salvo —dijo el joven vecino, sonriente. Y se alegraba de verdad, porque la bella mujer lo tenía encandilado—. ¿Quiere que llame al doctor?

—No, no es necesario, muchas gracias, si no llega a ser por ti.. Vives enfrente, un par de casas arriba, ¿verdad?

Al chico se le iluminaron los ojos al comprender que no había pasado inadvertido para la maestra.

—Sí, señorita. Darío, para servirla.

—Encantada de conocerte, Darío.

—Y no tema usted, señorita, que estaré pendiente, por si a ese loco le da por volver.
—Te lo agradezco mucho. Ahora sólo quiero descansar, ya te digo que me he llevado un buen susto.
El chico asintió con la cabeza, sonrió de nuevo y se fue, alegre y motivado por la circunstancia de que la hermosa maestra se hubiese fijado en él.

El rumor se extendió con rapidez, pero las versiones que circularon acerca de lo sucedido se fueron adulterando después de rodar, durante horas, de boca en boca. A don Remigio le había llegado la disparatada noticia de que un hombre se había colado sigilosamente en casa de la maestra con la finalidad de degollarla, añadiendo, de paso, la opinión generalizada de que la pequeña casita de los maestros estaba maldita, desde que en ella murió la esposa del predecesor en el puesto de Alma.
El cura, muy alarmado, se quitó la casulla que, pese a las prisas, dobló con su habitual esmero, y salió disparado.
A nadie le extrañó ver a don Remigio por allí después de lo sucedido y, él sí, podía entrar en casa de la joven maestra sin provocar habladurías. Alma, cuyo labio partido apareció por la mañana ligeramente amoratado, le flanqueó le paso después de dedicarle un escueto saludo.
En cuanto estuvieron a solas, el párroco se acercó a ella y le tomó las manos:
—Hija, ¿estás bien?
—No se preocupe, tío, tan sólo era un cabestro, un minero borracho y pendenciero.
El cura se dejó caer sobre la silla y resopló, aliviado.
—En cuanto me enteré, temí que…bueno, ya sabes.
—De momento puedo considerarme a salvo. No sufra por mí, no bajo la guardia ni un segundo.
—Y entonces, ¿cómo es que ese hombre pudo entrar y golpearte?
—Porque antes de abrir, siempre miro por la ventana, ya sabe que tomo esa precaución, me va la vida en ello —Alma le miró con gesto

contrito—. Al ver que no era él, le abrí. Pero iba borracho e intentó propasarse conmigo. Me supe defender, como verá.
—¡Vaya susto! He venido en cuanto me he enterado, lo cual ha sucedido, como ya imaginarás, a la salida de misa. Si algo tienen en común todas esas beatas mañaneras, es su facilidad para enterarse de todo. Debería contratarlas *El carbayón*.
Alma sonrió con tristeza:
—Creo que si hubiese sido lo que usted tanto temía, se hubiese enterado mucho antes. Los dos sabemos que no hubiese salido con vida.
—¡No digas eso, hija! Has de ser optimista y mantener la esperanza de que aquí estás a salvo.
—Tío, usted sabe, igual que yo, que no estoy a salvo en ninguna parte, sólo es cuestión de tiempo—replicó la joven y, en su mirada, la tristeza empañó sus ojos verdes y chispeantes.
—Mantén la fe, rezo por ti, lo sabes. Y Dios nuestro señor te guardará.
Alma no replicó, su tío Remigio era un buen hombre, y no quiso desilusionarle replicando que, llegado el fatídico momento, Dios quizás se viese incapaz de protegerla, porque el odio y la maldad son las poderosas armas del maligno. Y él, a veces, también gana batallas.

Capítulo 12

Llegó la noche de San Juan. Aquel año tenían una cita ineludible con las hogueras, pues se trataba de una celebración ancestral que Matthew y John no podían perderse. Celia lo organizó todo para acudir a la playa, sin sospechar Silvia que, además del interés por mostrarles a los ingleses tan arraigada tradición, a su cuñada le movía otro propósito muy distinto.

Irían con Beltrán, por supuesto, y se encontrarían allí con el resto de la familia, pues a Matthew y John los acompañarían Sofía e Ismael Quirós. Como era de esperar, la pequeña Aurora no quiso perderse el espectáculo, por lo que miss Hudges acudiría para encargarse de la niña.

Mientras, Sofía Quirós contaba las horas que faltaban para la celebración, pues allí se encontraría con Carlos Balmori. Debían conformarse con lo de siempre, con intercambiar unas palabras de cortesía y unas sonrisas de complicidad, vigilando siempre que el gesto pasase inadvertido. Pensó, airada, que ya estaba muy harta de esconder su amor.

Cuando llegaron a la playa, la noche más mágica del año ya se iluminaba con el resplandor de las hogueras que ardían en la orilla, alrededor de las cuales lugareños de todas las edades rendían su culto al fuego purificador, con la esperanza de dejar atrás el largo invierno y renacer como lo hacían los brotes acariciados por los últimos rayos de la primavera. El aroma a salitre se mezclaba con el de leña quemada, cargando el aire de promesas y buenos augurios.

La celebración de la noche de San Juan tenía la particularidad de ser una de las pocas ocasiones en las que gentes de todo tipo y condición se daban cita en la playa: mineros, artesanos, obreros y lavanderas miraban el fuego, tan embelesados como las damas de postín y sus acaudalados esposos, ricos empresarios indianos y profesionales de prestigio.

Tanto Sofía como Ismael se emplearon a fondo en buscar a quienes más les interesaban. Sofía tuvo suerte, pues localizó de inmediato a Carlos Balmori en compañía de sus padres — Enrique Balmori, más aferrado al terruño y a las viejas tradiciones que su rival, Álvaro Quirós, era habitual de estos eventos —. Los jóvenes enamorados se dedicaron la primera sonrisa, mientras Ismael Quirós buscaba a Alma entre el gentío.

Entre saludos y presentaciones, enseguida los grupitos comenzaron a mezclarse. Los Balmori se acercaron a los Quirós, pues Enrique, ignorando la indeseable presencia de parte de la familia a la que detestaba, no quería desperdiciar la ocasión de saludar al joven abogado Beltrán Villanueva, con quien le interesaba mantener relaciones cordiales, dado su prestigio. Roberta, la hermana de Carlos, susurró algo al oído de su hermano, y enseguida se acercaron, juntos, a las hermanas Quirós:

—Buenas noches, señoritas.

—Hola, Carlos, Roberta—saludaron las jóvenes—. Quisiéramos presentaros a nuestro primo, quien ha venido acompañado a su vez por el suyo—. ¡Matthew, Matthew! —le llamó Sofía.

Matthew y John se acercaron complacientes, y las Quirós hicieron las presentaciones. A nadie le extrañó la sonrisa anonadada de Roberta cuando saludó a John Beadle, como tampoco fue una sorpresa la mirada insistente y pasional que el joven conquistador de corazones le dedicó. A Silvia, que estaba allí mismo, le asaltó un incomprensible, absurdo y disparatado ramalazo de celos.

—Esta tierra está llena de mujeres bellísimas— dijo Beadle sin apartar sus ojos de Roberta quien, a pesar de no entender ni una palabra, continuaba mostrándose solícita y encantadora.

—¿Qué ha dicho? — le preguntó con discreción a Sofía, acercándose un poco más a ella.

Sofía Quirós soltó una risita:

—Lo que les dice a todas, Roberta. ¡Ni se te ocurra hacerte ilusiones, es un vampiro de los sentimientos!

Roberta, conocedora por su hermano Carlos de la relación que Sofía Quirós y él mantenían en secreto, sabía que podía confiar en la joven, así que decidió de inmediato olvidarse de ese

rompecorazones con el que no tenía ninguna posibilidad, entre otras razones, porque no entendía ni una palabra de lo que decía.
En ese momento, una joven rubia y muy llamativa se acercaba a ellos, saludando efusivamente con la mano en alto. Celia la reconoció enseguida, pues eran pocas las mujeres que, con tal de seguir los dictámenes de la moda a rajatabla, eligiesen prendas tan llamativas y poco adecuadas. Y así era Mercedes Ribera. Cuando estuvo más cerca, ya no había duda de a quién dirigía su saludo.
—¡Beltrán! ¡Querido Beltrán!
En ese momento, un latigazo de rabia sacudió a Celia. Nunca le había quedado del todo claro si Mercedes fue amante de su esposo antes de conocerla a ella, pues tan sólo habían esclarecido un lamentable episodio sucedido en el baile de los Quirós, del que la señorita Ribera fue triste protagonista. Al pensar en tal posibilidad, a Celia le invadieron celos que ya creía superados. Nunca había desconfiado de su esposo, al que adoraba, pero su estado de ánimo de los últimos meses trastocaba su ánimo, propiciando una inseguridad impropia de ella.
Beltrán, que permanecía de espaldas a la recién llegada, se giró al oír su nombre y, al verla, cambió la expresión de su rostro. Mercedes Ribera no le había ocasionado más que problemas, el peor de todos relacionado con Celia, a la que estuvo a punto de perder para siempre por un simple malentendido.
—Mercedes… —saludó él con visible indiferencia— Supongo que recordarás a Celia Quirós, la conociste en el baile anual que sus padres celebran antes de navidad. Ya sabrás que nos hemos casado —dijo, tomando a Celia por la cintura.
La decepción asomó al rostro de la joven, cambiando su coqueta sonrisa por una mueca de fingida indiferencia.
—No sabía nada, pero te felicito, querido amigo—y para sorpresa de Celia, le plantó un beso en la mejilla. Él hizo un leve movimiento de rechazo, y la contempló con una sonrisa escéptica:
—Pues haces bien en felicitarme, sin duda: casarme con Celia ha sido la mejor decisión de mi vida—respondió Beltrán, como si quisiese dejarle bien claro a Mercedes que su matrimonio era su mayor fortuna.

—Bueno, en realidad—dijo mirando por vez primera a Celia a los ojos— no sé quién será más afortunado de los dos, porque tu esposa se ha llevado un hombre excepcional.
—¿Y cómo tú por aquí? — preguntó Beltrán sin ganas, bastante contrariado al saberla de nuevo por las bellas tierras asturianas.
—Mi padre se ha empeñado en alquilar una villa para pasar el verano. Yo he sido la culpable, al comentarle las maravillas de estos parajes.
Ahora Beltrán se acercó un poco más a ella, y en tono bajo, pero que su esposa pudiese oír, le dijo:
—Pues sabiendo a tus padres tan cerca, espero que no te desmadres como la última vez. Si bebes más de la cuenta, no seré yo quien vuelva a rescatarte, ahora todos mis desvelos son para mi bella esposa.
Mercedes le miró, y él advirtió claramente su rechazo por haberla puesto en evidencia delante de Celia.
—Tranquilo, no te preocupes por mí, habrá muchos hombres dispuestos a sustituirte.
Celia miró de reojo a Beltrán, pues la desafortunada expresión de Mercedes había logrado su objetivo, que no era otro que sembrar la desconfianza entre ellos. Por suerte, en ese momento se acercaban Matthew y John. Este último, al ver a la despampanante mujer, comprendió que iba a estar muy ocupado toda la noche. Por eso, en cuanto se hicieron las presentaciones, John y Mercedes enseguida se desentendieron del resto, dedicándose en exclusiva el uno al otro. La barrera del idioma no fue un problema, porque ambos manejaban de maravilla el universal lenguaje de la seducción.
—Vaya, parece que John ha encontrado un nuevo objetivo—le dijo de pronto Matthew a Silvia, quien contemplaba, decepcionada, el desparpajo de Mercedes Ribera, un desenfado que ella, demasiado comedida, envidiaba un poco. Miró al inglés, algo sorprendida.
—¿Por qué dice eso, Matthew?
—No me diga que no se ha dado cuenta…es usted demasiado considerada, lo cual le agradezco. Porque como también es muy inteligente, ya se habrá percatado de que mi primo John es un inquieto conquistador.

Ella sonrió sin ganas, algo desconcertada. Por un momento, pensó que las palabras de Matthew hacia John estaban provocadas por una envidia malsana, acomplejado por el indudable éxito que su primo tenía con las mujeres. Respondió con cautela.
—No sabría qué decirle, aún no le conozco lo suficiente. Pero por lo que he visto, tiene un encanto irresistible. Y sabe cómo engatusar a una mujer.
—Ése es su gran problema, Silvia: lo sabe demasiado bien. Y puedo garantizarle que he hablado largo y tendido con él, porque sus aventuras amorosas le han causado más de un disgusto, pero no hay manera, es algo que no puede controlar. Ve a una mujer guapa, y todo en él se dispara.
—O sea, que lo hace con todas— inquirió Silvia con la cabeza gacha, pues empezaba a convencerse de que aquel joven irresistible no era, desde luego, una opción para alguien como ella. ¿O sí? Quizás los celos de Matthew hablaban por él. Pero Matthew fue muy explícito, demostrando un aplomo que nada tenía que ver con una posible rivalidad con su primo John.
—Me temo que sí, lo hace con todas. Que intentase conquistarla en cuanto la vio me parece normal, es usted una belleza— Matthew carraspeó, como si quisiera desviar la atención de tanta sinceridad, toda una declaración—, pero coquetea hasta con las mujeres del servicio.
—Vaya con el bueno de John. Y dígame, ¿Cómo pueden ser tan distintos, siendo familia?
El joven inglés sonrió:
—Carezco por completo de sus dotes de seducción, no voy a negarlo. Pero no me importa: yo no necesito la atención de todas las féminas que me encuentro por el camino, porque soy hombre de una sola mujer.
—Comprendo. Quiere usted decir que ha dejado a su prometida en Inglaterra.
—¡No, qué va! —se apresuró a desmentir Matthew—Me refiero a que enseguida sé si una mujer me ha robado el corazón y, entonces, sólo tengo ojos para ella— dijo, mirándola con una intensidad que a Silvia le sorprendió. Sin apenas darse cuenta, se habían separado un poco

del grupo y ahora rondaban alrededor de la hoguera, que ya ardía con cierta intensidad, emitiendo un fulgor anaranjado que se desvanecía en el cielo, saturado de brillantes estrellas. Las olas gemían con dulzura al romper contra la orilla, componiendo la melodía perfecta para acompañar un ambiente cargado de rito, superstición y magia ancestrales. Silvia se dejó llevar por la situación, estaba relajada y soñadora.

—Bueno, siendo primo de John, su actitud le honra, desde luego— bromeó Silvia. Y quiero que sepa algo —se sinceró, sin apenas pensarlo—, el atractivo de un hombre, para mi gusto, radica en su nobleza.

Matthew sonrió complacido, quizás la bella Silvia Villanueva se estaba refiriendo a él, así que guardó sus palabras, envueltas con delicadeza, en un lugar privilegiado donde poder rescatarlas después.

Mientras tanto, Celia hablaba con su hermana Sofía:

—Me gustaría dar un paseo por la playa con Beltrán, no tardaremos demasiado. ¿Harás un poco de caso a Silvia? No quiero que se sienta sola— Pero Sofía le hizo un gesto con la cabeza, señalando el lugar donde, a pocos pasos de ellos, su cuñada y su primo Matthew parecían mantener una conversación muy interesante, a juzgar por la expresión soñadora en el rostro de ambos.

—Parece que hace buenas migas con nuestro Matthew— inquirió Sofía.

—¡Qué remedio! Creo que estaba muy interesada en John pero, como puedes constatar, parece que Mercedes Ribera lo ha acaparado, de lo cual me alegro, porque me parece que este pariente de Matthew es un rompecorazones. Y no me gustaría verla sufrir de nuevo por amor, ya lo ha pasado bastante mal.

—Sí, el mal de amores es de lo peor—comentó Sofía, cabizbaja—. No quiero ni pensar qué sería de mí si la enemistad entre nuestros padres lograse, finalmente, separarme de Carlos.

—No digas eso, Sofi—dijo Celia, enternecida—eso no va a suceder. Además, siempre tendríais la opción de casaros en secreto y darles a esos dos cabezotas una lección inolvidable.

—Sí, en efecto, es lo que yo haría—respondió su hermana con una seriedad inesperada—. Aunque todos pagaríais el precio de nuestra decisión: las familias se enfrentarían aún más, mamá y Águeda perderían a sus hijos y, para colmo, Roberta y Aurora lo tendrían muy complicado para casarse, dado que nuestra falta sería una mancha en la reputación familiar que muchos no podrían olvidar.
—¡Pues sí que estás tú optimista! —respondió Celia mientras observaba a Beltrán, Ismael y la pequeña Aurora, cuya institutriz no le quietaba ojo, señalando al cielo en busca de constelaciones estelares. Su hermana estaba tan desanimada que se abrazó a ella con fuerza:
—Sofí, confía: todo saldrá bien, ya lo verás. Y ahora te dejo, voy a ver si Beltrán desea acompañarme, me apetece descansar de tanto barullo—dijo Celia, sin confesarle, ni siquiera a ella, sus verdaderas intenciones.

La brisa marina acariciaba suavemente el rostro de Celia mientras caminaba de la mano de su esposo por la playa de San Juan de Nieva. Llevaba un vestido blanco, muy ligero, que el aire enredaba entre sus piernas. Mientras miraba las olas que rompían a sus pies, sólo pensaba en lo que la había llevado hasta allí.
—Beltrán, amor, caminemos un poco más, me gustaría alejarme del bullicio y contemplar las estrellas en completo silencio.
Beltrán no se opuso, era una noche preciosa y no se le ocurría mejor plan que pasear con su esposa por una playa de ensueño, en una noche de cielo limpio y estrellado.
Después de recorrer la orilla durante unos minutos, se detuvieron. Allí todo era paz, atrás quedaba la algarabía de la ancestral noche de rituales y la luminosidad de las hogueras. Estaban solos, arropados por los deliciosos murmullos de las olas. Celia, guardiana de su secreto, sintió la necesidad de actuar, el momento había llegado. Se sintió de pronto insegura, sin saber cómo explicarle a su prudente y racional esposo que debía meterse en el agua con ella y saltar juntos nueve olas. Dicho así, sonaba ridículo hasta para ella, convencida por completo de la eficacia del ritual. Decidió actuar con mucha

cautela, intentando llevarlo hasta su terreno. Así que se sentó en la arena y se quitó los borceguíes. A continuación, hizo lo propio con las medias y después se levantó la falda a la altura de las rodillas, sujetándola con la cinturilla del vestido. Beltrán la miraba atónito e hipnotizado, nunca se cansaría de contemplar la belleza de cada centímetro de su piel, la destreza de sus movimientos, tan femeninos sin pretenderlo, el olor cítrico que emanaba de ella…
—Voy a meter los pies en el agua. Es un viejo ritual, lo he leído no sé dónde— le dijo Celia, mirándolo sonriente— ¿te animas?
Beltrán la miraba aún deslumbrado. Sin deshacer su sonrisa fascinada, negó con la cabeza:
—El agua debe de estar muy fría. Eres una valiente, yo prefiero contemplarte, me gusta más.
La joven esposa vio peligrar su plan y se acercó, mirándolo con fijeza mientras dibujaba un puchero irresistiblemente tierno, al tiempo que tendía su mano hacia él:
—¡Por favor, Beltrán! Es una noche mágica, no podemos dejarlo pasar. ¡Anda, por favor!
Él se puso en pie con desgana:
—Está bien, ¡sabes que no puedo negarte nada! —dijo protestando, mientras se quitaba los zapatos y se arremangaba los pantalones a la altura de las rodillas.
De la mano, se metieron en el agua. Estaba fría, la sensación era electrizante pero, al cabo de unos segundos, el masaje del agua sobre sus pies resultaba muy placentero. Se miraron como solían hacerlo, con una equilibrada dosis de dulzura y pasión. Ella se adentró un poco más, juguetona.
—¡Saltemos las olas! —dijo, evitando cualquier atisbo de premeditación en sus intenciones.
—No, cariño, no…No pienso mojarme los pantalones. Ni por ti, ni siquiera por ti—bromeó él, en el instante preciso en que una ola de mayor altura que las anteriores chocaba contra sus piernas, salpicándole.
—Ya estás mojado, así que... ¡Hagámoslo!
Beltrán se soltó de la mano de su esposa, y retrocedió:

—No seas niña, Celia, ¿no comprendes que es incómodo que nos mojemos, así, por las buenas? —dijo él, tras lo cual dio media vuelta y se paró en la orilla, justo donde el agua apenas llegaba.
Celia salió sujetando su falda arremangada. Un mechón de su cabello se había desprendido del recogido y caía, provocativo, sobre su rostro perfecto. Le miró de frente, y la escasa luminosidad de una luna en creciente le impidió ver a Beltrán el brillo húmedo en sus ojos. De repente, la joven comenzó a desabrochar los botones de su blusa, desprendiéndose de ella. A continuación, fue la camisa interior, seguida del ligero corsé que sujetaba su pecho, el cual quedó al descubierto. El contacto con la brisa nocturna erizó sus pezones mientras Celia se despojaba de la falda y del resto de sus prendas, hasta quedar totalmente desnuda. Miró a Beltrán, poderosa como una diosa de la mitología, y le tendió la mano, incitante, provocadora. Él, anegada su voluntad por el deseo, se desnudó con torpeza y la siguió, mientras sus siluetas se recortaban contra el brillo plateado del mar cantábrico. El agua estaba fría, pero a ninguno de los dos les importó demasiado. Beltrán comenzó a besarla, primero en los labios, luego en el cuello hasta descender a los pechos. Estaba tan excitado que la tomó en brazos para penetrarla ya mismo, pero ella se lo impidió, antes debían hacer algo más juntos. Y había llegado el momento de sincerarse, él también debía creer, si no, no funcionaría.
—Amor mío, saltemos nueve olas. Es un ritual antiguo, con el cual veré cumplido mi deseo de ser madre y de darte un hijo.
Beltrán estaba tan sorprendido que no respondió. Sólo la miraba, como si quisiese adivinar algo más. Por fin, se decidió a hablar:
—Celia, cariño, sabes que no soporto las supercherías, me sacan de quicio. Aún no somos padres porque la naturaleza sigue su curso, hay que darle tiempo. No voy a colaborar en semejante locura, es una solemne tontería que va contra mis más arraigados principios. ¿De dónde has sacado eso?
Celia agachó la cabeza:
—Se lo oí a una de las criadas.
Beltrán suspiró:
—¿Y una mujer como tú se hace caso de esos chismes?

— Hablaban de mí—dijo ella, sin dejarle continuar.
Beltrán captó la tristeza que emanaba su voz, y se sintió impotente. Su esposa estaba pasando por un momento difícil y él ni siquiera se había dado cuenta, siempre tan centrado en sus propios asuntos. Muy a su pesar, decidió condescender, por ella.
—Si salto esas olas, ¿te sentirás mejor?
Celia sonrió débilmente:
—Sí, claro que sí, pero tú has de sentirlo también.
Él le dirigió una tierna mirada mientras asentía en silencio y pensaba que, ponerse a saltar olas en plena noche, era un precio demasiado pequeño, si con ello lograba aplacar la angustia de su amada esposa.
Y comenzaron con el ritual, la luna creciente y las estrellas como testigos únicos del momento. El agua les golpeaba con suavidad, recibiéndolos en su seno con la ternura de una madre comprensiva.
Una, dos, tres olas…así hasta nueve, dados de la mano, mirando hacia la inmensidad del mar. Celia temblaba y Beltrán la arropó entre sus brazos, provocando con ello que su cuerpo amenazase con estallar de deseo. La besó con intensidad y ella se dejó llevar, encendiéndose tanto como él lo estaba. Aún abrazados, las piernas de Celia rodearon su cuerpo cuando se puso a horcajadas sobre él, y antes de fundirse con ella, Beltrán le susurró al oído:
—Y ahora, para que funcione, debemos poner el resto de nuestra parte.
Las olas los mecieron mientras se amaban, ahogando sus jadeos de placer.
Celia Quirós desconocía que ese hijo, tan deseado, ya vivía en su vientre cuando saltó las nueve olas de la mano de Beltrán.

Capítulo 13

Nieves era una niña muy especial. Ismael disfrutó mucho con la clase, explicándole algunos conceptos que ella aprendía sin dificultad, con tanto entusiasmo como él ponía en hacérselos comprender, ante la atenta y sonriente mirada de Luisa, la madre de la niña, una mujer gruesa y encantadora que hacía todo lo posible por evitar a su hija los sinsabores por los que ella había pasado desde la más tierna infancia. La mujer se sentía en deuda con el joven Quirós, y todo agradecimiento le parecía poco. Por eso, antes de salir, le entregó una bolsita de tela.

—Tenga, don Ismael, unas almendras garrapiñadas.

—No se moleste, Luisa, no es necesario—respondió el joven, sonriente.

—Cójalo, por favor, poco más puedo ofrecerle, ¡y le estamos tan agradecidas! Creo que la última vez le gustaron, así que las hice para usted.

Él tomó la bolsita mientras manifestaba su entusiasmo:

—Muchas gracias, lo cierto es que están riquísimas. Bueno, ahora he de irme. ¡Hasta el próximo día! Nieves—se volvió hacia la niña— no te olvides de resolver los problemas que te he dejado, verás que son un reto, muy interesantes.

La niña asintió con la cabeza, y su sonrisa era tan luminosa que Ismael sonrió, contagiado de entusiasmo. Madre e hija permanecieron en la puerta, la niña agitando su manita, hasta que le perdieron de vista.

Enseguida, el joven Quirós se bajó de su caballo, al que dejó pastando en un trocito de prado cercano a la vivienda a la que se dirigió.

Alma Reguera le esperaba impaciente, deseosa de verle, de tocarle, de besarle…pero no haría nada de eso. El incidente de días atrás le había recordado algo que, en realidad nunca había olvidado, algo siempre presente: que ella no tenía vida.

Cuando oyó los aldabonazos en la puerta, se secó las lágrimas y salió al zaguán. Enseguida, la sonrisa limpia e ilusionada de Ismael lo iluminó todo, también los rincones más oscuros de su alma. Deseó abrazarlo, sentir el calor de su cuerpo, besar sus labios y perderse en el placer inmenso de olvidarse del mundo entre sus brazos.
—¡Alma, Nieves es una niña excepcional! —fueron las primeras palabras del joven Quirós en cuanto traspasó la puerta.
—Ya te lo dije…¿Lo habéis pasado bien?
Ismael suspiró, se notaba que estaba encantado con su aventajada alumna.
—De maravilla. Coincidimos, ambos nos apasionamos por las matemáticas, y poder compartirlo es algo muy emocionante.
Alma rio divertida:
— ¿Emocionantes, las matemáticas? ¡Eres mucho más raro de lo que me había imaginado, Ismael Quirós!
—Mira si son emocionantes, que casi me olvido de que te traigo algo —dijo el joven, sacando del bolsillo de la chaqueta la bolsita con las almendras garrapiñadas.
—Adivino que Luisa las ha hecho para ti, Ismael, es una mujer muy agradecida.
—Lo sé, pero no tiene nada de malo que quiera compartirlas contigo —dijo él, al tiempo que sacaba una y la depositaba con delicadeza en los labios de Alma. Ella comenzó a masticar sin ganas, no tenía apetito.
—Bueno, y tú, ¿qué tal vas con tu proyecto? —preguntó el joven, refiriéndose al asunto de las becas para evitar el absentismo escolar.
La maestra agachó la cabeza, no quería mentirle, pero tampoco deseaba que se preocupase por lo sucedido, si es que llegaba a sus oídos. Así que decidió quitarle importancia:
—Bueno, ya sabes, siempre hay alguien a quien no le parecen bien las cosas. El otro día vino un padre a quejarse de mi idea, la cual consideraba una tomadura de pelo. ¡Tuve que echarle de aquí con cajas destempladas!
—Has de tener cuidado, Alma: estoy seguro de que hay gente que no ve con buenos ojos tu labor. Estuve hablando con Celia de la

reunión que tuvisteis con las madres, y llegué a esa conclusión. Por eso, no me ha extrañado lo que acabas de decirme.
Alma asintió en silencio, deseando que Ismael no se percatase de la pequeña cicatriz en su labio. Pero el joven ya tenía la cabeza en otros asuntos más placenteros. Se acercó a ella, la tomó por la cintura y, ya a punto de besarla, ella interpuso su brazo, apartándolo un poco, al tiempo que ladeaba la cabeza.
—¿Qué te pasa, Alma? ¿Sucede algo? —preguntó Ismael, preocupado.
—Creo que ya lo hemos hablado, y esto no puede continuar. Alguien ha de poner sensatez en esta locura y, por edad, creo que me corresponde a mí hacerlo.
Ismael la miró, sonriente pero desconcertado.
—¿Acaso estás hablando con un crío inmaduro? ¿Otra vez con eso, Alma? Pensé que esa cantinela ya estaba olvidada.
—Por tu comportamiento, no puede negarse que algo inmaduro ya eres — a Alma le tembló la voz al pronunciar unas palabras que no sentía. Ismael se quedó petrificado, mirándola sin comprender.
—Alma, no sé a qué viene esto, a veces tengo la absurda impresión de que juegas conmigo al gato y el ratón. Dime que no me quieres y te dejaré—dijo, mirándola con fijeza.
Ella bajó la vista. Ahora las lágrimas rodaban sin censura por su rostro pecoso. Era incapaz de decirlo, así que se refugió en el silencio.
—Ya veo—dijo Ismael, con los ojos húmedos—, quien calla, otorga, ¿No es eso? No te creo tan cobarde, Alma. Algo está pasando, y quiero saberlo.
Ella levantó la vista. Se sentía acorralada por su secreto, un secreto que, poco a poco, iba estrechando el cerco hasta asfixiarla. Reaccionó liberando una rabia intensa que nada tenía que ver con Ismael, porque él era paz y la luz que necesitaba, a las que se veía obligada a renunciar:
—¿Quieres saberlo? ¿De verdad quieres saberlo? ¿Y qué derecho tienes? —dijo elevando la voz, mientras las lágrimas seguían brotando hasta rebasar su mandíbula y resbalar con lentitud hacia el cuello.

Ismael no dijo nada. Sólo la miró. Y por muchos años que viviera, Alma nunca podría olvidar esa mirada, la viva expresión de la desolación, del desengaño.
En completo silencio, el joven salió de la casa, desató su caballo y la joven maestra lo vio partir al galope, alejándose en la distancia y con él, el único amor auténtico que había conocido.

Capítulo 14

Celia se levantó, miró las sábanas una mañana más y su rostro expresó sorpresa, incredulidad quizás, pero, sobre todo, mucha alegría. Se atrevió a sonreír, sólo levemente, como si temiese que esa alegría anticipada pudiera dar al traste con sus esperanzas. Se moría de ganas de salir corriendo y entrar en el despacho de Beltrán para decirle que algo maravilloso estaba sucediendo en su cuerpo, lo sentía. Pero temió anticiparse. ¿Y si sólo se trataba de un retraso provocado por el cambio de estación? ¿Y si a lo largo del día llegaba la desesperanza en forma de una humedad delatora entre sus piernas? ¿Y si era su permanente estado de ansiedad lo que había alterado sus periodos? Podría tratarse también de una gestación fantasma, lo había leído hacía tiempo en un libro, no recordaba cual, pero era un hecho científico y registrado, aunque poco frecuente, y se trataba de un estado mental de la mujer que provocaba síntomas análogos a los del embarazo.

Apartó de su mente estos pensamientos, aferrándose a la posibilidad y al optimismo, dejando de lado las suposiciones agoreras. Abrió la ventana y respiró el aire fresco. El cielo estaba limpio de nubes y auguraba una deliciosa mañana de verano. Permaneció allí unos instantes, consciente de que el abatimiento que se cernía sobre ella desde hacía unos meses, comenzaba a quedar atrás. Por un instante, volvió a tener miedo, pero el canto animoso de los pájaros le recordó que la vida se abre paso a cada instante, ¿por qué no dentro de ella?

Mientras se vestía, le pareció notar que la cinturilla de su falda le apretaba un poco más de la cuenta. Sonrió imperceptiblemente mientras pensaba si debía decírselo a Silvia, porque anhelaba compartir sus felices sospechas con ella también, pero su mente racional le aconsejaba prudencia.

Cuando bajó a desayunar, su querida cuñada ya esperaba en el comedor, deseosa de aprovechar el precioso día estival que tenían

por delante.
—Buenos días, dormilona.
—Buenos días, Silvia— Celia sonrió—. Soy una dormilona, lo reconozco. Desde que ha comenzado el verano, tengo sueño a todas horas—sin embargo, se guardó de decirle a su amiga que aquello de la somnolencia excesiva era otro de los cambios que solía acompañar a la gestación.
— ¿Qué planes tienes para hoy? He pensado que podríamos invitar a los ingleses a comer y, después, hacer una excursión por los alrededores, a algún lugar de interés que aún no conozcan. Quiero agasajarles como merecen antes de que se vayan.
— ¡Oh, no creo que eso suceda tan pronto! —respondió Celia—. Ayer mismo hablé con Sofía y me comentó que aún permanecerán una temporada por estas tierras.
—Aun así—insistió Silvia— creo que le debemos a tu primo esa invitación, y mejor hacerlo cuanto antes. Pero debemos avisar a Rosita enseguida, para que lo organicen todo en la cocina.
—De acuerdo, llamaré a casa y les haré la invitación formal. Por cierto, ayer no pude contártelo, pero estaba deseando hacerlo: ¿sabes que Mercedes Ribera no deja a John ni un momento? ¡Mamá está que muerde, tiene que soportarla en casa a todas horas!
—¡Esa mujer! —Rio Silvia— ¡Es el terror de los hombres guapos! Menos mal que tu hermano Ismael sólo tiene ojos para Alma, porque si no, a Mercedes se le acumularía el trabajo.
Ambas rieron al unísono. Celia terminaba ya su café cuando, de pronto, se sintió indispuesta. Sólo había comido un trocito de bollo, pero las arcadas le impidieron continuar comiendo. Estaba tan revuelta que no tuvo tiempo para explicaciones antes de salir al jardín y vomitar cerca de un seto, el más alejado. Tras unas cuantas arcadas, que vaciaron el poco contenido de su estómago, regresó, ligeramente recuperada.
— Está claro que la obra prioritaria será hacer un baño aquí abajo — fue su primer comentario. Su cuñada la miró, inquisitiva:
—¿Qué te ha pasado, estás indispuesta?
Celia asintió con la cabeza:

— He vomitado. Ahora me siento un poco mejor, pero no estoy bien del todo.
Lo primero que le vino a Silvia a la cabeza era que Celia podría estar embarazada, pero lo desechó de inmediato: su cuñada le hubiese comunicado enseguida sus sospechas. Así que descartó tal posibilidad y achacó la causa de su indisposición al andancio, tan frecuente en esa época del año.
—¿Dejamos lo de la comida para otro día? —preguntó Silvia, al verla en ese estado.
Celia dudó, pero respondió al momento:
—No, no creo que sea para tanto, seguro que me recupero a lo largo de la mañana. Llamaré a Villa Beatriz y hablaré con Matthew, ¿a la una y media te parece bien?
—Perfecto.
—Pues les diré que vengan a esa hora. Y después podríamos dar un paseo por la playa, va a hacer un día precioso.
—Como quieras, Celia—dijo Silvia, pensativa.
Se levantaron de la mesa, y Celia fue al despacho de su esposo, donde se encontraba el único aparato telefónico de toda la casa. Llamó a la puerta y, con una enorme sonrisa, le pidió permiso para hacer una llamada:
—¿Te interrumpo?
—Nunca lo haces, amor mío. Todo lo contrario, creo que deberías venir a visitarme más a menudo—dijo él poniéndose en pie y saliendo de detrás de la mesa. La tomó por la cintura y comenzó a besarla.
—¡Beltrán! —protestó ella sin convicción, le gustaban demasiado los besos de su esposo.
—¿Qué pasa? ¡Estamos solos! No es la primera vez que tú y yo, aquí, sobre esta alfombra…
Ella le miró y soltó una risita:
—Quien podría imaginarlo, ¿verdad? —Beltrán sonrió, juguetón, mientras se apretaba aún más contra su cuerpo, pero ella se apartó, sonriente. Dudó unos segundos, quizás sería conveniente guardar el secreto hasta estar completamente segura, pero, ¿acaso no lo estaba?

—¿Qué escondes tras esa sonrisa, Celia?
Ella bajó la vista, luchó unos segundos contra la vocecita interior que le decía que esperase, sólo un poco más, pero finalmente las ganas de compartirlo con él pudieron con la prudencia:
—¿Te acuerdas de las olas? —fue lo único que dijo, mientras le miraba con ojos brillantes. A Beltrán no le hicieron falta más explicaciones: la miró en silencio, mientras la expresión cambiante de su rostro iba delatando cuanto sentía: inicialmente sorpresa, después un ligero titubeo, como si sopesase la posibilidad de haber comprendido mal. A final, una enorme sonrisa iluminó su cara:
—¿Es cierto eso, Celia?
—Creo que sí. Esta mañana he vomitado el desayuno.
Ambos se echaron a reír, conscientes de que la conversación, fuera de contexto, era incomprensible para cualquiera. Después se abrazaron mientras Celia lloraba, el momento era demasiado intenso. Él la apretó un poco más y comenzó a besarla en la boca, con la pasión con la que siempre lo hacía. Pero la joven lo apartó con suavidad:
—Espero no estar equivocada, pero la intuición me dice que vamos a ser padres. Y ahora voy a hacer esa llamada y vamos a prescindir de tumbarnos en la alfombra, debemos ser cuidadosos, amor mío—dijo ella antes de depositar un beso sobre la mejilla del joven.
Beltrán la miró entusiasmado. Aunque su mujer era capaz de encender en él la pasión en cualquier momento, a cualquier hora del día, esta vez no echó de menos la alfombra: la noticia, tan impactante, lo había dejado exhausto.
Antes de salir del despacho, Celia le hizo una advertencia:
—Sólo lo sabemos tú y yo, así que, de momento, seamos prudentes, ni siquiera lo he compartido con Silvia— Beltrán asintió en silencio mientras pensaba que, egoístamente, hubiese preferido no saberlo, quizás era demasiado pronto para hacerse ilusiones.

Un poco antes de la una y media de la tarde, el Berliet de Matthew se detuvo ante las verjas de entrada a la propiedad. Celia y Silvia esperaban en el jardín trasero cuando Fermina anunció la llegada de

los caballeros ingleses, sin mencionar que venían acompañados. Matthew fue el primero en entrar, pidiendo disculpas de antemano:
—Querida prima, John ya había hecho planes con la señorita Ribera y le pareció una descortesía renunciar a ellos, tanto como rechazar vuestra generosa invitación, así que ella nos acompaña también. Te pido disculpas por este imprevisto.
Sin necesidad de más explicaciones, Celia entendió las palabras de su primo, pues en ese instante aparecían por la puerta del jardín John Beadle y Mercedes Ribera. A Celia le incomodó profundamente la presencia de la joven, mientras la cara de Silvia expresaba con claridad lo que su esmerada educación le impedía verbalizar. Ambas aceptaron con impecable actitud las disculpas de Matthew, saludaron a los recién llegados y Silvia ordenó que pusiesen en la mesa un servicio más.
Beltrán acudió enseguida a saludar a los recién llegados, que tomaban un aperitivo a la sombra de la hermosa pérgola. Apretó los dientes al ver allí a Mercedes, la joven era una fuente inagotable de conflictos. Pensó en Celia, en la poca simpatía que sentía por ella, y su instinto protector se despertó al pensar en la posibilidad de que la situación pudiese alterarla. En su estado, no eran convenientes las emociones negativas, y Mercedes era especialista en desatarlas.
Mientras se acercaba, el marqués de Ribadeo pudo constatar la incomodidad en el rostro de Celia y de su hermana Silvia. Apretó los puños y tensó la mandíbula mientras se preguntaba qué demonios hacía esa mujer allí.
—¡Beltrán! —Mercedes salió a su encuentro y, tal y como acostumbraba a hacer, depositó un beso en su mejilla. Pero el joven marqués, descontrolado, no pudo reprimir la rabia:
—¡Mercedes, por favor! ¿Por qué me saludas de esa forma tan inapropiada? ¿Acaso somos familia cercana, o tenemos la confianza suficiente?
Se hizo el silencio, nadie esperaba semejante reacción por parte de Beltrán, siempre tan comedido e imperturbable. Pero Mercedes Ribera no se amilanó, tenía tablas suficientes para salir airosa de la situación, y también mucho descaro:
—Perdone *su señoría*. ¡Veo que eres de memoria frágil, Beltrán!

La ambigüedad de sus palabras sólo suscitó nuevos recelos. John, que no entendía apenas nada, pero captaba la negatividad de la interacción, sonrió a la rubia y, con su habitual desenfado, le puso su copa en los labios. Ella le miró, provocadora y dio un trago, mientras el resto de la concurrencia olvidaban la tensión de los momentos precedentes iniciando una conversación intrascendente. Pero una nueva intervención de Beltrán sorprendió a todos:

—Mercedes, por favor, te rogaría que no bebieses en exceso, al menos delante de mi hermana y de mi esposa. No quisiera que tuviesen que contemplar el lamentable espectáculo de tu embriaguez.

Matthew asistía atónito, la hostilidad hacia Mercedes era tan evidente como comprensible, porque esa joven carecía de modales. Se sintió avergonzado, pues habían sido John y él los responsables de su presencia allí. Pero la señorita Ribera, una vez más, sorprendió a todos con su descaro:

—¿Qué temes, querido Beltrán, que se me desate la lengua? Ya sabes eso de que son los borrachos y los niños los que dicen las verdades.

Beltrán comprendió que, si entablaba una lucha dialéctica con la joven Ribera, llevaba las de perder, y con ello sólo lograría empeorar la situación, creando un ambiente incómodo para todos. Por este motivo, decidió obviar la provocación, sin caer en la cuenta de que Celia había malinterpretado este silencio, creyéndolo provocado por el temor a que ella hablase más de la cuenta. La invadió la inquietud al preguntarse, una vez más, qué clase de relación que había mantenido Beltrán con esa mujer.

En ese momento, la entrada de Luisa, anunciando que podían pasar al comedor, disolvió la evidente tensión. Entraron en la casa y fueron tomando asiento mientras Rosita, que apareció en ese momento, lo hacía en su sitio habitual.

—Buenas tardes. Espero que estén disfrutando de la estancia en nuestro país, y en nuestra tierra querida, Asturias —dijo, dirigiéndose a los jóvenes ingleses.

Matthew asintió con la cabeza, sonriente.

—En efecto, estamos disfrutando mucho. No quiero ni pensar en el regreso, que ha de suceder pronto.
—Bueno, bueno, querido primo—medió Celia—, te repito que puedes permanecer con nosotros todo el tiempo que desees, salvo que tus obligaciones te lo impidan.
—En ese aspecto, puedo estar tranquilo: papá lleva los asuntos de maravilla, yo de momento sólo soy un aprendiz— respondió Matthew.
—¿ A qué se dedica, señor, si no es indiscreción? —preguntó Rosita, sonriente.
—De ninguna manera— respondió Matthew, afable—, soy el heredero del patrimonio familiar: una antigua casa y las fincas colindantes. Pero no es tan sencillo como podría parecer, los tiempos están cambiando, y nos vemos obligados a cambiar con ellos.
Entonces Celia intervino, para que Rosita pudiese hacerse una idea más completa de lo que su primo quería decir:
—El padre de Matthew fue, a su vez, heredero del enorme y antiguo patrimonio. Sólo la casa es tan grande, que su mantenimiento requiere una inversión anual impensable. Hasta el momento, las fincas arrendadas y el dinero de la familia eran suficientes, pero como bien ha dicho Matthew, los tiempos cambian.
Rosita asintió con la cabeza, y ahora fue Beltrán quien intervino:
—¿Y qué tenéis pensado hacer al respecto?
—Bueno, tenemos varios proyectos en marcha. Papá tiene inversiones que, de momento, reportan beneficios nada desdeñables. Pero todos sabemos cómo están las cosas, hay demasiadas tensiones en Europa, la inestabilidad es evidente, y eso siempre es un riesgo para la economía. Quiero decir que los valores pueden caer de la noche a la mañana, así que, como dicen en España, no conviene poner todos los huevos en la misma cesta. Y una de las opciones más innovadoras es la de abrir la casa al público.
Ante la cara de extrañeza de los comensales, Matthew les explicó en qué consistía:
—Algunas de las grandes casas ya lo han hecho y sólo seguimos su ejemplo. Nosotros tenemos un patrimonio considerable en obras de

arte, muchas de ellas cuelgan de los muros de nuestro hogar. Por eso, hemos pensado en abrir determinadas zonas de la casa donde hay cuadros, tapices, alfombras y mobiliario de época de indudable valor artístico. A la gente le gusta ver todo eso y, además, sienten especial curiosidad por saber cómo es la vida en estas mansiones centenarias. A cambio, cobraremos una pequeña entrada, y los beneficios se reinvertirán en la casa, porque no sólo debemos pagar los sueldos de los empleados domésticos, sin los cuales el mantenimiento de la mansión sería imposible, sino que tenemos que enfrentarnos a continuos arreglos de la fachada y del tejado, así como pintar, barnizar maderas, limpiar chimeneas, arreglar desperfectos en suelos y paredes…
—¡No sigas Matthew, por favor! Me marea sólo pensarlo—intervino de pronto Mercedes—. No eres buen partido, querido, demasiadas cargas. Y creo que tu tía opina lo mismo—dijo, mirando a Beltrán.
—No es mi tía, Rosita, es nuestra segunda madre— respondió Silvia, al tiempo que el aya la miraba, emocionada y satisfecha.
— ¿Segunda madre? ¿Tu padre se casó dos veces? —preguntó Mercedes, sin percatarse de que estaba siendo demasiado indiscreta. Matthew, que conocía la historia de los Villanueva, carraspeó, mientras John sonreía mirando a unos y a otros, porque no entendía nada.
—No, Mercedes. Rosita es nuestra aya.
—¡Vaya! —respondió la aludida mientras daba un trago rápido a su copa— No me esperaba que fueseis tan modernos en esta casa, porque eso de comer con el servicio es algo novedoso.
Silvia se limpió los labios y dejó la servilleta con inusitada calma en la mesa, adelantándose a la respuesta de Beltrán:
—Rosita no es el servicio, Mercedes, te lo acabamos de decir: ella es nuestra familia, nuestra madre.
—Por mí no te preocupes, Silvia —intervino Rosita, condescendiente — es lógico que a la señorita se le haga extraño que el ama de llaves coma en la mesa de los señores.
—Pero ya se lo habéis explicado—intervino Celia, ligeramente excitada—. Mercedes, debería usted ser un poco más comedida en sus comentarios.

Todos guardaron silencio. Beltrán observó que el labio inferior de su esposa temblaba. Imaginó su pulso agitado, y comprendió que la situación que tanto temía se estaba produciendo. Como aconsejaba el protocolo en la mesa, los esposos no se habían sentado juntos, por lo que no pudo coger su mano para reconfortarla. Por el contrario, a su lado estaba la impresentable Mercedes Ribera, a ella sí la tenía muy cerca, tanto que, si se dejase llevar por un impulso, le soltaría un buen pisotón, era lo menos que se merecía. Pero Beltrán Villanueva era un hombre íntegro, incapaz de tan reprobable acción. Mientras, John continuaba mirando a unos y otros con una sonrisa bobalicona, y Matthew Ashbourne estaba tan avergonzado que, de haber podido, se hubiese ocultado bajo la mesa.

—Bueno— Mercedes Ribera tomó de nuevo la palabra, lo cual provocó que todos se echasen, figurativamente, a temblar—, estamos entre amigos, hay confianza para este tipo de comentarios, ¿no os parece?

Como nadie respondió, Mercedes, incansable, insistió:

—Creo que tenemos confianza, ¿no es así, Beltrán?

Celia estuvo a punto de levantarse de la mesa, pero no lo hizo por respeto al resto de comensales, por los que sentía verdadero aprecio. Rosita, hábil y rápida de reflejos, tomó las riendas para evitar que la situación se desbocase:

—Fermina, por favor, creo que hemos terminado. ¿Podrías traer el segundo plato?

Y a continuación se dirigió a los comensales, particularmente a Matthew:

—En la cocina han preparado un *pitu* asado, al que nuestra cocinera, por indicación de Silvia, le da un toque especial, que resulta delicioso. Esperamos que sea de su agrado.

Matthew asintió complacido, aliviado porque Rosita hubiese acabado con la tensión. Se dirigió a Silvia:

—¿Entiende usted de cocina, Silvia?

—Bueno, no del todo—respondió ella con timidez—. Procuro aprender y, sobre todo, me gusta experimentar.

Por desgracia, Mercedes Ribera, incansable, volvió a intervenir:

— Yo ni piso por la cocina, ¡sólo faltaba! Para eso están las criadas.

Nadie respondió, no merecía la pena replicar. Enseguida apareció Fermina con el asado, y Rosita le dio nuevas indicaciones:
—Tráenos el vino tinto para la carne, por favor, Fermina.
Para sorpresa de todos, Beltrán masculló:
—No sé si será conveniente, Rosita.
Mercedes le miró, hizo una mueca de desprecio con su mano y respondió:
—¡Vamos, Beltrán! ¿Qué te sucede? ¡Te recordaba como un tipo alegre, y ahora pareces un viejo gruñón! —De nuevo, Rosita intervino para evitar que Celia, Silvia o el propio Beltrán lo hiciesen de mala manera.
—Beltrán sigue siendo la persona adorable de siempre, señorita. Lamento decirle que, si esa es su opinión, le conoce menos de lo que pretende hacernos creer.
Entonces todas las miradas se dirigieron a Mercedes. La joven, acostumbrada a decir lo que le venía en gana sin temor a las consecuencias, no se amilanó, respondiendo de la peor manera posible:
—Señora, usted desconoce la relación que me ha unido a Beltrán, por lo que no puede juzgar tal circunstancia, ni puede negarme que el señor Villanueva que yo conozco es un hombre muy diferente.
En ese momento, Fermina regresó con una botella de Borgoña, momento que Beltrán aprovechó para ignorar las palabras de la joven.
—¡Excelente elección, Rosita! Yo mismo no lo hubiese hecho mejor —dijo, mientras la criada descorchaba con gesto serio la botella y servía un poco de vino en la copa del anfitrión, quien paladeó un sorbo para comprobar que el caldo estaba en perfectas condiciones. Iba a manifestar su preferencia por los tintos nacionales, cuando su esposa pidió disculpas apresuradamente y salió del comedor a toda prisa. Matthew y Silvia se miraron preocupados, mientras Rosita y Beltrán lo hacían con cara de complicidad.
—Disculpadme, por favor —dijo Beltrán en inglés, como deferencia a sus invitados pero eludiendo la presencia de Mercedes— debo acudir al lado de Celia, me temo que está un poco indispuesta.

Rosita también pidió disculpas y se levantó, preocupada por la súbita palidez que había observado en el rostro de la joven Quirós segundos antes de que se ausentase de la mesa.
—No se preocupen, creo que su prima —dijo Silvia dirigiéndose en exclusiva a Matthew— tiene andancio, nada grave, algo habitual en esta época del año.
—¿Andancio? —preguntó el joven inglés si comprender. Silvia sonrió:
—Llamamos así a las indisposiciones que se propagan como una epidemia leve, suelen ser estacionales, y la primavera y el verano las propician.
Fermina no había abandonado el comedor, pues esperaba para servir el asado. Mercedes le hizo un gesto con su copa, y la criada se acercó para verter un poco de vino en ella, momento en que la joven dio su opinión:
—En Madrid lo llamamos cagalera, de toda la vida—dijo sonriente, sin obtener más que una mirada de furia contenida en los ojos de Silvia, mientras se preguntaba dónde habría conocido su hermano a esa mujer, tan diferente de las que solía tratar.
Rosita regresó con su paso ligeramente oscilante, las manos apoyadas en el regazo y una sonrisa de alivio en la cara:
—No pasa nada, Celia y Beltrán enseguida regresarán, no hay por qué preocuparse. Fermina, por favor, sirve el asado antes de que se enfríe
En efecto, el joven matrimonio regresó al cabo de un par de minutos, y todos pudieron constatar, aliviados, que el rostro de Celia había recuperado su habitual tono saludable.
El resto de la comida transcurrió sin incidentes, pues como si hubiesen hecho un pacto tácito, todos, excepto John, decidieron ignorar la presencia de Mercedes Ribera para evitar así las previsibles confrontaciones y sus inadmisibles modales.
Cuando terminaron de comer, después de haber degustado de postre un delicioso arroz con leche, salieron de nuevo al jardín. John y Mercedes, para alivio del resto, se perdieron entre la majestuosa arboleda del jardín inglés con la excusa de dar un paseo, al que nadie más quiso unirse. Los hermanos Villanueva, Celia y Matthew

se sentaron en torno a la mesa, protegidos por la sombra de la pérgola y acariciados por la suave brisa que la atravesaba.
—Teníamos pensado dar un paseo por la playa y después visitar Avilés —dijo Silvia, dirigiéndose a Matthew.
—Estaríamos encantados, Silvia— respondió Matthew. Y aprovechó la ausencia de su primo y de Mercedes para disculparse:
—Lamento lo sucedido con esa señorita, créanme. Querida prima, siento haberla traído, no imaginé que se comportase de un modo tan…
—Impresentable, diría yo—intervino Silvia.
Matthew bajó la cabeza, dando a entender cuánto le avergonzaba la situación.
—No me ha quedado más remedio que traerla con nosotros, hubiese sido una descortesía por nuestra parte haberla excluido, aunque tal y como ella se comporta, no merece ninguna consideración.
—Has hecho lo correcto, Matthew—respondió Celia—. Tú no tienes la culpa de que no haya sabido responder a vuestra cortesía, ni a la nuestra por recibirla en casa.
—Matthew —ahora fue Silvia quien habló— no debe preocuparse más, pues ha de saber que, tanto su prima Celia como yo, le tenemos una antipatía enorme a Mercedes Ribera, no nos sorprende nada su actitud, era de esperar, porque es una maleducada. Y tal y como le ha dicho Celia, usted ha actuado como debía, no es culpable de que ella no sepa comportarse.
Matthew sonrió, aliviado. Mientras, Beltrán tomaba su café en silencio, con la mirada perdida en la hilera de setos que separaban aquella zona del jardín inglés. Celia lo miró de reojo, sintiéndose presa de un repentino temor: conocía a Beltrán, y algo le estaba mortificando, lo veía en la indiferencia de su mirada, en ese distanciamiento premeditado mientras se acercaba, de forma mecánica y ausente, la taza a los labios.
A lo lejos, las risas de Mercedes y John comenzaron a hacerse más claras mientras se acercaban y Celia, creyendo que el decaimiento de su esposo estaba causado por la presencia en la casa de esa mujer, no pudo soportarlo más:

—Silvia, Matthew, lo siento de verdad, pero estoy de nuevo indispuesta, creo que hoy no seré una buena compañía, así que me retiro. Continuad con el plan previsto.
Celia se había puesto en pie, y Beltrán, regresado de su trance, la miró alarmado:
—¿Te encuentras bien, cariño? ¿Quieres que te acompañe?
Ella asintió en silencio, y comenzó a caminar hacia la casa antes de que Mercedes y John se reuniesen con el grupo, no soportaba ni un minuto más a esa mujer.
—¿Estás bien, Celia? — Beltrán se detuvo una vez dentro de la casa, tomó a su esposa por el brazo, obligándola a girarse y encarar sus ojos:
— No te preocupes, estoy bien. Pero no soporto más a tu amiga.
Beltrán la miró fijamente, aquella referencia a su inexistente amistad con Mercedes Ribera auguraba problemas:
—No es mi amiga y lo sabes—respondió él con firmeza.
Celia mantuvo su mirada unos segundos antes de decirle:
—No sé la clase de relación que te ha unido a ella. Pero algo me dice —Celia se llevó la mano al pecho— que cuando habla de ti como si te conociese, lleva razón. Y no me gusta, Beltrán, no me gusta.
Él continuaba mirándola mientras a sus ojos asomaba la desesperación:
—Por favor, cariño, debes alejar de tu mente esos pensamientos absurdos, en tu estado no debes preocuparte, yo te digo que no hay motivo para que lo hagas.
—¿Absurdos, Beltrán? —la mirada de Celia era fría y determinada— ¿Ahora me tomas por una loca? ¿Podrías jurarme que esa mujer no ha sido nada en tu vida?
Entonces Beltrán dejó caer sus hombros, abatido, y Celia asumió su actitud como una respuesta. Se alejó de él, rumbo al dormitorio.
—Espera, Celia, no me hagas esto —intentó retenerla él—. Por favor, cariño, ¡esto una locura!
Pero ella no le escuchó. Sabía que esperaba un hijo de Beltrán, no tenía duda, y se preguntó por qué esa desconfianza repentina amenazaba con desestabilizarla y empañar un momento de su vida que debería ser tan calmado y hermoso como un atardecer estival.

Capítulo 15

Desde el día de la visita de los ingleses, la desconfianza se había adueñado de Celia. La joven esposa estaba convencida de que Beltrán le ocultaba algo referente a Mercedes Ribera y, aunque él se esforzaba por hacerla comprender que esa mujer nunca había significado nada en su vida, la sombra de unos celos irracionales enturbiaba lo que debería ser su momento más dulce. El joven marqués estaba preocupado, además, por el estado de Celia, cuyos vómitos, cada vez más frecuentes, la estaban debilitando. Por eso, aquella mañana, Beltrán tomó cartas en el asunto sin más demora:

—Celia, mañana mismo iremos a Oviedo, a que te vea un obstetra. Además, ha llegado el momento de que comuniquemos la feliz noticia al resto de la familia.

Su joven esposa le miró, y él creyó ver en sus ojos una brizna de decepción, junto a una inexplicable tristeza. Cuando habló, lo hizo con voz débil, como si ese vigor que la caracterizaba la hubiese abandonado de un tiempo a esta parte.

—Aún es pronto, Beltrán, no quisiera que se llevasen una decepción posterior a la buena noticia.

—Pero Celia, cariño—insistió él— ya es una evidencia, ¿A qué tenemos que esperar? ¡Estoy deseando que todos sepan que voy a ser padre! No se hable más: esta tarde iremos a *Villa Beatriz*. Y ahora mismo se lo diremos a Silvia y a Rosita.

Celia no tuvo tiempo de reaccionar antes de que Beltrán saliese de la habitación, llamando a voces a las dos mujeres.

—¿Qué pasa, Beltrán? — fue Rosita la primera que acudió a su llamada.

—¿Dónde está Silvia?

—En el comedor. ¿Sucede algo? —preguntó la mujer, con un imperceptible deje de temor en la voz.

—Ve allí a reunirte con ella y esperadnos las dos, Celia y yo enseguida bajaremos.

Al cabo de un rato, el matrimonio hacía su entrada en el comedor, Beltrán alterado y sonriente como un niño a punto de abrir su regalo de reyes, Celia pálida y en un voluntario segundo plano:
—Rosita, Silvia, tenemos que daros la mejor de las noticias…— Beltrán hizo una pausa intencionada para mantener la expectación— ¡Celia y yo vamos a ser padres!
Durante los segundos posteriores, las lágrimas emocionadas de Rosita y los abrazos entusiasmados de la futura tía llenaron el ambiente de alegría, que se fue disipando cuando Silvia constató la pasividad de su cuñada, quien parecía ajena al entusiasmo propio del momento
—¿Sucede algo Celia?
Celia negó con la cabeza y, ahora sí, las lágrimas brotaron de sus ojos:
—No es nada, Silvia, sólo que tengo miedo de que…bueno, ya sabes.
—No, no lo sé— respondió la joven, sin que la firmeza eclipsase la ternura con la que le hablaba —. No te reconozco, querida amiga, ¿Dónde está Celia, esa mujer fuerte y decidida? No pasará nada, confía. Este es el momento que tanto esperabas, ¡disfrútalo! —y acto seguido volvió a abrazarla, mientras Rosita y Beltrán se dirigían una mirada rápida y cómplice, en la que ambos constataron la inquietud del otro.
—Bueno, ahora debemos mimar a la futura madre, así que siéntate, Celia, y desayuna bien, has de comer por dos.
Celia obedeció con mansedumbre mientras pensaba que, como le había sucedido los últimos días, su cuerpo no admitiría el desayuno. Como si le leyera el pensamiento, Silvia apuntó:
—Ahora comprendo que el motivo de tu indisposición no era el andancio. Si te soy sincera, lo pensé por un momento, pero como no me habías dicho nada, no quise hacerme ilusiones.
Celia asintió, ahora sonriente. Pero enseguida su rostro adoptó de nuevo una seriedad inusual:
— Por ese motivo que acabas de mencionar, he preferido no decírtelo. Pero lo que no logro entender es por qué, si la naturaleza es tan sabia, mi estómago rechaza los alimentos cuando más los necesito. ¿No es una contradicción?

Ahora fue Rosita quien intervino:
—Desde luego que sí, Celia, pero para tu tranquilidad, he de decirte que esto es pasajero. Mi madre, cuando estaba encinta de mí, estuvo casi cuatro meses vomitando cuanto comía. Mi pobre padre creyó que perdería a la madre y a la criatura, tan grave era el problema. Pero de pronto, un día, ella dejó de tener naúseas y volvió a comer, con tanto apetito que yo vine al mundo con más kilos de lo que mi pobre madre hubiese deseado, porque siempre dijo que le costó parirme más que al resto de sus hijos.
Todos sonrieron, convencidos y, en cierto modo, reconfortados por este testimonio esperanzador, mientras Rosita ocultaba su temor, pues había callado otro caso, dramático y también conocido por ella, donde el trastorno que más adelante se conocería con el nombre de hiperémesis gravídica, acabó con la vida de la madre y del hijo.
—Bueno, pues voy a tomar un poco de chocolate, a ver si tengo suerte y no lo rechazo—dijo Celia. Pero el optimismo le duró bien poco, porque al cabo de unos minutos, salía disparada hacia el jardín, acompañada por su cuñada quien, solícita, se aferraba a su brazo mientras intentaba tranquilizarla. Cuando Beltrán y Rosita se quedaron a solas, él le expuso sus temores:
—No sé, Rosita, noto extraña a mi esposa. Y me preocupa su estado físico.
El aya sonrió, comprensiva y amorosa:
—No te preocupes, mi niño —sólo cuando estaban solos se permitía Rosita llamarlo así— todo saldrá bien, tú ya sabes que, para bien o para mal, mi intuición no falla, y esta vez me dice que, en unos meses, la inocencia de un recién nacido será el don que nos librará de las malas vibraciones.
Beltrán la miró con cierta alarma:
—¿Malas vibraciones? ¿Acaso tú también lo sientes?
Rosita asintió con el gesto, mientras le miraba con intensidad:
—Sabes que hay una fuerza oscura que os quiere mal, pero vuestro amor es la luz que derrotará a la oscuridad.
—Sí, soy consciente de esa fuerza, y me provoca una inquietud parecida a la que sentí horas antes de la muerte de mis padres. Sin

embargo, esta vez tengo la certeza de que, aun siendo una amenaza importante, no podrá con nosotros.
—Ésa es la actitud, querido: tu fuerza y tu luz vencerán a las sombras, no lo dudes. Y ahora, tenemos que cuidar de tu esposa, ya verás como todo sale bien.
En ese momento, aparecieron por la puerta del comedor las dos jóvenes, ambas con el rostro desencajado, Celia por razones obvias y Silvia por haberse visto obligada a servirle de apoyo mientras las arcadas cumplían con su desagradable cometido. Beltrán se puso en pie de inmediato y fue quien tomó el relevo de su hermana, acompañando a su esposa hasta la silla, donde la acomodó con delicadeza.
—¿Te encuentras mejor, cariño? —Celia asintió con la cabeza—. Mañana, sin falta, te verá un médico. Y esta tarde iremos a ver a tu familia, estoy deseoso de compartir con todos la realidad incuestionable de que vamos a ser padres.
—Beltrán—intervino Celia con visible aprensión— ¿No nos estaremos precipitando? ¿Y si sucede lo que ya sabes?
Beltrán acarició su cabello con ternura.
—Amor mío, si creemos de verdad que en breve seremos padres, lo haremos realidad.No te reconozco, anclada en tantos temores. Confía, amor mío.

Aquella misma tarde, Celia y Beltrán acudieron a Villa Beatriz, acompañados por Silvia, que no quiso perderse, por nada del mundo, el impacto que la noticia causaría en la familia Quirós. Nada más verlos allí, la madre de Celia intuyó el motivo de tan grata visita, y al instante sintió un inmenso alivio, porque la desazón de su hija era un motivo importante de preocupación para ella también. Mientras el resto se saludaban, fue en busca del ama de llaves, para decirle, casi en un susurro: «sube una botella de champán, creo que tenemos celebración».
Enseguida, todos estuvieron reunidos en la sala, todos menos Ismael Quirós. Celia le preguntó a Sofía por su hermano.

—Ha salido, Celia. Últimamente está tristón, yo creo que es mal de amores, no sé qué estará pasando entre Alma y él.
Las palabras de su hermana entristecieron el ánimo de Celia, pero decidió sobreponerse para no enturbiar el entusiasmo de su esposo y de su cuñada, rebosantes de optimismo. Así que, sin poder contener su alegría, los felices futuros padres dieron la buena nueva.
Se hizo un instante de sorpresivo silencio, que estalló de pronto en un coro de risas y felicitaciones. Algunos, como tía Marta y Álvaro, lo imaginaron desde el primer momento, pero la pequeña Aurora recibió con inusual alegría la noticia de que sería tía de un bebé regordete y suave, con el que podría jugar como con sus muñecas, pensó.
—¡Aurora, por favor! —tuvo que intervenir su madre— o dejas de saltar como una pequeña cabra, o te envío de vuelta a tus clases con miss Hudges.
Ante la amenaza, la niña intentó serenarse, pero estaba tan contenta que tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener su alegría, la cual exteriorizaba mediante idas y venidas de un lado a otro sin propósito ninguno y, por qué no, algún que otro intento de voltereta en el respaldo del sofá.
—¿Y para cuándo será el feliz acontecimiento? —preguntó tía Marta, muy sonriente.
—Bueno, aún ha de verme un doctor, pero creo que el bebé nacerá a comienzos de enero.
—¿Tanto tiempo? —preguntó Aurora decepcionada, provocando las risas contenidas de Silvia, Sofía e Ismael, y la mirada desmayada de Beatriz Cruz-Stuart.
—¿Acaso te piensas que un bebé tarda en hacerse lo que el bizcocho en un horno? —le dijo su tía, risueña.
—Pues no lo sé, tía Marta. Aunque mamá me haya contado que los niños vienen de París en el pico de una cigüeña, sabemos que el bebé ya está dentro de la tripa de Celia. Desconozco como ha llegado hasta allí, pero lo peor es cómo saldrá.
Se hizo un instante de silencio, roto por las risitas incontenibles de los más jóvenes, mientras Álvaro y su cuñada Marta se miraban

conteniendo a su vez la carcajada. Beatriz intentaba evitar el sonrojo que había asomado, inevitablemente, a su bello rostro.
—No sé de qué os reís tanto, la verdad. Para mí no es motivo de risa que le tengan que abrir la tripa a Celia para sacar de ella al bebé.
El comentario de la pequeña enterneció a todos, y esta vez fue su madre quien habló:
—Aurora, bonita, aún eres un poco joven para comprender los misterios de la vida, pero si la naturaleza lo ha dispuesto así, ten por seguro que es la mejor opción.
«Ya están tratándome como a una niña…pero ya me enteraré por mi cuenta», pensó Aurora, mientras asentía sin convicción a las palabras de su madre.
Tanto el joven matrimonio como Silvia se quedaron a merendar con los Quirós, y cuando los ingleses regresaron de una excursión por los alrededores —por suerte para todos, Mercedes Ribera no los acompañaba— estaba atardeciendo, y disfrutaban de la deliciosa tarde de verano en el jardín trasero de la villa.
—Querido primo, Beatriz y yo vamos a ser padres—dijo Celia en inglés, en cuanto Matthew preguntó por la inesperada celebración.
—Me alegro mucho por ti, Celia, sé que serás una madre estupenda.
—Y bellísima—añadió John Beadle, mirándola con ojos risueños.
Enseguida los recién llegados se sentaron a la mesa, y la tarde se agotó entre risas, tintineo de copas, alegres conversaciones y la sensación de paz interior que a Celia le proporcionó haber desvelado su gran secreto. Era como si, al compartirlo con todos sus seres queridos, el peso de su gran responsabilidad, la de cuidar y proteger en su interior la vida de su hijo, se hubiese aligerado hasta hacerse un poco más llevadera. Nunca hubiese imaginado que el ansiado anhelo de ser madre vendría acompañado de tantos temores. Pero aquella tarde mantuvo a raya sus pensamientos funestos, y ni siquiera las náuseas se acordaron de visitarla.
Mientras, Celia y Beatriz hablaban de la maternidad desde un punto de vista nuevo, y John Beadle, privado por las circunstancias de su inagotable afán seductor, charlaba con Sofía y tía Marta, mostrándose como un joven agradable y solícito. Matthew aprovechó que Silvia estaba sola para acercarse a ella.

—Bonita noticia, enhorabuena, Silvia, va a ser usted una tía estupenda, porque me consta que lo estaba deseando.
Silvia sonrió con timidez.
—Es cierto, no se lo voy a negar, me gustan mucho los niños, adoro a los bebés.
El inglés la miró entonces con intensidad. Le hubiera gustado decirle que ya sabía que adoraba a los bebés, porque todo en ella era ternura, podía imaginarla fácilmente amamantando a su hijo, podía incluso ver la sonrisa delicada y amorosa que adornaría su rostro cuando lo mirase…La voz de Silvia lo sacó de su estupor.
—¿A usted no, Matthew?
—Oh, pues claro que me gustan también, mucho, muchísimo…
Le desconcertó entonces la risa espontánea de la joven.
—Ya veo que estaba usted en las nubes, pero no se preocupe, también suele pasarme, son tan bonitas las nubes...le estaba diciendo que me da la impresión de que Celia está un poco asustada, de ahí la pregunta.
—Bueno, es normal—respondió Matthew, afligido ante la posibilidad de que Silvia Villanueva hubiese interpretado su despiste como indiferencia hacia ella y su conversación, pero lo cierto era que, mientras la miraba, soñaba despierto.
—Claro, la sensación de saber que llevas una vida dentro tiene que dar un poquito de vértigo.
Matthew tuvo que hacer un esfuerzo para centrarse en sus palabras sin imaginarse a sí mismo acariciando la suave mejilla de la señorita Villanueva, tan delicada como la piel de esos bebés que a ella tanto le gustaban. La noche era deliciosamente hermosa, y la alegría vibraba en el aire, así que el joven inglés se dejó llevar.
—Ha sido una inmensa satisfacción conocerla, Silvia. Mi prima tiene suerte, Beltrán y usted son unas personas magníficas. Por cierto, ya sé la historia de la boda frustrada de mi prima, tía Beatriz me lo ha contado. Todos —ahora me incluyo yo también— le estamos muy agradecidos por haber librado a nuestra querida Celia de tan desdichado matrimonio.
—La suerte ha sido mía, Matthew. Le explico: tardé en decidirme si era conveniente advertir a la joven Quirós, una total desconocida en

aquel momento, acerca de su futuro esposo. Me decidí porque comprendí que era lo que quisiera que alguien hiciese por mí en la misma situación. Y por fortuna, la maniobra salió bien, porque he ganado una estupenda cuñada y una esposa inmejorable para mi querido hermano.
De nuevo, Matthew mirándola con aquella intensidad que antes la ponía un poco nerviosa pero que, ahora, comenzaba a agradarla, porque transmitía algo tan intenso y positivo, que le hacía sentirse alguien muy especial.

Cuando regresaron a casa, y antes de acostarse, las dos cuñadas se quedaron a solas. Hacía días que las amigas no compartían un momento de intimidad.
—Veo que Matthew no te deja ni a sol ni a sombra. Si no le conociera bien, diría que te persigue.
Silvia sonrió:
—No es de esos tu primo, es tan caballeroso y considerado, que no me lo imagino persiguiendo a ninguna mujer sin antes pedirle su consentimiento para hacerlo.
Ambas rieron al imaginar la escena, «Matthew y su candidez», pensó Celia.
—Por el contrario, a John Beadle no se le pone nada por delante: falda que ve, falda con la que coquetea —añadió la joven Quirós—. Él te gusta, ¿verdad?
—¿Quién, John? —preguntó a su vez Silvia, sonrojándose sin aparente explicación— ¡No, querida! Me ofende tu duda, porque me conoces lo suficiente para saber que nunca podría enamorarme de un hombre así. He de reconocer, no obstante que, según lo vi, me pareció fascinante, tan guapo y seductor. Pero me bastaron unas horas para desengañarme por completo.
—Si te sirve de consuelo, no creo que haya mujer en muchos kilómetros a la redonda que no haya caído hechizada al verlo.
—Bueno, pues yo no soy una de ellas, mi hombre ideal es de otro estilo: más tímido, más sensible, menos adulador, pero más inteligente y sensato, un hombre en el que pueda confiar.

Por un momento, Celia estuvo a punto de decirle que acababa de describir a Matthew, pero calló.

Al día siguiente, Beltrán tenía algo muy importante que hacer: acompañar a su esposa para que un doctor la examinase. Beatriz Cruz -Stuart también fue con ellos.
El médico obstetra, un hombre de mediana edad y mirada severa, dejó que la bella esposa de Álvaro Quirós acompañase a su hija en el reconocimiento, mientras Beltrán esperaba, nervioso e impaciente, en una salita destinada a tal fin.
Después de recabar la información necesaria, el médico le pidió a Celia que se tumbase sobre una camilla. Ella, muy nerviosa, obedeció mientras Beatriz contemplaba a su hija con ojos emocionados. El facultativo comenzó a palpar el abdomen de la joven mientras asentía con una seriedad que distaba mucho de tranquilizar a la futura madre. Para finalizar, colocó sobre la incipiente tripita de Celia un estetoscopio que se aplicó al oído. Después de dos interminables minutos, al fin encontró el latido que buscaba, y sonrió por vez primera.
—Señora, el corazón de su hijo es vigoroso, todo marcha a la perfección.
En ese momento, Celia no pudo más y rompió a llorar, esta vez, de alegría. Por un instante, quedaron atrás sus miedos y dudas, y se sintió la mujer más feliz del mundo.
Cuando salió de la consulta, Beltrán se levantó de un salto. A punto estuvo de tropezar con el borde de una alfombra mientras avanzaba, casi lanzado, hacia su esposa. Ella rio, y esa risa alegre fue la certeza que necesitaba.
—Beltrán, amor mío, nuestro hijo es una realidad: tiene un pequeño corazoncito que late.
Ambos se abrazaron, y cuando ya se separaban Beltrán, con mucho disimulo, se limpió con el dedo índice la lágrima rebelde que se le escapó.
En ese momento, de total felicidad, ninguno de los dos hubiera imaginado que esa fuerza oscura que, gracias a su intuición, Rosita

percibía con tanta claridad, enturbiaría muy pronto su dicha.

Capítulo 16

Albertina tenía la tarde libre y una cita pendiente en una solitaria cabaña, un lugar discreto, al que se llegaba dejando el camino e internándose en el bosque.
El lugar estaba tan apartado que no era fácil de localizar, pero después de un intento fallido, en el que la joven criada se salió del camino donde no correspondía, al fin logró encontrar la decrépita construcción.
—No sabía que me harías esperar porque, en tal caso, no hubiese dejado mis asuntos a medias —dijo Jaime Solís, sin poder ocultar la rabia que le provocaba la impuntualidad de la criada.
—No te enfades, por favor, me equivoqué de camino— respondió ella, conciliadora.
Jaime sonrió ladino, pues contemplar a la hermosa joven le hizo recuperar el humor perdido. Se acercó a ella, la tomó por la cintura y comenzó a besarle el cuello con ansia. Ella se apartó un poco, desconcertada ante el ímpetu del hombre.
—Espera, espera, antes de nada, quiero dejar claro que….
—No hay espera que valga, quiero poseerte, aquí mismo, me tienes loco.
Ella sonrió con inocencia:
—Tú también me gustas, mucho, pero no sé si debo hacerlo, creo que no está bien, ya sabes lo que se dice de las mujeres que se entregan a un hombre sin estar casadas con él.
Jaime Solís la apretó un poco más fuerte contra su cuerpo. Sólo tenía en mente una cosa, y no se iba a privar por los remilgos de una criada.
—¿No te pondrás melindrosa ahora? —le susurró al oído con voz ronca, ahogada por la excitación— Te has dejado toquetear con gusto, ¿y ahora me vienes con estas?
Él no dejaba de manosearla, intentando desnudarla con desesperante torpeza. A Albertina le desconcertaron sus palabras,

pero siguió insistiendo, debía asegurarse antes de cometer un error fatal:
—Tú eres un señor y yo sólo una pobre criada, antes de entregarme a ti, necesito saber que me amas de verdad, a pesar de cuanto nos separa.
Jaime comprendió que la tarde estaba a punto de torcerse. Llevaba horas pensando en el encuentro, y estaba tan excitado que apenas podía pensar. Existía la posibilidad de hacer con ella lo mismo que intentó con Sofía Quirós, en ese mismo lugar. Sólo con imaginarlo, tuvo que hacer un esfuerzo para detener el impulso de abalanzarse sobre la joven y poseerla por la fuerza. Le detuvo la circunstancia de que la necesitaba: mujeres con las que satisfacer su apetito había muchas, pero sirvientas en casa de los Villanueva que espiasen para él, sólo Albertina. Indeciso, optó por la vía del engaño, que no se le daba nada mal:
—Está bien, si necesitas que te diga que me casaré contigo, yo te lo digo: en cuanto anule mi matrimonio no consumado, tú serás mi única esposa.
—Y tus padres, ¿no se opondrán? —respondió ella crédula, con una candidez que encendió aún más las depravadas pasiones del joven Solís.
—¡Mírate! ¿Qué padres amantísimos tendrían el valor de negarle a su hijo el matrimonio con una belleza así? ¡Sería una crueldad!
Albertina sonrió, embaucada por las malas artes del hombre resabiado que la miraba como si fuese única en su especie. Animado por el efecto de sus palabras, volvió a apretarla contra él y comenzó de nuevo a besuquearla, intentando bajar hasta el pecho. Pero la reticencia de la criada le detuvo de nuevo.
—Las palabras son palabras y se las lleva el viento—dijo ella, envalentonada al comprender que era dueña de la situación sin saber por qué— Necesito algo más, una prueba de amor.
A Jaime, cuya entrepierna le pedía acción a gritos, no le quedó más remedio que acudir al plan alternativo, el que tenía reservado por si la imprevisibilidad propia y característica de las mujeres amenazaba con fastidiarle la satisfacción de sus instintos. Así que rebuscó en el bolsillo de su chaqueta de lino hasta dar con una pulsera, que sacó

sujeta por un extremo y agarrada entre sus dedos índice y pulgar, para que Albertina pudiese contemplar la joya en todo su esplendor. Ella se llevó las manos a la cara y un delicioso rubor pintó sus mejillas sonrosadas. La pulsera se balanceaba delante de sus ojos, un diseño donde el brillo del oro competía con el de los rubíes y las esmeraldas que se alternaban engarzadas en él.

—Esta joya perteneció a mi abuela. Ella me la entregó, antes de morir, y me dijo que se la regalase a una mujer muy especial, esa mujer eres tú. Así quiero formalizar nuestro compromiso, hasta que podamos hacerlo público.

La joven le abrazó, emocionada:

—Ahora sí, creo que en verdad me amas. Yo…yo te amo también.

Jaime Solís comprendió que ya tenía vía libre, así que se dispuso a entregarse a la imparable llamada de la lujuria. Desnudó con dedos temblorosos a la chica quien, con la pulsera brillando en su muñeca izquierda, se dejó hacer. Para ella no fue placentero, era virgen, pero aguantó con templanza los furiosos envites del hombre hasta que él, derramándose en su cuerpo, se retorció en los deliciosos espasmos del clímax, mientras Albertina le miraba sin comprender cómo había mujeres que se prestaban voluntarias a ese acto por placer. Ella sólo había sentido dolor, sobre todo cuando él la embistió con la fuerza de un toro bravo. Además, llevado por el delirio del momento, le había mordido con excesiva fuerza uno de los pezones, en el que comenzaba a aparecer la tumefacción que precedería a un hematoma considerable.

Jaime Solís, una vez satisfecho, hizo amago de apartarse, pero la joven le retuvo junto a su cuerpo:

—Bésame, amor.

Él se quedó con ganas de abofetearla, nunca una criada se había atrevido a retener su brazo y, menos aún, a pedirle arrumacos y sensiblerías semejantes. Pero recordó, una vez más, que necesitaba a Albertina para propósitos mayores, así que se contuvo y le dio un beso fugaz en la frente, que la pilló con la guardia baja, por lo que pudo apartarse y comenzar a subirse los pantalones:

—Antes de irnos, ¿tienes alguna novedad para mí?

Como Albertina ya sabía a qué se refería Jaime, asintió con la cabeza:
—Una muy importante: la señora Celia está encinta.
Solís no pudo disimular la conmoción que le produjo la noticia, una mezcla de rabia y desprecio, de envidia malsana por la felicidad ajena y de odio desbordado.
—¿Estás bien segura de eso? —la preguntó con dureza.
—¡Pues claro! —afirmó ella—Me paso el día con la oreja pegada a los asuntos de los señores, y fue fácil enterarse, porque no lo ocultaron. Y esa misma tarde, fueron a celebrarlo con la familia de doña Celia.
Jaime insistió en los detalles, sentía una curiosidad morbosa por cuanto concernía a la vida de la hermosa Celia Quirós, una espinita clavada en su dignidad, una mujer a la que deseaba hasta la locura, pero que nunca sería suya. En cuanto le hubo sonsacado a la criada toda la información posible, decidió que ya había tenido bastante, era hora de marcharse:
—Me quedaría contigo toda la noche, pero debemos irnos, recuerda que vas a ser mi esposa y no me gustaría que tu reputación se pusiese en entredicho, eso no lo puedo permitir.
La joven se miró la muñeca, adornada ahora con la carísima joya, y sonrió complacida mientras pensaba que nunca hubiera imaginado tanta felicidad. Asintió, mirándolo con devoción mientras se abrochaba la blusa.
—Me voy, no deben vernos salir juntos. En un rato, podrás salir tú también.
Albertina le miró, y sus ojos reflejaron un repentino temor.
—El bosque comienza a estar oscuro y me da miedo, ¿no podríamos salir juntos hasta el camino? ¡Quién va a vernos, por aquí, a estas horas!
Jaime la miró como si se hubiese vuelto loca. Le gustaba advertir ese tipo de debilidades en el prójimo, y le divertía la posibilidad de hacerla sufrir:
—Veo que no lo has entendido, nunca sabes quien está al acecho, pueden vernos juntos y eso es grave, muy grave. Si en verdad me

amas, debes sobreponerte al miedo y hacer lo más sensato para los dos.
Ella asintió en silencio, sin demasiada convicción. Sin decir nada más, Jaime Solís salió de la cabaña, pero no se fue muy lejos, porque se escondió entre la maleza, desde donde podía vigilar la cabaña y verla salir. Sombras siniestras se habían apoderado ya de ese robledal centenario, y se divirtió muchísimo acosándola entre la creciente oscuridad, chascando ramas de cuando en cuando para observar, agazapado, la mueca aterrorizada de la muchacha cuando escuchaba el sonido imprevisto, pues verla aterrada le producía el mismo placer que verla desnuda.

Capítulo 17

Cuando Celeste regresó de su trabajo como limpiadora en La Casona de Arnao, los lamentos de su abuela Ludivina la alertaron, antes de abrir la puerta, de que algo sucedía. Una vez dentro se dirigió, con el corazón encogido, hasta la banqueta donde la mujer se lamentaba junto al hogar encendido. Olía a gachas recalentadas, como si hubiese olvidado la cazuela puesta al fuego.

—¿Qué ocurre, abuela?

En ese momento, la chiquilla dirigió la mirada alrededor de la diminuta estancia, y fue cuando vio la cuna de su hijito vacía.

—¿Dónde está Martín? ¿Qué ha pasado? —preguntó Celeste, zarandeando sin pretenderlo a la afligida mujer.

Ludivina, aún acostumbrada a las desgracias, respondió entre lamentos:

—Han venido los guardias y se lo han llevado, por orden del señor alcalde. Quise impedirlo, les dije que no era justo, pero de nada sirvió…

La chiquilla se dejó caer sobre una de las dos únicas sillas que componían el mobiliario de la paupérrima vivienda. Cerró los ojos y, presa de la desesperación, intentó imaginar quien podía haber hecho algo así. De inmediato, acudió a su mente el doctor, ese hombre desprovisto de humanidad, quien no había vacilado en acusarla en falso una vez. Y, por qué no, el señorito, Jaime Solís, el padre de su hijo. De pronto se sintió muy cansada pues, a tan corta edad, ya eran demasiadas las veces que todo se había puesto en su contra, amenazando con desmoronar su pequeño y frágil mundo. Se echó a llorar llevada por la desesperación, pero se recompuso de inmediato con una sensatez impropia de sus diecisiete años, pues ya había aprendido que sólo hay una manera de superar las adversidades: luchando.

Se sentía por completo desprotegida, y comprendió que necesitaba ayuda, pues ella sola, por mucho que se empeñase, iba a ser

incapaz de defenderse de tan poderosos enemigos. Pensó en el señorito Beltrán, quien ya le había sacado del calabozo en una ocasión y, además, le había conseguido su actual empleo. Pero el abogado y esposo de la señorita Celia ya había hecho demasiado por ella, y pedirle que interviniese de nuevo sería abusar de su generosidad. ¿Y la señorita Silvia? Tampoco podía acudir a ella, era la hermana del abogado Villanueva y, sin duda, él acabaría por implicarse también. Desazonada, pensó en sus escasas posibilidades, aunque intentó no darse por vencida, algo se le ocurriría.

—Abuela, lamentándome no voy a recuperar a mi hijo, así que voy a ver si me dan razón de lo sucedido, necesito saber quién lo tiene, y por qué.

La abuela asintió, en sus ojos se reflejaba el miedo de los que se saben insignificantes, siempre sujetos al capricho y leyes de los poderosos.

—Ten mucho cuidado, niña, ya sabes cómo es el mundo de allá fuera.

Celeste cerró la puerta tras de sí y comenzó a caminar sin un objetivo claro. Pensó de pronto en la señorita Torres, quizás ella supiese qué hacer. Jacinta Torres trabajaba en las oficinas de la mina y, cuando Celeste se enteró de lo que le había sucedido, la visitó con frecuencia en el hospital. Desde entonces, se habían tomado cariño. Jacinta era una mujer instruida, y podría serla de mucha utilidad.

Tenía un largo trayecto que recorrer, así que con el alma en un puño, Celeste comenzó a caminar, estar en movimiento lograba tranquilizarla un poco.

Desde que salió del hospital, Jacinta vivía sola. La paliza propinada por su esposo había estado a punto de matarla pero, ateniéndose a la Disposición General del capítulo quinto del código penal, el esposo fue castigado con la pena de destierro. Aunque la mujer no fue sorprendida en pleno adulterio, el juez consideró que la repercusión del mismo —los cuernos del hombre fueron la comidilla durante varios días— causó una devastación moral en el afectado semejante a la visión de su esposa perpetrando la infidelidad. Ahora, la que fuera secretaria del difunto August Meyer, vivía con la angustia permanente de que el esposo regresase para rematar la faena, pero

aun así daba gracias, cada día, por seguir viva. Mirarse en el espejo y apenas reconocerse le había supuesto un duro trabajo de aceptación y, en esta nueva etapa, vivía intentando compensar sus errores, lo cual lograba, poco a poco, transformándose en una mujer opuesta a lo que había sido: el lujo y el dinero logrados a cualquier precio ya no le interesaban. Por eso, la llegada de Celeste con la noticia de la desaparición de su hijito supuso un reto nuevo, la posibilidad de ayudar a alguien que la necesitaba de verdad.

Como Celeste carecía de recursos, Jacinta enseguida pensó en Beltrán Villanueva.

—No te preocupes, niña, voy a avisar a un buen abogado que es, además, buena persona, por lo cual no hemos de preocuparnos, seguro que te ayudará.

—Yo había pensado en el señorito Beltrán—dijo Celeste, haciendo que Jacinta la mirase con los ojos muy abiertos—pero no me atrevo a molestarle, ya me ha ayudado bastante.

—¿Conoces al abogado Villanueva?

Cuando Celeste asintió con la cabeza, la secretaria intervino de nuevo:

—Pues vas a tener que molestarle de nuevo, chiquilla, porque yo también había pensado en él. Y no te preocupes, tengo algunos ahorrillos con los que le pagaré sus honorarios, pero ten por seguro que la vida te dará la oportunidad de devolverle cuanto ha hecho por ti.

Celeste insistió en que preferiría dejar al abogado Villanueva al margen, pero Jacinta estaba decidida.

—Ahora lo importante es tu hijo, y hay que hacer todo lo posible para que lo recuperes. Y si no te empleas a fondo, que es lo mismo que decir que necesitas al mejor consejero, puede que nunca más vuelvas a ver a Martín, ¿entiendes?

La chiquilla asintió al tiempo que las lágrimas delataron la angustia que estaba viviendo. Jacinta se arrepintió de la dureza de sus palabras, pero era necesario que Celeste comprendiese que el asunto era muy serio, y que debían emplear cuantos recursos tuviesen a mano, ya habría tiempo de pagar y agradecer.

—Bueno, nos vamos a buscar al abogado, y no se hable más.

Para llegar hasta la casa de los Villanueva alquilaron un coche de punto, que pagó generosamente Jacinta pues, tal y como le dijera a Celeste, aún le quedaban algunos ahorrillos de cuando ejerció de fulana para Meyer. Le gustaba autodenominarse así, no con la intención de castigarse, sino como recordatorio de lo que nunca más volvería a hacer.

Por suerte, Beltrán estaba en casa, por lo que Rosita las hizo pasar a una sala donde debían esperar hasta que él pudiese recibirlas. Al cabo de un rato, el ama de llaves las guió hasta el despacho del letrado.

La cara de Beltrán Villanueva fue de lo más expresivo, pues lo último que se esperaba era encontrar allí a esas dos mujeres juntas. Una vez repuesto de la sorpresa inicial, les indicó que tomasen asiento, al tiempo que él lo hacía al otro lado de su escritorio. Estaba impaciente por saber a qué se debía esa visita, pero la circunstancia de que las dos hubiesen estado implicadas en el asunto Meyer, cada una a su manera, había despertado su curiosidad.

—Señor Villanueva —comenzó Jacinta—, venimos a solicitar sus servicios como letrado. Por sus honorarios no se preocupe, sabe mucho de mí, y puede suponer que tengo ahorros con los que pagarle.

—No hablemos de eso ahora, Jacinta: el hecho de que haya usted venido con Celeste me inquieta más de lo que pueda suponer. ¿Qué sucede?

—Poco podemos decirle, señor. Tan sólo que cuando la joven —dijo volviéndose hacia Celeste—ha regresado a casa, su abuela estaba llorando porque, al parecer, los guardias se han llevado a su hijito.

Mientras, la aludida asentía en silencio, con la mirada baja. No quería preocupar al señorito, por eso estaba procurando contener el llanto que amenazaba con estallar en su garganta.

Al oír las palabras de Jacinta, Beltrán echó su silla hacia atrás con tal brusquedad, que Celeste dio un respingo. El abogado acababa de comprender que sus temores se habían cumplido: Jaime Solís acababa de hacer el movimiento con el que tenía a la joven limpiadora bajo control. Preguntó lo inmediato.

—¿Saben a dónde lo han llevado? —dijo, dirigiéndose ahora a Jacinta Torres.
—No sabemos nada, señor: la abuela tan sólo nos ha dicho que ha sido por orden del señor alcalde.
El abogado asintió, pensativo, pero enseguida tomó una decisión.
—Vamos, señoras: usted tiene que acompañarme, Celeste, la madre de la criatura ha de estar presente. Y usted, Jacinta, ya ha hecho bastante, así que, si lo desea, puedo dejarla en su casa.
—¡Ni hablar, señor! Me quedaré con la chiquilla, es de las pocas personas que me alegró las aburridas tardes de hospital con su presencia, ahora me toca a mí estar a su lado.
Beltrán asintió mientras pensaba cuánto había cambiado Jacinta Torres desde aquella primera vez en que la interrogó. Ya nada quedaba de esa mujer resabiada y coqueta, y concluyó que, a veces, las peores experiencias proporcionan, de golpe, el aprendizaje de toda una vida.
Salían del despacho, cuando las voces alegres de Celia y Silvia resonaron por el pasillo. Beltrán no tuvo tiempo de evitar el encuentro mientras pensaba en el disgusto que se llevaría su esposa al enterarse de lo sucedido. En efecto, las jóvenes saludaron sorprendidas a la comitiva.
—¿Celeste? ¿Cómo tú por aquí?
La chiquilla estaba acostumbrada a obedecer, y no se le pasó por la cabeza dejar sin respuesta a la señorita Silvia, que tan bien se había portado siempre con ella:
—Hemos venido a ver si su hermano nos puede ayudar, señorita.
—¿Ha pasado algo con el doctor? ¿O quizás con ese…—Celia se contuvo a tiempo de insultar a su ex prometido delante de los presentes—hombre que todos sabemos?
—¡Es el niño! —ahora la chiquilla no pudo controlar el llanto, por más que lo intentó—Me lo han llevado…
Como Beltrán temía, tanto su esposa como su hermana se implicaron de lleno en el asunto, bombardeándoles a preguntas que quedaron sin respuesta, porque ni Jacinta, ni Celeste, ni mucho menos Beltrán, sabían qué era exactamente lo sucedido.

—Beltrán, voy contigo—dijo Silvia de pronto. Pero la mirada de su hermano le hizo comprender que no debía insistir. Ya salían de la casa cuando el abogado, con la excusa de coger algo de su despacho, y aprovechando que Celia estaba despidiéndose de Celeste, la llamó aparte:
—Silvia, por favor, te necesito aquí, al lado de Celia. Sé que la noticia le ha afectado, y te agradecería mucho que cuidases de ella en mi ausencia.
Silvia asintió en silencio, hubiese querido acompañar a su hermano, pero él tenía razón: seguramente Celia la necesitase a su lado.
Asomadas a la ventana, los vieron partir en el coche de caballos de la familia. En la retina de Celia quedó grabada la imagen de Celeste, una niña aún, desvalida e indefensa. A lo largo de la tarde rememoró una y otra vez las profundas ojeras en esos ojos que rebosaban candidez, y se sintió consternada. Ella todavía no era madre, pero lo que sentía por el hijo que llevaba dentro le permitía comprender el calvario por el que la chiquilla estaba pasando.

Beltrán regresó casi entrada la noche, pero no lo hizo solo: por precaución, Celeste y su abuela le acompañaban. El abogado consideró que, el hecho de que Jaime Solís hubiese sido el autor de la denuncia, podría ser una clara advertencia para que la muchacha permaneciese callada respecto a su presencia en *La Casona* el día del asesinato. Por eso creyó conveniente acogerlas bajo su protección. Le había costado bastante convencer a Ludivina, muy anciana y llena de prejuicios que le impedían aceptar, por inmerecida, la protección del marqués. Celeste, sin embargo, no había reaccionado, estaba tan abatida que era indiferente a todo.
—Rosita, por favor, que preparen una de las habitaciones, Celeste y su abuela pasarán unos días en la casa.
Las recién llegadas atravesaron el laberinto de pasillos de la casona, la abuela del brazo de la nieta, mientras el ama de llaves hacía las veces de amable anfitriona, acomodándose al paso renqueante de la anciana con encomiable paciencia. Entraron en una de las habitaciones en desuso, donde Albertina acababa de comprobar que

la ropa de cama estaba en perfecto estado tras depositar un par de toallas de hilo en el aguamanil.
—Señora, ¿Cómo pretende que nosotras, pobres infelices, nos alojemos aquí? ¡Es un pecado de soberbia!
Rosita sonrió, enternecida y, adivinando los temores de la anciana, escogió las palabras adecuadas para aliviar su zozobra:
—Señora Ludivina, a los ojos de Dios, todos somos iguales. Por tanto, este ha sido su designio y voluntad.
—Si usted lo dice—respondió la encorvada anciana, mirando a su alrededor como si acabase de aterrizar en otro planeta, mientras Celeste se sentaba con timidez en el borde de esa cama mullida y tan grande que, aun compartiéndola con su abuela, le sobraría la mitad. Estaba muy cansada, deseosa de cerrar los ojos y poder olvidarse de la pesadilla que estaba viviendo, pero sabía que la angustia le impediría conciliar el sueño. Lloró en silencio, ante la mirada consternada de Rosita.
—No llores, mujer, verás como el señor Villanueva lo soluciona todo —intentó consolarla el ama de llaves, mientras pensaba que la sombra negra que se cernía sobre ellos acababa de manifestarse: Jaime Solís era la oscuridad que había intuido, el peligro acechante.
Mientras, Celia y Silvia, deseosas de conocer lo sucedido, abordaron a Beltrán.
—Bueno, al menos ya sabemos a qué nos enfrentamos: al parecer las autoridades, por orden del alcalde, se han presentado a por el niño como consecuencia de una denuncia, en la cual se le retira a Celeste la potestad sobre su hijo por incumplimiento de los deberes inherentes a la misma.
Ambas comenzaron a bombardearlo a preguntas, que Beltrán iba respondiendo, tan abatido como ellas.
—¿Qué incumplimiento es ese? Pocas madres hay tan responsables como Celeste.
—Ya sabéis que todo es susceptible de interpretación, y dado que la chiquilla está parte del día fuera de casa, y el niño queda al cuidado de la bisabuela, una mujer con las capacidades mermadas, se ha considerado que el menor no vive en las condiciones adecuadas, y se lo han quitado. Es inhumano, lo sé, un disparate cometido con la

supuesta intención de proteger al niño. Ya tenemos una ley promovida por el doctor Tolosa —Latour, la cual se ha aprobado para evitar estas situaciones, pero pasarán años hasta que todo esto se regularice en condiciones.
—¿Y ahora qué va a pasar? —preguntó Celia, angustiada.
—Bueno, lamento deciros que va a ser complicado solucionarlo.
—Pero, ¿quién está detrás de la denuncia?
Beltrán hubiese querido evitar esa pregunta, pero no le quedó más remedio que responder:
—Jaime Solís. Él ha sido.
—Pobre Celeste—dijo Celia, con genuina compasión— Ese hombre se ha inmiscuido en su vida como la peor de las pesadillas. ¡Y pensar que estuve a punto de contraer matrimonio con él!
—Eso es agua pasada, Celia, por suerte, no lo hiciste. Ya no pienses en ello, sólo es un mal recuerdo que no merece tu atención— respondió Silvia, intentando evitar que no se alterase.
—Sí, sólo un mal recuerdo gracias a ti, que me abriste los ojos. Espero que cuanto le está haciendo a Celeste no quede impune.
—Nada queda impune, amor mío, te lo dice un abogado.
—Pero, ¿y el niño? ¿Dónde está ahora? —preguntó Silvia, y de nuevo Beltrán se vio obligado a responder algo que hubiese preferido callar:
—Está con el matrimonio Solís, ellos han solicitado ocuparse del menor.
Esta vez Celia no pudo más y se echó a llorar. Sentía mucha lástima por Celeste, pero sobre todo, una rabia intensa hacia Jaime Solís. Ahora sí, estaba convencida de que la maniobra era una forma retorcida de castigarla, reclamando al hijo que había repudiado, y cuyo abandono le reprochó cuando decidió romper el compromiso, a sabiendas de que ella, Celia Quirós, era la protectora de esa chiquilla a la que él violó.
—No parará hasta hacerme todo el daño que pueda—dijo Celia, con la mirada perdida en el paisaje que asomaba por la ventana.
«Y lo que tú no sabes», pensó su esposo, afligido. Ahora estaba demasiado claro lo que él sabía desde hacía tiempo, que los Quirós

eran el objetivo de Jaime Solís y, en efecto, Celia no andaba desencaminada respecto a sus temores.
—No te conviene preocuparte, Celia—intervino Silvia, anticipándose a la intención de su hermano—debes tranquilizarte y dejarlo todo en manos de Beltrán, él te protegerá—le miró de soslayo—y también a Celeste, de ese ser despreciable que no podrá salirse con la suya. Pero tú debes permanecer al margen y confiar, hazlo, por favor, piensa en tu hijo.
Celia comprendió que su cuñada tenía razón y asintió, en apariencia convencida. Debía tranquilizarse, debía delegar sus preocupaciones y dejar que Beltrán actuase, sabía cómo hacerlo. Pero era imposible evitar disgustarse porque, para ello, tendría que dejar de sentir.

Celeste y Ludivina cenaron con el resto del servicio, aunque apenas probaron bocado, la abuela por considerarse fuera de lugar, indigna de las atenciones del marqués, y la nieta, cada vez más angustiada, incapaz de dejar de pensar que la noche ya había caído, y su pequeño estaría llorando lágrimas de abandono, lejos de su cálido regazo.

Capítulo 18

Cuando Jaime y su esposa entraron en casa, doña Rebeca acababa de levantarse de la siesta y estaba de un humor de perros. Margarita Durán se fue derecha a sus aposentos, quería disfrutar del niño sin que las malas pulgas de su suegra le amargasen el momento, y aunque Jaime entró a saludar a su madre, sólo cruzó con ella unas breves frases de cortesía para, a continuación, irse por donde había venido, hoy tenía mucho que celebrar.

Sólo cuando oyó el llanto de la criatura, doña Rebeca se puso en pie. Muy intrigada, comenzó a subir las escaleras hacia la planta de arriba. En ese momento, bajaba una de las criadas con lo que parecían prendas de bebé en la mano.

—¿Qué llevas ahí, Amanda?

La sirvienta tragó saliva antes de responder a su señora:

—Estas ropitas, doña Rebeca, que su nuera me ha ordenado que queme.

El gesto de sorpresa de doña Rebeca le hizo intuir a la criada que se avecinaba tormenta. Acto seguido, la esposa de don Alfonso se arremangó las faldas y subió con un brío inusitado, lo cual ocurría siempre que estaba furiosa. Fue derecha al dormitorio del matrimonio y, sin llamar a la puerta, entró como un huracán.

—¿Se puede saber qué está pasando? —en ese momento, la mujer comprendió, de golpe, que la cuna y demás enseres de bebé, que su nuera había comprado la semana pasada, no eran el ajuar adquirido pensando en un probable embarazo, tal y como había imaginado. La realidad, la extraña realidad, era otra bien diferente: un infante acababa de llegar a su casa sin previo aviso.

La nuera, ajena al enfado monumental de su suegra, continuó sin inmutarse.

—Doña Rebeca—respondió con tono solemne—, le presento a su nieto.

La mujer se quedó mirándola como si hubiese perdido el juicio y, tras unos segundos de desconcierto, se ensañó con ella:
—¿Qué nieto? ¿Ese bastardo, que a saber de dónde lo has sacado, pretendes que sea mi nieto? ¡Que yo sepa, no has parido! ¡Yo no tengo nietos!
—Allá usted— respondió Margarita con una tranquilidad pasmosa, mientras apretaba al niño contra su cuerpo. Ya había logrado lo que quería, y todo lo demás le traía sin cuidado, incluida doña Rebeca.
—¡Felipa! ¡Felipa! —comenzó entonces a gritar la matriarca, presa de un ataque de nervios, pues no estaba acostumbrada a que en su casa sucediesen cosas sin ella saberlo, y menos aún a esa actitud de insumisión de su nuera, que no ayudaba nada. La criada se presentó de inmediato con cara de susto.
—¿Qué ordena la señora? —dijo, mirando con los ojos muy abiertos al niño que doña Margarita acunaba entre los brazos.
—¿Tú sabes algo de esto? —dijo la dueña de la casa, señalando con desprecio al niño.
—¿De qué, señora? —preguntó Felipa, con sincera ingenuidad.
—¡De qué va a ser, atontada! Del asunto de este niño con el que mi nuera pretende martirizarme, diciendo que es mi nieto. ¿Nos hemos vuelto locos o qué?
Mientras esta conversación tenía lugar, Margarita Durán permanecía ajena a la misma, con una indolencia cercana a la desfachatez. Al ver que Felipa estaba tan despistada como ella misma, doña Rebeca decidió ignorarla para centrarse, de nuevo, en su nuera:
—¿De dónde ha salido esta criatura? ¡Habla de una vez, por Dios!
—Este niño no tenía hogar, y mi esposo y yo lo hemos adoptado.
La estertórea carcajada de la mujer fue tan ronca y desagradable que asustó al bebé, provocando su llanto:
—¿Mi hijo? ¿Mi hijo adoptando huerfanitos? —doña Rebeca volvió a reír— ¡Si no se ocupa ni de su propio…! —Aquí se interrumpió, no era necesario airear los trapos sucios.
—Aunque no lo crea, así es, señora—respondió Margarita, envalentonada, pero la mueca de su suegra le provocó un escalofrió, también a Felipa, que la conocía bien.

—No me digas que no eres capaz de traer un hijo al mundo…Ya te lo advertí: si no le das a tu esposo lo que espera, gastará sus energías fuera, con otras mujeres. En cuanto venga Jaime, tenemos que hablar: no quiero un bastardo de origen incierto en mi casa, menos aún, con la pretensión de hacerlo pasar por mi nieto. ¡Hasta ahí podíamos llegar!
Doña Rebeca salió dando un portazo, pero Margarita la ignoró. Se repitió que ya tenía lo que quería, consecuencia del trato prematrimonial hecho con su esposo, y su suegra no era quien para inmiscuirse.

Cuando Jaime Solís regresó a casa, lo hizo ya de madrugada. Se desplomó sobre la cama, sin percatarse de que Margarita estaba aún despierta, esperándolo, y cayó de inmediato en un sueño propiciado por el abuso del alcohol, indiferente a esa esposa que lo miraba con un gesto desconocido hasta ahora.
Como Margarita no lograba conciliar el sueño, se levantó y entró en la habitación contigua, donde una nodriza se hacía cargo del bebé. En ese momento, el pequeño mamaba, pegado al pecho de la joven que habían contratado para alimentarlo. Miró con envidia la escena, imaginando lo que se sentiría esa mujer, que a ella le había sido negado. Llevada por una rabia repentina, se acercó a la muchacha y, tomando al niño, se lo arrebató con furia. La leche siguió derramándose por el pecho, y el bebé hizo un puchero, asustado por la brusquedad del imprevisto movimiento, arrancando en un llanto inconsolable mientras la nodriza, con el pecho aún al aire, miraba a Margarita intentando ocultar el temor que la provocaba.
—¡Tápate, descastada! ¿O acaso quieres que entre mi esposo y te vea desnuda?
La joven se apresuró a abotonarse la blusa, desconcertada ante la reacción de la señora. El niño continuaba llorando.
—¡Y tú cállate, mocoso! —le dijo al bebé, zarandeándolo, lo cual provocó que el llanto del niño se volviese un hipo contenido, como si intuyese que no le convenía nada llamar la atención—Toma— Margarita le tendió el bebé a la nodriza— ,huele mal, creo que se ha

ensuciado. Cámbialo, y cuando esté visible y no huela a mierda, me avisas.
Acto seguido, Margarita regresó a su habitación, dejando a la nodriza con cara de perplejidad y el sentimiento de que se había equivocado por completo al aceptar el trabajo, pues estos señores, por muy bien que pagasen, no le gustaban. Miró con tristeza al bebé nacido con tan mala estrella, acogido por unos padres adinerados que nunca le proporcionarían el calor de un hogar.
Mientras, Jaime seguía durmiendo. Apestaba a alcohol. Margarita le miró de reojo antes de agacharse y revisar la ropa que había dejado tirada en el suelo. En la sucísima pechera de la camisa creyó ver unas manchas de sangre reseca, pero no se extrañó, no era la primera vez. Olió con cuidado la prenda, y captó enseguida el mismo perfume de siempre, una mezcla de esencias vulgares que componían un conjunto deplorable, perfume barato de prostituta. Se preguntó qué aspecto tendría esa mujer, que lograba algo de lo que ella era incapaz: despertar el apetito sexual de su esposo. Observó los bajos del pantalón manchados de barro maloliente, al igual que los zapatos, y este detalle le dio una idea de dónde había pasado Jaime buena parte de la noche. Salió de la habitación y llamó a Amanda:
−Entra en el cuarto y recoge la ropa del señor.
La criada obedeció, ante la atenta mirada de Margarita, mientras el hombre continuaba durmiendo, ajeno al escrutinio disimulado de la sirvienta, quien dudaba si el señor, dado su aspecto, continuaba con vida.
—¡Date prisa, mujer! —apremió Margarita, por el simple placer de incomodarla—. Y regresa enseguida, quiero que me prepares un baño.
Cuando la criada se retiró, cargando con la ropa sucia, Margarita estuvo a punto de detenerla, pues se le había pasado por alto realizar el minucioso registro de los bolsillos que siempre llevaba a cabo y en el cual, en una ocasión, había encontrado algo que guardaba bajo siete llaves, a la espera de poder ser utilizado si las cosas no salían tal y como ella había previsto. Sonrió, taimada, imaginando el gesto atónito y desconcertado de su suegra, doña

Rebeca, cuando el antifaz que Margarita Durán llevaba puesto cayese, revelando su auténtica cara.

Jaime se levantó cuando en la casa ya estaban con los preparativos para la comida, se oía el inconfundible trastear en la cocina y el sonido de la loza y los cubiertos mientras disponían la mesa en el comedor. No desayunó, tenía el estómago revuelto. Se había dado un baño caliente—lo necesitaba— y ahora tomaba café mientras contemplaba a la pazguata de su esposa, que jugaba a las mamás paseando al bebé por el jardín, en un enorme cochecito que había costado demasiado dinero, las finanzas no estaban para semejantes dispendios. La voz áspera de su madre le sacó del ensimismamiento:
—¿Se puede saber a qué juegas, Jaime?
Él la miró con los ojos muy abiertos mientras hacía un gesto con sus manos, como si no la comprendiese.
—Sabes a qué me refiero. Ese niño… ¿Es tu hijo?
—Veo que no has perdido un ápice de tu perspicacia, madre.
Doña Rebeca negó con la cabeza:
—Estás perdiendo el norte, hijo mío: es el hijo de una criada libertina. No pienso acogerlo bajo este techo.
Jaime Solís sonrió, ladino:
—Ni yo, madre, ni yo.
—Entonces, ¿puedo saber qué hace aquí? Tu padre aún no lo sabe, pero en cuanto se enteré pondrá, al igual que yo, el grito en el cielo.
—Está aquí de manera provisional, es largo de contar, madre. Pero en cuanto vea la forma de deshacerme de él, te aseguro que saldrá de esta casa. Ya tengo algo pensado, así que, en un par de semanas, se acabó.
—¿Y tu esposa? ¿Crees que estará de acuerdo? ¡La muy tonta se cree que es su muñeco! Si supiera que, en realidad, es el fruto de tus amoríos con una criada, quizás le diese tanto asco que dejaría de apretarlo contra su pecho.
—Déjame hacer, madre, lo tengo todo pensado.

—Pero no has respondido a lo que más me intriga, ¿por qué lo has traído a esta casa?
—Mira, madre—Jaime Solís se puso muy serio— lo que me hizo Celia Quirós no tiene perdón, viviré con esa humillación hasta el día de mi muerte. Pero mientras tanto, le haré todo el daño que pueda.
—¿Y en qué le afecta a esa el asunto del niño?
—Más de lo que te puedas imaginar: su cuñada y ella tienen un vínculo muy especial con esa criada, la madre de la criatura. Me consta que la han ayudado mucho, y lo siguen haciendo. Y conociendo a Celia, sé que se desvivirá para al bebé no le falte nada, es una sensiblera. Así que no me quiero ni imaginar lo que estará pasando cuando se haya enterado de que estoy detrás de este asunto.
—¡Vaya, hijo, pues sí que eres rebuscado! Pero he de decir has sido muy astuto, ahora lo veo claro: si esa Celia Quirós está preocupada ahora, sabiendo que el niño está bajo tu techo, el golpe va a ser tremendo cuando sepa que te lo has llevado quien sabe a dónde.
Jaime asintió satisfecho, su madre lo había entendido a la primera.
—Y eso no es todo, madre: me he enterado de que Celia está encinta, no me preguntes cómo lo he sabido —se adelantó Jaime a la pregunta— pero es cierto. La jugada maestra sería que, con el disgusto, el embarazo se malograse. ¡No te imaginas cuánto me alegraría!
—¡Jaime, hijo! No es cristiano alegrarse del mal ajeno—su hijo la miró como si no la comprendiese, y ella remató la argumentación— salvo cuando alguien ha hecho tanto daño a esta familia como Celia Quirós. En ese caso, sería justicia divina, un regalo de Dios.
—Pues a ver si Dios se muestra generoso, madre.
Sin embargo, Jaime se guardó parte de sus motivos, que sólo él conocía. Porque además de causar daño a Celia, arrebatarle el niño a Celeste era una maniobra disuasoria, gracias a la cual se aseguraba de que la joven guardase silencio —ya había sido advertida— y sólo ella sabría de la presencia de Jaime Solís en un lugar, y a una hora, que lo comprometía peligrosamente.

Capítulo 19

Al día siguiente, Beltrán salió de casa en cuanto despachó los asuntos inaplazables pues, en ese momento, nada era tan importante como devolverle un hijo a su madre.
La tarde anterior no había podido localizar al alcalde, pero hoy iba decidido a entrevistarse con él, aunque tuviese que estar el resto de la mañana haciendo guardia frente a su despacho.
Durante el trayecto fue sopesando la conveniencia de hacer uso de su título, marqués de Ribadeo. Consideró que la ocasión lo merecía y no se equivocó, pues al poco de anunciar su presencia, el regidor se apresuró a recibirle.
—Buenos días, señor marqués —saludó el hombre, poniéndose en pie con innecesaria solemnidad—¿A qué debo el honor de tan grata visita?
Beltrán apretó los dientes, lo enervaba esa actitud servil y rastrera, algunos se dejaban impresionar demasiado, y no se sentía nada cómodo ante semejantes muestras de afectación.
—Buenos días, señor—le respondió Beltrán, con la naturalidad con la que esperaba que lo tratase el alcalde —. Me gustaría aclarar con usted un desagradable asunto, sucedido ayer.
El regidor se irguió un poco antes de responder:
—Usted dirá, señor marqués.
—Si no estoy mal informado, ayer los guardias se llevaron de su casa a un niño llamado Martín, el cual se encontraba al cuidado de su bisabuela.
El hombre pareció un poco sorprendido al principio, pero enseguida reaccionó:
—¡Ah, sí señor! Ya recuerdo.
—Al parecer fue usted quien dio la orden, y me gustaría saber por qué lo hizo. No olvide que soy abogado, y a ello se debe mi interés en este asunto.

El alcalde tenía muchos años de consistorio a las espaldas, por lo que estaba acostumbrado a todo tipo de sucesos, reclamaciones y protestas. Sabía mantenerse en su sitio, lo cual había aprendido a base de sufrir numerosos contratiempos en el ejercicio de su cargo.

—Cómo no, señor, yo se lo explico: recibimos la denuncia de que ese pequeño estaba desatendido. La madre es una muchachita soltera que vive, casi en la indigencia, con su abuela. La chiquilla sale a ganarse el pan, y la criatura queda al cuidado de una anciana octogenaria con las facultades mermadas. Nadie sensato dudaría que ese niño está expuesto a peligros constantes. Además, la vivienda es fría y húmeda, y el salario de la muchacha es insuficiente para alimentar tres bocas.

—No le voy a negar que son gente muy humilde, señor acalde, pero la muchacha, en adelante Celeste Rodríguez, pues ése es su nombre, tiene un salario con el que dar de comer a la familia, porque trabaja de limpiadora en La Casona. Además, disponen de una vaca, con cuya leche hacen el correspondiente trueque de artículos de primera necesidad, y de un huerto, que ella atiende a las mil maravillas. Puedo asegurarle que no pasan hambre.

—Veo que está usted muy bien informado, señor marqués, lo cual no me extraña, dada su fama de abogado sobresaliente. Pero si no le incomodo al hacerle esta pregunta, ¿me podría decir a qué se debe este interés por la joven madre y su hijo?

—Pues la pregunta no me incomoda en absoluto, señor alcalde, pero no le voy a responder, por una razón muy clara: mi interés por la joven, ni viene al caso, ni es relevante para el mismo.

El alcalde se sintió menospreciado, la seguridad del abogado amilanaba a cualquiera. Pero enseguida recuperó la compostura.

—Voy a admitirle, señor, esa suposición de que en esa casa no se pasa hambre, pero no puede usted rebatir el otro argumento de peso: ese niño permanece gran parte del día al cuidado de una persona incapacitada. ¿Qué sería del pequeño si, cuando comience a caminar, se acerca a la lumbre encendida? ¿Cree usted que su bisabuela sería capaz de evitar que se abrasase vivo?

—El niño aún no camina, señor, por lo que la medida de la separación me parece un poco precipitada. Y le puedo garantizar

que no hay madre más dispuesta que Celeste.
—No lo dudo, señor marqués, pero lo de curarse en salud es algo que nunca falla.
Beltrán permaneció en silencio unos segundos, después de lo cual habló, intentando ser lo bastante persuasivo.
—¿Y si yo, el marqués de Ribadeo, le garantizo que esa pequeña familia tendrá, en muy poco tiempo, una vivienda muy digna dentro de mi propiedad? Precisamente estamos buscando personal de servicio, y Celeste sería la candidata perfecta.
—¿Perfecta, dice usted? Perdone que le contradiga, señor, pero esa muchacha es madre soltera, lo cual es un claro indicativo de su escasa moralidad. ¿Querría tomar a su servicio a una muchacha de tal ralea? Yo, desde luego, no la metería en mi casa, sería una perniciosa influencia para mis hijas, además de una mancha en nuestra reputación.
Beltrán calló. Sería imposible hacerle comprender a ese hombre que Celeste sólo era una víctima de lo sucedido con ella. Insistió, lamentando tener que dar, al final, inmerecidas explicaciones a ese advenedizo.
—Señor alcalde, tanto mi esposa como mi hermana Silvia suelen hacer obras benéficas, razón por la cual ambas conocen a Celeste Rodríguez. Emplearla en nuestra casa como sirvienta ayudará a esa jovencita a tener un empleo fijo y un hogar estable, y al estar bajo nuestra tutela, evitaremos cualquier tipo de comportamiento de dudosa moralidad.
El alcalde se frotó la barbilla, pensativo, y permaneció en silencio unos segundos. Beltrán cruzó los dedos, quizás había logrado convencerlo.
—Señor marqués, sus argumentos son muy sensatos, desde luego, por lo que creo que, en efecto, poner a esa muchacha bajo la protección de dos damas intachables, como lo son su esposa y su hermana, me parece una medida muy adecuada— Beltrán contuvo la respiración—. Pero lamento decirle que el niño ya está al cargo de una familia muy respetable, que lo educarán como a su propio hijo, librándole con ello de la infortunada condición de bastardo que

arrastra desde el momento mismo de su nacimiento. Créame, en interés del menor, debe quedarse donde está.
La rabia sonrojó el rostro de Beltrán Villanueva. Sabía quién era esa familia, pero quería asegurarse, por lo que le preguntó al alcalde, el cual no tuvo ningún inconveniente en responder:
—Señor marqués, el paradero de la criatura no es un secreto de estado, sino algo muy razonable: el niño está con don Jaime Solís y su esposa,una intachable dama con quien ha contraído matrimonio recientemente, imagino que ya estará usted al tanto.
Ya no cabía duda. Por la cabeza de Beltrán pasaron todo tipo de pensamientos. Estuvo tentado de decirle al alcalde que Solís era el padre biológico de ese niño, al que había negado la paternidad, un niño engendrado a la fuerza, el fruto del estupro cometido contra una infeliz sirvienta, una niña llamada Celeste. Estuvo también tentado de preguntarle al alcalde a cuánto ascendía la aportación de Jaime Solís a las arcas consistoriales, en agradecimiento por la gestión. Pero calló. Ambas eran acusaciones graves que no debía lanzar sin el respaldo de pruebas.
—¿Es su última palabra, señor alcalde? —dijo, en cambio, Beltrán.
—Pues creo que sí, señor, porque es lo correcto, y todos salen beneficiados: el niño, sin duda, el matrimonio Solís y, también, esa muchacha, Celeste: sin el niño, podrá rehacer su vida, comenzando de nuevo como si fuese una mujer honrada.
—¿No hay ninguna manera de que cambie de opinión? Hay muchos niños en peores condiciones que el pequeño Martín, niños huérfanos hacinados en hospicios donde las enfermedades proliferan. ¿Por qué quitarle ese hijo a una madre?
—Señor marqués—insistió el alcalde en tono paternalista— ya lo hemos hablado, y esta adopción es una suerte para ese niño, ahora será el hijo de una familia respetable, no le faltará ni lo material, ni el respeto del resto de sus congéneres. Lo mire por donde lo mire, esa criatura es la innegable beneficiada en esta decisión.
Beltrán comprendió que no tenía nada más que hacer allí. Se puso en pie, saludó al alcalde con un gesto de cabeza y salió con el ánimo destrozado. Sabía que la decisión tomada por una autoridad no se

podía revocar así como así, y él, de momento, estaba atado de pies y manos.
Celeste era la madre de ese niño al que habían sacado de su casa, una madre que había demostrado ser madura y responsable, y era injusto que un desalmado como Jaime Solís la separase a la fuerza de su hijo. Beltrán concluyó que la única solución era actuar al margen de las instituciones. Regresó a casa con la moral por los suelos, dispuesto a empezar cuanto antes a movilizar recursos por su cuenta y riesgo.

Capítulo 20

Sofía llamó a la puerta de la habitación de Ismael. Cuando entró, lo vio sentado en su escritorio, con un libro abierto sobre el que centraba toda su atención. Estaba vestido de andar por casa, y llevaba el cabello alborotado, como si no se hubiese peinado.
— ¡Ismael! ¡Estoy tan contenta!
El joven apenas le prestó atención. Al mirarle, su hermana vio que tenía las ojeras propias de quien lleva unos días sin conciliar un sueño reparador. Estaba pálido y había adelgazado. Pero lo que más la inquietó fue la tristeza que advirtió en su mirada.
— ¿No es maravilloso? —Insistió —¡Celia y Beltrán esperan un hijo!
—Sí, es maravilloso—fue la escueta respuesta del joven, tras la cual volvió a centrarse en la página del libro.
— ¿Te sucede algo, hermano?
Él sólo negó con la cabeza, con la parquedad de movimientos de quien no desea entablar conversación. Pero Sofía no se dio por vencida.
—No todo son buenas noticias, desde luego. Me imagino que ya sabrás que le han quitado en niño a Celeste.
El joven volvió a romper su concentración para mirar a su hermana.
—Ya lo sé, es terrible.
Ante tal pasividad, Sofía ya no pudo más:
—Ismael, ¡a ti te pasa algo! Por favor, déjame ayudarte. ¿Está relacionado con Alma?
Cuando su hermana mencionó el nombre de la maestra, Ismael no pudo soportarlo y las lágrimas rodaron por sus mejillas, silenciosas y ardientes. Asintió, al tiempo que se las secaba con el dorso de la mano, incómodo por que su hermana le hubiese visto llorar, era un hombre. Sofía se percató de su innecesario pudor y, enternecida por su sufrimiento, se acercó a él:
—Ismael, no debes avergonzarte por llorar delante de mí, demuestra que tienes sentimientos y eso siempre honra a una persona, sea

hombre o mujer. Y ahora, dime qué es lo que te pasa, por favor. Verás cómo, al hacerlo, te sientes un poco mejor. No olvides que yo también sufro por mi relación con Carlos, siempre en secreto, siempre ocultándonos de todos. ¡Y más cosas que desconoces! Pero te aseguro que, tanto él como yo, lo estamos pasando fatal.
—No sé qué te voy a contar, Sofi, porque en esto nadie puede ayudarme—respondió Ismael.
— ¿Y si pruebas? Yo también pensaba lo mismo, pero he comprendido que guardárselo para uno no lleva más que a pensar una y otra vez en ello, dándole vueltas que no conducen a nada. Con eso sólo lograrás entristecerte aún más.
Ismael fijó en ella su mirada acuosa:
—Es Alma, tan pronto dice que me ama, como me aparta de su lado.
Sofía le miró sin comprender, pero él profundizó un poco más en lo sucedido:
—Fui a visitarla después de la clase con Nieves, la niña superdotada para las matemáticas. Pensé que Alma estaría deseando verme, al igual que yo a ella, pero noté una actitud rara, huidiza, quizás. No sé lo que le sucede, Sofía, pero me estoy volviendo loco.
—Quizás haya algo que no pueda o no quiera contarte, para que no te preocupes por ella.
—Eso es absurdo, Sofi, porque me preocupo más de esta forma, el no saber lleva a la indefensión.
Sofía comprendió que su hermano tenía razón y asintió.
—Cada persona es un mundo, cada uno tiene sus temores, sus secretos y frustraciones. Pero te diré algo, por si te sirve de consuelo: creo que le gustas, le gustas mucho. Alma es una mujer noble, inteligente, no es de las que tontean con un pretendiente para hacerle perder el tiempo. Así que, si te ha demostrado que siente algo por ti, ten por seguro que así es.
—Eso creía yo también—dijo el joven Quirós, cabizbajo—. Pero, entonces, ¿por qué me hace esto?
—Te repito que no lo sé, Ismael, pero sus razones tendrá. Quizás el hecho de que tu padre sea un hombre muy rico pueda tener algo

que ver, Por lo que sé de Alma, no le gustaría nada que la tomasen por una cazafortunas.
—Algo de eso me ha insinuado, pero no tiene demasiado sentido en una mujer como ella, que no le da ninguna importancia a lo que piense la gente.
—Bueno, quizás sea cierto que no le importa, salvo que esa circunstancia suponga un impedimento para llevar una vida normal. Date cuenta que, debido a su profesión, su situación es un poco delicada.
— ¡Pues que lo diga con claridad! —Protestó Ismael, y ya más calmado, continuó —Yo pienso que el amor está por encima de todo, y que dos personas que se aman siempre son libres, no puede haber impedimentos capaces de separarlos. Tú misma me dijiste, en una ocasión, que estarías dispuesta a huir con Carlos, si no se soluciona el tema familiar respecto a vuestra relación, y eso es luchar por un amor. Yo también lo haría. Pero Alma…
Sofía se compadeció de su hermano, porque entendía a la perfección su sufrimiento.
—Así es, no te voy a engañar, estaríamos dispuestos a irnos muy lejos y comenzar de cero, sólo Carlos y Sofía, sin Balmori ni Quirós de por medio. Pero piensa en lo que todo eso implicaría para papá y mamá. Quizás Alma, que es muy sensata, no quiere que, por su culpa, te separes de tu familia. También es posible que tenga miedo a no ser aceptada, porque entrar a formar parte de una familia como la nuestra no debe ser fácil.
Ismael se quedó callado, valoraba todas estas posibilidades, pero ninguna le convencía.
—Todo eso está muy bien, Sofi, pero si Alma se tiene por una mujer independiente, inteligente, razonable… ¿Cómo es posible que no sea capaz, por amor, de superar estas pequeñas trabas?
— A veces, Ismael, damos una imagen de confianza en nosotros mismos que, por muy capaces de todo que nos creamos, de pronto surge una debilidad con la que no contábamos, o que desconocíamos como propia. Puede que Alma se esté enfrentando a unas inseguridades que son nuevas para ella.

Ismael asintió en silencio. Aunque las palabras de Sofía no lograban convencerlo del todo, hablar de ello con su hermana le había servido para ordenar sus ideas y, sobre todo, para comprender que, en efecto, una mujer como Alma nunca hubiese jugado con él al gato y al ratón. Recordó sus besos, sus caricias, sus miradas encendidas de deseo. Recordó el temblor de su cuerpo cuando la tomaba entre sus brazos, la voracidad de sus labios al tocar los suyos, y comprendió que no fingía, estaba enamorada de él.

—Entonces, ¿cómo se supone que debo actuar ahora? Tú, que eres mujer, podrás entender mejor los sentimientos de Alma. ¿Cómo te comportarías si estuvieses en mi lugar?

—Creo no equivocarme al darte este consejo: no la atosigues, déjala un tiempo para que ponga en orden sus ideas y sus sentimientos, sin presión. Deja de verla unos días, dale tiempo para que te eche de menos.

Ismael pensó que iba a ser duro, pero decidió seguir los consejos de su hermana, tan sensata.

—Gracias, Sofi, tenías razón: hablar contigo me ha aliviado un poco.

Los dos hermanos continuaron charlando un buen rato de asuntos sin importancia, y al salir del cuarto de su hermano, Sofía lo hizo con la satisfacción de haber arrancado una leve sonrisa a los labios de Ismael.

Aquella semana el joven Quirós acudió sin falta a su clase con Nieves, pero fue capaz de vencer la tentación de acercarse a casa de Alma. Había ido en bicicleta y, al finalizar, salió pedaleando hacia *Villa Beatriz* sin detenerse, aunque a medio camino ya sintiera el enorme vacío que necesitaba llenar con la presencia de la mujer a la que tanto amaba.

Aquella noche no cenó, con la excusa de encontrarse inapetente, y se encerró en su habitación. Por suerte, en cuanto abrió el libro de cálculo, se entregó por completo a la teoría matemática, enfrascándose hasta tal punto en los teoremas que, a las dos de la mañana, levantó la cabeza del libro con la sensación de haber estado ausente del mundo durante horas. Lo primero que vino a su

mente fue el rostro de su amada, pero estaba tan cansado que se tumbó en la cama y, en cuestión de segundos, ya dormía un sueño sosegado, porque su inconsciente tuvo con él la gentileza de encerrar a la bella maestra bajo siete llaves.

Alma estuvo esperándolo. Cuando supuso que la clase había terminado, miró varias veces por la ventana, apartando el visillo con dedos temblorosos. Cuando, al cabo de una hora, comprendió que Ismael no pasaría por allí, lloró en silencio. Fue duro constatar lo rápido que había renunciado a verla, pensó que insistiría un poco más. Aun así se alegró, porque lo amaba tanto que, saberlo lejos de su perniciosa presencia, aliviaba un poco su dolor.
El primer paso ya estaba dado, pero ahora venía la parte más difícil para ella. Salió de casa caminando rápido, sin detenerse a pensar porque, si lo hacía, nunca encontraría las fuerzas necesarias para seguir adelante.

Capítulo 21

Alma llamó a la casa del cura y entró sin esperar respuesta. El párroco estaba a punto de cenar, cuando la silueta de la joven se recortó contra la puerta.
—Buenas noches, tío, ¿tiene un momento para mí?
—¡Como no, hija! Ven, siéntate aquí —el cura le señaló una silla en la mesa—¿has cenado ya?
—Sí, tío, he cenado—mintió Alma, incapaz de probar bocado.
—Aun así, acompáñame, puedo ofrecerte unos dulces riquísimos, los hace una feligresa a la que he sido incapaz de convencer de que mejor haría llevándoselos a los niños de las barriadas, pero no hay manera. No sé si te habrás percatado de que muchas de las acciones de los que se creen buenos cristianos van más encaminadas a congraciarse con el párroco que con Dios. Pero así es el género humano, Alma.
—Por desgracia, conozco a las falsas beatas—sonrió la joven.
El párroco asintió mientras contemplaba el plato de parrochas que el ama le había dejado preparadas, aún calientes. Cogió una, pero antes de probarla, le preguntó a su sobrina:
—Pero dime, ¿qué te trae por aquí? ¿Sucede algo?
La joven maestra vaciló unos instantes. Había preparado su discurso en casa, pero, aun así, dudó un poco. Finalmente, comenzó por donde tenía pensado hacerlo.
—Tío, agradezco mucho tenerle cerca, y agradezco también que haya movido los hilos para encontrarme este trabajo—aquí Alma se detuvo unos segundos antes de continuar— pero las cosas se han complicado y debo irme de aquí.
El hombre la miró, evidenciando sorpresa, no esperaba que su sobrina tomase tal decisión.
—No sé a qué obedece esta urgencia, pero piénsalo bien, hija, aquí somos dos a vigilar, y tienes un trabajo que te gusta, con el que puedes ganarte la vida dignamente.

— Lo sé, tío, pero le repito que aquí ya no puedo estar.
—¿Es por el susto que te dio ese borracho indecente? Ya deberías saber que hombres como ese abundan, cometiste un error por tu exceso de confianza, parece mentira, viniendo de ti.
—Lo sé, salvaguardar mi vida implica no bajar la guardia ni un solo instante, y yo me descuidé. Respondiendo a su pregunta, tío, no, no es sólo por el susto que me llevé, es algo más.
—Si no me hablas de ello, no podré darte mi consejo al respecto— dijo el párroco, mirándola con unos ojos compasivos, cargados de la sabiduría que le otorgaban los años y el conocimiento profundo del alma humana.
Su sobrina dudó unos instantes, lo de sus amoríos con Ismael no era algo que le apeteciese hablar con un cura, por más que fuese su propio tío, pero debía hacerlo, porque él siempre encontraba una solución razonable, aunque en este caso lo tenía difícil. Aun así, la maestra se desahogó:
—Hay un joven, padre, que está enamorado de mí. Y dada mi situación, no deseo que se ponga en peligro, no soy la mujer adecuada para él, es buena persona, integro, inteligente, sensible. Y no se merece a alguien como yo.
—Por lo que veo, tú también te has enamorado de él —Alma se sonrojó, lo cual interpretó el sacerdote como una respuesta—, pero no debes avergonzarte, hija, tu corazón es libre. Tú también eres buena e inteligente, y mereces ser feliz.
—Pensé que, dadas mis circunstancias, me afearía usted la debilidad de enamorarme.
Las sardinas, olvidadas en el plato, desprendían el olor, hogareño e intenso, del pescado frito, mientras el párroco clavaba en su sobrina unos ojos inteligentes, rebosantes de conmiseración:
—El amor, hija mía, es otro regalo de Dios, uno de los más bellos, nunca podría afearte, pobre de mí, que sintieses lo más grande que Dios nos permite sentir, amor por el prójimo o, en este caso, el bendito amor entre un hombre y una mujer—Alma le miraba, emocionada por sus palabras—. No obstante, tu caso, hija, es especial. No es culpa tuya, pero las circunstancias te han puesto en

un mal lugar, y comprendo que no quieras involucrar a alguien a quien amas, lo veo en tus ojos.
—¿Me ayudará entonces, tío? —dijo Alma, con la mirada acuosa.
—Claro que sí, muy a mi pesar, porque al menos aquí estábamos cerca el uno del otro, pero cuando te vayas, estaré con el alma en vilo. No obstante, si esa es la decisión que has tomado, veré qué puedo encontrarte, aunque no te garantizo que pueda emplearte de maestra, lo siento, sé la pasión que le pones a este trabajo y cuánto te gusta la enseñanza.
La sobrina asintió en silencio, la pena profunda que sentía le agarrotaba la garganta, impidiéndole hablar.
—Creo que no me equivoco, tío, esta vez no.
—A veces hay que tomar decisiones que nos parten el corazón. Espero que te merezca la pena el sacrificio, yo así lo creo, porque cuando uno obra movido por el bien ajeno, no por el propio, la recompensa es la paz interior. Si muchos supieran lo placentera que es, serían memos egoístas.
Alma sonrió débilmente.
—Es usted todo un filósofo, tío.
Ahora fue el párroco quien sonrió:
—¿Y qué es la religión, sino una filosofía de vida? Pero volviendo al asunto, hija, ¿puedo saber quién es el joven al cual renuncias con tanta entereza?
Alma dudó. Por una parte, se moría de ganas de hablar de Ismael con su tío, tan sabio, tan comprensivo. Pero, por otro lado, tenía la sensación de que era preferible que la identidad de su enamorado fuese un secreto hasta para el párroco. Si había tomado la decisión, no quería dejar ningún cabo suelto, y respondió en consecuencia.
—Tío, será mejor que no lo sepa.
—Y eso, ¿por qué?
—Porque le conozco, y es usted tan bueno que, si un día él viniese preguntando por mi paradero, usted acabaría por confesárselo.
—Como quieras, hija, sólo era curiosidad humana, no de párroco, los párrocos somos poco curiosos, para eso ya están algunos feligreses, que lo son por demás —ahora sí ambos sonrieron— pero tienes razón, es preferible que yo no lo sepa.

Se miraron unos instantes, como si estuviesen intentando acceder a los pensamientos del otro. Fue el cura quien rompió el silencio.
—¿Cuándo piensas irte?
—En cuanto pueda. Mejor mañana que pasado.
—Bueno, estate preparada entonces. Siempre hay algún conocido al que se le muere el ama de cura, los honestos suelen tener a su servicio ancianas viudas entradas en años —Alma sonrió al pensar en las «sobrinas» que vivían con algún que otro sacerdote—. Ya sé que no es lo que te gustaría hacer, pero no se me ocurre, de momento, nada mejor.
—No se preocupe por eso, tío, ya bastante hace por mí—respondió Alma en cuanto logró recomponerse pues, de pronto, la perspectiva de abandonar ese lugar donde había sido tan feliz, para acabar de ama de un cura viejo y refunfuñón—no todos los curas eran como don Remigio—se le antojó, de pronto, insoportable. Pero pensar en Ismael, y en cuanto podría perjudicarle si permaneciese a su lado, le dieron las fuerzas necesarias para afrontar su destino con entereza.

Capítulo 22

Cuando Rosita entró en la sala de música, Silvia acababa de cerrar la tapa del piano y, aun sentada en la banqueta, permanecía pensativa, con la vista perdida en el jardín trasero.
—El joven inglés ha venido a verte, Silvia—le dijo el aya, con mirada risueña.
—¿A mí? ¿No ha preguntado por su prima?
—Eso me ha dicho. Que te lo explique él, ¿no te parece?
—Le recibiré aquí—contestó la joven, mientras se ponía en pie.
Matthew carraspeó ligeramente para advertirla de su presencia en la sala, porque Silvia continuaba al lado de la ventana, contemplando, melancólica y soñadora, el verde y frondoso paisaje. Se volvió al oírlo.
—Buenos días, Silvia, espero no molestarla.
—No es usted ninguna molestia, Matthew, hoy no estoy demasiado concentrada, cuando ha llegado, acababa de cerrar el piano.
—¿Toca usted a diario?
La joven Villanueva asintió:
—Procuro practicar un poco todos los días, es la única manera de no perder habilidad con los dedos. Pero dígame, ¿a qué debo su visita?
El joven se sonrojó un poco al mirarla a los ojos:
—Vengo a despedirme, los felices días rememorando mi infancia en Asturias han terminado. Pero antes, me gustaría hablar con usted a solas.
El gesto de Silvia expresó su desconcierto, pues no se le ocurría ninguna razón por la que Matthew quisiera hablarle en privado.
—Estos días aquí han sido estupendos, sobre todo porque me voy con el grato recuerdo de haberla conocido—continuó el joven Ashbourne.
—Para mí también ha sido un placer, Celia me había hablado tanto de usted, que ya me intrigaba saber si mi querida amiga exageraba — la joven sonrió.

—Mi prima Celia y yo hemos tenido siempre una relación estupenda, estoy deseando que ella y su esposo vengan a visitarnos, a mi madre le encantaría, hace tiempo que no ve a su sobrina. Y, si no tiene inconveniente, me gustaría mucho que, en ese viaje, los acompañase usted. Así tendría la satisfacción de recibirla en mi casa con la misma generosidad con la que ustedes me han acogido. Imagino que conoce mi país, pues su manejo con el idioma es notable.
—Pues no, no he tenido la suerte, hablo su idioma gracias a mi hermano, que se ha desvivido por seguir las pautas marcadas por mis padres, viajeros incansables, que hablaban a la perfección un par de idiomas. Me gustaría mucho visitar su patria, y le agradezco la invitación—Silvia no sabía qué decir, pues Matthew la miraba con una insistencia que le hacía sentirse como si estuviese siendo examinada—. ¿Quiere que avise a Celia de su presencia?
La respuesta de Matthew la sorprendió:
—Si no le importa, aún no: ya le dije antes que he de comentarle algo, un poco delicado, que preferiría tratar primero con usted.
—Pues dígame…
—Verá, Silvia —Matthew carraspeó, sin duda nervioso— me imagino que no le ha pasado desapercibida la afición de John al cortejo …
Fue Silvia quien se sonrojó un poco esta vez, pues recordó, contrariada, su primer encuentro con el señor Beadle, y cómo se dejó engatusar por sus galanterías, hasta el punto de llegar a creer que él había caído rendido a sus pies. «Fui bastante estúpida, desde luego», pensó, avergonzada.
—Sí, he podido constatarlo. Y también que, en ese sentido, su primo y usted no se parecen nada.
—Y eso es bueno, supongo…—dijo Matthew, dudando si las palabras de la joven eran un halago o un reproche.
—¡Oh, desde luego que sí! —respondió Silvia, sonriendo—. He de reconocer, con humildad, que incluso yo me dejé engatusar.
—No se culpe, siempre sucede lo mismo —respondió el joven Ahsbourne con tristeza—. Mi primo John coquetea por costumbre, sin albergar intenciones serias con las damas. Me alegro mucho de que sea tan inteligente, Silvia y, por tanto, haya captado sus

intenciones enseguida. Pero, por desgracia, no todas las damas tienen su perspicacia y, en ese caso, sucede lo que sucede. Y este es el motivo de mi deseo de hablar, primero, con usted.
Silvia seguía intrigada, así que asintió con la cabeza, permitiendo que él continuase.
—Silvia, es usted una mujer, repito, inteligente, abierta a los tiempos que se avecinan, y por eso creo que puedo hablar sin que se sienta incómoda— Matthew dudó unos instantes antes de continuar—. John ha tenido la desfachatez de mancillar la honra de la señorita Mercedes Ribera, lo cual es un agravio también para mí, como primo carnal que soy de este mujeriego carente de escrúpulos.
En un principio, Silvia se quedó boquiabierta, con el gesto congelado, y Matthew temió haber herido su sensibilidad femenina, quizás no eran tan madura y progresista como él había pensado. Pero el gesto de la joven se transformó en segundos, y la seriedad inicial dio paso a una mueca un tanto extraña, al intentar contener la risita que, al final, se le escapó. Ahora fue Matthew quien se quedó atónito:
—Perdone mi reacción, Matthew—dijo Silvia cuando recuperó la compostura— pero he de decirle, para alivio suyo, que mucho me temo que su primo, el señor Beadle no haya sido el primero en atentar contra la honra de la señorita Ribera.
—No comprendo…—respondió el joven, algo confuso.
—Quiero decir que ése es el comportamiento habitual de la señorita Ribera: dejarse seducir hasta las últimas consecuencias. Y, si no, es ella misma quien se insinúa al hombre que le apetece en cada momento, mi hermano Beltrán, por ponerle un caso del que he sido testigo, ha sufrido su imparable acoso.
—Si he de serle sincero, algo había notado.
—La señorita Ribera no pasa desapercibida, desde luego. Sin embargo, sí que me gustaría hacer una aclaración, porque somos jóvenes y debemos comenzar a ver las cosas desde una nueva perspectiva: creo que las mujeres tenemos el mismo derecho que los hombres a declararnos cuando alguien nos gusta, ¿No cree usted que es lo justo?

—Entonces, Silvia, ¿le parece correcto el comportamiento de esa joven?
Ella negó con la cabeza:
—Aún no estoy preparada para asumirlo hasta ese punto, los prejuicios sociales nos pesan demasiado a todos. Yo no me comportaría así, ni por Rosita, ni por mi hermano Beltrán, ni siquiera por mí misma, pues considero que mi cuerpo es una valiosa posesión que debo respetar y compartir con el hombre por el que sienta algo verdadero, diferente, mágico.
En los ojos de Matthew se reflejó el anhelo, y cierta añoranza al pensar en el afortunado destinatario de tanta entrega.
—Me deja usted más tranquilo, Silvia, porque, si bien es cierto tanto mujeres como hombres estamos hechos de la misma materia y somos iguales, considero que el cuerpo de una mujer está limitado por una responsabilidad de peso, la posibilidad de engendrar un hijo.
Ella le miró, retadora:
—Y esa misma responsabilidad, ¿no es también del hombre? ¡No conozco ningún caso de un hijo venido al mundo sin la intervención de ambos progenitores!
—Por supuesto que sí, Silvia, pero yo me refiero, más bien, al aspecto práctico: si una joven dama soltera queda encinta, es ella quien sufrirá el rechazo social y, como eso es algo que no va a cambiar de la noche a la mañana, si se quiere evitar una situación tan dramática, socialmente hablando, se deben evitar también comportamientos que la propicien.
—Estamos de acuerdo, Matthew. Pero le repito que hay muchas cosas por cambiar y, aunque tenemos por delante todo un siglo de nuevas generaciones, dispuestas a pensar de otra manera, cien años me parecen poco para lograr el cambio.
—En el momento presente, Silvia, con los prejuicios y costumbres de nuestra época, el problema es que la señorita Ribera ha sido seducida por John. El hecho podría haber quedado en la intimidad de ambos, pero, por desgracia, la joven dama ha quedado encinta.
Ahora sí, Silvia se quedó blanca:
—¿Qué me dice? ¿Es cierto eso, Matthew?

—Parece que así es—respondió el joven, visiblemente preocupado—. ¿Qué sucederá cuando se enteren mis tíos, que con tanto cariño nos han acogido en *villa Beatriz*? ¡Hemos manchado su buena reputación! Y para empeorar las cosas, nos meterán a los dos en el mismo saco: los ingleses seductores y desaprensivos.
Hasta el momento, distraídos por el desarrollo de la conversación, habían permanecido en pie, pero ahora Matthew, sin solicitar permiso, se sentó, visiblemente abatido. Al darse cuenta de que Silvia permanecía en pie, se incorporó de inmediato:
—Disculpe, no me he dado cuenta.
—Siéntese, por favor, yo también necesito hacerlo, el asunto es más serio de lo que pensaba. Y a todo esto, ¿qué opina su primo John?
Matthew la miró con tristeza:
—Está tan asustado como yo.
Silvia pensó en Mercedes Ribera y su desfachatez. No le extrañaría nada que lo del embarazo no fuese más que una argucia para atrapar a John, del que quizás se hubiese encaprichado hasta ese punto, porque el carácter del joven inglés, disoluto y despreocupado, encajaba a la perfección con el de Mercedes. Era la pareja ideal para llevar una vida como la que a ella le gustaría perpetuar.
— Perdone mi insistencia, pero, ¿está usted seguro, o es tan sólo una suposición de la dama?
Matthew Ashbourne entendía poco del tema, nunca se había visto en la situación de tener que informarse acerca del mismo, por lo que miró a Silvia, desconcertado:
—Es lo que ella dice, por lo cual, imagino que así será.
«Quizás imaginas demasiado, Matthew», pensó Silvia, todavía con la hipótesis en la cabeza de que Mercedes Ribera, embaucadora como era, intentaba enredar a John. Así que procedió a explicarle al inglés, como pudo, lo que sospechaba:
—Matthew, lo de determinar si una mujer está encinta no es sencillo, ha de pasar un tiempo razonable para tener la certeza del embarazo.
—¿Quiere usted decir que aún no puede saberse?
—Bueno, no me siento cómoda hablando de esto con usted, como comprenderá, pero sí, así es: sin entrar en detalles, le diré que han

de transcurrir, al menos, tres meses. Y ustedes llevan aquí mes y medio, si no me equivoco…
Matthew asintió, pensativo.
—A no ser que la señorita Ribera conozca muy bien su cuerpo. Le repito que no voy a entrar en detalles con los que no me siento cómoda, pero en algunos casos, las mujeres podemos saberlo, por determinadas señales, antes de que un médico lo confirme.
—De momento, hemos de fiarnos de su palabra y, sea cierta o no, John no puede negar que ha mantenido encuentros amorosos con la dama pues, de no ser así, ella no le hubiese confesado su estado.
—Eso es evidente y, le repito, la señorita Ribera es aficionada a picar de flor en flor, ya me entiende. Sea como sea, tiene usted razón, esto va a ser un duro golpe para la familia Quirós, y Celia, ahora, no debería preocuparse.
—Veo que nos entendemos, precisamente por esa razón he querido hablar primero con usted.
—Entonces, ¿qué van a hacer? ¿Se van, en estas circunstancias?
—Yo debo regresar, por lo que me encuentro entre la espada y la pared, ¿dejo solo a John aquí? ¿Nos vamos ambos, con todo lo que eso implicaría? Le agradecería mucho que me aconsejase al respecto, Silvia.
—Pues no tengo que pensármelo mucho para decirle que usted no es responsable del comportamiento de su primo, así que debe hacer lo que tenga que hacer, él ya es mayorcito para saber lo que toca ahora.
—No es tan sencillo, Silvia, siento lástima por él, en el fondo es un pobre niño malcriado, que se busca cada lío…No me gustaría estar en su piel, desde luego.
—Y si fuese el caso, ¿usted qué haría, Matthew?
El inglés no lo dudó:
—Silvia, ha mencionado, hace unos minutos, que la responsabilidad es tanto de la mujer como del hombre. Y ya he dicho antes que estamos de acuerdo, por lo cual yo asumiría mi paternidad pues, lo quisiese a no, me sentiría responsable de esa mujer y del hijo que va a venir al mundo. No le daría la espalda, contraería matrimonio con ella para evitar que a ese hijo le llamasen bastardo el resto de su

vida. Con el paso de los años, quizás me viese encadenado a la mujer equivocada, a la que siempre trataría con la cordialidad y el respeto que se merece, como madre de mi hijo. Y, si entretanto, apareciese el amor de mi vida… en ese caso, no tengo respuesta.
La confesión fue del agrado de Silvia. Desde luego, Matthew Ashbourne era un hombre de pies a cabeza. También le gustó el aplomo con el que pronunció sus palabras, al final de las cuales afloró una sonrisa sin vacilación, rotunda y varonil. Sin darse cuenta, los gestos de Matthew habían pasado a resultarle muy familiares, tan tranquilizadores como el regreso a un hogar seguro.
—No sé qué decirle, este es un lío de los buenos. Si le soy sincera, esa señorita Ribera no se merece estos desvelos, es una lianta de mucho cuidado. Pero está claro que hay que solucionarlo. Y tal y como usted acaba de decir, esto supondrá un enorme disgusto para los Quirós, que lo han acogido en su casa. Las malas lenguas se cebarán, serán la comidilla del verano.
Matthew bajó la cabeza, avergonzado:
—No sé cómo podré reparar el daño, es terrible.
—Por favor, Matthew —intervino Silvia— le repito que usted no es culpable de lo sucedido. Los únicos culpables son esos dos irresponsables, parece mentira que, estando él en casa ajena, se haya comportado así. En este desaguisado hay muchos perjudicados. Pero no se torture, usted ha estado muy correcto en todo momento.
— ¿Qué hacemos? ¿Quizás deba hablarlo con su hermano? Quien sabe, puede que él aporte un poco de luz a este asunto tan turbio.
—No—respondió Silvia de inmediato—, es preferible dejar a los demás al margen. Como de momento nadie sabe nada ni hay motivos para que esto se difunda, creo que lo más sensato será que usted y su primo regresen a casa. Pero, antes de hacerlo, John ha de hablar con la señorita Ribera. El tiempo dirá si ella está en lo cierto y, en caso de estar esperando un bebé, serían ellos dos, él desde su país y ella desde Madrid, donde habitualmente vive con sus padres, quienes deberían tomar la decisión respecto a su situación. De este modo, los Quirós no se verían mezclados en el escándalo, que por aquí pasaría desapercibido.

—Antes le dije que es una mujer inteligente —dijo Matthew— y veo que no me equivoco respecto a usted. Silvia, tiene razón, eso va a ser lo más adecuado. Sólo le encuentro una pega a esta solución: ¿Cree que la señorita Ribera, en su situación, va a acceder a que John regrese a Inglaterra?

Silvia lo pensó unos segundos. Seguía fiel a su suposición de que lo del embarazo no era más que una argucia de Mercedes para atrapar a John, del que, sin duda, se había encaprichado. Tenía buenas razones para sospecharlo. Por eso, el tiempo y la separación serían la única manera de desenmascararla. Pero Matthew tenía razón, pues era muy probable que ella no le dejase partir. ¿Y cómo podría impedirlo? ¿Amenazándolo? ¿Pero con qué? Así se lo preguntó a Matthew:

—¿Cómo podría la señorita Ribera retenerlo aquí?

—De ninguna manera, porque si monta un escándalo, ella será la primera en poner en entredicho su reputación.

«Una reputación bastante tocada, por cierto», pensó Silvia.

—Por eso mismo, han de irse. El tiempo lo aclarará todo.

—¿Y qué será de ella si John decide desentenderse? —preguntó Matthew con sincera preocupación—Le conozco muy bien, y estoy seguro de que, en cuanto se le cruce otra en el camino, la olvidará.

—Bueno, es un riesgo que hay que correr. Lo siento por ella, pero la señorita Ribera es quien se ha metido en este lío y quien debe solucionarlo. A mí, lo que me interesa, es que el escándalo no afecte a la familia de Celia, lo demás, es cosa de los implicados, ¿no le parece?

—Tiene usted razón, Silvia, así es, pero no dejo de pensar en esa pobre criatura en camino…

Silvia se guardó su opinión, ella no estaba en absoluto preocupada, porque tenía el convencimiento de que esa supuesta criatura sólo existía en la perversa mente maquinadora de Mercedes Ribera.

—Bien, le agradezco que me haya escuchado, su aportación ha sido de gran valor, Silvia. Creo que seguiré su consejo y, al menos yo, he de partir enseguida. Intentaré llevarme a John sin que la señorita Ribera se oponga, y me aseguraré de que permanezcan en contacto, es lo único que se puede hacer, de momento. Y ahora sí, me

gustaría ver a mi prima y a su esposo. Dadas las circunstancias, disculparé a John, diré que no ha podido venir a despedirse.
—Iré a llamarles, Matthew. Y no se preocupe más: todo tiene solución y esta no es su guerra, peca usted de exceso de nobleza.
Matthew pensó, reconfortado, que, viniendo de Silvia Villanueva, esas palabras eran un verdadero halago.

Capítulo 23

Aquella mañana, Beltrán se unió a su esposa y a su hermana Silvia mientras desayunaban.
Se sentó en la cabecera de la mesa, para poder estar al lado de ambas.
—Tengo que irme, estaré fuera unos días —dijo, después de darle los buenos días a su hermana y de depositar un cariñoso beso en la mejilla de Celia—. He de resolver unos asuntos urgentes, pero enseguida regresaré.
Su esposa hizo un puchero, y él sonrió:
—No tardaré, cariño, enseguida me tendrás de nuevo a tu lado.
Celia apretó su mano mientras lo miraba con dulzura, y le preguntó:
—Imagino que no hay novedades respecto al niño de Celeste.
Beltrán negó con la cabeza.
—Ya os comenté, después de visitar al alcalde, que de momento no podemos hacer nada más. He avisado a mi amigo Ezequiel Segura, pronto estará aquí y se encargará de vigilar de cerca a los Solís. Con la información que nos proporcione, veremos por dónde seguir.
—La pobre Celeste anda por la casa como un ánima en pena— intervino Silvia—. Me ha dicho Fermina que apenas prueba bocado. Y la abuela también anda floja de ánimos. Por cierto: las hemos instalado, a petición de Ludivina, en una de las habitaciones del servicio. Es demasiado pequeña para las dos, pero la anciana amenazó con irse si la seguían tratando como a una señora.
—La semana que viene meterán, por fin, la canalización del agua en la casita del guarda, y en quince días podremos alojarlas allí—les explicó Beltrán—. Por cierto, tendréis que ocuparos vosotras en mi ausencia. Procuraré estar de vuelta lo antes posible, y en cuanto Ezequiel comience a trabajar, puedo garantizaros que algo encontraremos para que Solís reflexione y dé marcha atrás.
—No lo creo — intervino ahora Celia—. Él es de esas personas que nunca recapacitan acerca de sus actos, convencido de que todo lo

que hace está justificado.
—Bueno, pues estoy seguro de que Ezequiel encontrará la manera de apretarle un poco las tuercas.
— Beltrán— intervino ahora su hermana—¿A qué te refieres con eso de "apretarle las tuercas"? Creo que no te estoy entendiendo bien.
Beltrán sonrió levemente:
—Me has entendido, Silvia. Me refiero a encontrar algún punto débil por el que poder atacar a Solís.
— ¿Acaso quieres chantajearlo? ¡Ese no es tu estilo! —medió Celia.
Beltrán las miró a las dos, alternativamente, antes de explicarse:
—Desde el principio comprendí que, por mucho que lo intentase, en este caso no hay nada que hacer, desde el punto de vista legal, me refiero. Pero es de justicia que esa criatura vuelva a los brazos de su madre, por lo cual emplearé cuanto esté en mi mano para conseguirlo —al ver que ambas se disponían a replicar, el abogado aclaró sus dudas antes de que tuviesen siquiera tiempo de plantearlas—. No voy a hacer nada ilegal, nada que perjudique a nadie: tan sólo quiero buscarle un punto débil a Jaime Solís y apretarle hasta que suelte la presa. Puedo garantizaros que, después de darlo muchas vueltas, esta es la única estrategia posible para intentar recuperar al niño de Celeste.
Ambas jóvenes asintieron, más tranquilas al comprender que Beltrán lo tenía todo bajo control. Sin embargo, los hermanos Villanueva no se percataron de que Celia estaba más angustiada de lo que daba a entender. Se sentía responsable de lo sucedido, convencida de que Jaime Solís hacía todo aquello para mortificarla.
—Por cierto, ¿Celeste ya se ha incorporado al servicio de la casa?
—Así es —respondió Silvia—. Le he hablado de su sueldo y de sus condiciones, y está encantada. Dice que es demasiado, que no lo puede permitir. ¿Cómo es posible que alguien se escandalice por cobrar un sueldo digno y tener un techo igualmente digno bajo el que vivir?
— Esa chiquilla sólo ha conocido miseria desde que nació. Y como ella, muchos otros. Mejorar las condiciones de vida de las personas es una cuestión de justicia, más que de humanidad: realizan para nosotros un trabajo que debe estar bien remunerado, las sirvientas

no son esclavas, sino trabajadoras. El tiempo de los esclavistas ya pasó.
—¿Estás seguro, hermano? —-intervino Silvia—. Conozco familias que tratan a sus criadas como a sus perros de caza. ¡Y no los meten a vivir en las casetas de los sabuesos porque no caben!
Tanto Celia como su esposo sonrieron con tristeza ante la descarnada ironía de Silvia.
—Hemos tenido suerte al nacer donde lo hemos hecho. Nuestro único mérito ha sido saber mantenernos, seguir luchando por el legado que nos han dejado, pero es nuestra responsabilidad ayudar a quienes no lo han tenido tan fácil como nosotros —intervino Celia —. ¿Sabéis algo? Cada vez que pienso en esta criatura que crece em mi interior, pienso también en el sufrimiento de esas madres cuyos hijos mueren por no poder pagar el remedio que los curaría, o las que no pueden pagar a una nodriza careciendo ellas de leche, o las que deben dejar a sus bebés recién nacidos a cargo de los hermanos mayores, porque tienen que salir a ganarse el pan. ¿Os imagináis un mundo en el que esas madres trabajadoras pudiesen cobrar el mismo sueldo, a cargo del estado, mientras lacten a sus hijos?
Silvia sonrió con franqueza.
— Y que ese mismo estado se hiciese cargo de los pequeños cuando las madres tuviesen que salir a trabajar, un lugar donde estuviesen bien cuidados y alimentados.
—Sería el mundo perfecto, chicas, y la perfección ya sabemos que no existe. Nos conformaremos con poder intervenir en las injusticias que tenemos delante, como el hecho de que le hayan quitado su bebé a Celeste para ponerlo en manos de un desaprensivo —dijo Beltrán.
—Ahora tengo depositadas todas mis esperanzas en que ese amigo tuyo, el detective, pueda ayudarnos.
—Confía en ello, querida, es el mejor.
—Mientras tanto — dijo Silvia— nos queda el consuelo de que Celeste está segura aquí. Al menos podemos estar tranquilos en ese aspecto, porque mientras permanezca en esta casa, la negra sombra de Jaime Solís no podrá alcanzarla.

—Sabéis a la perfección que sólo yo soy su objetivo, pretende mortificarme, de la forma que sea, y urdirá todo tipo de maniobras con tal de lograrlo.

Beltrán permaneció en silencio, no podía desvelar a su esposa que no sólo ella era el objetivo de Jaime, también estaba interesado en Celeste, al haber sido ella testigo de la precipitada huida de Solís de la Casona de Arnao. Arrebatarle el niño era una clara advertencia.

Y no se equivocaba Beltrán en sus suposiciones, aunque tanto él como Celia y Silvia desconocían que Albertina se había acercado a la joven madre una de aquellas tardes en la que hacían juntas la colada, para transmitirle un mensaje, claro y contundente, de parte de Jaime Solís: «El señorito Solís me ha dicho que debes mantener la boca cerrada, que ya sabe dónde estás escondida pero que, como se te ocurra mencionarle para lo que sea, no volverás a ver a tu hijo mientras vivas. Don Jaime es un caballero, cordial y educado —añadió Albertina por su cuenta y riesgo— pero no le gustan las busconas, yo de ti, me volvería invisible».

Capítulo 24

Eran apenas las nueve de la mañana cuando Rosita le anunció a Silvia una visita: en el recibidor de la casa aguardaba Alma Reguera.
—¡Querida Alma! ¡Cuánto me alegro de verte por aquí! Precisamente, ayer le dije a Celia que, hoy mismo, nos pasaríamos a saludarte y ver cómo va tu proyecto
En lugar de interrumpirla, Alma levantó su mano para, a continuación, tomar la palabra:
—Silvia, te considero una buena amiga, también a Celia, hemos formado un equipo estupendo. Por ese motivo vengo a despedirme y agradeceros el entusiasmo con el que habéis apoyado esas locuras mías que, nadie más que vosotras, parece comprender.
Silvia la miró, un poco desconcertada:
—¿Acaso te vas? ¿A dónde?
Alma sonrió con esa sonrisa suya tan hermosa, mientras Silvia miraba hipnotizada esos labios por los que Ismael suspiraba. En el gesto advirtió la joven Villanueva un poso de tristeza.
—Me voy de aquí, es largo de contar, pero las circunstancias me obligan. He sido muy feliz en esta pequeña escuela, he pasado buenos ratos con vosotras, con Ismael—vaciló ante estas últimas palabras, sabiendo que quizás fuesen dolorosas para Silvia—pero la vida, a veces, se empeña en arrancarnos de cuajo de donde hemos arraigado, como si fuésemos molestos hierbajos.
—Pero Alma, por favor, ¿no podrías solucionar lo que sea que te obliga a irte? —insistió Silvia, muy apenada por la noticia.
La hermosa maestra movió la cabeza para negar.
— Créeme que nada desearía más que quedarme, pero no puede ser. Adiós, querida amiga, gracias por todo vuestro apoyo. Abraza a Celia de mi parte.
—Pero Alma, ¿qué pasa con Ismael? —las palabras brotaron de los labios de Silvia sin ella proponérselo, pues había llorado la pérdida

del joven Quirós, enamorado de esa mujer que, de pronto, se iba, dejándolo tan solo como ella se había quedado al perderlo.
Alma se dio media vuelta mientras Silvia, incapaz de reaccionar ante lo sorpresivo de la visita, esperaba, inmóvil, una respuesta. La maestra, con la puerta entreabierta, se volvió hacia ella:
—Hazme un último favor, Silvia: cuida de él, te lo suplico. Es un buen hombre, y no merece verse arrastrado por mis fatales circunstancias. Con tu apoyo y ayuda, seguro que superará esto, con el tiempo me olvidará y podrá rehacer su vida al lado de una mujer que lo merezca más que yo. ¿Harás eso por mí?
Silvia insistió:
—Él te ama, no puedes hacerle esto.
La maestra respondió, con lágrimas en los ojos:
—A veces, ni el amor más puro puede conjurar el mal. Prométeme que cuidarás de él.
Silvia asintió, apenada:
—Te lo prometo, Alma.
—Hasta siempre, Silvia Villanueva, ha sido un placer conocerte.
Silvia la vio alejarse despacio, como si estuviese muy cansada. Las circunstancias parecían pesarle mucho, tanto como para abandonarlo todo, lo cual era impropio de una mujer con su fuerza, con su determinación. Debía de ser muy grave el asunto que afligía a Alma Reguera, pero tal y como acababa de prometerle, ayudaría a Ismael a superar su ausencia. No en vano, ella sabía bien lo que duele un amor perdido, así que nadie mejor para curar su herida.

Ismael acudió a su cita semanal con Nieves. Estaba encantado con la pequeña, pues aprendía a una velocidad pasmosa, y era tal su interés por las matemáticas que el joven voluntario llegaba a olvidar que estaba delante de una niña, cuando se enfrascaba en desvaríos teóricos que ella escuchaba complacida y boquiabierta, dándole la tremenda satisfacción de explayarse con alguien a quien su discurso emocionaba tanto como a él mismo, lo cual ocurría en contadísimas ocasiones.

Aquella tarde, se sentía pleno, feliz. Acababa de estar casi dos horas disfrutando de su pasión por las matemáticas con una aventajada alumna, lo cual era muy gratificante. Cuando comenzase el curso, no lo haría en la facultad de derecho, sino en la de ciencias, concretamente, en el departamento de exactas, lo cual contribuía en gran manera que se sintiese tan optimista. Pero, sobre todo, estaba enamorado. Tan enamorado, que pensó que aquella deliciosa tarde nada se le pondría por delante. Le había dado un respiro a Alma, pues siguiendo el consejo de su hermana Sofía, hacía un par de semanas que no se acercaba por su casa después de las clases con Nieves. Pero hoy la vería, porque era incapaz de irse sin verla.

Aparcó su bicicleta en la fachada de la casita de la maestra, y llamó a la puerta con la decisión de quien sabe lo que quiere. Mientras esperaba a oír el chasquido del cerrojo al abrirse, le embargó una sensación angustiosa, un vacío del que desconocía la razón. Al fijarse un poco más en las contraventanas, cerradas a cal y canto, comprendió que pasaba algo fuera de lo común, dando sentido a la extraña sensación que lo atormentaba. Insistió de nuevo, los dedos ahora temblorosos, carentes de la seguridad con la que, momentos antes, golpeaban el llamador. Insistió, mientras la desesperación comenzaba a atenazarle la garganta. «¿Y si ha salido?», se preguntó Ismael, intentando darse a sí mismo inútiles esperanzas, pues un sentimiento difuso, pero muy potente, continuaba alertándole de que algo no iba bien.

Estaba a punto de golpear con más fuerza y absurda insistencia, cuando desde un edificio de enfrente, un muchacho asomó por la ventana.

—¡Señor! —le llamó—¡Espere! Tengo algo para usted.

Desconcertado, Ismael aguardó a que el joven saliese de la vivienda y, a paso rápido, se acercase hasta él con un sobre en la mano.

—No insista en llamar, ella ya no está —fueron las palabras del chico.

El joven Quirós le miró sin comprender, con la sensación de estar viviendo un sueño que, más bien, era una pesadilla. El muchacho, al ver su conmoción, intentó aclararle un poco las cosas:

—Yo soy su vecino, ella me tenía confianza, sobre todo desde que le sucedió aquello, lo del tipo que intentó agredirla en su casa. Yo hice que ese malnacido saliese como alma que lleva el diablo, ¿sabe? Darío, me llamo, quizás le haya hablado de mí.

Ismael, que desconocía los hechos, no salía de su asombro, la cara de estupor hablaba por él, pues parecía haberse quedado mudo. Pero Darío, cuyo cometido era tan simple como entregarle el sobre a un joven señorito que quizás apareciese por allí un lunes o un jueves, insistió con el sobre en la mano:

—Ella me dijo que le diese esto a un joven que aparcaría una bicicleta en la fachada de la casa, creo que se trata de usted, don Ismael. Adiós, señor— se despidió Darío, alejándose con las manos en los bolsillos. Volvió la cabeza una vez, como si no estuviese muy seguro de cómo podría reaccionar el señorito, que parecía alelado, pero enseguida desapareció dentro de la vivienda.

Apoyado en la pared, Ismael abrió el sobre y comenzó a leer. La caligrafía de Alma era limpia, de trazos firmes y claros, tan rotunda como ella misma. Sólo había leído la mitad de la carta cuando la volvió a meter en el sobre, que plegó con cuidado antes de guardarlo en el bolsillo de su chaqueta. Cogió al bici y comenzó a pedalear, al principio despacio, pensativo, después con brío, como si tuviese, de pronto, muchas ganas de alejarse de allí, mientras las lágrimas distorsionaban su visión, convirtiendo el camino en un borroso manchón.

Cuando llegó a casa, sudoroso y abatido, se encerró en su habitación, huyendo del contacto humano. Se tumbó boca arriba sobre la cama y posó el antebrazo derecho sobre su rostro, como si quisiera borrar la visión de cuanto le rodeaba. Al cabo de unos instantes se levantó, sacó la carta del sobre y, esta vez, la leyó hasta el final.

Cuando terminó de hacerlo, volvió a tumbarse, se dio media vuelta y lloró en silencio, en la soledad de esa estancia donde, a cada momento del día, había pensado en ella.

Capítulo 25

Era media tarde cuando Celia sintió un pinchazo en el vientre. Estaba recostada en el sofá de la sala de música, donde Silvia interpretaba el Claro de luna de Claude Debussy, una pieza sosegada, de aparente sencillez, que no lo era tanto. Cuando la molestia se repitió, Celia se incorporó, expectante. Pero un ramalazo de dolor le hizo llevarse las manos a la tripa, y la última nota quedó suspendida en el aire cuando Silvia interrumpió el tecleo:

—¿Sucede algo, Celia? —arrastró la banqueta para separarse del instrumento y acudió al lado de su cuñada, solícita y un poco nerviosa.

—Me duele, Silvia—balbuceó Celia.

—Recuéstate, anda, a ver si se te pasa.

Silvia la ayudó a tumbarse en el sofá, pero otro espasmo le hizo incorporarse de nuevo:

—Algo no marcha bien, estoy un poco asustada.

Consciente de lo que debía callar para no acrecentar el pánico, Silvia omitió decirle a su cuñada que también ella estaba asustada. En lugar de eso, intentó mantenerse tranquila para que Celia no advirtiese tu temor.

—Esto no es nada, ¡a ver si no vas a tener derecho a algún que otro dolorcillo! —dijo, mientras le acomodaba un cojín en la espalda e intentaba que se recostase.

—Tienes razón, algún que otro dolorcillo debe ser normal, ¿no?

Permanecieron en silencio, Silvia sentada a su lado, cogiéndole la mano, sonriente, aunque en realidad estuviese aterrada. Se miraron.

—Ya está, ya ha pasado. Vuelve al piano, por favor, me estaba gustando tanto…

—Aún tropiezo bastante, creo que lo habrás notado, así que debo emplearme a fondo hasta que…

Un quejido de Celia interrumpió sus palabras. Esta vez, la palidez del rostro de su amiga no dejaba lugar a dudas.

—Bueno, creo que lo mejor que podemos hacer es avisar al doctor, es preferible que te vea, así nos quedamos tranquilas —dijo Silvia, incorporándose. Se retorció las manos sin darse cuenta, pero corrigió de inmediato ese gesto que delataba su nerviosismo.
—Sí, quizás sea lo mejor—respondió Celia, quien también se había incorporado, dejando claro que las molestias le impedían el reposo.
Silvia salió rumbo al despacho de Beltrán, sin dejar de pensar en la inconveniencia de que aquello estuviese sucediendo justo cuando se hermano se encontraba fuera, tan sólo hacía tres días que había partido. Él se había marchado tranquilo, sabiendo que Celia estaría bien atendida, y no quería ni imaginar que, a su regreso, tuviesen que darle una pésima noticia. Descolgó el auricular y pidió comunicar con el abonado del doctor. Al cabo de unos minutos, salía por el pasillo a toda velocidad.
—El doctor ha salido a una urgencia, así que será mejor que vayamos a esperarle a la consulta. No creo que sea conveniente el traqueteo del carruaje, deberías llamar a tu casa y que venga Mateo con el automóvil.
—No, no, Silvia, no quiero alarmarles, seguramente no sea nada. El landó es cómodo y tiene buena suspensión, estaré bien—dijo Celia, conciliadora.
El coche de caballos estuvo preparado en pocos minutos, y las dos jóvenes salieron de la casa sin dar explicaciones a Rosita, no querían disgustarla. A pesar de ello, el ama de llaves las vio partir, y una sombra de preocupación nubló su rostro, pues esa salida intempestiva no podía deberse a nada bueno.
Cuando llegaron a casa del doctor, la esposa del mismo las acomodó en una salita, y la criada trajo un vaso de agua para Celia. La mueca de su cara y la palidez creciente preocupaban cada vez más a Silvia. Esperaron cerca de quince interminables minutos, en los que la joven Villanueva trataba de distraer la atención de su cuñada con comentarios intrascendentes. Pasado un tiempo razonable, llamó a la mujer:
—¿Aún no ha regresado su esposo?
—No, señorita, de ser así, las hubiese atendido, no me he olvidado de ustedes.

En ese momento, se oyó el inconfundible sonido de un carruaje acercándose, el cual se detuvo a la puerta de la casa.
—¡Aquí lo tienen! Enseguida estará con ustedes.
Desde la sala en la que se encontraban, pudieron oír el sonido de la puerta al cerrarse, y a la mujer hablando con el doctor. La puerta de abrió de golpe y el médico entró:
—¡Ah, son ustedes! —exclamó el hombre, displicente—¿Qué sucede, alguna urgencia? —Preguntó.
—Sí, señor: es mi cuñada: está encinta, y hemos venido porque tiene un dolor agudo en el vientre.
El doctor asintió con desgana:
—Pase a la consulta. Sólo la paciente—recalcó el médico, dejando claro que la antipatía que sentía hacia Silvia Villanueva permanecía intacta.
Celia la miró desolada, pero se puso en pie y entró tras el doctor. Este retrocedió a cerrar la puerta, al tiempo que le ordenaba que se tumbase en la camilla.
Celia obedeció, y el médico comenzó a palpar su vientre con rostro sombrío. Después de un rato, que a la joven se le hizo interminable, el hombre, sin más explicaciones, le dijo que debía quitarse sus prendas interiores, para lo cual desplegó un biombo, tras el que dejó a la ruborizada futura madre haciendo lo que le había ordenado. Cuando Celia fue a doblar la ropa con toda la pulcritud de la que era capaz, la pequeña mancha rojiza en la prenda le hizo tambalearse. Se tumbó de nuevo, ahora temblando.
—Abra las piernas, señora —dijo el doctor con su habitual indiferencia, olvidando que trataba con una mujer temerosa y asustada que había acudido a él en busca de una solución, pero también de un poco de consuelo.
Era tal el temblequeo que sacudía a Celia, que apenas podía dominar la musculatura de sus piernas, pero el doctor, impasible y actuando con la frialdad de una máquina, separó sus rodillas y ni siquiera la tocó: un vistazo rápido fue suficiente. Se separó de la camilla, dando la espalda a Celia, mientras le decía, sin inmutarse:
—Está usted sangrando, no hay nada que hacer. Vístase y regrese a su casa, todo ha de seguir su curso. Si el sangrado fuese excesivo

en las próximas horas y no se detuviese, avíseme.
Celia se había incorporado, pero temblaba tanto que no podía ponerse en pie. Las lágrimas resbalaban por su cara, llenando sus ojos y distorsionando su visión. En otras circunstancias hubiese hecho lo imposible para que el médico no la viese llorar, pero ahora todo le daba igual.
El doctor salió del despacho dejándola allí sola, sentada en la camilla, deshecha en lágrimas. Afuera oyó voces, eran Silvia y el médico. Su cuñada entró acto seguido:
—¡Celia, querida!
Ambas se abrazaron y lloraron juntas. Enseguida Silvia la ayudó a ponerse en pie y a vestirse.
Ya se disponían a salir de la consulta, cuando el hombre asomó por la puerta:
—No es necesario que paguen ustedes, atenderlas ha sido mi buena acción del día y no les cobraré.
Silvia advirtió el tono revanchista en las palabras del doctor, provocadas por el altercado que tuvo con él hacía ya unos meses, cuando se negó a suministrar una medicación al bebé de Celeste considerando que la chiquilla no podría pagar semejante tratamiento. La joven no respondió a la provocación, no era el momento, pero le miró con tanto desprecio, que el médico fue incapaz de mantener su mirada.
—Esto pasa todos los días, señora. No es la primera ni será la última, así que le recomiendo que no haga un drama de ello— fueron las últimas palabras del facultativo.
Desde la ventana de su consulta, el médico las vio alejarse en su landó. Sonrió ladino, porque acababa de bajarles los humos a Silvia Villanueva y a su cuñada, por quienes sentía una merecida antipatía.
Las horas siguientes pasaron para Celia como en una pesadilla. A Rosita no le hicieron falta explicaciones, y enseguida se hizo cargo de la situación.
—Ahora debes guardar cama, quizás no esté todo perdido, niña—le dijo a la joven, con ese cariño maternal que derrochaba.
—¡Ay Rosita! —se lamentó Celia— ojalá estuvieses en lo cierto, pero el doctor ya me ha advertido que no hay nada que hacer—dijo, sin

poder reprimir las lágrimas.
—Ten fe, espera, confía, a veces los doctores también se equivocan. No te muevas, guardarás reposo el tiempo que sea necesario.
Cuando Rosita salió de la habitación, Silvia lo hizo detrás de ella:
—Rosita, creo que no deberíamos alentar las esperanzas de Celia. El doctor ya le ha dado la mala noticia, de una forma muy brusca y desconsiderada. Por lo menos, que el mal rato que ha pasado le sirva para hacerse a la terrible idea.
Rosita asintió en silencio, pero añadió:
— Hacedme caso, niñas, que Celia no se mueva de la cama. Yo pasaré la noche con ella.
En la cocina, Rosita mandó que calentasen agua, quizá la necesitasen. Pensó en Beltrán, en su niño Beltrán. Si la negra sombra seguía acechando, cuando regresase, le recibiría la peor de las noticias, y se entristeció mucho por él. Después de dejar todo preparado, volvió al lado de Celia, no debía dejarla sola ni un minuto. Se sentó en un sillón que colocó al lado de la cama.
—Rosita, ¿por qué nos ha pasado esto? ¿Crees que es un castigo por algo que hayamos hecho?
Rosita la miró con ternura:
—¡Cómo va a ser un castigo! No conozco a nadie tan limpio y honesto como nuestro Beltrán, y tú, querida, como cantan las campanas de la iglesia, el día de la boda, "tal es él, tal es ella". No, yo no creo en ese Dios vengativo que castiga a sus propias criaturas. Es la naturaleza, Celia, sigue su curso imparable como el agua de un río, y hay que aceptar sus decisiones.
—Estaba tan deseosa de ser madre…—la joven comenzó a llorar de nuevo, y ahora su llanto era inconsolable. Rosita le acarició el cabello con dulzura hasta que la tila hizo su efecto. Más calmada, se quedó dormida, y soñó con olas suaves, de un intenso color verde esmeralda, que la mecían mientras, en su vientre, su hijo reposaba tranquilo, esperando su llegada al mundo.
El aya estuvo todo el tiempo pendiente de ella. Cuando vio que se había quedado dormida, la destapó con mucho cuidado, vigilando una posible hemorragia. Llena de alivio, volvió a cubrirla con la ropa

de cama y sonrió, mientras pensaba, otra vez, en su certera intuición.
Silvia había pasado el resto de la tarde sentada al piano, sin apartar de su mente, ni un solo segundo, a Celia. La concentración necesaria para interpretar las piezas le ayudó a ausentarse momentáneamente de la dramática realidad, lo cual resultó ser un alivio.
Estaban a punto de servir la cena, cuando Silvia entró en la habitación del matrimonio. Rosita se levantó del sillón:
—Quédate un poquito con ella, voy a ver cómo van en la cocina. He ordenado que preparen un caldo, le sentará bien.
Silvia asintió sonriente, pensando en el cariño y la entrega con que el aya cuidaba de todos. Su cuñada estaba dormida, y agradeció que siguiese así. Pero de pronto, ella abrió los ojos:
—Ya no siento dolor, Silvia. Creo que todo ha terminado—le dijo, con voz débil.
La joven Villanueva asintió con la cabeza mientras la miraba con enorme ternura.
—Rosita ha estado pendiente de ti. Yo nada podía hacer, sino estorbar.
—Tú nunca estorbas, no se te ocurra decir eso. Y sí, Rosita ha estado pendiente de mí, pero me he quedado dormida y no me he enterado de nada.
Silvia la miró un poco sorprendida, imaginaba el proceso como algo doloroso y traumático, pero debido a su desconocimiento del tema, calló.
—Entonces, ¿estás mejor?
—Sí, estoy bien —dijo Celia, aunque su mirada era la más triste que Silvia recordaba haber visto — Yo creía que…
En ese instante, Rosita asomó por la puerta:
—Celia, querida niña, enseguida te traen un caldito caliente.
—Gracias Rosita, pero no tengo hambre, no creo que sea capaz de tomarlo.
—¡De eso ni hablar! —advirtió el aya en tono firme—Te vas a tomar ese caldo y a descansar, necesitas cuidarte.
—¿Sabes qué? No bajaré a cenar, me tomaré otro caldo aquí, contigo —dijo entonces Silvia.

—Bien pensado, niña, así le haces compañía a Celia mientras yo ceno y, en cuanto termine, subiré a pasar la noche con ella.
—No, Rosita— dijo Silvia—yo me quedaré, no voy a permitir que pases la noche en el sillón.
—Bueno, nos turnaremos entonces— el aya se inclinó sobre Celia y le acarició la cara mientras le decía, con voz muy dulce:
—No te dejaremos sola ni un momento.
Tal y como lo habían pensado, Silvia y Rosita se turnaron para atender a Celia durante la noche.
Contra todo pronóstico, la joven estuvo tranquila. Tan sólo sufrió un par de pinchazos en el vientre que remitieron enseguida y Rosita, cada vez más convencida de que el susto había pasado, se acostó de madrugada en su cama, dejando a Silvia al cuidado de su cuñada. Durmió un sueño sosegado, pues sin entender demasiado de esos asuntos, que eran competencia del médico, su sentido común le dictaba que no necesitarían allí al perverso doctor. Estuvo tentada de decírselo a las jóvenes, pero, ¿y si estaba equivocada? Decidió que lo más sensato sería que el tiempo hiciese su labor, sólo entonces se sabría.

Capítulo 26

Jaime Solís era muy consciente de las indudables ventajas de tener una posición social tan relevante como la de su familia, lo cual implicaba gozar de una superioridad incuestionable sobre personajes como el alcalde, al que pudo manejar a su antojo.

Ahora debía seguir adelante con sus planes y, si hacerse con el niño había sido fácil, lo de deshacerse de él iba a serlo aún más. Esa criatura tan sólo era un bastardo, nacido de una criada disoluta, por el que nadie se preocuparía, salvo las melindrosas de Celia y su cuñada, Silvia Villanueva. Pero por mucho que lo intentasen, nada podrían hacer, porque él se aseguraría de que así fuese.

Aquella mañana, fiel a su costumbre desde que era madre, la esposa de Jaime Solís empujaba por el jardín el ostentoso carrito en el que paseaba al bebé, la niñera detrás, por si al juguete de Margarita Durán le daba por comportarse como un niño de carne y hueso y hacía una de las suyas, como vomitarse encima o manchar el pañal. La seda y los encajes de *valencienne* desbordaban como la espuma de un mar con marejada, y al niño apenas le quedaba al descubierto una porción del rostro, asfixiado entre el maremágnum de puntillas y raso. Margarita, insaciable, pensaba en un nuevo gorrito aún más ostentoso, en un nuevo faldón que se desparramase, un poco más, por los laterales del coche. Necesitaba que su niño fuese la sensación cuando diese el paso de presentarlo en sociedad. Ya podía sentir sobre ella las miradas de envidia, la joven madre de un bebé tan hermoso que no desmerecía el lujo principesco con el que lo adornaban. Era maravilloso sentirse tan plena, a pesar de que su maternidad de adopción le había privado de experimentar el crecimiento de su tripa y sentir a la criatura que se movía dentro de ella. Aquello ya no era posible, pero le quedaba el espectáculo.

Iba tan distraída, que no se percató de la presencia de su esposo hasta que lo tuvo al lado.

—Dame al niño, me llevo, así que se acabó lo de jugar a las mamás.

Margarita Durán le miró, sin dar crédito a lo que acababa de oír:
—¿Qué dices, Jaime?
—Lo que has oído, que me lo llevo lejos, este bastardo no puede seguir bajo mi techo —al comprender que ella no reaccionaba, decidió darle una escueta explicación—. Te he ocultado algo importante: esta criatura es el hijo que tuve con una criada, y el motivo por el que Celia Quirós no es mía para siempre.
Margarita Durán se detuvo. Agarrada al asa del cochecito, temblaba de rabia: se sentía estúpida, Jaime había jugado con ella. Miró al bebé con distintos ojos, asqueada, quizás.
—No puedes llevarte a este niño sin traerme otro, es parte del trato que hicimos.
—Te dije que satisfaría tu deseo, pero no te dije que fuese para siempre. No me gustan los mocosos, menos si los ha parido una criada viciosa. Ahora que ya te has divertido bastante con tu muñeco, es hora de que salga de aquí, nunca debió haber entrado.
Margarita comprendió que, si Jaime había tomado la decisión, nada lo haría cambiar de idea. La revelación de su esposo, acerca de los orígenes del niño, le hizo comprender que era imposible que lo adoptasen como hijo, nadie, ni Jaime ni sus padres, estarían dispuestos a dar un paso que podría ser interpretado como la confirmación de una paternidad de la que siempre había renegado. Comprendió, entonces, que había sido utilizada como un simple peón, sin ningún valor, para dar jaque a la reina, Celia Quirós.
Aquello no iba a quedar así. Margarita Durán poseía la cuestionable virtud del revanchismo, pues su costumbre de creer que el mundo conspiraba en su contra le había enseñado a sacar la uñas y contratacar con fiereza. «Él ha comenzado la guerra», pensó, con la frialdad propia de una perfecta máquina de venganza. Y a partir de ese momento, ya no había vuelta atrás.
Aquella misma tarde, el pequeño Martín salió para siempre de casa de los Solís, rumbo a una perdida aldea, donde sería acogido por una humilde familia a cambio del nimio salario que, como nodriza del niño, se le pagaría a la mujer. Doña Rebeca decidió que fuese Felipa, su fiel sirvienta, quien hiciese el viaje con la criatura y se asegurase de que quedaba para siempre en su nuevo hogar, con la

instrucción precisa de que la ubicación del mismo debía permanecer en secreto, nadie debía conocer, nunca, el paradero de Martín.
La nodriza fue despedida con cajas destempladas y, antes del mediodía, la cuna que cobijó el sueño del pequeño durante su corta estancia en casa de los Solís había sido desmontada y arrumbada en un oscuro rincón del trastero, donde se amontonaban los enseres de tiempos pasados, a los que nadie había echado de menos en lustros.
Margarita se quedó con las ganas de pavonearse entre sus conocidos con el flamante carrito de bebé abarrotado de puntillas. Se quedó también con la frustración de sentir que la maternidad, ni subrogada, era para ella. Ninguna mujer se volvería a admirarla con el hermoso bebé, rodeado de tanto lujo como pocos recordarían por allí. Y lo peor de todo, sería imposible convencer a su esposo de que le llevase otro niño a casa, aunque fuese comprado por cuatro reales a una de tantas madres desesperadas, carentes de posibles con los que darle a su hijo la vida regalada que, ella sí, podría proporcionarle. Pensó Margarita en lo mal repartido que estaba el mundo, en la injusticia de tener los medios materiales, pero carecer de un útero fértil donde concebir un hijo.
Jaime había socavado la confianza que había depositado en él, había incumplido su contrato y se había burlado de ella. Nunca imaginó Margarita Durán que la obsesión de su esposo por Celia Quirós le hiciese despreciar el regalo que ella estaba dispuesta a entregarle, el de su virginidad intacta, el premio de consolación reservado para aquel dispuesto a cargar con una mujer estéril desde que, a los doce años, aquella maldita peritonitis, que a punto estuvo de acabar con su vida, le dejó una huella indeleble, un desaguisado interior de trompas de Falopio inservibles y ovarios traumatizados por la infección. Aún recordaba los dolores insoportables del apéndice reventado, cuyo pernicioso contenido vertió a la cavidad peritoneal. Los médicos la desahuciaron, pero ella, sin quererlo siquiera, sobrevivió con esa determinación imprecisa de la infancia, obligada a continuar luchando por su vida sin saber por qué.
El desengaño sufrido no quedaría así: ella se ocuparía de Jaime Solís, para que nunca olvidase el error de haber desestimado, con tanta ligereza, los acuerdos prenupciales. Pagaría también por

despreciar su cuerpo de mujer joven y ardiente, deseosa de sentir la virilidad de un hombre en su interior. Pagaría por todo ello, se prometió Margarita, también por aquello de lo que no era culpable, como tener una madre como doña Rebeca, una bruja digna de ser quemada en la hoguera.

Margarita, por si acaso, ya se había guardado un as en la manga, aconsejada por su padre, un hombre que jamás miró por ella pero sí por sus propios intereses, pues la desconfianza que Jaime suscitó en él desde el primer momento, le hizo tomar ciertas medidas para evitar que, llegado el caso, el joven Solís le convirtiese en el hazmerreír de todas sus amistades, si le daba, por ejemplo, por repudiar a su hija después de haberse gastado la dote en los prostíbulos a los que le sabía tan aficionado, en más de uno habían coincidido.

Pero esto no era suficiente, y Margarita quería más, porque cuando se desataban en ella las ganas de propiciar desgracias ajenas, nunca tenía bastante.

Contempló de lejos la figura de su esposo, estirado y desafiante, en su incesante cometido de demostrarle al mundo que estaba por encima del resto de mortales. Mientras, ella, regocijada en su afán, se hacía la firme promesa de convertirse en la mujer a la que Jaime Solís nunca olvidaría.

Capítulo 27

Ezequiel Segura tenía a su favor muchas cosas. Una de ellas era, desde luego, su incomparable labia, de la cual no había sacado partido como letrado al haber decidido dejar la abogacía por una carrera mucho más apasionante, la de investigador privado. Fue en la facultad de derecho donde conoció a Beltrán y, cuando ambos terminaron sus estudios, había nacido entre ellos una buena e imperecedera amistad. Otro de los indudables puntos a su favor era su físico: alto, bien plantado, con un cabello espeso y castaño que llevaba siempre recortado y peinado según la moda vigente en esa temporada. Sus ojos eran grisáceos y profundos, enmarcados bajo unas cejas espesas que le daban un aspecto indudablemente varonil. Por estos motivos, no le resultó difícil abordar a la joven —y poco apetecible, añadiría Ezequiel para sus adentros— dama que salía de la finca de los Solís.

—Perdone este abordaje sin duda inapropiado, señora mía— Ezequiel se inclinó con elegancia para saludarla—soy fotógrafo, Teodosio Cermeño, para servirla, y he venido desde Oviedo con la única intención de conocerla y ofrecerle mis servicios.

Margarita Durán cambió el gesto sin advertirlo, pues el carisma del hombre que la había parado a la salida de la finca era indudable, atrapándola de inmediato.

—¿De Oviedo? ¿Sus servicios?

—Sí, señora, me gustaría que tuviese un recuerdo imperecedero de tan felices momentos como, imagino, está viviendo. Verá usted, en mi trabajo es imprescindible estar al tanto de las noticias de sociedad, donde una familia como la suya tiene un lugar preeminente. Por tal motivo, ha llegado a mis oídos el feliz acontecimiento de su maternidad. Nada me gustaría tanto como inmortalizarla con su bello retoño, en el reportaje fotográfico más increíble que pueda imaginar.

La esposa de Jaime Solís se sintió halagada. Por un momento comenzó a soñar y volvió a verse con el bebé en los brazos, siendo la envidia de todas aquellas jóvenes madres que, antes de serlo ella también, la miraban por encima del hombro. Pero de vuelta a la realidad, su rostro se ensombreció.
—Señor, lamento que haya venido desde Oviedo, pero ya puede usted volver por donde ha venido, ya no hay niño que retratar.
—¡Oh, lo siento muchísimo, señora! ¡Qué pérfida metedura de pata la mía! Le pido mil disculpas.
Margarita entendió enseguida la posible confusión del hombre, y le sacó de su error:
—No, no se disculpe tanto, que el niño no ha fallecido.
Ezequiel improvisaba a toda velocidad, la esposa de Solís no podía escapársele sin darle alguna pista. Consciente del poder hipnótico de su mirada, decidió aprovecharse de su indudable atractivo, que era un instrumento de trabajo como otro cualquiera.
—No sabe qué alivio siento, por un momento, pensé que…en fin, ahora veo que no le interesa mi ofrecimiento, algo extraño en una dama de su posición. No le molesto más, a sus pies, señora.
El supuesto fotógrafo hizo el ademán de despedirse, pero Margarita ya había sucumbido a su magnetismo.
—¡Espere, señor Cermeño! No quisiera que se llevase usted la equivocada percepción de que no he prestado atención a su amable ofrecimiento, me incomoda que haya hecho el viaje en vano, le debo, al menos, una explicación.
Ezequiel sonrió por dentro, la joven dama había sucumbido a su irresistible puchero de niño grande.
—Por Dios, señora mía, no me debe usted nada—dijo, adoptando un mohín agradecido e inocente.
—Insisto, me parece lo correcto. Pero apelo a su caballerosidad para que quede entre nosotros.
—Faltaba más, señora, está usted delante de un completo caballero.
—Bien, es imposible que me retrate con el niño, porque me lo han arrebatado— suspiró Margarita, a punto de las lágrimas— ¿Qué le parece?

Ezequiel había ensayado su mejor cara de perplejidad ante el espejo, para utilizarla en un momento como, por ejemplo, aquel mismo:
—¿Qué se lo han arrebatado? —preguntó, fingiéndose confundido— ¿Y quién ha cometido semejante crimen con una joven madre como usted?
Se mostró tan apabullado, tan genuinamente sorprendido, que a Margarita Durán no le ofendió su indiscreción. Por eso le respondió, sin ocultar su acritud:
—Eso pregúnteselo a mi suegra, compinchada con una criada, Felipa, que es de la piel del diablo.
A Ezequiel, acostumbrado a observar atentamente reacciones, comportamientos y gestos, no le pasó desapercibida la inquina que la joven rezumaba contra la madre de su esposo. En los pocos minutos que llevaba hablando con ella, había detectado la inseguridad y el resentimiento de esa mujer joven y deslavazada, a quien Solís habría engañado, quién sabe con qué perversas intenciones. Sintió un poco de lástima por ella, pero debía seguir averiguando más. Haberse hecho una idea clara de la personalidad de la mujer facilitaba su cometido.
—Las suegras, esas criaturas impuestas por el matrimonio, son como un juego de azar, ¿verdad? O se tiene suerte con ellas, o de lo contrario, amargan la vida matrimonial. Yo no estoy casado, pero el estudio de un fotógrafo es casi como un confesionario, la gente va a fotografiarse, pero también se desahogan conmigo, a veces es necesario, para que el rictus de su amargura no quede plasmado en el retrato.
—Pues menos mal que no me ha retratado usted.
—Pero, si no es indiscreción, señora, ¿A dónde se han llevado a su hijito? ¡Me parece tan lamentable!
Margarita Durán comprendió, de pronto, que estaba a la salida de su casa contándole sus trapos sucios a un perfecto desconocido. Sintió como si acabara de deshacerse del hechizo de ese hombre de hermosa y persistente mirada.
—Disculpe, señor, no tenemos confianza ninguna para tratar estos temas. Si me disculpa, el carruaje me espera.

Margarita se subió al coche que la esperaba al otro lado de la acera y se perdió de vista, mientras Ezequiel apretaba sus puños intentando contener su entusiasmo: apenas podía creer que su plan hubiese funcionado.

Capítulo 28

Beltrán descendió del vehículo, se quitó las gafas y la gorra y comenzó a hacer sonar la bocina del automóvil. Las mujeres de la casa, que en ese momento terminaban de comer, se asomaron a la ventana. Al verlo al lado del ruidoso vehículo, Celia y Silvia rieron, mientras Rosita se llevaba las manos a la cabeza. Pero todas en tropel salieron a recibirlo:

—¡Pero Beltrán! ¿De dónde ha salido este artefacto? —preguntó el aya, impresionada.

—¡Hay que modernizarse! ¡Quiero que mi hijo viaje en un vehículo del nuevo siglo!

Ante estas palabras, Celia bajó la cabeza, intentando ocultar las lágrimas que a punto estuvieron de inundar sus ojos, mientras Silvia guardaba silencio y Rosita, acostumbrada a resolver situaciones comprometidas, carraspeó antes de añadir:

—¡Un artefacto ruidoso, sucio e incómodo! Donde estén los caballos…

Enseguida, el joven, con los ojos brillantes de emoción, fue hasta su esposa y la abrazó mientras besaba sus labios con ternura:

—¿Qué tal estos días sin mí, amor?

Celia hizo un esfuerzo por sonreír, le amaba tanto…Y a continuación, se estrechó aún más contra ese cuerpo, que era su refugio. Continuaron así hasta que Silvia reclamó el abrazo de su hermano, después de lo cual el marqués de Ribadeo depositó un cariñoso beso en la mejilla de su aya.

—¿Es esto a lo que te has dedicado en tu ausencia, Beltrán Villanueva? —dijo Silvia, fingiendo un tono reprobador. Él rio:

—Chicas, he cerrado un negocio redondo, a partir de ahora representaré los intereses de la Compañía Transatlántica Española, como abogado de la misma. Y aunque tendré que viajar de cuando en cuando —miró a Celia y le hizo un gracioso mohín—, será una

colaboración muy lucrativa. Para celebrarlo, he comprado un automóvil. ¡Y es fantástico!
—Bueno, vendrás cansado—dijo Rosita, tomándolo del brazo mientras subían juntos las escalinatas de la entrada— diré que te preparen un baño. Pero antes querrás comer…
—¡Estoy tan emocionado que sólo quiero daros un paseo en automóvil! ¿Me cambio de ropa y nos vamos? —dijo, posando la vista de una en una.
Al ver que las mujeres no respondían con el ánimo previsto, Beltrán se extrañó:
—Pero, ¿qué os pasa? Hace una tarde estupenda y acabo de llegar con un flamante automóvil nuevo, ¿dónde está vuestro espíritu aventurero?
Todas callaban, porque Beltrán acababa de regresar, rebosante de entusiasmo, y ninguna deseaba que recibiese una noticia devastadora, no era el momento. Así que Celia, haciendo de tripas corazón, mostró un entusiasmo que no sentía:
—Tienes razón, amor mío, ¿dónde está ese espíritu aventurero? ¡Vámonos! Y no es necesario que te cambies de ropa: estás guapísimo así— añadió la joven.
Al ver que Rosita se daba la vuelta, Beltrán la detuvo:
—¿No vienes con nosotros, Rosita?
—¿Yo? ¡Ni hablar, querido! Esas modernidades son para vosotros, los jóvenes.
En ese momento, Silvia intervino:
—Id solos, tortolitos, así podréis haceros arrumacos sin mi incómoda presencia.
—¡No, Silvia! Acompáñanos, por favor…
—¿No quieres quedarte conmigo a solas? —le preguntó Beltrán a Celia, con mirada pícara.
—No es eso, cariño, pero me gustaría que Silvia también disfrutase del paseo.
—Mañana, mañana nos damos una vuelta los tres, pero, ahora, hacedlo solos, necesitáis poneros al día —Y Silvia le guiñó a Celia un ojo que ella no quiso interpretar, porque no iba a amargarle la

excursión a su esposo diciéndole que ese hijo que esperaban con tanta ilusión, se había malogrado.
En cuanto subieron al coche, Beltrán arrancó y la miró, sonriente. Salieron de la casa y enfilaron la carretera que conducía a la playa.
—Es cómodo, ¿verdad? —preguntó él.
—Mucho—dijo Celia, sonriendo a medias.
—Los baches apenas se notan, así que podrás viajar en este vehículo incluso cuando nuestro hijo esté a punto de nacer.
Celia no pudo más y una lágrima rodó por su rostro. Se la limpió con el dorso de la mano, preparada para responder con la excusa perfecta: una mota de tierra del camino le había saltado al ojo. Pero Beltrán iba tan concentrado en la conducción, que no se dio cuenta.
Llegaron hasta la playa, aparcaron el vehículo y comenzaron a caminar por la arena. Había algunos niños bañándose en la orilla, mientras las madres, remangadas las faldas por encima de los tobillos, permanecían atentas a sus retoños. Las olas le trajeron a la memoria el ritual, y la noche en la que creía que su hijo, ese hijo que había sido incapaz de retener dentro de ella, fue concebido.
—¿Qué sucede, Celia? —preguntó de pronto Beltrán, sacándola de sus cavilaciones. La miró fijamente, entrecerrando los ojos como solía hacer cuando algo no le encajaba.
—No sucede nada, Beltrán.
—Pues te encuentro extraña, como distante.
Ella se detuvo, se plantó frente a él y, de espaldas al mar, depositó un beso en sus labios.
—¿Estás segura de que todo va bien, amor mío? —preguntó él, mientras la rodeaba con sus brazos.
Celia asintió en silencio, y después respondió:
—Es sólo que me preocupa el pequeño Martín, y Celeste. Está sufriendo lo inimaginable, y no es para menos.
—Sí, ahora somos capaces de comprender lo que debe sentirse al perder un hijo de esa forma, ¿verdad?
La joven tuvo que hacer un esfuerzo inhumano para contener el llanto, porque aquel no era el momento adecuado para contarle a Beltrán que todas sus ilusiones habían quedado reducidas a nada. Además, estaba tan abatida que no tenía fuerza moral para

explicárselo, poseída por un intenso temor a abordar una conversación que sabía ineludible y de la cual deseaba escapar. Por eso se sintió aliviada cuando su esposo siguió con el asunto del pequeño Martín:

—Hay novedades respecto al niño de Celeste, Celia. Ya os comenté que Ezequiel Segura, mi buen amigo y mejor detective, ya está encargándose del caso. Precisamente ayer me llamó al hotel donde le dije que podría localizarme. Me comentó que debemos reunirnos, porque tiene información importante. Hemos quedado para mañana.

—Ojalá sean buenas noticias—dijo Celia, deseando que así fuese—. ¿Nos vamos ya? Estarás cansado del viaje.

Beltrán asintió en silencio. Por mucho que Celia dijese que no sucedía nada, él sabía que algo la atormentaba, amaba a esa mujer y, por ello, era en exceso sensible a sus estados de ánimo.

Aquella noche, cuando se metieron en la cama, Beltrán se abrazó a su esposa y comenzó a besarla, estaba deseando hacer el amor con ella. Llevaban varios días separados y él había soñado, durante su ausencia, con el momento de tenerla entre sus brazos. Pero la indiferencia de Celia le sorprendió. Se apartó para preguntárselo, una vez más.

—¿Qué te sucede, cariño? ¡Y no me digas que no te pasa nada!

—Lo siento, Beltrán, pero no quiero hacerlo, temo que el bebé salga perjudicado.

—¡Por favor! ¡Eso no es cierto, no le va a pasar nada a nuestro hijo porque nos amemos!

—¿Y cómo lo sabes? —dijo ella, intentando distraerle.

—Porque somos máquinas casi perfectas, estamos bien diseñados, y el amor es un acto natural que no debería interferir con el embarazo.

—Tú lo has dicho: *no debería*. Pero, ¿y si lo hace?

—Celia, amor, ¿Cómo puedes pensar que haría algo que perjudicase a nuestro futuro hijo? Te deseo muchísimo, tanto, que esta pasión me va a impedir conciliar el sueño. Llevo días esperando este momento…

—Vamos a ser padres y tenemos una responsabilidad, debemos sacrificarnos, Beltrán.

Él la miró con el desconsuelo reflejado en su rostro:

—Como quieras, sí, es el momento del sacrificio—acto seguido, besó la frente de su esposa y se dio media vuelta. Se quedó inmóvil, como si durmiese, pero en realidad no lo hacía, estaba demasiado disgustado como para conciliar un sueño que tardaría en llegar.
Celia tampoco dormía. Una vez más, desde que él había regresado, lloró en amargo silencio. No podía decirle que temía el momento de que él le hiciese el amor, porque era como si mancillase el sagrado lugar donde su hijo se había perdido para siempre.

El regreso de Beltrán a su hogar no había sido el cálido reencuentro que él esperaba. Apenas había dormido, sumamente preocupado por la actitud de su esposa. Se levantó temprano y salió a pasear con Goliat.
El perro, pensó Beltrán disgustado, parecía haberle añorado más que Celia, porque corría de un lado a otro, devolviéndole con una entrega encomiable cada palo que él le lanzaba, por muy lejos que llegase. Apenas estaba amaneciendo, y el sol comenzaba a iluminar la hierba, de un verde intenso. Entre las hojas, las gotitas de rocío brillaban como pequeños diamantes de agua. Goliat continuaba sin rebajar un ápice de su entusiasmo, desbordante de energía y de agradecimiento hacia su dueño por compartir con él ese momento mágico de la mañana. Mientras, Beltrán iba pensando en todo un poco, pero lo que le preocupaba de verdad era la actitud de Celia. Intentó hallar en el embarazo una justificación a la frialdad de su esposa, pues en su estado, el cuerpo sufría profundos cambios que llevaban emparejadas alteraciones emocionales, eso era bien sabido. Además, él había estado informándose, pues, al contrario de lo que sucedía con los hombres de su generación, que trataban esas cuestiones como asuntos únicamente femeninos, para el joven marqués de Ribadeo, el hecho de que su esposa estuviese encinta era un pequeño milagro que alimentaba sus imparables ansias de aprender y que merecía toda su atención.
El paseo matinal, como siempre ocurría, le aportaba una maravillosa calma, así que regresó a casa más tranquilo. Ni Silvia ni Celia se habían levantado aún, pero allí estaba Rosita para desayunar con él.

Siempre estaba a su lado, había suplido a su madre en las circunstancias más trágicas y era el hombro sobre el que llorar. Lo escuchaba con tanta atención, y sus ojos reflejaban tanto amor, que hablar con ella era una terapia que le sosegaba el alma.

—¿Todo va bien en casa, Rosita?

La mujer calló, pero enseguida afloró a su rostro su proverbial sonrisa, tan enigmática a veces:

—No te preocupes, mi niño. Si Rosita te dice que las cosas van bien, sabes que estoy en lo cierto.

—Es que noto a Celia un poco rara…

—No lo pienses. Sólo dale tu apoyo incondicional y ten paciencia, todo se resolverá.

Las palabras de Rosita eran el oráculo, un bálsamo para sus sentimientos heridos. Beltrán bebió un trago largo de su café. Se encontraba mejor, porque ahora sabía que no tenía nada que temer.

—¿Qué tal Celeste? ¿Y su abuela?

Rosita suspiró mientras elevaba los ojos al cielo:

—La pobre chiquilla está en un sinvivir. La abuela es otra cosa, se ve que ha sufrido tanto, la pobre mujer, que se resigna a todo, como si tuviese una coraza.

—En un rato me reúno con el detective, a ver si solucionamos algo.

—Dios te oiga, hijo, Dios te oiga…

Capítulo 29

Ezequiel Segura llegó a media mañana al palacete de los Villanueva, tenía urgencia por hablar con Beltrán, quien salió a recibirle en cuanto oyó su carruaje deteniéndose frente a la casa.
—Buenos días, amigo mío, espero que haya novedades— antes de que pudiese decir nada, el marqués de Ribadeo le pasó el brazo por el hombro, conduciéndolo hasta el despacho. Iban a comenzar con el tema que les interesaba, cuando Rosita entró para ofrecerles un café, con el que llegó Celeste a los pocos minutos.
—Celeste, este hombre es mi buen amigo Ezequiel Segura, quien te va a traer de vuelta a Martín — porfió Beltrán, mirándolo, mientras la muchacha, muy tímida, saludaba con un hilillo de voz, sin apenas atreverse a dirigirle más que una ojeada fugaz.
—Gracias, señor, Martín es lo que más quiero en este mundo— y entonces sí, una sonrisa radiante y angelical iluminó el rostro de la chiquilla.
Ella sirvió las tazas con la diligencia acostumbrada, se retiró con discreción y, entonces sí, los dos hombres se centraron en el motivo de la reunión.
—Beltrán, en los pocos días en los que llevo trabajando en este caso, he averiguado mucho más de lo que quisiera.
—¿A qué te refieres? —preguntó el joven Villanueva, preocupado.
Ezequiel carraspeó, dilatando el momento de darle a su amigo una noticia devastadora.
—Me he enterado de que el bebé ya no está en la casa, lo han sacado de allí.
—¿Cómo? —preguntó Beltrán, alarmado— ¿Y dónde lo han llevado? ¿Cómo lo has sabido?
—Vayamos por orden, Beltrán: lo he sabido porque los Solís tenían contratada una nodriza a la cual, de pronto, despidieron. Sabes que tengo la enorme facilidad de ganarme la confianza de cualquiera, así que pude sonsacar un poco a una de las criadas, quien me dijo que

el ama de cría había sido despedida porque al pequeño se lo habían llevado. La criada me facilitó algunos datos de la mujer, y mi ayudante pudo dar con ella. Poca cosa más hemos podido saber, pero la nodriza confirmó que ése había sido el motivo de su despido. Ahora responderé a tu primera pregunta: no sabemos a dónde se lo han llevado.

—¡Pero eso es terrible, Ezequiel! —dijo Beltrán, mesándose el cabello, un poco nervioso ante la gravedad del relato de Ezequiel.

—No desesperes, amigo mío, porque siempre, tú lo sabes bien, quedan cabos sueltos. Te explico: tuve la desfachatez de, haciéndome pasar por un afamado fotógrafo, parar a la esposa de Solís a la entrada de su casa, ofreciéndole un reportaje con el bebé. Enseguida manifestó su disgusto ante el hecho de que el niño ya no estuviese con ellos, y al advertir cierto rencor, toqué su fibra sensible, con tal suerte que salió a relucir su odio manifiesto contra uno de los intrigantes, su propia suegra. Como ya sabemos que el odio desata la lengua, así es como pude enterarme de que doña Rebeca había sido la encargada de sacar al niño, y colocarlo en otra casa, barrunto.

—Pero eso no nos aporta información—se quejó Beltrán.

—En parte sí, porque la nuera mencionó a una criada, una tal Felipa, que deber ser el perrillo fiel de la señora. Tirando de este hilo, he podido enterarme de que esa Felipa es gallega.

—¿Y eso significa algo? —preguntó Beltrán, todavía un poco desubicado.

—Claro que significa, porque a partir de esa circunstancia, he elaborado una teoría: el bebé está en alguna aldea perdida de Galicia, con alguien a quien esa tal Felipa conoce. Piénsalo detenidamente: una criada de confianza, fiel hasta las últimas consecuencias, oriunda de un lugar lejano. Es el plan perfecto para hacer desaparecer al niño.

Beltrán permaneció unos segundos en silencio, pensando. Lo que Ezequiel decía tenía mucho sentido.

—Bien, es muy razonable, pero imagino que habrás descartado otras opciones.

—En efecto— afirmó Ezequiel—. Mi ayudante ha recorrido todos los hospitales, asilos y orfanatos de Asturias, preguntando por un niño de las características de Martín. Pero, además, ha tirado de contactos para investigar en los de Galicia, Santander y las provincias Vascongadas, lo cual es un área razonable de búsqueda. Sólo en el caso de un ingreso tuvo dudas de que pudiese tratarse del niño que buscamos pero, cuando la religiosa al cargo le comentó que el pequeño ingresado tenía un enorme angioma en el brazo, quedó descartado de inmediato.
—Continúa, Ezequiel— pidió el marqués de Ribadeo, algo más animado.
—A lo que vamos: estoy convencido de que mi suposición es cierta. Ha sido esa criada de los Solís quien sacó a Martín de la casa y quien —estoy casi seguro—lo ha dejado en alguna remota aldea gallega, al cuidado de alguien. El niño aún es de teta, por lo que se supone que a la mujer que lo atienda le pagarán un salario como nodriza.
—Sí, parece bastante lógico. Y ahora, ¿qué?
Ezequiel miró a su amigo y se encogió de hombros.
—Ahora sigamos trabajando, pero, sobre todo, recemos para alguien del servicio considere que los Solís no son merecedores de su fidelidad y se vaya de la lengua porque, si no, va a ser como buscar una aguja en un pajar. No te digo que sea imposible, pero sin una mínima pista de su paradero, podría llevarnos mucho tiempo encontrar al pequeño.
Beltrán asintió en silencio. Estaba seguro de que Jaime Solís no se conformaría sólo con quitarle el niño a Celeste, y ahora ya sabía a qué se enfrentaban: había hecho desaparecer a la criatura, llevándolo muy lejos de su madre, donde, quizás, nunca lo encontrasen. Y lo peor de todo era que, legalmente, el vacío era tal, que nadie podía hacer nada para evitarlo.

En cuanto Ezequiel Segura se fue, las tres mujeres, Silvia, Celia y Rosita corrieron a conocer las novedades.
—Bueno, ¿y qué ha podido averiguar tu amigo Ezequiel acerca del niño? —preguntó Celia.

Beltrán hubiese deseado ocultarles la verdad, pero como se acabarían enterando, optó por decir cuanto sabía.
—Las noticias son malas y buenas, depende de cómo se mire.
—Pues comienza por las buenas, por favor—dijo Silvia, sonriente.
—Voy a comenzar por la parte mala, porque así, veréis con mayor claridad que no es tan terrible: al parecer, el niño ya no está con los Solís.
—¡Eso es horrible, Beltrán! —dijo Celia, sin poder ocultar su angustia.
Las tres estaban perplejas, pero, sobre todo, consternadas por la noticia.
—Y, ¿dónde está? ¿A dónde lo llevaron? —preguntó Silvia,
—No se sabe, porque han sacado al niño de la casa en el más absoluto secreto.
—Pero entonces, Beltrán, ¿no es ésta la peor de las noticias? ¡El niño está desaparecido!
—Confío en Ezequiel, Celia, él se las ingeniará para encontrarlo. Y en cuanto lo haga, la ventaja será nuestra, porque podremos devolvérselo a Celeste sin necesidad de enfrentarnos a ese malnacido de Jaime Solís.
—Bueno, mirado así—respondió Silvia— ¡pero ahora hay que encontrarlo!
—Sí, hermana, estoy convencido de que, si el niño no ha salido del país, mi detective lo encontrará. Por supuesto, no es necesario que os diga que, de esto, ni una palabra a la madre de la criatura…
—Está claro, Beltrán—respondió Rosita por las demás. Pero cuando pregunte por su hijo, ¿qué le diremos?
—Decidle sólo parte de la verdad: que, cuando menos lo espere, el niño estará de nuevo en sus brazos.
—Beltrán, ¿tú no consideras que eso es apostar muy fuerte? —intervino Rosita— Quiero decir, ¿Es conveniente que la chiquilla se haga falsas ilusiones? Jaime Solís no es un enemigo despreciable, es listo y despiadado, y habrá tomado medidas para que al niño no se le encuentre nunca. Podrían pasar años.
Beltrán la miró, y su gesto era la viva imagen de la determinación.

—Querida Rosita, lo único irreversible es la muerte. Todo lo demás, es posible. Sólo se vuelve imposible aquello que lo damos por tal, y yo, desde luego, estoy convencido de que voy a encontrar a ese pequeño.

Capítulo 30

Silvia abrió el sobre que sujetaba entre sus manos, con matasellos de Reino Unido y remitente conocido, Matthew Ashbourne.
A lo largo de dos hojas, el joven le informaba acerca cómo había sido el regreso a casa, de cuánto echaba de menos las bellas tierras asturianas pero, sobre todo, a sus gentes, reiterando su deseo de que lo visitasen en breve. Después de todo eso, comentaba lo referente a John y Mercedes Ribera. Al parecer, nada habían vuelto a saber de la joven, lo cual le hizo a Silvia suponer que estaba en lo cierto: probablemente, Mercedes había encontrado otra víctima de su insaciable apetito de conquistas, relegando con ello a John Beadle a un rincón oscuro de su memoria, donde almacenaba sus amores caducos.
Pero todo cambió cuando, a los dos días de recibir esta misiva, Celia entró en la sala con una carta en la mano y el gesto descompuesto:
—No te imaginas quién me ha escrito y por qué—dijo, nada más verla.
Silvia miró el sobre que su cuñada agitaba delante de ella, pero no pudo ver el remitente. No fue necesario, Celia se lo aclaró de inmediato:
—¡Mercedes Ribera! ¡Me ha escrito Mercedes Ribera! Y no te imaginas lo que dice en su carta…
Silvia, prudente, la dejó hablar.
—Dice que está encinta, ¡y que el padre de su hijo es John Beadle!
Y no sólo eso: habla del escándalo que supondría que su embarazo saliese a la luz, porque ella es sólo una joven inocente seducida por ese inglés mujeriego y desaprensivo. Me escribe como prima de Matthew, a él lo hace, también, responsable del comportamiento del que, a su vez, es su primo. Y por qué no, para mortificarme, sé que me tiene un antipatía especial ¡La desfachatez de esta mujer no tiene límites!
Ante el silencio de Silvia, la joven Quirós se extrañó:

—¿No dices nada? ¡Es terrible!
—Ya lo sabía—fue la escueta respuesta de Silvia Villanueva.
—¿Qué ya lo sabías? ¿Y por qué no me dijiste nada?
—Porque cuando me enteré, tú aún…—Silvia miró el vientre de Celia sin encontrar las palabras adecuadas — tú aún no habías…Bueno, que no quise preocuparte con el asunto, que es de preocupar.
—Siempre he sabido que esa mujer es un pozo sin fondo para las complicaciones, pero esto no me lo esperaba.
—Quizás me equivoque, Celia, pero tengo mi teoría al respecto: pienso que lo del embarazo es sólo una invención de ella para casarse con John.
—¿Y cómo puedes estar tan segura?
Silvia calló, pues si le desvelaba a su cuñada sus sospechas, quizás provocase una crisis importante en su matrimonio.
—Simplemente, es una mujer caprichosa y acostumbrada salirse con la suya, y las personas como ella aprovechan todos sus recursos para lograr sus objetivos, dejando de lado la honradez, las cuestiones éticas y la dignidad, eso por supuesto.
—¿Y qué hacemos ahora? ¿Se lo decimos a Beltrán? Quizás él nos oriente respecto a…
Silvia la interrumpió, quizás con excesiva vehemencia.
—¡No, a Beltrán no! Quiero decir que él no puede hacer nada al respecto.
—Pero conoce a esa Mercedes, de hecho, si ella se ha aficionado tanto a esta tierra es por él, recuerda, Silvia, que cuando vino antes de navidad, como invitada de los Benavides, lo hizo buscándolo. Ahora su familia se ha aficionado también a Asturias, por lo que nos tocará sufrirla, al menos por temporadas.
—Bueno, Celia, en el momento presente, mi hermano es un hombre bien casado, contigo, querida. Ya ves que ha desviado su atención de él para centrarse en ese inglés conquistador, John Beadle.
—Volviendo a lo que nos ocupa, por una vez no estoy de acuerdo contigo: se lo voy a comentar a Beltrán, él sabrá qué hacer, este es un asunto serio que no quiero abordar sola y, si me equivoco al manejarlo, la honorabilidad de mi familia puede quedar en entredicho.

Silvia se mordió el labio: conociendo a su hermano, estaba segura de que sería muy sincero con su esposa. Y, conociendo como conocía a Celia, estaba convencida de que se avecinaba tormenta.
Fue en la cama, esa misma noche, cuando Celia abordó el tema. Acababan de acostarse y Beltrán se arrimó a ella, buscando su contacto, deseoso de que esa pasión que sentían mutuamente renaciese y, por un momento, volviesen a ser ellos dos solos. Pero la joven se apartó para mirarlo.
— No voy a poder conciliar el sueño—comenzó—si no te cuento algo que ha sucedido y que me preocupa bastante, la verdad.
—Pues dime, aunque prefiero que te desveles un ratito—dijo él, juguetón.
—El tema no es para tomárselo a broma, Beltrán: es referente a Mercedes Ribera.
—Bueno, viniendo de ella, muy grave no puede ser, es una lianta, pero que yo sepa, aún no ha matado a nadie—bromeó Beltrán, despreocupadamente.
—No ha matado a nadie, desde luego que no, pero no sólo arrebatar la vida es un delito, también lo es arrebatar la honorabilidad de una familia, y eso es lo que puede suceder con la mía, si el asunto sale a la luz.
Beltrán se incorporó hasta quedar sentado, apoyado en el cabecero, ahora sí, parecía un tema serio.
—Pero, antes que nada, tengo que decirte algo, muy importante, que te he ocultado para evitarte la decepción, aunque comprendo que, tarde o temprano, tendrías que enfrentarte a ella. He pensado mucho acerca de la mejor manera de decírtelo, pero he llegado a la conclusión de que no hay fórmula mágica que alivie el dolor de una noticia como esta—al ver que Beltrán estaba en tensión, Celia lo soltó—: he perdido al hijo que esperábamos.
—¡Amor mío! —Beltrán la abrazó con fuerza, intentando cobijarla, protegerla hasta de lo que no estaba en sus manos—. ¿Cuándo ha sucedido?
—Mientras estuviste fuera—Celia se adelantó a su pregunta—. No te lo hemos dicho antes, ni siquiera Rosita, porque a nadie le gusta ser

emisario de una mala noticia. Pero, finalmente, no me ha quedado más remedio que armarme de valor.
—¿Qué tal estás, cariño?
—En el aspecto físico me encuentro bien, como si nada me hubiese sucedido. En cuanto a ánimos… ¿recuerdas que, cuando regresaste, me dijiste que me notabas extraña, distinta? Tenías razón, y ahora ya sabes el por qué.
—Tendremos más hijos, Celia, no debes preocuparte—dijo Beltrán, con una vehemencia que era casi desesperación.
—Quien lo sabe, Beltrán, me ha costado tanto quedar encinta, ¡y ahora esto!
Beltrán besó con cariño su frente, y volvió a abrazarla, como si quisiera protegerla del mundo.
—Ten fe, amor, ten fe. Yo no la he perdido.
—Ahora debemos solucionar lo de esa mujer, que es una fuente inagotable de disgustos— al ver que contaba con toda la atención de su esposo, Celia prosiguió —He recibido una carta de Mercedes, en la que dice que está encinta de John Beadle. Imagina el escándalo.
El rostro de Beltrán Villanueva se ensombreció como si una pesadumbre muy grande lo abatiese de pronto. Permaneció callado, y volvió a tumbarse, pero adoptando una postura, boca arriba, con los brazos bajo la cabeza, poco propicia a conciliar el sueño.
—¿Qué piensas, cariño? —le preguntó Celia— ¡Dime algo, por favor!
—¿Cómo sabes que es cierto?
—No lo sé, Beltrán, sólo puedo fiarme de lo que ella dice en su carta, está escrito, lo cual es un testimonio definitivo, más comprometedor que las palabras que se lleva el viento.
Se hizo de nuevo el silencio en el dormitorio. La noche era estrellada y la humedad de la vegetación entraba por la ventana entreabierta, refrescando el ambiente. Y entonces, el tono afligido de su esposo sorprendió a Celia tanto como sus palabras.
—Pues no lo hagas, no te fíes.
Celia guardó unos segundos de silencio, antes de preguntar:
—¿Y cómo puedes estar tan seguro?
Él respondió, muy a su pesar:
—Porque yo también fui víctima de sus argucias.

Cuando Silvia bajó a desayunar, le extrañó que Celia aún no se hubiese levantado. Su hermano, como de costumbre, hacía ya un buen rato que trabajaba en su despacho. Estuvo a punto de ir a buscarla, pero lo pensó mejor, quizás su cuñada había pasado mala noche y necesitaba descansar.
Al cabo de un rato, cuando Silvia ya había terminado, Celia entró en el comedor. Nada más ver su cara, supo que la tormenta que tanto temía se había desatado entre los amantes. Aun así permaneció en silencio, quizás su cuñada no estuviese preparada, todavía, para hablar de ello.
—Buenos días, Silvia.
—Hola, Celia. Ya me iba, pero si quieres, te acompaño mientras desayunas.
Su amiga se encogió de hombros, y Silvia se reafirmó entonces en sus peores sospechas. En ese momento, Fermina entraba con el café y la leche. La criada dejó la bandeja sobre la mesa y, en cuanto desapareció por la puerta, la joven Villanueva la tanteó:
—¿Te encuentras bien, Celia?
—No es uno de mis mejores días, te lo aseguro.
—¿Puedo saber qué ha sucedido? ¿Quieres contármelo?
Celia la miró. Dos oscuras ojeras rodeaban sus bellos ojos:
—No, no deseo hablar de ello. Quiero desayunar y salir a dar un paseo, quizás el aire de la mañana me ayude a poner en orden mis ideas.
—Si quieres, te acompaño—se ofreció Silvia.
Su amiga la miró sonriente, forzó una sonrisa y acarició su mano:
—Sí, ven conmigo, me vendrá bien la compañía.
—Pues ahora desayuna y, en cuanto termines, nos vamos. Mientras, voy a ver a Celeste, quiero saber si está un poco más animada o sigue igual de decaída. Me gustaría poder darle ánimos.
Celia asintió con la cabeza mientras mordisqueaba, sin ganas, un trozo de bizcocho.
—Espera, Silvia, antes me gustaría hacerte una pregunta.
—Dime, sabes que, si está en mis manos responderte, lo haré gustosa.
—¿Tú sabes si Beltrán ha estado alguna vez enamorado?

Silvia sonrió antes de contestar:
—Por supuesto, loca y ciegamente enamorado de la mujer hermosa, dulce e inteligente que tengo delante. Y doy fe de que lo sigue estando. Pero, ¿A qué viene esa pregunta, Celia?
—Nada, cosas mías, es sólo que…—la joven Quirós se vio interrumpida por la aparición de una náusea repentina. Echó la silla hacia atrás y salió a toda prisa, sin que a su cuñada le diese tiempo a reaccionar.
Al cabo de un par de minutos, Celia reapareció. Su rostro había recuperado el color y parecía estar bien.
—¡Celia! ¿No estarás otra vez…?
La joven negó, rotunda, con la cabeza. No podía explicarle a Silvia que eso era imposible, pues desde que perdió a su bebé, no había vuelto a tener relaciones con Beltrán.
—He pasado una noche horrible, eso es todo. Apenas he dormido y estoy muy cansada.
Silvia, prudente, comprendió que no era momento de hablar de ello, a pesar de que creía saber lo sucedido.
—Voy a ver qué tal se encuentra Celeste y después subiré a tu dormitorio a buscarte, si es que no te has quedado dormida.
—Descuida —respondió Celia—, por desgracia, el sueño no me arropará con su bendito manto de olvido.
Silvia rio:
—Ignoro lo que te sucede, Celia, pero me encanta lo poética que estás.
Ya salía Celia del comedor, cuando oyó unas voces por el pasillo, y enseguida reconoció la voz melódica y suave de Beatriz Cruz-Stuart. Enseguida, la delicada figura de su madre se recortó contra el umbral de la puerta.
—Celia, cariño —se acercó a su hija y le dio un cariñoso beso en la mejilla—. ¿Qué tal va todo? ¡Hace días que no sé nada de ti, me tienes un poco preocupada!
—Bien, mamá, todo va bien, sólo que…
—Pues te noto un poco pálida, hija, ¿Estás comiendo bien? ¿Y las náuseas?

En ese momento, la presión fue excesiva, y Celia se derrumbó. Ante ella se amontonaron los sucesos de los últimos días, y las lágrimas rodaron por su rostro. De inmediato, Beatriz se alarmó:
—¡Querida hija, no me asustes! ¿Acaso estás enferma?
—Ven, mamá, vayamos a la sala, tenemos que hablar.
Cuando Celia le contó a su madre lo sucedido, sintió una inmensa liberación. Había callado la pérdida de su hijo por miedo a decepcionarlos a todos, sin caer en la cuenta de que a una madre nunca se la decepciona y que, las palabras de consuelo salidas de su boca, son el mejor bálsamo contra cualquier pesar.
—Debiste decírmelo de inmediato, hija. ¿Ese médico te atendió bien?
—No, mamá, no me atendió. Tan sólo me echó de la consulta después de decirme que ya no había nada que hacer.
—Pero, ¿Tú estás bien segura? Tu cara, Celia, tu rostro tiene algo distinto. Y tu cintura…juraría que sigue ensanchándose. No sé, hija, yo no sé qué pensar. ¿Estás segura?
—Mamá, es la palabra del doctor contra tus deseos como madre mía que eres.
—Pobrecita, has debido de pasarlo tan mal—Beatriz acarició, consternada, la mano de su hija —. Pero no te preocupes, cariño, pronto estarás de nuevo encinta, tu esposo te ama, tú lo amas a él, y estoy segura de que tendréis unos hijos preciosos.
Las palabras de Beatriz provocaron de nuevo el llanto de Celia:
—No, mamá, no sé si seré capaz de engendrar otro hijo, entre Beltrán y yo han surgido problemas importantes.
Beatriz se inquietó, porque había ido a visitar a su hija convencida de que algo no marchaba bien, pero no se esperaba que todo, hasta la maravillosa relación que mantenía Celia con su esposo, se estuviese desmoronando.
—¿Quieres contármelo?
—No puedo, me da mucha vergüenza hablar de esto contigo, es algo que yo debo asumir sola y, cuando lo haga, tomar una determinación al respecto.
Las palabras de Celia, lejos de tranquilizarla, inquietaron aún más a Beatriz Cruz-Stuart, que preguntó, deseosa de saber para poder ayudar a su hija:

—¿Acaso hay otra mujer? Es una pregunta estúpida, Celia, porque tu esposo, además de ser una de las mejores personas que conozco, te adora. ¡Pero me lo has pintado tan grave!
—¿Otra mujer, dices, mamá? Más o menos, algo así. Pero no quiero hablar de ello, por favor, quizás en otro momento, pero ahora no.

Cuando Beatriz Cruz-Stuart salió del palacete de los Villanueva, la hermosa mañana estival ya no se lo parecía tanto. Para ella quedó la conversación que hubiese mantenido con su hija, en la que tenía pensado contarle que su hermanita Aurora, hasta el momento incapaz de coger una aguja e hilo por voluntad propia, estaba bordando un babero para su futuro sobrino. O que su padre, Álvaro Quirós, había encargado la cuna más bonita del mundo para su nieto, o que ella misma, entusiasmada con el embarazo de su hija, había relegado las revistas de moda femenina a segundo plano, para dedicarles mucho más tiempo a las de moda infantil.
Mateo aguardaba dentro del Hispano- Suiza, y en el trayecto de regreso, Beatriz mantuvo el gesto serio y la mirada ausente, abrumada por un montón de problemas relacionados con lo que más amaba, sus hijos. Primero estaba la preocupación por Ismael, cuyo decaimiento, según le había confesado Sofía, era debido al mal de amores que sufría. El joven permanecía encerrado en su habitación la mayor parte de la jornada, y la perpetua alegría que reflejaba su rostro había dado paso a un gesto decepcionado y escéptico, como si la esperanza lo hubiese abandonado. Por si esto fuera poco, sospechaba que Sofía estaba también enamorada y el hecho de que no mencionase al afortunado depositario de sus afectos sólo podía significar que no era una relación admisible. Por último, Celia había perdido al niño y, para colmo, su matrimonio peligraba. Pensó en Álvaro y en su hermana Marta, y su ánimo se aflojó aún más al constatar que era la emisaria de la peor de las noticias, el malogrado embarazo.

Capítulo 31

Beltrán Villanueva entró en el hotel, y enseguida pudo ver a Ezequiel, esperándolo en la recepción.
—Aún no he desayunado, estaba esperando para hacerlo contigo, el comedor es muy agradable y, sobre todo, un lugar discreto donde podremos hablar con tranquilidad.
El marqués de Ribadeo asintió, y juntos se sentaron en una de las mesas, donde el verde paisaje se incorporaba a la decoración a través de grandes ventanales. El recién llegado acompañó a su amigo tomando tan sólo un café.
—Dime, Beltrán, ¿qué es eso tan urgente? —preguntó el detective, mientras untaba con mantequilla un trozo de pan recién hecho.
—Estoy metido en un enorme lío, amigo.
—¡Un lío de faldas, seguro! —bromeó el detective, quitándole importancia. Pero las palabras de Beltrán lo dejaron perplejo:
—En efecto, Ezequiel, hay faldas de por medio.
—Serán las de tu esposa, conociéndote como te conozco.
—Y otras que se han entrometido sin nadie quererlo.
Ezequiel le miró con los ojos muy abiertos, a punto de darle el primer bocado al desayuno.
—Bueno, tan grave no será— le animó Ezequiel.
—De lo peor, tan malo que, de no resolverlo cuanto antes, peligra mi matrimonio. Y si pierdo a Celia, yo no sé qué haría. Necesito tu ayuda.
—Empieza a contarme—respondió el aludido, bien dispuesto a escuchar.
— De momento, no quiero que sepas de qué va el asunto, para que actúes sin prejuicios. Te contaré lo que tienes que hacer: debes presentarte ante una dama, conocerla, frecuentarla tanto como ella lo desee. Y sólo tienes que relatarme cómo se desarrollan los acontecimientos.

—Estarás de acuerdo conmigo en que lo que me pides es extraño. ¡No entiendo nada!
Beltrán sonrió:
—Te repito que, de momento, prefiero que vayas a ciegas, sólo debes hacer lo que te he dicho, así de sencillo. Pero debes adoptar con ella un perfil muy concreto: el de un joven soltero, centrado únicamente en divertirte cuanto puedas, el disfrute es tu razón de vivir, porque el patrimonio de tu familia te permite disfrutar de una vida regalada, en la que lo prioritario es la satisfacción que le des a tu cuerpo.
—Vaya, acabo de verme reflejado, lo único que no se ajusta a la realidad es lo del patrimonio familiar, ya sabes que mi padre me ha desheredado—bromeó Ezequiel.
—Entonces no te será difícil hacer lo que te pido— le siguió la broma Beltrán.
—Necesito saber algo más, para poder ayudarte.
—Créeme, querido amigo, que cuanto menos sepas, mucho mejor para ti. Sólo tienes que conocerla y frecuentarla cuanto ella quiera, y ya veremos.
—Así que mi misión consiste en ir de fiesta en fiesta con una mujer, ¿y si resulta ser el amor de mi vida? —bromeó de nuevo Ezequiel.
—Lo dudo, amigo, ahora soy yo el que, conociéndote como te conozco, te digo que lo dudo.
Ezequiel Segura sonrió:
—Tus razones tendrás para andarte con tanto secreto pero, como es lógico, tendré que saber de quien se trata.
—Mercedes Ribera, ese es su nombre —respondió Beltrán.
Ezequiel se quedó pensativo unos segundos, al cabo de los cuales miró a su amigo, perplejo:
—¿Mercedes Ribera? Creo recordar ese nombre.
Beltrán asintió con la cabeza:
—En efecto, buena memoria tienes.
—Esa mujer tuvo algo que ver contigo, ¿no es así?
—Por ahora, es irrelevante—respondió Beltrán, insistiendo en la idea de que Ezequiel debía carecer de datos adicionales— ¿Estás seguro de que te ha quedado claro lo que pretendo que hagas?

—Clarísimo, más fácil, imposible: conocer a una dama y dejarme llevar por ella, haciéndome pasar por un juerguista redomado.
— Exacto, no te muestres precavido, ni sensato, ni maduro, ni responsable, sino todo lo contrario de lo que eres.
—Bien, parece sencillo. Esta misma tarde la conoceré, me lo has puesto tan crudo que deseo que mis pesquisas solucionen tu problema.
—Gracias, Ezequiel, sabía que podía contar contigo.
—Sobre todo, si lo que me pides es seducir a una joven dama, cuenta siempre conmigo.
Ambos rieron con espontaneidad, aunque a Beltrán la alegría le duró bien poco.

Tal y como le había prometido a Beltrán, aquella misma tarde, Ezequiel se paseó por todos los locales de moda donde solían reunirse los jóvenes que podían permitirse el lujo de dejar pasar el verano entre siestas y juergas.
Gracias a la descripción dada por Beltrán, el detective enseguida la localizó en uno de los más concuridos: una mujer rubia que sobresalía entre el resto de damas por su aspecto, un poco atrevido. La joven, que dejaba entrever un desparpajo único, era el centro de atención de su corrillo, lo cual le producía una satisfacción difícil de ocultar.
El local donde se encontraban tenía un bonito jardín trasero y, con la excusa de llegar a él, Ezequiel pasó por delante del grupo. Su porte distinguido, altura y masculina belleza no pasaban desapercibidos, y algunas de las jóvenes damas cuchichearon entre risas mientras le seguían con la mirada.
El detective se acomodó en la terraza, donde le llegaba la algarabía del interior. Desde allí podía observar a su objetivo sin levantar sospechas. Al cabo de un rato, mientras disfrutaba de una limonada sin quitar ojo al corrillo, todos ellos se acomodaron bajo el toldo del jardín. Ahora sí, con indiscreta insistencia, Ezequiel comenzó a dirigir insinuantes miradas a Mercedes Ribera. Cuando consideró que la joven se había percatado de su escrutinio, se levantó hacia ella.

Según se iba aproximando, el resto de damas, indolentes y juguetonas, reanudaron el coro de risitas y aspavientos, en la ingenua convicción de que el guapo caballero que se aproximaba no se daría por aludido.
—Perdone mi indiscreción, señorita, pero, ¿no hemos coincidido en la bellísima ciudad eterna? Es usted, si la memoria no me falla, Elena de la Cueva, ¿me equivoco?
Uno de los jóvenes del grupo disimuló a duras penas la risa que le provocó el despiste del caballero, pero Mercedes no se reía, sólo le miraba, fascinada:
—¿La ciudad eterna? ¿Elena, dice? Siento decirle que se equivoca usted de persona.
—¡Oh, cuánto lo lamento! Disculpe mi torpeza, señorita…
—Mercedes Ribera, para servirle —ella le tendió una mano que él tomó para hacerle el correspondiente saludo—.¿Y a quien tengo el gusto de dirigirme?
—Vicente Molins, a sus pies.
—Vaya, qué casualidad, creo que conozco ese nombre… ¿No será usted pariente de los prósperos empresarios textiles?
—Ha dado en el clavo: de los Molins de toda la vida —improvisó Ezequiel satisfecho, pues el nombre, elegido al azar, acababa de proporcionarle un personaje con el que actuar.
—Un poco lejos de su casa anda usted entonces—el tono de Mercedes era meloso, se notaba a leguas que estaba coqueteando con él.
—Esa es mi vida—improvisó Ezequiel—todo el día de un lado a otro, donde me lleve la diversión.
—Pues en este caso se ha equivocado usted de plaza, porque en esta se torea poco—respondió la joven Ribera, haciendo gala de su habitual desparpajo.
—Ustedes, sin embargo, parecen pasarlo estupendamente.
—Bueno, algo hay que hacer. Yo preferiría pasar el verano en lugares más bulliciosos, pero mi padre ha decidido descansar del ajetreo en estas tierras de prados verdes.
—¡Bucólicas y pastoriles tierras de prados verdes! —le siguió la corriente Ezequiel—. Yo he venido a visitar a unos parientes de mi

madre, pero espero que, en breve, regresemos a Barcelona. Aunque ahora que la he conocido, creo que usted y yo no lo pasaríamos mal del todo. Si no me equivoco, señorita Ribera, es usted de esas personas interesantes que saben exprimir cada minuto y para las que el aburrimiento sólo es una palabra en el diccionario.
Mercedes Ribera sonrió, complacida. Cuanto más le miraba, más la impresionaba aquel hombre, realmente guapo: Vicente Molins, todo un hallazgo.
—¿Se queda con nosotros, Vicente? Tenemos pensado ir al casino.
—No sé qué decirle, señorita Ribera, no quisiera ser un estorbo, quizás a sus amistades mi presencia les parezca una intolerable intromisión.
— ¡De eso nada! Y por favor, llámeme Mercedes, estamos en un ambiente distendido, entre amigos. En un momento le presento a toda esta camarilla y nos vamos a celebrar el habernos conocido, ¿le parece?
Ezequiel la miró sonriente. Sin pretenderlo, la seducción de su mirada había cautivado por completo a la joven, que se apresuró a presentar al recién llegado, para alivio de las damas presentes y agravio de los jóvenes caballeros quienes, sin duda, quedaban eclipsados ante la imponente presencia del señor Vicente Molins.

Capítulo 32

Silvia se sentó al piano, y sus dedos comenzaron a deslizarse sin su consentimiento, habían elegido el Liebestraum número tres de Franz Liszt, cuyas notas inundaron la estancia, esparciendo la melancolía de la pieza como lluvia fina que todo lo calaba. Cuando terminó de tocar, aún permaneció unos instantes ajena a cuanto la rodeaba, sólo entregada a sus emociones. Sabía cuánto duele el desamor, y lloró por Ismael, a quien tanto había amado, desolado por la ausencia de Alma.

—Celia, tengo que decirte algo—comenzó Silvia cuando su amiga entró en la sala y se sentó en el sofá, con la desgana de quien deja pasar el día con la única esperanza de que la noche, con el bendito alivio del sueño, llegue cuanto antes.

—Dime, Silvia, ¿qué sucede ahora?

Silvia sonrió, asomando al gesto una cierta tristeza:

—Si ese "*ahora*" significa algo así como "*qué nueva calamidad se cierne sobre nuestras cabezas*", he de decirte que has acertado. Y la nueva calamidad tiene nombre y apellidos: Alma Reguera.

Celia se incorporó, interesada:

—¿Qué ha pasado con ella?

Silvia suspiró hondo antes de decir:

—Que se ha ido.

Celia tardó apenas unos segundos en preguntar:

—¿E Ismael?

En estas dos palabras se resumía todo cuanto la joven necesitaba saber ahora. Silvia se dispuso a explicarle lo que sabía:

—Alma vino a despedirse, tan sólo me dijo que un asunto de máxima gravedad le obliga a trasladarse. Me pidió que cuide y consuele a Ismael, y sus palabras me dejaron desconcertada, pues dijo de tu hermano que era un buen hombre al que no deseaba que arrastrasen sus fatales circunstancias, y que encontraría una mujer que lo mereciese de verdad.

Celia se quedó en silencio, pero al cabo de unos instantes, habló:
— No sé qué pasa, quizás nos haya mirado un tuerto. ¡Parece que todo se nos pone en contra!
Su cuñada sintió lástima por ella, pues no le faltaba razón. Pero debía animarla, no alimentar su desánimo.
—No digas eso, querida, la vida es así, de cuando en cuando, nos pone obstáculos, el mérito está en saber superarlos para que todo vuelva a fluir.
Celia sonrió en agradecimiento a sus palabras, con las que no estaba totalmente de acuerdo, y así se lo hizo saber.
—Silvia, tienes que reconocer que este verano, que toca a su fin a Dios gracias, se ha caracterizado por las desazones de todo tipo.
—¿Qué pasa, que no ha habido buenos momentos? —inquirió su cuñada, contraatacando al desaliento de Celia.
—Sí, claro que sí, pero la balanza se inclina, sin duda, hacia el lado de las calamidades. Por si tuviese poco, ahora se suma a mis pesares el de mi pobre hermano, conociéndole, sé que lo estará pasando fatal.
Las palabras de Celia hirieron a Silvia, cuyo rostro se ensombreció. Su amiga, consciente de su falta de tacto, rectificó de inmediato:
—Discúlpame, Silvia ¡He sido tan insensible, sin pretenderlo! No he olvidado que fuiste tú quien sufriste por él cuando se enamoró de Alma, pero eso no significa que él merezca pasar por lo mismo.
—Lo sé—respondió Silvia, conciliadora— y ya lo hemos hablado demasiadas veces, en el amor sólo manda Cupido y sus caprichosas flechitas, cada día estoy más convencida.
Ambas rieron, y Celia recalcó:
—Silvia, la racional mujer de su época, rendida a la sinrazón. ¡No puedo creerlo!
—Ya sabes que es así…—insistió Silvia con mirada traviesa, como si retase su amiga a encontrarle otra explicación a los dislates el amor —. Pero ahora, lo importante es que Ismael necesita que le ayudemos a superarlo. ¿Por qué no le dices que venga esta tarde?
—Conociéndole, sé que se negará, no tendrá ganas—dijo Celia, convencida.
—¡Pues obliguémosle!

—¿Y cómo?
—No sé, algo habrá que le haga reaccionar, digo yo.
—Beltrán, quizás él logre que venga.
—Buena idea, Silvia. Pero díselo tú.
Su cuñada la miró sin dar crédito:
—¿Sigues enfadada con él? ¡Celia, por favor, reacciona! Te quiere con locura, ¿no lo ves?
—Silvia, te ruego que no me presiones, estoy pasándolo fatal, hasta el punto que sufro de indigestión. No es mi intención preocuparte, pero quiero que sepas hasta qué punto me afecta lo sucedido con mi esposo. Dame tiempo.
—Tú verás, Celia, no puedo obligarte a que abras los ojos— respondió Silvia con franqueza—. Yo le diré a Beltrán que haga venir a Ismael, por eso no te preocupes.
En efecto, aquella misma tarde, Ismael acudió a la llamada de Beltrán quien, enterado de las circunstancias por su hermana, no dudó en convencerle, con la excusa de ponerle al tanto de algunas novedades respecto al asunto aún pendiente del asesinato del belga August Meyer, del cual su padre, Álvaro Quirós, había sido acusado sin mayores consecuencias.
Ismael llegó después de comer, buena hora para disfrutar de un café acompañado de ricas mantecadas que el joven Quirós no probó.
—Dime, Beltrán, ¿has sabido algo nuevo del caso?
—Bueno, del caso concreto no, pero tengo novedades respecto a Jaime.
Estuvieron un rato hablando del asunto que, de momento, le traía de cabeza, la desaparición del bebé de Celeste. Beltrán puso tanto entusiasmo que Ismael no se percató de que la conversación con él era sólo la excusa para traerle hasta la casa.
—Bueno, Silvia y tu hermana querrán saludarte.
—Sí, las veré un momento ante de irme.
Tal y como habían acordado previamente, Celia se retiró enseguida, dejando a Silvia y a Ismael a solas.
—¿Damos un paseo por el jardín? —preguntó Silvia, ofreciéndole su brazo.

—No pretendo ser descortés contigo, querida amiga, pero prefiero irme, tengo cosas que hacer.
—¿Sigues dándole clases a Nieves? —preguntó la joven, con la intención de sacar el tema. Al ver que Ismael asentía con tristeza, Silvia vio la oportunidad de intervenir:
—Sé lo que ha pasado, Ismael, Alma estuvo aquí, para despedirse.
Él la miró confuso, presa de emociones contrapuestas, y ella aprovechó para tomarle del brazo, estaba segura de que había captado toda su atención.
—Pues de mí no se despidió—dijo, apesadumbrado—. No tuvo ni ese pequeño detalle conmigo, tan sólo me dejó una carta—.El joven se detuvo en seco y miró a Silvia con la inquietud dibujada en su bello rostro— ¿Tú sabes por qué se ha ido? ¿Y dónde está?
Silvia Villanueva negó con la cabeza, tirando ligeramente de él para que reanudasen la marcha, acababan de salir al jardín. El cielo comenzaba a encapotarse, amenazando con desatar una tormenta que no tardaría en llegar.
—Sólo puedo decirte que no se ha ido por voluntad propia, estoy segura —Silvia vaciló unos segundos antes de proseguir—. Me ha pedido que cuide de ti, que te ayude a superar su ausencia.
Entonces Ismael comenzó a sollozar como un crío mientras se secaba la humedad del rostro con el dorso de las manos.
—¡Yo la quiero, Silvia! ¿Acaso nadie puede comprenderlo? ¡La amo! —profirió angustiado, sin dejar de llorar.
Silvia le miró con intensidad, y él comprendió algo que sólo sirvió para aumentar su angustia:
—Ya sé que, por mi causa, has sufrido lo que yo sufro, sólo ahora soy capaz de comprender tu dolor, ¡pero yo no quise que sucediese, Silvia! ¡Juro que no lo quise! …
—Lo sé, Ismael, lo sé, y te comprendo. Ahora te sigo queriendo, de otra forma diferente, eres mi amigo. Y por eso, porque te quiero, me duele que sufras, pero no sé cómo aliviarte, porque no existe cura para el mal de amores, lo sé bien.
Ismael asintió, reflexivo, y ella continuó:
—Pero quiero que sepas que no es el fin del mundo. Yo lo superé, y tú también lo harás, por ella, porque es lo que desea con toda su

alma, que lo superes y seas feliz.
Estas palabras, cargadas de emotividad, provocaron en Ismael un nuevo estallido de desesperación, liberado en lágrimas amargas que, al llegar al borde de su mandíbula, caían precipitándose al vacío algunas, resbalando por su cuello las que lograban rebasarlo.
—¡La quiero, Silvia, la quiero! —gimió sin pudor ni reservas Ismael.
Ella se detuvo y le abrazó, ayudándole a liberar parte de su pena, el cuerpo de él convulsionando contra el suyo, deshecho en llanto. Cuando logró tranquilizarse, se separó de su amiga:
—Perdóname, Silvia, eres tan buena. Por lo sucedido entre nosotros, eres la persona menos indicada para aguantar mis lamentos y, sin embargo, aquí estás, conmigo, sin desfallecer.
—Y aquí seguiré—dijo ella, sonriéndole con dulzura—eso no lo dudes. No eres el primero, ni serás el último , y aunque parezca que la vida termina aquí, tienes que salir adelante.
—Va a ser difícil, desde luego.
—¿Mi consejo de amiga? —dijo ella sin esperar respuesta— Queda poco para que comience el curso. Sumérgete en tu pasión, las matemáticas. Inmerso en tu mundo, cuando te des cuenta, el tiempo habrá pasado y, con él, la herida habrá cicatrizado.
Por vez primera, Ismael sonrió:
—¡Cómo me conoces! Estoy deseando regresar a Oviedo, mis estudios son ahora mi único consuelo.
—Quiero que me prometas algo, por favor—dijo Silvia
—Dime— respondió él, dispuesto a acatar la voluntad de su buena amiga.
—Promete que me llamarás cuando estés demasiado triste. Juntos lo superaremos.
Ismael asintió, depositando un beso en la mejilla de Silvia, que ella supo interpretar como lo que era: el cariñoso agradecimiento de un amigo apesadumbrado que había encontrado, en sus palabras, un ligero alivio a su dolor.
En el cielo, un enorme relámpago anunció la llegada de la lluvia, y corrieron de la mano hasta refugiarse en el viejo palacio, centenario guardián de tantas historias.

Capítulo 33

Beltrán regresó poco antes de la hora de comer. Preguntó por Rosita, y Luisa se apresuró a buscar al aya, quien enseguida entró en su despacho.
—Cierra la puerta, Rosita, tenemos que hablar.
La mujer obedeció, tomando asiento en un sillón enfrentado al del joven.
—¿Qué sucede, Beltrán? ¿Ha pasado algo?
—Bufff…—resopló él, antes de proseguir—. Antes de poneros al tanto de lo sucedido, necesito que envíes a Albertina fuera de la casa. No sé, se me ocurre que podrías enviarlas, a ella y a Luisa, a limpiar los muebles del jardín y la barandilla de la pérgola, pero que estén fuera un buen rato.
Rosita le miró sorprendida, aunque supiera que, cuando Beltrán le pedía que hiciese algo, siempre obedecía a razones de peso.
—Con que limpien bien la mesa y las sillas del jardín, estarán ocupadas. Por si acaso, que barran la terraza trasera.
—De acuerdo, que sea ya, por favor, mientras comemos.
—Me tienes intrigada…
—Enseguida sabrás el motivo de mi curiosa petición. Vamos.
Mientras Rosita daba las órdenes pertinentes a las dos criadas, los demás fueron tomando asiento en el comedor. Enseguida llegó Fermina con el primer plato y, en cuanto el aya se sentó a la mesa, Beltrán se dirigió a la criada:
—Gracias, Fermina, nosotros serviremos. Cierra la puerta al salir, por favor.
La criada desapareció con sus andares cansados, y enseguida estuvieron los cuatro solos.
—Seguro que os estáis preguntando a qué se debe tanto misterio, ¿verdad? Como sabéis, me he reunido con Ezequiel esta mañana, y lo que tengo que deciros os dejará con la boca abierta. Debemos solucionar de inmediato un asunto de cierta gravedad.

Las mujeres, perplejas ante las palabras de Beltrán, se miraron entre ellas, pero centraron de nuevo la atención en el abogado cuando este comenzó a hablar:
—A estas alturas, ya sabéis que Ezequiel es la sombra de Jaime Solís, tiene recursos y sabe cómo hacerlo. Gracias a su profesionalidad, hemos conocido los detalles de la salida de Martín de casa de los Solís, y gracias, también, a su buen hacer, ha descubierto algo que me ha dejado tan perplejo como os quedaréis vosotras: tenemos una espía entre el personal de servicio.
En este momento, Beltrán hizo una pausa, mientras las tres se miraban.
—¿Una espía? ¿Quién? —Preguntó Rosita, extrañada.
—Albertina, ella es quien ha entrado en nuestra casa con la finalidad de espiarnos, y contarle a Jaime Solís cuanto sucede dentro.
—Pero, ¿estás seguro de eso? ¿Cómo ha podido saberlo? —insistió Rosita.
Beltrán sonrió, condescendiente:
—Ya os he dicho que es el mejor, se las ingenia para pisarle los talones al investigado sin que se dé cuenta. Así ha podido ver, con sus propios ojos, como una joven se adentraba en la propiedad de los Solís y, con evidentes precauciones para no ser vista, entraba en el cobertizo donde Jaime guarda su automóvil. No voy a entrar en detalles, sólo diré que salió con las mismas precauciones al cabo de unos veinte minutos y, después de un tiempo prudencial, Jaime Solís salió también.
Se hizo el silencio mientras todas se imaginaban una versión más o menos certera de lo sucedido en el cobertizo. Beltrán prosiguió:
—Ezequiel supo que era una criada porque, a pesar de no llevar cofia ni delantal, su vestimenta era inequívoca, la ropa humilde y cómoda de una mujer trabajadora. Ya os he dicho que es muy observador, y de ahí saca sus propias conclusiones, que posteriormente corrobora, como sucedió en este caso, porque Ezequiel, interesado, siguió a la misteriosa muchacha que, por desgracia para nosotros, llegó hasta aquí. Por la descripción que me ha dado, estaba hablando de Albertina: joven, espigada, talle fino, cabello castaño claro, facciones delicadas y tez lechosa. Como

comprenderéis, tal descripción no coincide con Luisa, morena y tosca, ni muchísimo menos con nuestra querida Fermina, a la que no veo yo encerrándose en un cobertizo con Jaime …
—¡Beltrán, por favor! —le amonestó Rosita —Qué cosas dices, si te oyese la pobre mujer…
—Pero el hecho de que haya ido al cobertizo no significa que nos esté espiando—razonó Celia.
—Todos conocemos a Jaime Solís, querida. El asunto es más que evidente, huele a chamusquina de lejos. ¿Alguna de vosotras encuentra otra explicación más lógica?
—Quizás sólo sea la amante de Jaime—conjeturó Silvia.
—De acuerdo, supongámoslo. Y en ese caso, hermana, conociendo como conocemos a Solís, ¿crees que no intentaría sacarle partido, tirándole de la lengua?
—Está claro que lo intentaría, por supuesto—afirmó Celia.
—Por eso, lo más prudente será extremar las precauciones en su presencia.
—¡Menuda caradura! ¡Esa está en la calle en menos que canta un gallo! —dijo Rosita, roja de indignación.
—Espera, no nos precipitemos. Quizás debiéramos permitir que Albertina permanezca en la casa.
Las tres mujeres le miraron como si se hubiese vuelto loco.
—No te comprendo, Beltrán—dijo Celia.
—Enseguida me entenderás: Albertina no sabe que nosotros sabemos que le va con el cuento a Jaime. Y jugamos con esa ventaja, que podemos utilizar a nuestro favor.
—¿Cómo es eso? —preguntó Rosita.
—Haciendo y diciendo lo contrario de lo que queremos que sepa Jaime Solís.
—¡Es genial! —dijo Silvia, divertida—. Podemos dar la vuelta a la situación y hacerles creer lo que queramos.
—Pero es arriesgado y, sobre todo, muy complicado. Deberíamos ponernos de acuerdo en cuanto decimos y hacemos, y estar siempre pendientes de ella. ¡Una situación enervante! —apuntó Celia.
Las tres asintieron con la cabeza.

—Bueno, entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Rosita, deseosa de tomar una determinación al respecto.
Fue Celia quien respondió:
—Yo no me encuentro cómoda con ella en la casa, Beltrán. Me horroriza pensar que cada uno de mis movimientos está siendo vigilado, indirectamente, por Jaime. No deseo pasar por esto, no lo creo necesario.
—Pero Celia—insistió su esposo— nosotros llevamos ventaja, ella no sabe que conocemos su doble juego.
—Aun así, no la quiero aquí, Beltrán, por favor. Todos sabéis que yo soy el objetivo de Jaime, y es como si lo tuviese metido en mi propia casa, sólo de pensarlo, se me ponen los pelos de punta.
Beltrán lo consideró unos instantes: si la situación incomodaba tanto a su esposa, no merecía la pena correr el riesgo. Porque era cierto que, para poder manejar a Albertina y darle información contradictoria, había que ser muy hábil y, si no lo hacían bien, la maniobra podría volverse en su contra. Lo importante era hallar el modo de recuperar a Martín, y para eso contaban con la excepcional habilidad de Ezequiel.
—Está bien, Celia, tienes razón, lo más sensato será que Albertina se vaya de la casa. Pero creo que debemos mantener en secreto el motivo de su despido, es una carta en la manga que, quizás, podamos utilizar.
Las tres asintieron en silencio, y Celia respiró aliviada: nunca le había gustado Albertina.

Capítulo 34

Rosita contempló la salida de Albertina por la puerta de servicio y, asomada a la ventana, no la perdió de vista hasta que atravesó el patio trasero y vio cómo traspasaba las verjas de la propiedad.
El ama de llaves, tal y como habían acordado, no le desveló a la criada el verdadero motivo de su despido y le dijo, tan sólo, que ya no la necesitaban, Celeste la sustituiría. Albertina, que vio herido su orgullo, se rebeló ante Rosita, molesta por que esa muchacha, esa "mosquita muerta", como le gustaba llamarla, tuviese tanto peso en la casa como para reemplazarla.
Pero Albertina no era de las que se amilanaban, así que nada más abandonar el palacete de los Villanueva, cargando con el escaso equipaje que conformaban sus pertenencias, comprendió que ese despido era, en realidad, una oportunidad inesperada. Sonreía mientras su mente iba dando forma a una idea y, si las cosas le salían tal y como acababa de planearlas, todo serían ventajas.
Pasó gran parte de la tarde vigilando la finca de los Solís desde un rincón discreto, el mismo donde se aseguraba de que no había testigos de sus encuentros clandestinos con el señorito Jaime antes de acceder a la propiedad. Muy a su pesar, el joven Solís no apareció, pero vio salir a una dama que, inequívocamente, era Margarita Durán, y entonces se le ocurrió un cambio repentino de planes.
La esposa de Jaime avanzaba hacia el carruaje que la esperaba cuando Albertina, a su espalda, llamó su atención. Al volverse, la joven criada pudo contemplar de cerca el poco agraciado rostro de la mujer, y sonrió complacida.
—¡Vaya susto me ha dado! —la increpó Margarita— ¿Puede saberse quién es usted, y que hace en mi propiedad?
—Disculpe el atrevimiento, señora, sólo quiero pedirle trabajo en esta casa, como sirvienta.

—No necesitamos a nadie más, ahora ya no—y Albertina creyó captar cierto rencor escondido en sus palabras— así que haga el favor de salir, si no quiere que mis empleados la echen de aquí por las malas.
Margarita ya se volvía, cuando las palabras de la criada la detuvieron:
—¡Espere, quizás le interese escucharme, señora! Quien ha prescindido de mis servicios ha sido la señora Celia Quirós.
Tal y como Albertina imaginó, la esposa de Jaime se volvió hacia ella de inmediato.
—¿Trabajaba usted para esa mujer?
Una sonrisa triunfal iluminó el bello rostro de la criada:
—En efecto, señora. Y podría decirle hasta lo que desayuna cada mañana.
Margarita Durán, desconfiada por naturaleza, se revolvió contra ella.
—¿Y por qué imagina usted que estoy interesada en saberlo?
Albertina comprendió que tenía que ser muy hábil para salirse con la suya.
—Mire, señora, por estos lares todos nos conocemos, y a nadie se le escapa que doña Celia ha causado un grave daño a su esposo. Por eso, con su permiso, me he permitido pensar que a usted le gustaría conocer la intimidad de esa mujer que tantos pesares ha traído a esta familia.
Margarita, por supuesto, estaba deseosa de saber. Una oportunidad como aquella no se presentaba todos los días, pues gracias a esa criada podría conocer los detalles más íntimos de Celia Quirós, la causante de todos sus males. Pero debía ser cautelosa y, sobre todo, no dar a entender que pagaría lo que le pidiesen por hacerse con semejante información. Respondió, sin mostrar demasiado interés.
— Bueno, los chismes de criadas nunca me han interesado, pero si buscas trabajo, vas a poder comprobar —e imagino que así lo irás proclamando a los cuatro vientos— que servir en esta casa es un privilegio, sobre todo después de haber servido para esa Celia Quirós.
Albertina comprendió que la señora había picado el anzuelo.
—¿Cuándo comienzo, señora?

—Por mí, cuanto antes.
—Pues si le parece bien a la señora, esta misma tarde, porque necesito el jornal.
—¿No serás madre soltera? —Margarita Durán la miró, escandalizada.
—No señora, una es sólo una criada, pero muy decente.
—Pues ve a por tus cosas y entra por la puerta trasera. Le dices a la gobernanta que yo te he empleado como doncella personal.
—¿Cómo doncella, señora?
—Sí, pero no te hagas ilusiones: ser mi doncella no implica que vayas a tener un trato especial, sólo significa que, además de hacer cuanto te ordene la gobernanta, estarás siempre a mi disposición, ¿lo entiendes?
—No se preocupe, señora, le estoy muy agradecida.
—Por cierto, ¿puedes decirme por qué motivo los Villanueva han prescindido de tus servicios?
—Sí, señora. La razón es que ha entrado una nueva criada, una tal Celeste por la que, al parecer, doña Celia siente un cariño especial.
Margarita Durán asintió, satisfecha.

Nadie advirtió que cuando, a la hora de la cena, Albertina entró en el comedor portando una bandeja, a Jaime Solís se le desencajó el rostro. Tomó su copa, bebió un trago y miró, con disimulo, pero con mucha rabia, a la recién llegada, mientras se preguntaba qué demonios hacía esa mujercilla en su casa.
Enseguida la criada se retiró, momento que aprovechó doña Rebeca para preguntar:
—¿Y esta? ¿Es nueva? No la habrás contratado tú, hijo mío, ya sabemos de tu afición a las jóvenes doncellas, sobre todo si son hermosas—dijo mirando a su nuera, con una sonrisa malintencionada, mientras su hijo enrojecía a causa de la rabia contenida, no le hacían gracia las palabras de su madre, pero menos aún, que Albertina se hubiese colado en su casa sin pedirle antes permiso, un permiso que él, por supuesto, le hubiese negado con vehemencia.

—La he contratado yo—dijo Margarita, sin levantar la vista de las truchas escabechadas.
—¿Y puede saberse a quién te has encomendado para tomar tal decisión en mi casa?
—Señora, necesito una doncella personal, quizás por aquí no estén al uso, pero me he criado con doncella y no pienso renunciar a ella.
—Por lo menos es guapa…—intervino el patriarca, guiñándole un ojo a su vástago.
—¿Es de confianza?
—Sí señora, eso creo. Pero, sobre todo, intuyo que nos será fiel, porque antes servía a Celia Quirós. La han echado porque han puesto en su lugar a una tal Celeste.
Por un momento todos callaron, pero doña Rebeca rompió el silencio alzando la voz más de lo conveniente:
—¿Cómo te has atrevido a meter en mi casa a alguien que ha servido donde ésa? ¡Dile que se vaya inmediatamente!
—Señora, le repito que es mi doncella personal, si es preciso yo la pagaré, pero la quiero a mi lado. Esa mujer está llena de resentimiento hacia Celia Quirós, y eso me gusta y me conviene.
Ante las palabras de su nuera, doña Rebeca calló, acababa de comprender que la tal Albertina podría ser una valiosa fuente de información.

En cuanto terminaron de cenar, Jaime Solís se levantó de la mesa sin dar explicaciones.
Atravesó la casa hasta llegar a las dependencias del servicio, donde le preguntó a la gobernanta por la nueva criada. Esta, acostumbrada a los devaneos del joven señor con las sirvientas, tan sólo le dijo, con innegable displicencia, que su dormitorio era el tercero de la derecha.
Albertina estaba tumbada en la cama cuando oyó los golpes en la puerta. No tuvo tiempo de dar su consentimiento a quien se hallaba al otro lado, porque Jaime entró sin aguardar respuesta. Como ya le esperaba, la joven se había quitado la blusa y se había soltado el

cabello, que se desparramaba, largo y sedoso, cubriendo los pechos que apenas lograba contener el corpiño.
La actitud de Jaime la pilló desprevenida:
—¿Puede saberse qué demonios haces aquí, mujer? —dijo entre dientes, para evitar que le oyesen. Le hubiese gustado decirle, a voz en grito, que se largase de su casa, porque nunca una criada había desobedecido sus órdenes, menos aún para acatar las de su esposa.
—¿No te alegras de mi presencia? Pensé que te alegrarías, ahora podemos encontrarnos a diario —respondió la joven, un poco contrariada ante la inesperada reacción de él.
—No, no podemos. Si mi esposa llega a enterarse, nuestro plan peligrará, ya no me concederán la nulidad del matrimonio, por adúltero —improvisó Jaime— y nunca podré casarme contigo.
—Tu esposa no se va a enterar, yo soy su doncella, su criada de confianza, sabré siempre dónde está. Así no correremos ningún riesgo.
—No conoces a las criadas de esta casa—dijo él, procurando contener la ira—, les faltará tiempo para irle con el cuento a Margarita.
—Nos andaremos con tiento—dijo ella, arrodillada sobre la cama, mirándolo provocadora mientras se retiraba hacia atrás el cabello, dejando al descubierto la piel nacarada de sus hombros. Él no podía apartar la vista de los pechos que parecían insinuársele, nublando su vista, poseído por un deseo animal e incontrolable.
—Te necesito en casa de los Villanueva, me has fallado.
—Aquí es donde me necesitas—dijo ella, aflojándose el corpiño.
Jaime Solís no pudo aguantar más y se abalanzó sobre ella. Albertina comprendió enseguida, a pesar de su inexperiencia, que el deseo de ese hombre le otorgaba el poder sobre él. Consciente de ello, se dispuso a aguantar con entereza lo que sabía que vendría a continuación. Solís liberó con impaciencia los pechos contenidos dentro de la prenda, que surgieron, firmes y poderosos, en todo su esplendor. Los contempló unos segundos antes de mordisquear, enajenado, los pezones sonrosados de la criada. Sin más consideraciones, se bajó con torpeza los pantalones y la embistió con fuerza, en un acto de autocomplacencia durante el cual la mujer

que yacía bajo su cuerpo no era sino un mero objeto para su uso y disfrute. Albertina corroboró lo que ya pensaba, que el acto era doloroso y en absoluto placentero, pero aguantó inquebrantable hasta que él se contorsionó, sacudido por placenteros espasmos.

Jaime Solís se incorporó, satisfecho. Quizás no fuese tan mala idea tener a Albertina cerca, un juguete del que poder disponer en cualquier momento.

—He de irme, mi esposa me espera—fueron las palabras carentes de tacto que utilizó, con la expresa convicción de hacer daño, era algo que no podía evitar.

—Sí, ve, mejor que no sospeche nada de nosotros. Así, cuando quiera darse cuenta, estaré ocupando su lugar en tu cama.

Jaime sonrió ladino, mientras pensaba que jamás una criada, por muy deseable que fuese, haría tal cosa. Abrió la puerta del pequeño dormitorio de servicio y salió sin despedirse, pensando en lo fácil que era tener a su disposición el bello cuerpo de una muchacha como esa criada, Albertina. Todas eran iguales, fáciles de engatusar. Eran unas pervertidas, vulgares prostitutas que se vendían por una falacia, la de comer algún día en la mesa de los señores, como miembro de la familia de pleno derecho, como esposa del joven heredero de la fortuna. Todas querían lo mismo y pensaban igual, salvo ella, Celeste. Esa chiquilla nunca accedió a sus requerimientos, a ella no pudo deslumbrarla con falsas promesas, y eso la convertía en alguien con principios, lo cual podía resultar terriblemente peligroso.

Cuando Jaime se fue, Albertina se dispuso a dormir. La cama era más pequeña que las de las habitaciones de servicio del palacete de los Villanueva, pero había sido un día intenso en emociones, estaba muy cansada y caería rendida en breve. En ese momento, unos golpes en la puerta la alertaron. Pensó por un momento que quizás fuese Jaime, se había ido sin darle un delicado beso de amor, de esos que los prometidos dan a sus futuras esposas en la frente. Se acercó a la puerta y abrió, para quedarse sin habla al comprobar que en el umbral estaba la gobernanta, quien entró sin pedir permiso, como correspondía a su cargo.

—Mira, muchacha—comenzó la mujer, después de cerrar la puerta— conozco a tu familia de siempre, somos de la misma aldea, y nuestro código de honor nos dice que debemos ayudarnos unos a otros. Por eso estoy aquí, para prevenirte.
—¿Prevenirme? —preguntó, a su vez, la joven.
—No te hagas la tonta, lo he visto todo. Y como conozco al señorito, mi obligación moral es advertirte: don Jaime es aficionado a meterse en la cama de las criadas, las utiliza y después, si te he visto, no me acuerdo.
—Yo…conmigo es distinto, él me quiere de verdad—dijo la joven criada, convencida.
La gobernanta sintió lástima por ella. Si pudiese, encerraría a ese Jaime Solís en una mazmorra y tiraría la llave al mar, para que dejase de hacer daño a jovencitas inocentes. Después, se iría de esa maldita casa, no soportaba a doña Rebeca y el señor…el señor había sido un sátiro perseguidor de doncellas, al igual que ahora lo era su hijo, ella lo sabía de primera mano. Borró estos pensamientos dolorosos de su mente y se centró en ayudar a Albertina, si es que era posible abrirle los ojos:
—Te ha prometido que se casara contigo, ¿verdad?
Albertina asintió, mirándola fijamente, y rebosante de confianza respondió:
—Lo hará.
—Eso mismo—prosiguió la gobernanta— les dice a todas. Salvo a Celeste que, pese a lo joven que es, no se dejó engañar. A ella la tomó por la fuerza.
La joven se sonrojó un poco la recordar los dos únicos encuentros que había tenido con Solís, y se preguntó si eso que hacía con ella no sería, también, forzarla. Determinada a que nada la desviase de sus convicciones, atacó a la mujer, que seguía empeñada en convencerla:
—Lo que le pasa, Salustiana, es que es ya es usted vieja, se da cuenta de que ha dejado pasar la vida aquí encerrada y no soporta la idea de que otra de su clase, una criada como usted, aproveche la oportunidad que se le ofrece.

El ama de llaves la miró, compadeciéndose de ella. Ya había visto esa misma reacción, por lo que sabía que sería inútil disuadirla. Se dispuso a salir del cuarto pero, antes de hacerlo, le dirigió unas palabras:
—Piensa que aún estás a tiempo de enmendar tu error y que, cuando descubras que ese hombre sin escrúpulos te ha dejado preñada y, por si fuera poco, te echa de su casa a patadas, ya no habrá solución. Por favor, te pido que reflexiones, eres muy joven para condenarte así.
Acto seguido, la mujer salió de la habitación ligeramente encorvada, abrumada por el peso de la responsabilidad. Eran ya muchos —demasiados— los años que trabajaba en aquella casa y, en el transcurso de los mismos, lo sucedido con Albertina no era una excepción. La experiencia le dictaba que nada podría hacer al respecto, porque esas jóvenes sirvientas, procedentes de hogares miserables, quedaban deslumbradas por la opulenta vida de los señores, y muchas de ellas estaban dispuestas a vender su alma al diablo —o su cuerpo al señorito, que venía a ser lo mismo— con tal de alcanzar ese mundo de lujo y abundancia que tan lejos les quedaba.
Cuando la gobernanta salió de la habitación, Albertina apenas dedicó unos segundos a sus palabras. Salustiana era un resentida a quien Jaime no le caía en gracia, por lo que nunca creería que el señorito Solís, con ella sí, contraería matrimonio en cuanto la farsa que había firmado con Margarita Durán se deshiciese como un mal sueño al clarear el día.
Sólo dedicó unos minutos a pensar en la posibilidad de quedar encinta, ¿qué pasaría entonces?
Ella misma encontró la respuesta, imaginando a la señora cuando la noticia llegase a ella. Esa mujer no era buena, sólo había que escrutar por un instante sus ojos para comprender que su mirada ladina era la de una persona pérfida, malintencionada, perversa. Comprendió que aquel era un riesgo que no podía correr, y decidió consultar a una comadre, entendida en esquivas artes, pues seguro que tendría para ella algún remedio con el que evitar que un hijo inesperado la desterrase del paraíso al que acababa de llegar y

donde, si sabía ser paciente, el hombre que la amaba acabaría por hacerla su legítima esposa.

Capítulo 35

A Ezequiel comenzaba a cansarle la compañía de Mercedes Ribera. Parte de su cometido era, según le indicó Beltrán, seguirle la corriente a la joven, así que plan que ella proponía, plan que él secundaba. Pero adaptarse al ritmo frenético de la señorita Ribera le exigía un tiempo que no podía dedicar a otras investigaciones, como intentar averiguar el paradero del bebé de Celeste. Sabía que este asunto también era prioritario para su amigo, así que hablaría con él, a ver si, con suerte, el misterioso encargo de apechugar con Mercedes podía concluir de una vez.

Poco a poco, la joven le había dado detalles de su vida, una vida regalada en la que lo único que debía hacer cada mañana, según se levantaba, era preocuparse por estar hermosa, lo cual incluía una larga lista de obligaciones que sobrellevaba de maravilla: elegir traje después de un baño caliente, a la salida del cual, una criada frotaba todo su cuerpo con una esponja de crin para, posteriormente, restregarle abundante crema, una preparación ancestral, elixir de eterna juventud. Su maestra, e instigadora de estas rutinas inalterables, había sido su madrastra, una mujer hermosa empeñada en ganarle tiempo al tiempo.

Aparte de este culto extremo al cuerpo, su día a día se centraba en sus amistades. Si no era ella quien visitaba, recibía en su casa a los numerosos amigos que su bien entrenada sociabilidad le había permitido coleccionar, de entre los cuales siempre había alguien dispuesto a perpetuar la diversión hasta bien entrada la noche. Y así transcurrían las semanas y los meses de esa mujer superficial, caprichosa e inmadura como pocas.

Mercedes Ribera era un joven muy consciente del poder de su imagen, lo cual le otorgaba una seguridad en sí misma que le permitía actuar con una desenvoltura provocadora, con un desparpajo que, en ocasiones, rayaba la vulgaridad. Sentía un impulso constante por satisfacer sus caprichos, y las relaciones con

los hombres sólo eran un capricho más. Para ella, carecían de importancia aspectos como el decoro o la reputación a la hora de conquistar a un hombre guapo del que se hubiese antojado, porque Mercedes no se enamoraba, sólo se antojaba de sus conquistas, como hacía con sus numerosos vestidos que, una vez puestos, desechaba al armario por inservibles. Los hombres eran juguetes rotos en sus manos.

A pesar de vivir en su época, la joven Ribera no se encajonaba dentro de los esquemas sociales, donde la virginidad de una dama era el garante de la honorabilidad familiar, y su comportamiento, el rasero por el que se medían sus cualidades femeninas y un buen pronóstico de sus posibilidades de concertar un matrimonio ventajoso. Mercedes era, en este aspecto, una adelantada a su época, una mujer liberal y desencorsetada, pero no por una cuestión de principios, sino por la necesidad de obedecer, en cada momento, al dictamen de sus deseos.

Y ahora Ezequiel Segura o, mejor dicho, Vicente Molins, había pasado a ser el nuevo juguete de la señorita Ribera. John Beadle, el guapo inglés, estaba demasiado lejos, ya no le servía para divertirse y, por supuesto, no había ninguna ausencia que guardar. Vicente Molins era un hombre muy atractivo, millonario y, además, lo tenía muy cerca.

Tan cerca que una tarde, sentados los dos en un banco del parque del Muelle, mientras llegaban a ellos las notas que el aire arrastraba desde el quiosco de música, Mercedes le propuso a Ezequiel lo que ninguna joven decente se atrevería a proponerle a un hombre.

De inmediato, al detective le saltaron las alarmas. Debió haberle preguntado a su amigo si era necesario aceptar las propuestas de Mercedes hasta sus últimas consecuencias, porque lo cierto era que esa mujer, pese a su indudable atractivo, pese a su sensualidad, pese a ese deseo que palpitaba en ella, capaz de encender a cualquier hombre, a Ezequiel Segura le era indiferente.

—Mercedes, creo que te estás precipitando un poco —respondió Ezequiel con cautela extrema—. ¿Qué pasa con ese inglés, John Beadle, de que me has hablado? ¿Acaso no le debes guardar la ausencia?

Ella rio con sinceridad, francamente divertida ante el comentario de Ezequiel —alias Vicente Molins—, un hombre tan guapo que, sin duda, era el candidato perfecto para desterrar la soltería. Su belleza era un delicioso reclamo pero, además, tenía una fortuna ingente a la que le gustaba honrar como debe hacerse: disfrutando hasta caer rendido. Se casaría con él porque, aparte de tener el físico imponente de un adonis, la vida a su lado sería un regalo de esparcimiento, viajes, fiestas y diversión, sin necesidad de aguantar las incansables peroratas de su padre, harto de que las aventuras de su hija fuesen de boca en boca.

—John Beadle está ahora muy lejos, querido.

—Entonces, él y tú, ¿no estáis comprometidos?

—No, de momento, no. Nos divertimos mucho mientras él estuvo aquí, pero si ha malinterpretado lo nuestro, no es mi problema. En cambio, tú, Vicente…Lo que acabo de proponerte, lo que estoy dispuesta a entregarte, es la medida de mi amor por ti, algo que no entregaría a cualquier hombre.

«Sólo a los elegidos», pensó Ezequiel, con sorna.

—Mercedes, acabamos de conocernos, no sabemos aún si somos el uno para el otro, yo…

Ella le cortó:

—¡Me decepcionas, Vicente! Pensé que éramos almas gemelas, dispuestos a dejarnos llevar por todo lo bueno que nos ofrece la vida. Y esto—dijo pasándose, provocativa, las manos por el cuerpo—es buenísimo.

—Mercedes—dijo él, conciliador—, no me gustaría que te llevases a engaño, no sé si estoy dispuesto a dar ese gran paso contigo, el cual implicaría, desde luego, un compromiso para el que no me siento preparado, soy aún joven y necesito divertirme sin el impedimento de las responsabilidades del matrimonio—dijo Ezequiel, fiel a la imagen que, por indicación de Beltrán, debía representar.

—¿Y quién habla de matrimonio? ¡Divirtámonos, entonces! —dijo ella, acercándose tanto a él que podía sentir el olor fresco de su piel y entrever, a través del excesivo escote, mucho más de lo que una mujer decente debería enseñar.

A pesar de llevar a sus espaldas muchas investigaciones, en las que había colaborado para detener a peligrosos asesinos, en las que había desenmascarado a mujeres y hombres infieles para agravio —o alivio— de sus respectivos cónyuges, de haberse infiltrado en una banda de traficantes de armas, o de haber suplantado la personalidad de un millonario alemán para desbaratar las argucias de un timador de casino, a pesar de todo ello, estaba desconcertado. No podía seguir adelante sin antes preguntarle a Beltrán, ¿debía satisfacer la pasión de Mercedes Ribera? ¿Qué desastrosas consecuencias podría acarrear rendirse a sus encantos?
Ezequiel pensó, a toda velocidad, porque quizás su negativa estuviese poniendo en peligro la misión que su amigo le había encomendado, tan importante, le dijo, que de ella dependía el futuro de su matrimonio. Improvisó con lo primero que se le ocurrió, en su afán por ganar tiempo:
—Mercedes, eres una mujer capaz de volver loco a cualquier hombre. Pero, a pesar de mi carácter desenfadado, llevar el apellido Molins me condiciona en ciertos aspectos, porque no puedo arriesgarme a que el nombre de la empresa, la que me proporciona esta vida desenfadada y alegre, quede en entredicho.
—No te comprendo—dijo ella—, ¿qué tiene que ver nuestra relación con la empresa de tu padre?
—Imagina que ese inglés regresa. Tú misma has dicho que habéis entablado una relación, imagino que habrá testigos de la misma. ¿Y si él vuelve para pedir tu mano? Podría retarme a duelo por haber intimado contigo.
—Querido Vicente, retarse a duelo está penado.
—También lo está el asesinato y hay quien sigue matando.
—Se me ocurre algo, para que te quedes tranquilo —dijo Mercedes, de pronto—: escribiré a John, y te enseñaré la carta que le enviaré. Quizás sólo así te convenzas de que soy una mujer libre de amar a quien quiera.
—No es necesario, Mercedes.
—Insisto, quiero hacerlo, Vicente, eres el hombre de mi vida y nada deseo tanto como sellar este amor, entregándome a ti.

—Entonces sí, quizás sea buena idea lo de la carta, no quiero problemas —dijo él, con la intención de ganar tiempo.

En ese momento, Ezequiel comprendió que, por primera vez, se había visto inmerso en una situación de la que no sabía cómo salir airoso. Pero desconocía que esa improvisación suya había sido providencial para que Beltrán pudiese zanjar un asunto complicado.

Esa misma noche, Mercedes Ribera, cuya desazón al pensar en el bellísimo Vicente Molins le impedía conciliar el sueño, se levantó a redactar la carta, dirigida a John. Tuvo que pensar mucho las palabras, para no desvelarle a Vicente el turbio asunto que había urdido para asegurarse el matrimonio con el joven inglés, el mejor candidato antes de la milagrosa aparición del joven catalán.

Estimado amigo John:

Hemos pasado unos días inolvidables en las bellas tierras asturianas, un verano que quedará, para siempre, entre mis mejores recuerdos.

Esta carta no tiene otra intención que saludarte, con mi más ferviente deseo de que, cuando la recibas, te encuentres en perfecto estado de salud.

Yo estoy de maravilla, y me interesa que sepas que aquel asunto, que tanto nos preocupaba hasta hace unos días, ha quedado en nada, en un susto sin importancia, la naturaleza de las mujeres es así de sorpresiva.

Acabo de conocer a un caballero con el que he iniciado una prometedora relación, muy seria, ya va siendo hora de que siente la cabeza, la edad así lo aconseja.

En recuerdo de la amistad que nos ha unido, siempre serás bienvenido a esta tierra, a este país.

Saluda a tu primo, Matthew, de mi parte.

Sin otro particular, tu amiga,

Mercedes Ribera.

Mercedes metió la carta en un sobre sin cerrar, pues antes de enviarla, Vicente Molins —Ezequiel Segura para sus amigos— tenía que leerla de cabo a rabo.

Al día siguiente, Ezequiel acudió a casa de Beltrán, para que éste le aconsejase sobre cómo salir airoso de una situación que se le iba de las manos. Beltrán le recibió en su despacho, donde podían hablar en privado de un asunto que el abogado Villanueva quería mantener al margen de Celia, de su hermana Silvia e incluso de Rosita.
—¿Tienes algo importante? —Fue lo primero que le preguntó Beltrán, en cuanto se acomodaron.
Ezequiel elevó los ojos al cielo:
—Con este asunto has contraído una deuda permanente conmigo, querido amigo—comenzó, en plan desenfadado, Ezequiel—. No sé qué será para ti algo importante, en un asunto en el que voy a ciegas, pues desconozco el motivo de esta investigación. He venido a verte porque estoy metido en un buen lío.
—Es que Mercedes Ribera es una lianta. Pero, ¿no te habrás liado en exceso? —inquirió Beltrán, bromeando —tú ya me entiendes…
—No, hombre, ya me conoces. No, esa mujer no me interesa lo más mínimo, no estoy tan desesperado. Además, cuando un asunto, por muy placentero que sea, lleva la etiqueta *trabajo*, yo sé que no debo traspasar ciertos límites.
—Entonces, ¿cuál es el problema?
—Precisamente eso: la joven dama está empeñada en entregarme su virtud. Más que interesada, loca de pasión, diría yo.
—No me extraña, amigo, eres un auténtico figurín—bromeó Beltrán, aunque Ezequiel no se reía.
—Tus indicaciones respecto a ella han sido tan parcas, que me veo atado de pies y manos, no sé cómo salir de esta. Sea como sea, la cosa se ha complicado, no puedo aceptar esa proposición, la joven no me interesa. En estas circunstancias, si siguiese adelante con el juego, me sentiría como un canalla, no deseo que sufra, aunque ella misma sea insufrible.
—En ese aspecto puedes estar tranquilo, Ezequiel: Mercedes Ribera no sufre, por nada ni por nadie. Bueno, y tú, ¿qué le has dicho? ¿Cómo has reaccionado ante su proposición?
—La he dado largas con el asunto de un inglés que, al parecer, ha estado con ella este verano. Le he puesto a él de excusa, con el cuento de que si se enterara de lo nuestro…

En este punto, la conversación captaba todo el interés de Beltrán.
—Y ella, ¿qué te ha dicho del inglés?
—Que no tiene ningún compromiso serio con él. Y para demostrármelo, va a escribirle una carta, en la que me va a quedar muy claro que el inglés y ella sólo son amigos.
De pronto, Beltrán sonrió como hacía días que no lo hacía.
—Ezequiel amigo, ¡eres el mejor! Tienes que traerme esa carta, como sea. Tú sabrás cómo te las ingenias, pero quiero esa carta aquí.
— Bueno, situaciones más complicadas he logrado solventar, creo que no habrá problema para conseguirla.
—Hazlo, por favor, es muy importante. Sin saberlo, sin ni siquiera yo imaginarlo, de pronto voy a tener la prueba irrefutable que necesitaba, y aquí terminará tu trabajo.
—No sé, Beltrán, estoy un poco preocupado, no me gustaría romperle el corazón.
—¡Uy! —rio Beltrán— Por eso no sufras, te repito que ella es incapaz de enamorarse. En menos que canta un gallo, Mercedes Ribera habrá encontrado quien te sustituya, porque tiene una desmedida afición a los hombres guapos, que colecciona como otros coleccionan relojes o monedas, e intenta sacarles el máximo provecho. Además, ese es tu trabajo, hacerte pasar, en ocasiones, por quien no eres, ¿me equivoco?
—A propósito de lo que acabas de decir, me gustaría hacerte una pregunta, que puedes responderme o no, para eso somos amigos y tenemos confianza.
—Pregunta, Ezequiel, ¡cómo voy a negarte una respuesta, cuando te he metido en este lío!
—Tú estuviste con Mercedes, ¿verdad? Quiero decir, eres un hombre íntegro, de principios. ¿tuviste relaciones íntimas con ella?
Beltrán, pensativo, buscó las palabras que debían salir de su boca, no con el afán de camuflar la verdad entre ambigüedades, sino con la intención de ser lo más certero posible a la hora de darle una respuesta:
—Sucedió en Madrid, donde ella vivía, donde yo pasaba la mayor parte del año, salvo un mes o dos en los que venía aquí, eso ya lo

sabes. Me la presentaron y, en un principio, me sedujo su seguridad, su desparpajo, tan diferentes de mi seriedad habitual. Y un día se dieron las circunstancias, y ella me alentó, sin prometerme nada, tan sólo con la intención de que pasásemos un buen rato juntos. Y me dejé llevar, eso es todo. Luego me arrepentí, no te lo niego, me sentía mal, fatal, atormentado por la culpa, al creer que me había aprovechado de ella. Y para rematar mi calvario, para terminar de convencerme de que había sido un aprovechado y ella una pobre víctima de mi depravación, me acosó durante días con la triquiñuela de que, en ese único encuentro, ella había quedado encinta.

—Tuviste que pasarlo mal de verdad, amigo— apuntó Ezequiel, a quien el relato de Beltrán le daba una idea aproximada de las intenciones de Mercedes respecto a él.

—Ya estaba preparado para presentarme ante sus padres y oficializar nuestro compromiso, porque si ella estaba esperando un hijo, mi deber, aunque no la amase, era casarme y darle a esa criatura mi apellido. Yo ya tenía planeado venir a pasar una larga temporada aquí, a Asturias, y así se lo hice saber. Me vine con la condición de que me mantuviese informado para que, si se confirmaba su embarazo, lo resolviésemos todo de acuerdo a lo correcto. Pero de pronto, ella comenzó a aflojar la cuerda con la que pretendía asfixiarme. Más tarde pude enterarme de que pronto le surgió un "asunto" que le interesaba más que yo, así que se deshizo de mí diciéndome que todo había quedado en un susto.

—¡Pues sí que es de cuidado Merceditas! Pero dime, si logro hacerme con la carta, ¿mi misión habrá concluido?

—Si en esa carta queda reflejado lo que creo, sí, Ezequiel, zanjaremos el asunto.

—Procuraré traerte la carta. Pero sabes que no me gusta dejar cabos sueltos, y no sé cómo desaparecer, de la noche a la mañana, de la vida de esa mujer.

—Ezequiel, no te tortures, de verdad: Mercedes Ribera es caprichosa, juega con los hombres, los exprime para satisfacer sus necesidades, los chantajea, es una aprovechada. Y las malas personas como ella carecen de sentimientos, no pienses, ni por un momento, que llorará por ti, quizás lo único que la agravie es no

haber podido satisfacerse contigo, sólo eso. Regresará a Madrid en poco tiempo y allí seguirá con su vida de fiestas y diversión, donde encontrará a algún otro ingenuo —eso sí, guapo y con dinero en abundancia— al que echar el lazo.
—Vale, vale —dijo Ezequiel, impresionado— veo que la muchacha te ha dejado huella.
Ambos rieron, y Beltrán añadió:
—Por desgracia, sí, me dejó marcado, pasé unos días terribles, arrepintiéndome de mi debilidad, sintiéndome como un miserable. Pero por fortuna, ahora tengo a mi lado a una mujer de verdad, íntegra, inteligente, entregada —el joven marqués hizo una mueca que transfiguró su rostro— si es que logro recuperarla, porque todo parece estar en mi contra. ¿Sabes que, de momento, no voy a ser padre?
—Cuánto lo siento, Beltrán. Pero esas cosas pasan, sois jóvenes y tendréis descendencia, ya lo verás.
—Si es que logro convencerla de que, sin ella, no soy nada —matizó el abogado, con tanto pesar, que su amigo se compadeció de él.

Capítulo 36

Albertina ya estaba integrada en el servicio de los Solís y, salvo la gobernanta, de momento nadie más se había percatado de sus frecuentes encuentros con el señorito Jaime. Convencida de que él la amaba hasta el punto de repudiar a su esposa para casarse con ella, las palabras de Salustiana no la habían afectado. Sólo una parte del discurso de la mujer le había hecho reflexionar, lo referente a la posibilidad de quedar encinta. Y aunque Albertina era joven y crédula, los tristes finales de algunas criadas, relatados en dramáticas historias contadas al amor de la lumbre, permanecían en su inconsciente, activando la alarma. Cada vez más preocupada, fue a visitar a una comadre que entendía de ungüentos, bebedizos y demás artes ocultas —más que por su esoterismo, por el hecho de que estaban tan mal vistas que debían llevarse en secreto—. Y a pesar de que la consulta significaba ponerse en evidencia delante de la mujer, le pagó a gusto por un remedio eficaz para evitar el embarazo, sin sospechar que el bebedizo era tan sólo una mezcla de plantas, sin resultado real sobre efecto pretendido.

La criada estaba convencida de que, gracias al brebaje, sus amoríos secretos carecerían de la tan temida consecuencia, la cual no se hubiese hecho esperar si no llega a ser por un suceso imprevisto que cambió, de repente, el rumbo de los acontecimientos.

Todo sucedió una mañana, en la que las criadas vieron a Margarita Durán rebuscar, inquieta, en todos los cajones de su dormitorio. Al cabo de un rato, bajó a la sala donde se encontraba doña Rebeca y, mientras Albertina pasaba el plumero por encima de los muebles, inició una conversación, ciertamente crispada, con la dama:

—Doña Rebeca, me ha sucedido algo: ha desaparecido una de mis joyas.

La suegra la miró con su insistencia habitual, y enseguida encontró las palabras adecuadas para iniciar una de esas batallas dialécticas, que tanto la satisfacían cuando lograba herirla en su amor propio:

—¿Una de tus joyas, dices? ¿O quizás has querido decir una de las joyas que mi hijo te ha regalado?
En esta ocasión, Margarita no se dejó apabullar, la pulsera desaparecida tenía demasiado valor para perder el tiempo con tonterías, así que contestó de inmediato:
—Señora, esa joya es de mi propiedad, porque antes de casarme con Jaime, ya lucía en mi muñeca.
Doña Rebeca obvió la circunstancia de haber sido desacreditada por la esposa de su hijo al recordar que, a ella también, le había desaparecido una joya, una medalla que solía ponerse y que, desde hacía un tiempo, no veía.
—Pues ahora que lo dices, yo también he echado en falta una medalla —Margarita sonrió, sólo por dentro, pues conocía el paradero de la misma—. Y cuando esto sucede, ya sabemos a qué es debido, sin ninguna duda: alguna de las criadas tiene la mano demasiado larga.
—Y muy buen ojo, señora, porque le puedo asegurar que la pieza que he echado en falta vale un potosí.
—Bueno, bueno, ya será menos—comentó doña, Rebeca en un intento por menospreciarla, mientras se frotaba las manos al pensar que esa mañana, tan aburrida como el resto de mañanas, acababa de dar un interesante giro—. Reuniremos al servicio en el salón, a ver qué tienen que contarnos ese hatajo de ladronzuelas.
Al cabo de un rato la gobernanta, con la espalda bien recta y la cabeza alta, entró seguida por Felipa, Amanda y Albertina. Todas ellas se dispusieron en formación para que doña Rebeca pasase revista. La dama se levantó del sillón, se acercó y, delante de las sirvientas, con las manos cruzadas sobre el regazo, comenzó a hablar:
—Si están ustedes aquí, y no frotando los suelos, como deberían, es porque ha acontecido un hecho de la máxima gravedad —la mujer hizo una pausa de efecto, que aprovechó para escrutar con detalle los rostros de sus trabajadoras—. Lo sucedido, les repito, es muy grave: a la señora Margarita le ha desaparecido una joya de mucho valor, un regalo de mi hijo al que ella tiene un especial cariño por razones obvias—su nuera la miró sorprendida y algo indignada, pero

calló—. Y yo misma he sido objeto de otro hurto, una medalla de oro.
Las criadas comenzaron a removerse inquietas, pues esas desapariciones, que bien podrían ser pérdidas negligentes, pronto serían tratadas por doña Rebeca como robos perpetrados por alguna de ellas. Y el azar determinaría quien era la desafortunada elegida para cargar con la culpa. Sin embargo, Albertina era la única que estaba tranquila, sintiéndose impune por la cuestionable circunstancia de ser la amante de Jaime Solís. Estaba segura de que, en el caso de ser ella la acusada, su hombre se las apañaría para resolverlo.
—Bien, ¿alguna de ustedes sabe de lo que estoy hablando?
Como representante de todas ellas, fue la gobernanta quien respondió:
—Doña Rebeca, daré orden inmediatamente de que deshagan las camas, por si se diese la circunstancia de que hubiesen perdido las joyas mientras dormían.
—¡No seas ingenua, Salustiana! — dijo la mujer, con innegable desprecio—¡Esas joyas las tiene alguien del servicio, y voy a averiguar quién!
Margarita Durán, que hasta el momento había permanecido en segundo plano, dio un paso al frente:
—La joya desaparecida es una pulsera de oro y piedras preciosas, esmeraldas y rubíes. Ninguna de ustedes podría lucirla sin llamar la atención, lo cual las pondría de inmediato en un compromiso importante.
Al oír la descripción de la joya, Albertina se inquietó un poco, pero enseguida se tranquilizó, porque en esa casa habría más de una pulsera que se ajustase a esas características. Además, la suya, la que guardaba con tanto celo, era un regalo de Jaime, y se avergonzó por haber pensado, siquiera por un segundo, que él… Sonrió para sus adentros, Jaime la amaba.
Margarita Durán, molesta ante el silencio de las criadas, continuó con sus explicaciones:
—Mi querida suegra se ha equivocado al decirles que la pulsera es un regalo de mi esposo, pues en este caso, es una joya heredada

por mí. Si la han sustraído con la intención de venderla, lo tendrían difícil para que se la comprasen, pues la joya desaparecida lleva unas iniciales grabadas, J. M, correspondientes a Jacinta Muñiz, la antepasada de mi familia a quien perteneció.
Albertina palideció. Inquieta, intentó recordar si su joya estaba grabada, creía que sí. La miraba muchas veces pues, en la tranquilidad de su cuartito de criada, solía sacarla del pañuelo en el que la envolvía, para frotar, una por una, las piedras que la adornaban, embelesaba ante la belleza de los reflejos que la luz les arrancaba, mientras soñaba con el día en que pudiera lucirla del brazo de su legítimo esposo.
—Bueno, quiero que Salustiana encabece un registro de las habitaciones de servicio, las joyas tienen que aparecer.
—Perdone, señora—se atrevió a interrumpir Amanda— pero no sólo somos nosotras las sospechosas del hurto, recuerde que, hasta hace bien poco, ha habido una persona más en el servicio, la nodriza.
Doña Rebeca la miró, disgustada por la insolencia de la joven:
—De momento, es muy probable que las joyas aún estén en la casa, en el cajón de alguna de ustedes. Si estoy equivocada y no aparecen, ya veremos. Y ahora, a trabajar, no les pago para estar de cháchara.
La gobernanta salió tan tiesa como había entrado, sin alterar ni un poco la indolencia de su gesto, mientras las demás la seguían en silencio, con la desesperanza de reos caminado hacia el patíbulo. En cuanto llegaron a la zona de servicio, Salustiana se dirigió al resto:
—Antes de humillarnos rebuscando las unas entre las pertenencias de las otras, vamos a desarmar a fondo las camas de las señoras, no es la primera vez, ni será la última, que una joya acaba a los pies de la misma, enredada entre el colchón y la sábana.
Todas se dirigieron, como un manso rebaño, a cumplir las órdenes de la gobernanta, todas menos Albertina quien, en un momento, se había despistado de las demás para encerrarse en su cuarto. Temblando, sacó de debajo de su colchón el pañuelo atado. Estaba nerviosa, y los dedos apenas eran capaces de atinar con el nudo que protegía su tesoro. Por fin, pudo desenvolver la pulsera. Se demoró

unos instantes antes de comenzar la inspección, pero consciente de que enseguida la echarían de menos, se armó de valor.
Al principio no lo vio, y ya estaba a punto de soltar, aliviada, el aire que sin darse cuenta retenía en sus pulmones, cuando algo le llamó la atención. En efecto, en una de las coronas de oro que sujetaban una de las esmeraldas, podían verse con endiablada nitidez las iniciales, J.M, Jacinta Muñiz.
La lágrimas distorsionaron entonces la visión de las letras grabadas sobre el oro y, como si de una revelación se tratase, Albertina despertó a la realidad del abuso de Jaime sobre su cuerpo joven e inexperto, a la ausencia de cualquier gesto de amor, a la circunstancia trágica de que ese mismo hombre había dejado encinta a una criada, una niña casi. Imaginó al que ella creía un hombre amante y entregado robándole la joya a su esposa para entregársela como pago por sus favores, una carísima engañifa de piedras preciosas que, sin duda, hubiese vuelto a su legítima propietaria, entregada por él mismo cuando se hubiese cansado de la criada ingenua, cuando la hubiese exprimido como a una naranja hasta sacarle la vida, cuando la hubiese dejado encinta.
Con la pulsera en la mano, lloró sobre la colcha desgastada de ese camastro en la que él la tomaba cuando le apetecía, para después dejarla sola, con ganas de un gesto de ternura y una palabra amable, para acudir presuroso a la cama que compartía con su esposa. ¡Pero qué tonta había sido!
De pronto se dio cuenta de que su ausencia la ponía en evidencia. Si la gobernanta entraba en ese momento, no tendría excusa. La venda que la cegaba acababa de caer, y estaba resuelta a salir airosa de tan comprometida situación. Así que envolvió la pulsera en el pañuelo, la metió de nuevo bajo el colchón y se fue, sin perder un minuto, en busca de Salustiana.
Las criadas ya estaban registrando, palmo a palmo, la habitación de doña Rebeca, pues el ama de llaves estaba segura de que la medalla reclamada aparecería allí, caída en cualquier rincón. Después harían lo mismo con la habitación del matrimonio.
—¿Dónde estabas, Albertina? —preguntó, severa, la gobernanta.

—Señora, me gustaría hablar un momento con usted, si es tan amable.
Salustiana notó algo diferente en la chica, quizás fuese su mirada, en la que creyó ver una determinación nueva. También se percató que había estado llorando, así que con un gesto sobrio de la cabeza asintió, saliendo del cuarto seguida por la joven.
—Señora, por favor, vayamos a mi cuarto, ha de ver algo.
En cuanto entraron en la pequeña habitación, de la sobriedad y el tamaño de una celda monacal, Albertina se sentó en la cama, sin importarle que la gobernanta permaneciese en pie delante de ella, estaba tan desolada, que detalles como ese carecían de importancia.
—Habla, muchacha, aunque ya imagino lo que quieres enseñarme…
—Se equivoca usted—dijo con inesperada rotundidad la criada—. Antes de nada, quiero que me escuche. Usted tuvo para mí unas sabias palabras hace muy poco, que yo no quise escuchar. Ahora he de agradecérselas, y decirle que tiene usted razón.
La gobernanta, al igual que sucediera aquel día en que vio al señorito Jaime saliendo de la habitación de Albertina, se apiadó de ella. Se sentó a su lado, en la cama, y le tomó una mano:
—Dime, muchacha, si está en mi mano, procuraré ayudarte.
Las lágrimas rodaban silenciosas por el armonioso rostro de la criada. En cuanto sus manos dejaron de temblar, se recompuso y habló:
—Yo tengo la pulsera, Salustiana, pero por favor, créame, no la he robado. ¡Ojalá lo hubiera hecho! —de nuevo corrieron las lágrimas mientras miraba a la gobernanta con tanta desesperación como cabe en una mirada—. Créame, yo no la he robado, él me la regaló…— ahora Albertina hizo una pausa, sin fuerzas para decir lo que venía a continuación— para tenerme distraída, para poder hacer conmigo lo que usted sabe.
Salustiana elevó los ojos al cielo, la creía. Y lo hizo porque conocía, desde hacía más años de los que quisiera, a esa saga de degenerados, los Solís. Así se lo hizo saber a Albertina:
—Dudaría antes de la palabra de cualquiera de los de ahí arriba— dijo, señalando con un gesto de la cabeza al piso superior, donde

habitaban los señores— que de la tuya. Ahora, tenemos que solucionar esto, de lo contrario, él se saldría con la suya.
—¿Qué puedo hacer, Salustiana? Estoy muy avergonzada, pero tengo miedo, ¡podría ir a la cárcel!
—Lo importante es que hayas despertado a la realidad, que te hayas dado cuenta de que ese abusador te estaba utilizando. No te preocupes, esto lo vamos a solucionar de inmediato. Dame la pulsera.
Sin cuestionárselo, Albertina levantó el colchón y le tendió a Salustiana el pañuelo donde envolvía la joya.
—¿Estas segura de que ésta es la pulsera que reclama la señora? —preguntó, precavida, la gobernanta.
—Mírela usted: es tal y como dijo doña Margarita. Y además, están las iniciales que ella mencionó.
La gobernanta abrió a toda prisa el pañuelo y, al mirar detenidamente, no le cupo duda.
—Toma, no lo necesitamos —dijo tendiéndole a la criada la envoltura —Y ahora, vamos antes de que a doña Rebeca le dé por organizar la búsqueda.
Albertina siguió a Salustiana hasta la habitación del matrimonio Solís, pero antes pasaron por el cuarto de doña Rebeca, donde el resto de criadas aún se afanaban en encontrar la medalla desaparecida.
—Continuad con esto, Albertina y yo comenzaremos por el dormitorio de la señora Margarita. Venid en cuanto acabéis aquí.
Entraron en la habitación y Salustiana cerró la puerta.
—¡Deprisa, tenemos que desarmar la ropa de cama desde los pies! Dejaremos en ella la pulsera.
Ambas levantaron el colchón y, a toda prisa, sacaron la sábana, enredando entre esta y la bajera la pequeña pulsera, que apenas era visible entre los ropajes de cama. Volvieron a remeter la manta y, por fin, colocaron la colcha, estirándola con mimo, para que no se notase la manipulación.
—Ahora vamos a hacer que rebuscamos, comenzando por retirar las alfombras por completo. Dejemos que sean las otras quienes encuentren la pulsera.

Enseguida, el resto de criadas entraron en la habitación.
—Veo que no ha aparecido la medalla de doña Rebeca— afirmó Salustiana, y las recién llegadas negaron al unísono con un gesto de la cabeza—. Por favor, vayan retirando la ropa de cama con mucho cuidado y, por el bien de todas, recemos para que haya más suerte con la pulsera.
Al cabo de un par de minutos, fue Amanda quien, sonriente, sujetaba entre los dedos la valiosa joya.
—¡Aquí estaba! —dijo, triunfal—¡Y la señora llamándonos ladronas!
—¡Silencio, Amanda! ¡Oír, ver, y hacer, pero calladita! —le recriminó la gobernanta con su característica seriedad—. Voy a comunicárselo a doña Rebeca.
Pero no hizo falta, pues en ese momento, Margarita Durán y su suegra se aproximaban por el pasillo.
—¿No están rebuscando en las habitaciones de servicio, tal y como ordené? —preguntó, malhumorada, la dueña de la casa.
—Disculpe, señora —se adelantó la gobernanta—se ve que no la comprendí.
—¡Vayan inmediatamente a hacerlo! —vociferó la mujer—Y no dejen ni un milímetro sin revisar.
—Disculpe la señora, pero creo que no va a ser necesario—intervino de nuevo Salustiana, y antes de que doña Rebeca comenzase de nuevo con sus órdenes a viva voz, sacó la pulsera de su bolsillo.
—¿Es esta la joya desaparecida, señora? —dijo mientras se la tendía a Margarita Durán— Faustina y Amanda acaban de encontrarla enredada entre su ropa de cama.
Los ojillos malévolos de la señora de la casa brillaron, insatisfechos, pues no era ese el final deseado por ella. Antes de que pudiese intervenir, la gobernanta pareció leerle el pensamiento
—No la tenía nadie, todas somos testigos de que ha aparecido ahí.
Margarita Durán se apresuró a coger la pulsera. La miró, innecesariamente, durante unos segundos, al cabo de los cuales concluyó lo que era obvio:
—Es mi pulsera, sin duda, me la regalaron mis padres el día en que me presentaron en sociedad. ¿Lo ven? Las iniciales de mi tía abuela, Jacinta Muñiz.

Nadie se fijó en la cara de Albertina, y fue mejor así.
—¿Y la medalla? —inquirió doña Rebeca, insistente—¿No ha aparecido?
—Seguiremos buscando, señora.
—¡Quiero que registren las habitaciones de servicio! Y es una orden, Salustiana.
—Como quiera la señora—contestó la gobernanta con indiferencia. Había logrado engañarlas a ambas, a la suegra y a la nuera, y eso había sido suficiente para aplacar, al menos de momento, el deseo de replicar a la señora con la mayor sarta de disparates que se le vinieran a la cabeza.
Aquella misma noche, Albertina encontró un momento para hablar con Salustiana en privado:
—Salustiana, había pensado marcharme, pero, de momento, no lo haré.
La gobernanta la miró con los ojos muy abiertos, y la joven se explicó:
—He sido una mala persona y quiero enmendarlo, por mucho que desee salir corriendo de esta casa.
—Veo que has aprendido la lección, y me alegro de que hayas descubierto a tiempo la verdadera cara del señorito Jaime. Pero, entonces, ¿qué pretendes?
Albertina respondió:
—He sido una ingenua, Salustiana, y he pecado de soberbia, debí haberla escuchado cuando me advirtió. Eso ya no importa. Pero verá, me porté mal con la señora Celia y con su esposo que, ellos sí, son buenas personas. Yo espiaba para ellos, y le iba con el cuento a don Jaime— Salustiana la miró sin dar crédito—. Ahora debo hacer lo contrario, para compensar, así que permaneceré en la casa y, si me entero de algo que pueda ayudar a la señora Celia, no dudaré en decírselo.
—Mira, niña —comenzó el ama de llaves— llevo sirviendo desde que cumplí los doce años, no he hecho otra cosa en toda mi vida. Me han enseñado a ser fiel a los señores, los amos, como un perro agradecido, y eso no puedo cambiarlo. Sin embargo, comparto tu afán de justicia, y te diré que, si quieres hacer una buena acción,

inténtalo con Celeste, don Jaime se ha deshecho de su hijo, abandonándolo en manos de quien sabe qué desalmados. Ten los oídos y los ojos bien abiertos, quizás puedas ayudar.
—En el niño de Celeste había pensado, porque doña Celia y su cuñada están muy preocupadas por la suerte del pequeño. ¿Usted no sabe nada de eso, Salustiana?
—Acabo de decirte que soy un perrillo enseñado a obedecer la voz de su amo, temerosa de morder la mano de quien me da de comer. Y aunque no fuese así, se ha llevado tan en secreto que nadie sabemos a dónde ha podido ir a parar la criatura. Sólo esa bruja de Felipa sabe toda la verdad.
—Salustiana — dudó Albertina unos segundos, antes de lanzar la pregunta al aire— ¿Es cierto eso de que el hijo de Celeste es de don Jaime?
El ama de llaves la miró con fijeza:
—Una ha visto ya mucho, chiquilla. Y lo de Celeste, esa pobre niña, clama al cielo. Sí, Albertina, no lo dudes, lo he vivido todo y puedo asegúrate que ella no se comportó como las demás, como tú lo has hecho —la joven bajó la cabeza, avergonzada—. Ese desgraciado tuvo que tomarla por la fuerza, porque ella le rehuía como huiría del mismísimo satanás. Pero al final, ya ves. Y tuvieron la desvergüenza de echarla de la casa, con su barriguita de preñada salió de aquí, entre chanzas y amenazas.
Albertina permaneció en silencio, sopesando. La distancia otorga una visión más completa, por eso, estar lejos de los Villanueva le permitía comprender lo injusta que había sido con ellos, tan buenas personas, tan amables y considerados, incluso con el servicio. En contraste estaban los Solís, donde ni uno sólo de ellos demostraba nunca una pizca de humanidad. Se lamentó por haber estado tan ciega, por haberse comportado como una de esas rameras que vendían su cuerpo en el club de opio, aguantando, a buen seguro, las mismas humillaciones y el mismo dolor que le proporcionaron a ella los encuentros con Jaime Solís. Lloró una vez más, arrepentida primero, furibunda después. ¿Cómo podía haber sido tan necia?
Salustiana le tendió su pañuelo, sabiendo que esas lágrimas que Albertina depositaba en él eran como el agua de un torrente que, a

la vez que todo lo arrasa, todo lo limpia. Cuando la joven criada se fue, la gobernanta esbozó una sonrisa apenas perceptible. No iba a ser ella quien le impidiera a Albertina hacer justicia, desde luego que no.

Capítulo 37

Albertina obedeció de inmediato a la llamada de Margarita Durán, deseosa de que la señora tuviese ganas de cháchara y, de ese modo, sonsacarle cuanto pudiese antes de largarse de allí, pues estaba segura de que no podría aguantar mucho más en la casa, la situación ya era insostenible. Desde que descubrió su traición, los encuentros con Jaime, si bien nunca había sido agradables, ahora se le hacían insoportables, y los evitaba dándole largas e improvisando excusas que ya no sabía de dónde sacar, mientras el joven Solís, poco acostumbrado a que una criada le torease, comenzaba a sospechar que algo pasaba. Por eso, debía darse prisa y recabar toda la información posible, el tiempo se acababa y el día menos pensado tendría que salir huyendo de la furia del que fuera su amante, un hombre perverso y caprichoso que, estaba segura de ello, castigaría sus negativas con golpes, humillaciones y quién sabe qué otras crueldades.

Aquella tarde, la esposa de Jaime se mostraba melancólica, algo que sucedía con frecuencia desde que se llevaron al bebé. Albertina había observado que, cuando esto sucedía, la mujer era proclive a desatar su lengua, sin filtro ni consideraciones hacia nada ni nadie. Por eso, la sirvienta acudió a su llamada, decidida a aprovechar la ocasión.

— ¿Qué desea la señora?

Margarita Durán estaba tumbada sobre el lecho matrimonial, con una gasa húmeda sobre la frente.

—Moja la gasa, anda, que se refresque un poco y me la vuelves a poner.

— ¿Tiene fiebre, doña Margarita? —preguntó Albertina, mientras retiraba la tela.

—He dormido fatal, y comienza a dolerme la cabeza. ¡Date prisa!

Albertina se retiró y volvió al poco tiempo con una palangana llena de agua, de la del pozo, capaz de espabilar a un moribundo con esa

frescura tan natural. Mientras acudía a por el agua, su mente había estado trabajando a toda velocidad, elaborando un plan a la desesperada que, por su propio bien, debía funcionar, tenía que funcionar. Así que, sin pérdida de tiempo, se dispuso a intentarlo sin demasiadas esperanzas de éxito, pues doña Margarita era impredecible.

—Señora, si quiere, puedo ayudarla con un remedio que utilizaba una sabia de mi aldea para ese malestar melancólico que le aqueja a usted—comenzó, mientras volvía a colocarle el paño fresco.

Margarita la miró, al principio con una desconfianza que pronto se volvió curiosidad.

— ¿Una sabia de tu aldea? No será brujería...

Albertina negó con contundentes movimientos de su cabeza y los ojos muy abiertos, al tiempo que se santiguaba.

— ¡Ni hablar de esas artes, señora!

—Y entonces, ¿cómo es eso? No me darás una pócima ponzoñosa o algo parecido, porque antes lo pruebas tú.

—El remedio que le propongo—respondió Albertina, armándose de paciencia— no requiere de ninguna ingesta, bien al contrario, debe sacar usted todo lo que le revuelve la bilis. Decía la sabia que la bilis se vuelve negra con la melancolía, y que debe vomitarse con las palabras, que no son más que los pensamientos que nos afligen. Al igual que es preciso vomitar el veneno, los pensamientos que causan la bilis negra también deben ser echados del cuerpo mediante la palabra.

Margarita sonrió, pero era su sonrisa un medio camino entre el sarcasmo y la curiosidad.

— ¿Bilis negra?

—Esa es la causa de su malestar, señora.

— ¡La principal causa de mis males es esa mujer! ¡No la aguanto! — dijo la joven, a media voz.

— ¿Lo ve, señora, cómo necesita echar por esa boca? ¿No se encuentra ya un poquito mejor?

Margarita Durán la miró, sorprendida:

—Oye, puede que no andes desencaminada del todo.

—Pues siga usted, señora, es muy sano y curativo.

Animada por las palabras de la criada, la esposa de Jaime continuó:
—Es vieja zorra me hinca los dientes cada vez que me tiene a su alcance, no la soporto. ¿Quién se pensará que soy yo? ¡Bastante hago con aguantar a su hijo, que no me merece, desde luego que no! Una bruja, esa sí que es una auténtica bruja. No había conocido nunca a una mujer así, tan renegada, tan amargada, tan…tan…
—Siga, señora, que va usted muy bien. Apuesto algo a que, si se palpa la zona de la bilis, ya notará el alivio.
—¿Y qué zona es esa, si puede saberse? —preguntó Margarita, crédula. Y como Albertina no tenía ni idea, improvisó tocándose el cuello a la altura de las clavículas.
— ¡Yo diría que un poco de alivio sí que siento! — dijo la señora, replicando el gesto—. Pero todo esto, que no salga de aquí, ¿me oyes? —dijo, agarrándola con ímpetu por la muñeca. Cuando la soltó, Albertina se frotó la zona, pues aunque la señora era poquita cosa, poseía a veces una fuerza como la que sacaba, de no se sabía dónde, su abuela cuando se quedó demente.
—Tranquila, señora, ya sabe que yo sólo pretendo ayudarla.
—Más te vale. ¿Por dónde íbamos? —Albertina elevó los ojos al cielo: o entraba a saco, o no iba a hacerse con la información que precisaba. Pero de pronto, todo comenzó a fluir— ¡Ya recuerdo! Te estaba hablando del crápula con el que, por desgracia, me he casado. Engañada, claro está, porque me prometió algo que no ha cumplido.
—Suelte, señora, que eso de lo que habla es, por sí mismo, una bolsa llenita de ponzoña.
—¡Vaya por Dios! ¿Dónde se ha visto que una señora le cuente sus cuitas a una criada? ¡Me estás liando, más que lianta!
Pero Albertina estaba decidida a soltarle la lengua:
—Pues usted sabrá, señora. Si quiere, ahora mismo me voy y continúo con mis quehaceres, que son muchos, pero si se queda con tanta ponzoña dentro, se va usted a envenenar, ya he visto más de un caso.
Margarita abrió mucho los ojos:
—¿No me engañas? —Ante la contundencia del gesto de Albertina, acompañado por una expresión de lo más convincente en sus bellos

ojos, Margarita Durán se rindió—. Está bien, continuemos. ¡Pero que no salga de aquí!
La criada aún besaba la cruz hecha con sus dedos, como garantía del cumplimiento del pacto de silencio, cuando la señora continuó con su perorata.
— ¡Un hijo! Me prometió un hijo, el desgraciado, pero bien pronto me lo arrebató. Ellos se creen que soy tonta, ¿sabes? Pero yo los oigo hablar sin que se den cuenta de que pego la oreja, la pobre Margarita, tan insignificante, tan callada, tan cortita de entendederas. Así es como logro estar presente en las conversaciones más íntimas sin que se percaten de mi presencia, me ignoran, y ese es su gran error.
—Siga, siga…ya veo que su cara, antes cetrina, va tomando el color de una rosa primaveral, siempre sucede así.
— ¿Estás segura? ¡Tráeme el espejo, rápido! —Margarita contempló unos instantes su reflejo. Albertina, ella sí, tenía la piel delicada de un pétalo, blanquecina, suave como leche y ligeramente sonrosada en las mejillas. A pesar de que salía perdiendo en la comparación, Margarita Durán tenía que admitir que algo había mejorado, y el incipiente dolor de cabeza parecía disiparse. Alentada por el milagro, prosiguió:
— Mi esposo me engañó, me trajo un precioso niño que luego me arrebató con la ayuda de la harpía de doña Rebeca. Lo oí todo, ¿sabes? Oí cuando envió a su hijo a despedir a la nodriza, eso me alertó, así que mantuve los oídos bien atentos. Imaginé que mi suegra confiaría las gestiones a esa otra bruja, Felipa, así que fui su sombra entre las sombras. En efecto, al niño se lo llevarían a una aldea galaica, donde Felipa conocía, dijo, a quien hacerse cargo de la criatura, a cambio de unos reales. Pero tú de esto chitón —advirtió la dama con mirada seria—. Y así, en menos que canta un gallo, se lo llevaron, sin darme tiempo a lucirlo en el flamante cochecito de calle, sin poder vestirlo con toda esa hermosa colección de ropajes de seda y puntillas, el bebé más elegante de todo Villalegre. Y ahora, ¿qué me queda? Un armario lleno de una costosísima colección de vestiduras infantiles, a las que no sé cómo dar salida.

—Déselo a los pobres— dijo Albertina en un impulso, y entonces Margarita la miró con inusual dureza.
—¿Estás loca, muchacha? ¿Los pobres, vistiendo esas sedas, esas puntillas? ¡No se hizo la miel para la boca del asno! Antes que vérselo puesto a uno de esos apestosos hijos de la pobreza, prefiero quemarlo.
Albertina asintió en silencio, no se esperaba otra cosa. Pero su objetivo estaba cumplido, porque ahora sabía cosas que le permitirían enmendar su error y ayudar a doña Celia, a quien tan mal había tratado, sin merecerlo.
—Como veo que la señora se encuentra mucho mejor, y ya ha aprendido a administrarse el remedio, continúo con mis labores, con su permiso —dijo Albertina, deseosa de seguir indagando, ahora que tenía un hilo del que tirar.
—¡Espera, mujer! Yo creo que te estás callando lo que te interesa, porque estoy segura de que el remedio sólo funciona si le pasas la rabia ponzoñosa a alguien, ¿me equivoco? Pero claro, ¡Tú no quieres que te pase mi mal! Desagradecida, eso es lo que eres, con lo que he mirado por ti desde que llegaste.
Albertina, que sabía que todo era una patraña improvisada por ella y que no tenía nada que temer, le siguió la corriente a doña Margarita.
—¡Señora! ¿Desagradecida yo? ¡Eso nunca! Como prueba de mi lealtad, aquí me tiene, y al oírla a usted, ya he cargado con su veneno.
Margarita Durán la observó atentamente y concluyó que la joven continuaba luciendo la misma frescura y lozanía que cuando entró.
— ¿Te encuentras bien? ¿Sientes ahora la misma tirria por los habitantes de esta casa que siento yo? —indagó la señora.
—Creo que comienza a dolerme un poco la cabeza, doña Margarita. Y sí, aunque esté feo decirlo, porque son mis patrones, parece que un poco de esa tirria suya se me ha pegado, lo noto aquí—Albertina se tocó el cuello— ¿No se me estará hinchando, señora?
Margarita Durán sonrió mientras miraba, con envidia, las pequeñas y delicadas clavículas de la criada, bajo las que emergía un pecho lozano, que se adivinaba con la tersura de una manzana de

temporada. Apretó los dientes, tensando la mandíbula mientras maldecía su suerte de fémina deslustrada y enclenque.
—Un poco hinchado lo veo, desde luego, pero al fin y al cabo eres una criada, no estás obligada a tener buen aspecto ni estar saludable: mejor tú que yo.
Albertina asintió con un brusco movimiento de cabeza, se sentía tan rabiosa como humillada por esa mujercilla que, visto lo visto, no andaba muy en sus cabales. Pero los sentimientos que le inspiraba Margarita Durán eran piadosos en comparación a lo que se encendía dentro de ella cuando pensaba en Jaime Solís. Por eso, sólo por vengarse de él, se mordió la lengua.
—Veo que ya está tranquila la señora, la bilis negra me la he respirado yo. Y ahora, con su permiso, debo continuar trabajando.
Antes de que la señora pudiese replicar, Albertina salió escopetada, aún tenía asuntos que resolver antes de irse, para siempre, de esa casa. Margarita Durán se quedó tumbada en la cama, espejo en mano, observando su aspecto con ojos nuevos, pues quizás el remedio de la sabia tuviese la facultad de intercambiar los humores y, lo mismo que podía sacar de dentro esa bilis perniciosa y pasársela a la criada, quizás pudiese también actuar en sentido inverso y pasarle a ella un poco de esa lozanía y sensualidad que rezumaba el cuerpo de la joven sirvienta.
Albertina, presurosa, se dirigió a la cocina, donde a aquella hora se reunían todas las criadas, y mientras algunas fregaban cacharros y loza, otras ayudaban a cortar las verduras y preparar el postre para la cena. Felipa no era una excepción, pues aunque gozaba del favor indiscutible de doña Rebeca, o quizás debido a ello, la gobernanta no le perdonaba una, así que allí la encontró Albertina, preparando la masa para los pestiños con miel que la señora había ordenado. Sabía que su tiempo en esa casa tenía las horas contadas, por lo que que actuó a la desesperada.
—¿Sabe usted preparar la masa de pestiños, Felipa? —preguntó la joven criada, con afán provocador.
—¿Qué te has creído, niña? —respondió la otra, en el mismo tono.
—No sé, de donde vino usted, hace ya tantos años, ¿habían visto un sólo pestiño?

Felipa se irguió, molesta.
—Niña, antes de que tú nacieras, ya había yo comido más pestiños que tu madre.
Aquí Albertina, rápida de mente, vio una oportunidad de oro para derivar la conversación hacia donde le interesaba:
—No lo creo, ella es gallega y, en su aldea, hacían los mejores dulces de toda Galicia— dijo la joven mientras Salustiana se extrañaba ante tal afirmación, conocía de siempre a la familia de la muchacha y no tenía constancia de ello.
Entonces, Felipa detuvo el amasado, sacó las manos de la artesa y, con los brazos en jarras, soltó una carcajada:
—Meniña, ya tienes tú la lengua larga: para que lo sepas, nací en Froxán, la aldea más linda de todo O Courel, donde se come como en ninguna parte, allí, menos hambre, tenemos de todo, los mejores dulces, también.
—Por eso estás tú aquí, Felipa —replicó Amanda después de soltar una risotada.
Pero Albertina no la escuchó, tampoco la posterior discusión que entablaron ambas sirvientas, porque estaba concentrada en retener en su cabeza ese nombre, sorprendida aún por que la suerte se hubiese aliado, al menos esta vez, de su lado. Nunca antes había oído hablar de ese lugar remoto, Froxán, en O Courel. Lamentó no saber escribir, así que no le quedó más remedio que repetirlo una y otra vez para sus adentros, mientras el resto de las criadas continuaban con la refriega, sin prestar demasiada atención a las conversaciones en las que pretendían implicarla, pues estaba segura de que, si dejaba de repetirlo en voz baja, el nombre del lugar se le olvidaría para siempre.
Cuando llegó la noche y antes de encerrase en su cuartito, llamó a la puerta de Amanda.
—Oye, ¿tú sabes escribir?
La otra se encogió de hombros antes de responder.
—Lo justo, juntar letras, no más.
—Y si yo te digo un nombre, ¿me lo podrías escribir?
—Se intentaría. ¿De dónde sacarás pluma y papel?
—No es necesario tanto, con que lo escribas en una piedra, me vale.

—¿En una piedra? —preguntó, sorprendida, Amanda.
—Como esta— y Albertina sacó del bolsillo de su uniforme un canto rodado pequeño, lo más plano que pudo encontrar por los jardines. Volvió a meter la mano y esta vez extrajo un pequeño trozo de ladrillo—Toma, escribe: Froxán.
—¡Uf! —respondió Amanda, contrariada—¡Ya me lo pones difícil! Eso de juntar las consonantes siempre se me dio fatal. ¿Y de qué me suena eso?
—¿Y qué más te da? —preguntó a su vez Albertina— ¡Anda, escribe, que se me olvida!
Sin más, Amanda cogió el trozo de ladrillo y comenzó a rayar la piedra: primero hizo una F, y le costó un buen rato dilucidar la letra siguiente. Era tan difícil que, en lugar de una R, puso la O, seguida por la R en el lugar equivocado. En lugar de una X, garabateó como pudo una S, a la que siguieron, ya sin dificultad, la A y la N final. Llegada a este punto, se sentía tan orgullosa, que miró triunfal y sonriente a la guapa Albertina:
—Aquí lo tienes: *Frosan*. Y a ver si aprendes, pedazo de analfabeta.
Albertina hizo caso omiso del insulto y guardó como oro en paño la piedra, *Forsan,* podía leerse, seis letras que servirían para resarcir a la familia Villanueva de su ruin comportamiento.
Eran casi las once de la noche cuando Albertina oyó los pesados pasos de Jaime por el pasillo. Se recogió entre las sábanas muerta de miedo, asqueada sólo de imaginar al joven señor ultrajando, una vez más, su cuerpo. A punto de saltársele las lágrimas, comenzó a maquinar una nueva excusa, con la convicción, no obstante, de que esta vez no tendría escapatoria. Pero entonces sucedió un pequeño milagro: la puerta de la gobernanta se abrió y, antes de que Jaime pudiese acceder al cuartito de la joven sirvienta, ésta le retuvo.
—Señorito, si va donde usted y yo sabemos, ya puede irse olvidando, si me acepta el consejo.
—Pero, ¿Quién te has creído que eres para decirme dónde debo o no debo ir? —respondió Jaime con su habitual soberbia, dispuesto a apartarla de su camino, con un empujón si era preciso.
—Discúlpeme, señor, pero se lo advierto por su propio bien: Albertina tiene la tiña, quizás algo peor. Lleva toda la tarde

rascándose, hasta sangrarle la piel. No quisiera que usted se contagiase.
Jaime dudó unos instantes:
—No será para tanto —e hizo amago de avanzar hacia la puerta, pero Salustiana insistió:
—Le digo que parece la tiña, pero creo que, por desgracia, es más grave que eso. Vomita sangre, y se le suelta el intestino cada poco, le recomiendo que, si entra en la habitación, lo haga con un pañuelo en la boca, así entro yo para atenderla, porque el hedor es insoportable.
—Pero, ¿mi madre tiene constancia de que en su casa hay una sirvienta con una enfermedad contagiosa?
—No, señor, doña Rebeca aún no ha sido informada, temí que, de hacerlo, a la señora se le alterase el sueño, porque la cosa es de preocupar.
En ese momento, Jaime pudo oír un alarido proveniente del cuarto de Albertina, un lamento ronco y gutural que helaba la sangre.
—Pobre muchacha, tan joven y bonita. Temo que, aunque sane, las pústulas le dejen la cara hecha cisco por los restos.
Jaime Solís no quiso saber nada más. Dio una patada al suelo para descargar su frustración y salió de la zona de servicio. No entró en casa: necesitaba calmar su virilidad, y pensó, sonriente, en la dulce Mimí, ella le saciaría.
Cuando Salustiana estuvo segura de que Jaime ya se había ido, entró en el cuarto de Albertina.
—Gracias, es usted buena de verdad—dijo la joven.
—No me las des, chiquilla. Y ahora, ya puedes ir pensando en irte, porque esta situación es insostenible. Créeme, el señorito no parará hasta acabar contigo, ya te dije que no eres la primera. Y como se entere de que le hemos mentido, no puedo imaginar de lo que es capaz.
Pero Albertina sí podía imaginarlo, desde luego que sí. Sólo conocía la versión más comedida de Jaime Solís, y se le pusieron los pelos de punta al imaginar lo que haría con ella si desataba a la bestia que llevaba dentro.

—No se preocupe, Salustiana, cuanto tenía que hacer aquí, ya lo he hecho, así que mañana, en cuanto amanezca, me iré. Usted me echa a mí las culpas y *santas pascuas*.
—Ahora, reza para que no regrese borracho como una cuba y se le olvide lo de tu supuesta enfermedad.
Y aunque Albertina no era demasiado aficionada a encomendarse al más allá, rezó.

Capítulo 38

Celia levantó la vista del libro, en el que pretendía concentrase sin lograrlo. Su cuñada, que intentaba plasmar en un lienzo la serena belleza de la joven, detuvo los trazos.

—Celia, querida, ¿sucede algo? —Silvia se aproximó a ella—. Llevas días ausente, no me gusta verte así.

La joven Quirós estaba tan abatida que ni siquiera deseaba una conversación con su cuñada. De un tiempo a esta parte, esa alegría vital que le proporcionaba su matrimonio con el hombre del que estaba tan enamorada había dado paso a una profunda melancolía, motivada por una sucesión importante de infortunios, entre los más graves, su malogrado embarazo y la crisis con su esposo, Beltrán.

—Silvia, no tengo ganas de hablar. ¿Acaso serviría de algo?

Silvia Villanueva, inteligente y práctica, entendió que el abatimiento de su buena amiga y cuñada era algo más profundo que un simple mal día.

—Celia, sabes cuánto te quiero, y sé que estás pasando por un mal momento. ¿Por qué no intentas poner de tu parte y me dices qué sucede, para que yo pueda ayudarte?

Celia bajó la cabeza, Silvia era una joven estupenda. Desde que se conocieron, sólo había traído bendiciones a su vida. ¿Por qué, entonces, le costaba tanto sincerarse con ella, llorar en su hombro?

El hecho de que fuese hermana de Beltrán, y de que él fuese, precisamente, el motivo de su sufrimiento, era sin duda la causa. Y así se lo hizo saber a Silvia, le debía esa muestra de sinceridad.

—Yo también te quiero y te respeto mucho, Silvia, ya lo sabes. Y, por ese motivo, prefiero mantenerte al margen, no quiero que sufras por nuestra causa.

—Debo entender, por tus palabras, que mi hermano Beltrán es motivo de tus tormentos. Háblame, Celia, quizás pueda ayudarte, ayudaros a ambos.

—Lo dudo, hay asuntos concernientes a una pareja que nadie puede solucionar. Cuando la confianza se rompe, es difícil reconstruirla.
—Pero ¿qué ha pasado, tan grave, querida amiga? Conozco a Beltrán, te conozco a ti, ambos sois dos personas maravillosas, ¿cómo es posible que hables de problemas sin solución? ¡No puedo creerte! Estáis pasando por un duelo, la pérdida de ese niño nonato, debéis apoyaros el uno al otro, en vez de separaros aún más.
— Eso mismo pienso yo, Silvia, pero, ¿has oído eso de que, a perro flaco, todo son pulgas? Lo nuestro es algo parecido: en el momento de mayor debilidad, me entero de algo que debilita los cimientos de nuestro matrimonio.
—Celia, por favor, confía en mí, ¿qué ha podido hacer Beltrán, tan grave, como para que estéis pasando por esta crisis?
— Está bien, voy a confiar en ti, como siempre he hecho, te lo mereces. El motivo que me ha distanciado de tu hermano es una confesión que él me ha hecho. Cuando le conté lo de la carta que Mercedes Ribera me ha enviado, él —Celia vaciló unos instantes— me dijo que no la creía, y al preguntarle yo el motivo de tal incredulidad, me respondió que porque él había sido víctima de esa misma argucia.
Silvia permaneció en silencio, la cabeza gacha, los dedos inquietos sobre su regazo. Conocía a Celia y, si bien su amiga era un alma cándida, había heridas que la escocían con demasiada intensidad. Después de reflexionar unos instantes, la joven Villanueva tomó la palabra, en un intento por ayudar a la pareja, sin tenerlas todas consigo.
—Celia, querida amiga, sabes que Beltrán te ama como nunca ha amado a nadie. También sabes que esa mujer no ha significado nada para él.
—Eso es lo que me preocupa, Silvia, su debilidad como hombre. ¿Por qué hicieron el amor, si no sentía nada por ella?
—Mira, Celia, somos mujeres modernas, pensamos como un hombre, sentimos como un hombre…pero no somos hombres. A ellos, la naturaleza les arrolla con demasiada fuerza y, lo que nosotras podemos parar a tiempo, les resulta mucho más difícil,

quizás sean más débiles, no te lo niego. Pero piensa, ¿qué importancia puede tener eso ahora?
—No sé, desde que me enteré, veo a Beltrán de una forma distinta, porque no puedo quitarme de la cabeza la imagen de él entregándose a esa mujer, tú ya me entiendes.
—Ahora, te voy a pedir que te pongas en la situación inversa: piensa en un hombre que te guste mucho, en tu esposo, por ejemplo —sonrió Silvia— y piensa en la sensación que experimentas cuando deseas su cuerpo, es una sensación física y sólo eso: satisfacción de una necesidad puntual. Yo no estoy casada, ya lo sabes, pero creo que, cuando dos personas se aman con el alma, y no sólo con el cuerpo, la cosa cambia, eso es el AMOR, con mayúsculas. Beltrán está completamente arrepentido, porque sé de primera mano que aborrece a Mercedes Ribera, estoy segura de que se ha mortificado mil veces pensando en lo sucedido, y puedes estar bien segura de que nunca, jamás, ha amado a esa mujer.
Como conocía a Celia, el silencio que esta mantenía encendió sus esperanzas, al comprender que estaba reflexionando acerca de cuanto le decía. Decidió asentar ese pequeño convencimiento que ya había calado en ella:
—¿Merece la pena echar a perder un amor maravilloso, por algo que ya no tiene más importancia que la que quieras darle? Beltrán está casado contigo, te adora, eso se ve, cualquiera pondría la mano en el fuego, asegurando la devoción que te tiene. Entonces, ¿por qué estropearlo?
Celia tan sólo se abrazó a Silvia y lloró quedamente. Cuando se separaron, la joven Quirós salió de la habitación. Su cuñada la dejó ir mientras sonreía ligeramente: quizás el discurso la hiciese entrar en razón.

Capítulo 39

En cuanto amaneció, Albertina se levantó de la cama. Apenas había dormido, atemorizada por la posibilidad de que Jaime Solís irrumpiese de madrugada en el cuarto. Se sintió inesperadamente feliz, liberada, como quien despierta de una pesadilla. Sin pérdida de tiempo, se vistió con sus ropas, dejando sobre la cama su uniforme de criada. Le dedicó una última mirada, quizás nostálgica, arrepintiéndose de su ingenuidad—insensatez, más bien— al creer que dejaría de vestir esa ropa desgastada, que otra sirvienta habría sudado antes que ella, para engalanar su bello cuerpo con elegantes trajes, como señora de la casa. Comprendió que no hay atajos, porque los caminos que acortan están llenos de barro y espinos, y se sintió aliviada al comprender que, a pesar de los errores cometidos, había salido indemne.
Recogió en un pañolón su peine de madera, unas alpargatas y poco más, sin olvidarse de lo más importante: una piedra ligeramente cóncava, donde podía leerse un topónimo gallego, y salió sin meter ruido. A punto estuvo de llamar a la puerta de Salustiana para despedirse de ella, pero temió despertar al resto del servicio.

Haber servido como criada en casa de los Villanueva le daba la ventaja de conocer las rutinas de sus habitantes, así como la posibilidad de esperar en un lugar discreto, mientras comenzaba la actividad del nuevo día.
Al poco rato de llegar, pudo ver a Celeste saliendo por la parte posterior para dirigirse al gallinero, e imaginó que Fermina ya estaría rondando por la casa. Se adentró por la puerta trasera y entró en un pequeño zaguán, que daba al corredor de la zona de servicio y a la cocina.
—¿Puede saberse qué haces tú aquí? — la increpó Fermina, visiblemente molesta, en cuanto se percató de su presencia.

—Quiero hablar con la señora Celia— respondió Albertina, y en su gesto, la prepotencia había dado paso a una humildad sincera, una lección más, aprendida a base de escarmientos.
— Pero ella no quiere hablar contigo, así que ya te estás largando antes de que llame a doña Rosita y sea ella quien te eche de un puntapié.
—¿Qué sucede, Fermina? —en ese momento, el aya entraba en la cocina, justo a tiempo de oír las desairadas palabras de la criada.
—Nada, doña Rosita, ésta, que ha tenido la desvergüenza de presentarse aquí, pero ya se iba.
La intuición de Rosita, una vez más, fue quien habló por ella:
—¿Cómo te atreves a venir por aquí, Albertina? Has de traerte algo importante, desde luego.
—Usted lo ha dicho, señora. Tan importante, que debo hablar de inmediato con la señora Celia.
—La señora aún descansa—Rosita sonrió — y debe descansar mucho, así que, lo que tengas que decirle, podrá esperar.
—Bueno, pues si quiere, se lo digo a usted, porque le juro que es algo muy serio.
—Muchacha, no jures en vano y dime, a ver, qué es eso tan urgente.
—Aquí no, doña Rosita—dijo Albertina, mirando de reojo a la mal encarada Fermina y a Luisa, quien acababa de llegar y la contemplaba como si fuese una aparición.
—Vamos, ven conmigo. Y espero que lo que tengas que decir sea, en verdad, relevante.
Albertina la siguió. Entraron en una pequeña sala, donde se realizaban los trabajos de costura para la casa, y la joven tomó asiento en la silla que le indicó el aya. Como comprendía que doña Rosita tenía razones sobradas para desconfiar de ella, comenzó a hablar sin más demora:
—Me equivoqué de bando, señora, esa familia, los Solís, no son buena gente —comenzó, dando por hecho que en la casa ya sabían que fue la chivata de Jaime mientras trabajó para ellos—.Me he comportado mal, por eso me gustaría remediarlo de algún modo. Verá, por razones que no vienen al cuento, comprendí que debo deshacer el mal hecho. Por eso, he estado muy atenta a cuanto se

cocía en la casa y he tenido suerte, porque me he enterado de asuntos que les podrían interesar a doña Celia y a su esposo.
—Mira, muchacha — comenzó Rosita, condescendiente— te equivocas de lleno, porque los señores de esta casa no son como los Solís, a Celia y a Beltrán no les interesan los trapos sucios del resto, así que, si lo que traes son chismorreos procedentes de una actividad tan vergonzante como el espionaje que llevaste a cabo aquí, ya puedes salir por donde entraste.
—¡Qué no, señora, que no es eso! — Albertina entendió que su pésimo comportamiento había destruido toda credibilidad sobre su persona, pero no se dio por vencida. Prosiguió, con lágrimas en los ojos— Sé que he sido una mala persona, lo sé, pero he aprendido, doña Rosita. Y sí, reconozco que les he espiado a ellos también, si es que quiere llamarlo así, pero mis motivos han sido diferentes. Los Solís han hecho cosas muy malas, que los señores Villanueva deben conocer, porque sé que quieren recuperar al niño de Celeste.
Al oírla, Rosita se enderezó en la silla al tiempo que abría mucho los ojos.
—¿Y qué sabes tú de eso, muchacha?
—Creo saber a dónde lo han llevado.
Rosita estaba cada vez más interesada, pero la desconfianza le aconsejaba cautela.
—No estarás jugando con nosotros, ¿verdad, Albertina? —le preguntó, dudando ahora si debía creerla o no.
—Le juro, doña Rosita, que le estoy diciendo toda la verdad. Si quiere, puede ir a preguntarle a Salustiana, la gobernanta de la casa, ella sabe de qué le hablo.
Rosita suspiró:
—No es necesario, muchacha. Ven conmigo, anda, esto tienes que contárselo al señor.

Beltrán estaba a punto de salir a dar su paseo matutino con Goliat, pero se detuvo al oír que el aya lo llamaba desde el fondo del corredor. Al volverse, vio con sorpresa que detrás de Rosita iba la criada a la que, no hacía tanto, habían despedido.

—Beltrán, imagino que te acordarás de Albertina—al ver que Beltrán asentía con un escueto gesto de cabeza, prosiguió— Creo que debes escuchar lo que tiene que decirte —la mujer miró a la joven antes de añadir— y como no sea de importancia, yo misma la sacaré de aquí de un puntapié.
Beltrán dudó unos instantes, pero era Rosita, su aya, esa mujer tan querida, dotada de una intuición infalible, quien le pedía que escuchase a esa criada desleal. Sólo por eso, se dio media vuelta y se encaminó hacia su despacho.
—Quédate, Rosita, por favor—rogó Beltrán, antes de cerrar la puerta.
Se aposentaron los tres, el aya en segundo plano, con las manos en el regazo y la actitud relajada, Beltrán con gesto serio, porque no le agradaba nada que esa joven, cuya acción tanto había incomodado a Celia, estuviese allí, bajo su techo.
—Señor, creo que tengo algo que contarle.
Y después de deshacerse en disculpas por su comportamiento durante la estancia en esa casa, y dejar claro su propósito de enmienda, como una justificación de su nueva traición, esta vez en contra de los Solís, Albertina llegó al meollo de la cuestión, repitiendo lo que le dijera, hacía unos instantes, a Rosita:
— Creo que sé dónde puede estar el niño de Celeste.
Ahora sí, Albertina tenía toda la atención de Beltrán:
—¡Habla! —ordenó él, imperativo, impaciente.
—En esa casa hay una criada, que es la mano derecha de doña Rebeca, y es ella quien les ha ayudado a sacar al niño de la casa. Lo ha llevado a la aldea donde ella nació.
Beltrán no pestañeaba, porque esa era, precisamente, la teoría que Ezequiel y él mismo manejaban. Quizás acabasen de encontrar la aguja en el pajar.
—¿Y cuál es esa aldea? —preguntó Beltrán, con impaciencia.
— Es un nombre que nunca antes había oído, señor.
—¡Y no me digas que ahora no te acuerdas! —suspiró Beltrán, temiéndose lo peor. Albertina, para confirmar sus temores, negó con la cabeza. Ya estaba Beltrán a punto de soltar un exabrupto, cuando la muchacha hizo el gesto de echar la mano al bolsillo:

—Pero lo anoté en esta piedra.
Dejó sobre la mesa el canto rodado donde, a duras penas, podían leerse ya las letras escritas con el trozo de ladrillo. Aún así, Beltrán creyó ver que ponía "forsan", y así se lo hizo saber a la criada.
—¿Forsan? No, señor, eso no me suena, creo que era Froxán, sí, eso es.
—Pero aquí pone "*forsan*"—insistió Beltrán.
—Es que Amanda, la que lo escribió, apenas sabe juntar las letras. Pero estoy casi segura de que la aldea se llama Froxán. Estuve repitiéndolo toda la tarde en mi cabeza. Y, por si le sirve de algo, la criada Felipa dijo otro nombre, ese es más fácil, porque me recordaba al coral: Courel, creo que era.
Sin mediar palabra, Beltrán descolgó el aparato telefónico y, después de unos intentos, logró que la operadora le pusiese en línea con la comisaría de policía. Tras identificarse, le pidió al comisario un pequeño favor: que buscase en el enorme mapa de España del que disponían, una zona de Galicia llamada Courel y, aunque tenía dudas de que la aldea figurase en el mismo, el nombre de una pequeña localidad, Froxán.
Esperaron la respuesta del policía, Beltrán con las manos juntas, balanceándose de cuando en cuando, nervioso, en la silla del escritorio. Rosita permanecía en silencio, pensativa, y Albertina con el alma en vilo, porque, si se había equivocado, saldría de la casa con la cabeza gacha y un puntapié en las posaderas.
Al cabo de una rato, el teléfono sonó. Las dos mujeres oían la conversación a medias, pues las respuestas del comisario sólo le pertenecían a Beltrán, con la oreja pegada al auricular, por lo que, cuando colgó, desconocían parte de lo hablado. Pero el joven Villanueva las informó con una sonrisa en la cara.
—En efecto, hay una región montañosa llamada O Courel, y el comisario ha tenido acceso a un mapa de Galicia, donde están cartografiados los topónimos más recónditos de la geografía galaica. En él, figura una pequeña aldea llamada Froxán. Mira, Albertina, se escribe así –Beltrán cogió un papel en blanco y en él escribió, con letra clara y grande, ese nombre que tantas veces había repetido la joven para no olvidarlo.

—¿Crees que el niño estará allí, Beltrán? —dudó Rosita.
—Es muy probable. Y si no exactamente allí, muy cerca. Al menos, ya sabemos por dónde comenzar a buscar.
—Bueno, entonces, yo me voy—dijo Albertina levantándose de la silla—. Espero que lo que les he contado sirva para encontrar al niño.
—Y yo espero, Albertina, que no nos la hayas jugado de nuevo—le dijo Beltrán muy serio—porque como lo hayas hecho, yo mismo me encargaré de procurarte una buena temporada entre rejas, aún no sé con qué excusa, pero a los abogados nos sobran motivos para encarcelar a la gente— fanfarroneó Beltrán—.Y no pienses que podrás esconderte de mí.
Al ver que a la muchacha se le saltaban las lágrimas, se arrepintió de haber sido tan duro con ella. No obstante, su reacción le sirvió para comprender que la joven parecía realmente arrepentida de su comportamiento anterior.
Rosita se puso en pie, y juntas salieron del despacho de Beltrán.
—No se moleste, señora, conozco la casa.
—Lo sé, Albertina, pero, ¿has desayunado?
La joven criada se sintió de pronto atrapada por el delicioso aroma a bollería recién horneada y, sin poder resistirse, respondió, muy bajito y con la mirada gacha:
—No, señora.
—Pues tómate una taza de leche con un bollo, anda, no te vas a ir con el estómago vacío.
Y para sorpresa del resto del servicio, Albertina se sentó en la cocina y desayunó como hacía tiempo, pues en casa de los Solís, el desayuno de la servidumbre se limitaba a un tazón de leche donde, con suerte, remojaban el pan posado sobrante del día anterior.
Antes de irse, Rosita tuvo unas palabras para ella:
—Albertina, lo que hiciste no estuvo bien, pero has sido capaz de abrir los ojos. Ahora estás del lado de la luz y, ten por seguro que, si continúas ahí, las cosas te irán bien.
El aya la vio partir, la esbelta figura recortándose contra la luz aún incipiente de esa mañana, algo fresca, que preludiaba el otoño. Sintió un poco de lástima por ella, tan joven, tan desnortada pero,

tal y como le había dicho, ahora que transitaba por la senda correcta, todo sería mucho más fácil.

Capítulo 40

En cuanto Albertina y Rosita abandonaron su despacho, Beltrán se puso en acción. De inmediato llamó al hotel donde se alojaba Ezequiel y, al cabo de media hora escasa, su amigo se sentaba delante de él, entusiasmados los dos.
—¿Crees a esa muchacha, entonces? —preguntó Ezequiel.
—Sí, parece creíble. Además, curiosamente, la información que ha aportado coincide con nuestra teoría. ¿No te parece mucha casualidad?
—Pero, ¿y si es idea de Jaime, jugando al despiste? No olvides que esa joven, lo he visto con mis propios ojos, es su amante.
—Por eso, amigo, debemos acudir cuanto antes a esa aldea, es la única forma de saber si están jugando con nosotros. Y si el niño está allí, debemos recuperarlo de inmediato.
—Pues venga, vamos a organizarlo todo para salir cuanto antes.
— Iremos en el automóvil —dijo Beltrán, poniéndose en pie—, es la forma más rápida de viajar. Para acceder a la aldea, ya alquilaremos unos caballos.
—En marcha, entonces. Pero antes, tengo algo para ti, no menos importante, amigo— Ezequiel, sonriente, le tendió a Beltrán un sobre —.Ha sido tan fácil como quitarle un caramelo a un niño— le dijo.
El joven Villanueva supo de inmediato de qué se trataba, y lo abrió, nervioso, mientras su amigo le detallaba que lo había conseguido sugiriéndole a Mercedes Ribera que el servicio era aficionado a indagar en los asuntos de los señores, por lo que él se ofrecía, caballeroso y servicial, a depositar la carta en la estafeta de correos.
—Está claro que ese inglés le trae sin cuidado a la señorita Ribera.
Cuando Beltrán terminó de leerla, su rostro expresaba un enorme alivio.
—Ahora ya puedo explicártelo todo, porque este asunto ya queda zanjado: Mercedes, fiel a esa manía suya de chantajear con posibles embarazos que nunca se producen, y encaprichada de John como

estaba, decidió pescarle con la única caña que sabe utilizar. El inglés picó el anzuelo y, aunque regresó a su patria con el primo de mi esposa, quedó a la espera de los acontecimientos, hemos de creer que dispuesto a hacerse cargo de su criatura y de la madre, aunque conociéndole, yo no estoy tan seguro. Sea como fuese, el escándalo estaba servido y la familia de Celia, en cuya casa ambos se hospedaban, hubiese visto comprometido su nombre, porque sabes que siempre hay desocupados hambrientos de chismes, cuanto más indecentes mejor, con los que rellenar sus largas horas de aburrimiento.

Ezequiel ya comenzaba a tener claro todo aquel embrollo. Beltrán prosiguió:

—Has corrido un serio riesgo, amigo, porque creo que eras su próxima víctima. Mercedes, una vez más, hubiese fingido un embarazo, y te hubieses visto obligado a casarte con ella. De esta forma, ella se garantizaba una vida regalada, todo diversión, fiestas, lujo, viajes, joyas…en fin, la vida que tanto le gusta a Mercedes.

—Ahora entiendo lo que dice en la carta de un susto— intervino Ezequiel—, se refiere al supuesto embarazo que ya no es tal ¿verdad?

Beltrán asintió con la cabeza antes de añadir:

—Porque John ya no le interesa, ahora su objetivo eras tú.

—¿Y hubieses sido capaz de dejar que me metiese en semejante embrollo? —protestó Ezequiel.

—Amigo mío, te conozco muy bien, eres una gran profesional, además de una persona íntegra, estaba muy seguro de que sabrías arreglártelas. Aún así, hemos tenido suerte, porque desenmascararla dependía de que se encaprichase de ti. ¡Pero este aspecto estaba casi garantizado! —bromeó Beltrán.

Ezequiel sonrió:

—No obstante, esto has de pagarlo con una buena cena en tu casa, con ese vino excelente que guardas en la bodega y con la incomparable compañía de tu familia.

Ambos rieron.

—En cuanto regresemos, saldaré mi deuda contigo, estate seguro de ello. Y ahora, guardaré la carta en un lugar seguro para enviarla

después a su destinatario, John debe respirar tranquilo. Aunque, la verdad, no sé si ese tarambana estará tan preocupado como debería o si, al igual que Mercedes Ribera, ya ha pasado página.

Sólo Rosita supo a dónde se dirigían y por qué. Antes de irse, Beltrán se despidió de su esposa y de su hermana, mientras Ezequiel corroboraba la versión de que había surgido un asunto imprevisto que los obligaba a partir de inmediato. Ambas, muy contrariadas por que no hubiesen compartido con ellas la información —para ellas estaba claro que el asunto estaba relacionado con el niño de Celeste — se quedaron a la espera, con el alma en un puño y la desazón que provoca el no saber. Y a pesar de que intentaron sonsacar al aya, ni una palabra salió de su boca, no sólo por una cuestión de lealtad hacia Beltrán, sino porque Rosita entendía su motivo, que no era otro que evitarles que se esperanzasen, quizás en vano.

Viajaron todo el día, horas interminables por caminos polvorientos. A las tres de la tarde, aproximadamente, llegaron a Cangas del Narcea, donde dejaron que el motor se enfriase mientras ellos, hambrientos, acalorados y sintiendo sobre sus huesos el traqueteo de tantos kilómetros, almorzaban en un pequeño restaurante, donde el dueño les ofreció lo poco que le quedaba tras dar de comer a una cuadrilla de famélicos peones camineros.

Continuaron mientras la luz natural les permitió avanzar, y aún hicieron varios kilómetros iluminados por los faros del coche antes de detenerse en una pequeña población, donde buscaron inútilmente una posada o albergue donde pernoctar. Enseguida se corrió la voz de su presencia allí, y una viuda, deseosa de ganarse unas perrillas con las que complementar su mísera paga, les ofreció unas sopas de cena y un jergón de paja, en una cuadra en desuso. Tuvieron suerte de que las temperaturas nocturnas, casi rozando el otoño, aún eran suaves, y durmieron de un tirón, agotados como estaban, en cuanto se tumbaron en los camastros.

Apenas había amanecido cuando se pusieron de nuevo en marcha, pues aún tenían mucho camino por delante y, una vez llegasen a las zonas montañosas, se verían obligados a dejar el automóvil.

No fue fácil lograr que les alquilasen un par de monturas aceptables, a pesar de ofrecer un pago desmesurado por ellas, pues un buen caballo era casi una garantía de supervivencia en un mundo aislado por las inaccesibles montañas. Finalmente cerraron el trato, pagando los rocines a precio de dos *pura sangre*.

Caía ya la tarde cuando, después de perderse y avanzar en dirección contraria más de diez kilómetros, llegaron a Vilamor, una aldea muy próxima a su destino, Froxán.

Al igual que la noche anterior, un jergón de paja en una cuadra sirvió de descanso a sus maltrechos cuerpos, pero esta vez el rumiar incesante de las vacas fue el relajante runrún con el que conciliaron el sueño.

A la mañana siguiente amanecieron descansados, aunque ambos echaron de menos asearse en condiciones. Enseguida subieron a los caballos, cuando el sol comenzaba apenas a clarear el cielo nocturno.

Froxán no era la maravilla con la que Felipa se pavoneó delante del resto de las criadas. Era una pintoresca aldea de casitas de piedra con tejados de pizarra, apiñadas en un caótico desconcierto que, sin embargo, acentuaba la belleza salvaje del conjunto. La vida allí no era fácil, indudablemente, por mucho que la criada de los Solís exaltase las virtudes de ese terruño al que, sin duda, había dejado atrás movida por la miseria.

Se bajaron de los caballos para adentrarse en la aldea con los animales sujetos de las riendas, y apenas habían dado unos pasos cuando vieron a una joven que ordeñaba a una vaca en un desvencijado chamizo sin puerta. Sabían que la prudencia era fundamental, así que se dirigieron a ella procurando sembrar la confianza desde el primer momento.

—Buenos días, señorita.

La joven apenas hablaba castellano. Levantó la cabeza del costado del animal y los miró como si acabasen de aterrizar, recién llegados de la luna.

—*Bos* días— respondió la muchacha, al principio desconcertada, aunque enseguida cambió la expresión al percatarse de que los

recién llegados eran dos buenos mozos, eso sí, con aspecto de señoritos.
Con mucha cautela, comenzaron a entablar con ella una conversación intrascendente. Al cabo de un rato se presentó la madre, tan desconcertada como lo estaba la joven al principio, mostrando esa desconfianza que tanto temían Beltrán y Ezequiel. Después de cruzar con su hija unas palabras en gallego, cuyo tono trascendía su impaciencia, fue la mujer quien habló:
—¿Quiénes son ustedes, señores? ¿Qué andan buscando por aquí?
—preguntó la mujer con los brazos en jarras mientras la hija, abochornada por la reprimenda de la madre, volvía a afanarse en el ordeño.
—Sólo somos un par de turistas, perdidos por estas bellas tierras, de profesión, abogados—dijo Beltrán.
Al oír esto, la mujer se azoró, sintiéndose quizás intimidada, pero enseguida recobró el aplomo.
—Pues por aquí, pocos pleitos, señores.
Beltrán hizo un esfuerzo y sonrió con amabilidad.
—Tranquila, como acabo de decirle, venimos como turistas, atraídos por la belleza de estos parajes, de los que tanto hemos oído hablar.
Ante estas palabras, la desconfianza de la mujer afloró en una mueca de desagrado.
—¿Y quién puede conocer la aldea, casi en el fin del mundo?
—Un amigo nuestro tiene a su servicio a una mujer de aquí mismo, y no se cansa de repetir las maravillas de esta tierra. Eso nos ha animado a venir hasta aquí.
—¿Y cómo se llama esa gallega, si puede saberse? —a la mujer, sin duda, le picaba la curiosidad.
—Felipa se llama, quizás la conozca usted.
Al oír ese nombre, la aldeana pareció reaccionar con cierto sobresalto, pero enseguida afirmó con la cabeza, antes de responder:
—Es mi tía. Se fue de aquí hace ya mucho, tanto, que no recuerdo ni su cara.
—Pero madre, si la ha visto usted hace bien poco— respondió la muchacha en gallego, a pesar de lo cual, tanto Beltrán como

Ezequiel entendieron. Ambos se miraron en silencio mientras la chica, consciente de que acababa de delatar a su madre, se metía de nuevo entre el costado del animal, desahogando los nervios a base de rítmicos tirones en las ubres de la vaca.
—¿Cómo es eso de que ha visto a Felipa hace poco? —Ezequiel puso esa expresión que utilizaba para ganarse la confianza inmediata de cualquiera, no deseaba que la mujer acabase con el interrogatorio, harta de preguntas indiscretas—.¿Acaso ha estado por aquí?
Tal y como temían, la mujer se dio media vuelta sin molestarse siquiera en responder, convencida de que si guardaba silencio no tenía nada que perder, pero si hablaba, quizás se metiese en un buen lío. Tan sólo se volvió para vocear a la chica, quien no se lo pensó dos veces antes de separarse del animal, coger el cubo mediado de leche y seguir a la madre hasta desaparecer en el interior de una casita que distaba apenas unos metros del chamizo donde guardaban la vaca.
—Pues sí que hemos empezado bien— suspiró Beltrán.
—Al menos ya sabemos que la criada de los Solís ha estado recientemente por aquí, queda corroborado, y ha sido, sin duda, para traer al niño, por lo que no cabe ninguna duda de que Martín está en Froxán, o en alguna aldea próxima. Creo que estamos muy cerca de encontrarlo, amigo.
—No sé, Ezequiel—matizó Beltrán, menos optimista—. Si, por la razón que sea, les da por esconder al niño, entonces podríamos tirarnos años buscándolo.
—Tal y como temíamos, aquí rige la ley del silencio por encima de las demás, nadie quiere líos con nadie, es normal, dependen tanto los unos de los otros que forman una piña frente a los foráneos.
—Pues creo que, en ese caso, lo tenemos muy difícil, Ezequiel.
Se quedaron allí quietos, indecisos, sin saber cuál sería su próximo movimiento. El cansancio comenzaba a pesarles, estaban hambrientos y cansados, pero decididos a regresar con el niño de Celeste. Ezequiel se anticipó a verbalizar lo que Beltrán pensaba.
—Bueno, no creo que nos nieguen un poco de alimento, así que busquemos quien nos dé de comer. Quizás, sin esta angustiosa

sensación de hambre, pensemos con más claridad.
Ataron los caballos a un par de árboles y comenzaron a recorrer el pueblo, despertando a su paso la curiosidad de los escasos lugareños.
—Señora, ¿sabría de alguien que nos pueda dar algo de comer? —Le preguntaron a una anciana de mirada afable, que asomaba por la ventana de su casa—. Hemos hecho un largo viaje hasta aquí y estamos hambrientos.
La mujer apenas entendía el castellano, porque en sus ochenta años de vida, nunca había traspasado la frontera física de esos montes galaicos que cobijaban a la comarca de O Courel. Llamó a voces a un hombre, que asomó a su lado.
—Buenos días, le preguntábamos a la señora si sabe usted dónde podríamos comer algo.
—Aquí no hay fondas. ¿Vienen de lejos?
—Desde Avilés, en Asturias.
El hombre emitió un silbido largo.
—Eso está muy lejos, cerca del mar, creo, tengo una prima que vive por allí cerca.
«La criada de los Solís», pensaron al unísono los dos amigos.
—¿Y qué les trae por aquí? —inquirió el lugareño— si no es mucho preguntar.
—Estamos haciendo turismo por la zona, y nos gustaría poder comer algo—insistió Ezequiel.
El hombre pareció pensarlo un poco, pero enseguida se volvió hacia la anciana, que ya se había adentrado en la casa, y a quien le dirigió unas palabras en gallego.
—Podemos ofrecerles unos huevos, algo de queso y pan— tradujo el hombre.
—Por nosotros está bien— respondió Ezequiel, mirando a su amigo, quien asintió, deseoso de calmar los rugidos de sus tripas vacías.
Al cabo de un rato, estaban sentados en el interior de la casita. No había más que un par de taburetes de una manufactura tosca, formas funcionales sin complicaciones estilísticas. La mesa donde les acomodaron seguía el mismo criterio. Mientras la mujer freía unos huevos en la trébede, su hijo partía un trozo de pan de una hogaza

posada y un par de buenas tajadas de queso gallego, cremoso y tierno.
En cuanto devoraron el improvisado desayuno, un ánimo nuevo les impulsó a seguir buscando, por eso intentaron sonsacarle a su anfitrión algo acerca de la llegada de Felipa a la aldea. Tampoco esta vez tuvieron suerte, pues parecía que la ley del silencio era la única norma que todos parecían seguir a rajatabla. Excepto la joven vaquera, pensó Beltrán. Como estaba claro que de allí no sacarían ninguna información nueva, pagaron generosamente el almuerzo y salieron de la casa.
—¿Qué hacemos ahora? Está claro que nadie sabe nada o, mejor dicho, que no quieren decirlo. Y no podemos registrar las casas una por una, aunque me quedo con ganas de hacerlo.
—No nos queda más remedio que ir a las aldeas colindantes, a ver si nos topamos con alguien que sepa algo y no tenga miedo de hablar.
—Pues vamos a por los caballos, no hay tiempo que perder.
Desataron a las bestias, pero el camino que salía de la aldea era tan angosto que no montaron. Al cabo de unos doscientos metros, la senda comenzó a abrirse, haciendo la travesía un poco más cómoda. Ahora caminaban flanqueados por un bosque de castaños, entre los que surgían impresionantes ejemplares de robles centenarios. La profundidad de la foresta imponía un respeto ancestral y supersticioso.
De pronto, una figura apareció, unos metros por delante, caminando hacia ellos. Enseguida vieron que se trataba de la joven vaquera. Cuando se cruzaron, la chica saludó con gesto tímido.
—¡Espera un momento, por favor! —la detuvo Ezequiel. La muchacha sonrió, sin advertirlo, al encarar el bello rostro del joven. Mientras, Beltrán la observaba, concluyendo que era candorosamente ingenua—.¿Tú podrías ayudarnos?
Ella pareció dudar unos instantes. Miró a ambos lados del bosque, como si quisiese cerciorarse de que nadie acechaba desde la espesura. El silencio se prolongó durante unos segundos, pero al fin, la muchacha habló, quizás hipnotizada por la inquietante mirada de Ezequiel.
—Felipa estuvo aquí, tal y como dije.

—¿Sabes a qué vino?
La joven dudó un poco, pero enseguida sonrió y habló sin pensarlo más.
—Vino con un bebé que dejó en Visuña, creo.
Acto seguido, la muchacha emprendió la marcha, caminando la cuesta arriba en dirección a Froxán con la ligereza de quien está acostumbrada, desde la cuna, a la dureza de una orografía poco apta para débiles. Beltrán y Ezequiel se miraron, aturdidos ante la inesperada respuesta.
—Ha dicho Visuña, ¿verdad?
—Eso he entendido.
—¿Crees que dice la verdad? Yo sí la creo, tiene la inocencia de una niña, sería incapaz de inventar algo así.
Ezequiel asintió con un gesto, él también lo pensaba. Ambos continuaron el viaje en silencio, temiendo por la suerte de la muchacha si su madre llegaba a enterarse de que había sido ella quien se había ido de la lengua, pero conscientes de que estaban ya muy cerca de encontrar a Martín.

Capítulo 41

Montaron en los caballos después de asegurarse de que la dirección que tomaban era la correcta. De camino a Visuña fueron trazando un plan de actuación, crucial para lograr ese propósito que no era otro que regresar con el niño. Antes de lo que imaginaron, las primeras construcciones asomaban entre la frondosa vegetación.

Al igual que hicieron en Froxán, bajaron de sus monturas, a las que ataron a la sombra de unos árboles. Entraron caminando a pie, con las manos en los bolsillos y aspecto relajado, como los turistas que fingían ser.

Llegaron hasta una fuente sin haberse cruzado con nadie, y Ezequiel se sentó en un piedra mientras Beltrán echaba un trago largo de agua fresquísima.

—Esto parece desierto— estaban diciendo, justo cuando llegó hasta ellos una pequeña algarabía. Enseguida se dieron cuenta de que, al otro lado, resguardado por una arboleda, había un pequeño lavadero, donde un grupo formado por cuatro mujeres frotaban con brío la ropa sucia, mientras hablaban animadamente entre ellas.

—¿Nos acercamos? —preguntó Beltrán, quien no estaba muy seguro de la conveniencia de que unos desconocidos interrumpiesen la actividad de las lavanderas.

—Siempre dices que tengo un poder de seducción infalible, así que ¡vamos!

Sin darle tiempo a pensárselo, Beltrán le siguió.

—Buenas tardes, señoras, cuánto bueno por aquí.

En un principio, las mujeres los miraron con desconfianza, pero una de ellas, la más dicharachera, enseguida se mostró dispuesta a entablar conversación con los dos apuestos recién llegados.

—¿Qué les trae por esta aldea? ¿Se han perdido, acaso?

Ezequiel sacó a relucir una de esas sonrisas suyas, capaces de desarmar hasta al más férreo adversario.

—Mi amigo y yo estamos de viaje turístico, descubriendo estos bellos parajes de los que tanto habíamos oído hablar.
Una joven, que hasta el momento permanecía en silencio, intervino con una pregunta que ya les habían hecho.
—¿Y quién, que no sea de aquí, puede conocer este terruño?
Ezequiel sonrió de nuevo, antes de responder:
—Una tía de mi amigo es oriunda de estas tierras, nació cerca de aquí, en Froxán.
—¡Ah, que es usted medio gallego, entonces! —dijo la primera que había hablado, con un marcado acento de la tierra— Ya no son tan forasteros —se atrevió a matizar, mientras hacía un gesto muy parecido a un guiño.
—Tiene usted razón, no somos tan forasteros, sólo un poco— todas sonrieron.
—Quizás conozca alguna a mi tía— prosiguió Beltrán, con la intención de sonsacar información—, ha estado hace poco por aquí.
— ¿Y quién es esa tía suya, de Froxán? —preguntó una de ellas.
—Se llama Felipa, hace ya muchos años que salió de la aldea, ahora vive en Avilés, trabaja para una familia muy conocida de allí.
Las mujeres permanecieron en silencio, pero una de ellas intervino.
—Yo sí conozco a su tía Felipa, y es cierto que ha estado hace poco por aquí, hace bien poco, y eso que hacía años que no venía.
Beltrán vio la ocasión propicia, y decidió apostarlo todo:
—En efecto, vino con un niño al que dejó aquí.
La mujer que decía conocer a Felipa asintió con la cabeza, por lo que ambos respiraron aliviados al ver que iban en la dirección correcta.
Una de ellas le preguntó a la otra:
—¿No será el *neno* que está criando Petra?
Antes de que la joven tuviese tiempo de responder, Ezequiel, envalentonado, prosiguió con la farsa.
—¡Vaya historia triste, la de ese pequeño! Imagino que ya la conocerán.
—Pues no, no sabemos nada—respondió la primera que había hablado— *la* Petra es muy suya y no ha dicho ni esta boca es mía. Pero ya nos lo imaginamos.
Ezequiel sonrió.

—¿Y qué se imagina usted? Tengo curiosidad por saber si ha acertado con su suposición.
La mujer respondió de inmediato, halagada al sentirse el centro de atención del guapo caballero.
—Digo yo, señor, que el *neno* será el fruto de amoríos prohibidos, quizás de una dama asturiana, de ahí el traerlo tan lejos—todas sonrieron con picardía, dos de ellas se dieron un codazo cómplice.
—Pues imaginan mal, señoras—dijo Ezequiel, dejándolas perplejas. Y como esta parte tampoco estaba prevista, el joven decidió seguir improvisando—. Ese pequeño es hijo de una importantísima familia asturiana, donde varios de sus miembros han enfermado de tuberculosis —las mujeres le miraban sin comprender —no se crean que los ricos están libres de enfermedades como la tisis. Trajeron al niño lo más lejos posible, para que respire el aire siempre beneficioso de la montaña, con la intención de preservarlo de la enfermedad.
Todas callaron, sin duda sorprendidas por la inesperada versión del origen del niño.
—Ya me explico yo— prosiguió la más dicharachera— por qué Felipa lo llevó donde *la* Petra: ésa, por dinero, capaz de acoger a un tísico bajo su techo.
Todas rieron la ocurrencia, pero tanto Beltrán como Ezequiel, ambos en silencio, sopesaban la importancia de la información que acababan de recabar.
—Señoras — dijo Ezequiel —ha sido un placer conversar con ustedes, pero hemos de proseguir viaje.
Los jóvenes se despidieron del grupo y se adentraron en la aldea, porque, ahora sí, sabían hacia dónde dirigirse. En cuanto estuvieron solos, Beltrán le preguntó a Ezequiel:
—Así que buscamos al hijo de una pareja de tuberculosos. ¿De dónde te has sacado tal ocurrencia?
—Hazme caso, de todo lo que sabemos, poco y al revés. Así, si alguien intenta averiguar quienes somos y qué andábamos buscando, la información será tan confusa que los despistará, al menos en un principio.

Preguntaron al primer ser viviente con el que se cruzaron, un anciano macilento cuya cachava parecía ser su único anclaje a una tierra que ya le resultaba demasiado hostil. Pero a pesar de su aparente debilidad, el hombre respondió con brío inesperado:
—Claro que sé donde vive *la* Petra, ¡somos cuatro gatos!
Y acto seguido, les dio las instrucciones, en cuya dirección se encaminaron.
El marido de Petra tenía un pequeño molino, una huerta en la que trabajaba cuando ellos llegaron y cuatro bocas a las que alimentar. La esposa, una mujer, delgada en exceso, que parecía haberse olvidado hacía mucho tiempo de sonreír, los recibió con desconfianza a la puerta de la vivienda.
—¿Es usted Petra?
—¿Y quién me busca? —preguntó, ella, a su vez.
—Venimos de parte de Felipa—mintió Beltrán. En ese momento, los recelos de la mujer aumentaron, exteriorizándolos en un gesto arisco, casi agresivo, del ceño en exceso fruncido.
—¿Felipa?
—Sí, señora, Felipa, la misma que vive en Avilés, ya sabe usted, quien le trajo al niño.
Era evidente que la mujer tenía orden de mantener en secreto la procedencia del bebé al que criaba, porque se puso a la defensiva.
—¿Y para qué les envía ésa ahora?
—Señora, como usted sabe bien, este es un asunto delicado, que deberíamos tratar dentro, no en la puerta, así que, si es usted tan amable de invitarnos a entrar, le pondremos al corriente de todo.
—No puede ser, no pueden ustedes entrar en mi casa sin el consentimiento del esposo. ¡Marcial! —gritó la mujer, dirigiéndose al hombre que habían visto cavando en el huerto, quien, alertado por las voces, se giró en dirección a la casa. La mujer, malencarada aún, le hizo un vigoroso gesto con la mano para que se acercase y él, azadón al hombro, se encaminó con paso lento, como si hacerlo le costase un esfuerzo ímprobo.
—Estos señores, que dicen venir de parte de Felipa— explicó la mujer cuando al esposo aún le faltaban dos otres metros para llegar hasta ellos.

—¿Y qué se les ofrece?
Antes de que pudiesen responder, Petra le agarró del brazo y le llevó aparte, dejando muy claro que sus pequeños dominios eran su matriarcado.
—Estos forasteros, no me fío un pelo de ellos— le dijo en susurros.
—¿Qué piensas, mujer, que son sacamantecas? —inquirió él.
—Ya sabes que más de una criatura ha aparecido desollada en el bosque. Y Felipa ya nos advirtió que nadie, pero nadie, podía saber de este niño.
—Si dicen que vienen de su parte, habrá que fiarse, ¿no? Además, Felipa lo único que buscaba era deshacerse de la criatura, me da en la nariz que le trae al fresco la suerte que pueda correr. Que entren, y a ver qué se cuentan.
Con la conformidad del esposo, Petra pasó dentro de la casa dejando que ellos la siguieran. La pequeña vivienda se distribuía en torno a una habitación central, donde, en un rincón, dormía un bebé. Sin saber por qué, Beltrán imaginó que sería el hijo menor de los molineros. Pero en cuanto la mujer lo levantó del camastro donde reposaba, el corazón le dio un vuelco: sólo había visto en una ocasión al bebé de Celeste pero, a pesar de que habían transcurrido unos meses y el niño había crecido bastante, era inconfundible. Emocionado, los ojos se le humedecieron, apenas podía creer que, por fin, lograría llevarlo al lado de su madre. A Ezequiel, observador como pocos, no le pasó desapercibida la turbación de su amigo, por lo supo que ese bebé que la mujer sujetaba en los brazos era Martín. Ahora debían hacer uso de su mejor estrategia para convencer a Petra.
—Vayamos la grano, Petra. Imagino que Felipa le habrá contado la historia del pequeño que tiene entre los brazos—comenzó Beltrán, procurando que la voz no le temblase por la emoción, y sin poder apartar los ojos del pequeño, que parecía mirarle como si le reconociese.
—Pues claro —respondió ella con naturalidad—. Cuando se viene desde tan lejos en busca de ama de cría, ya sabemos que es para lavar la honra de alguna señorita enfangada.

—Se equivoca usted, si eso es lo que le han contado, le han mentido — dijo Ezequiel, rotundo—. Esta criatura tiene padres, ambos padecen tuberculosis, de ahí el interés en alejarlo y traerlo a respirar el aire de la montaña.
La mujer miró al bebé con aprensión, y ambos pudieron constatar el rechazo en su gesto.
—¡Esta Felipa! Es de la piel del diablo. ¿Qué quiere, matarnos a todos o qué? —dijo la mujer, refiriéndose al riesgo de contagio de la temida enfermedad.
—No se preocupe, que hemos venido hasta aquí para llevárnoslo.
Petra calló unos instantes, porque no estaba dispuesta a devolver el dinero que le habían dado por el niño, parte del cual ya había gastado, sin que su esposo tuviese conocimiento de ello, en unas pócimas que fabricaba un boticario de Lugo, y que volvían a los hombres tan mansos que el molinero, ardiente e incansable semental, parecería, a la vuelta de unas semanas, un indefenso corderito incapaz de balar.
—De eso nada, si no hablo con Felipa, ustedes no se llevan a este mocoso. ¡Por encima de mi cadáver!
—Señora, no se ponga usted así, primero escúchenos— dijo Ezequiel haciendo uso de su infalible poder de persuasión, que pareció hacer efecto, pues la mujer se sentó en un taburete con el pequeño en brazos, haciéndoles un gesto para que se acomodasen en un banco corrido pegado a la pared.
—El niño debe volver con su familia, así nos lo ha encomendado Felipa.
—¿Y qué pasa con lo que me dio? — la mujer se refería, obviamente, al dinero que le habían pagado por hacerse cargo de Martín. Ambos se acordaron de las palabras de la joven lavandera, refiriéndose al carácter avaricioso de Petra. Como ahora ya conocían su punto flaco, llevaban ventaja.
—De eso, olvídese. Lo que Felipa le pagó en su día, es un trato aparte. Los padres nos han encomendado venir en busca de su hijo y pagarle a usted una suma muy generosa por las molestias ocasionadas.

Ahora sí, los ojillos de Petra se iluminaron, y en cuanto Beltrán echó mano a la faltriquera donde custodiaba el dinero —con tal de regresar con el niño, habían previsto incluso un posible soborno—, la sonrisa asomó por vez primera a su rostro.

—Esperemos que esta cantidad compense sus desvelos por la criatura—dijo Beltrán innecesariamente, pues sabía de sobra la respuesta.

—¡Cómo no, señor! —dijo la mujer, extendiendo sus brazos para tenderle a Martín, deseosa de coger el dinero antes de que esos forasteros se arrepintiesen e intentasen quitarle la mitad, pues la avaricia la había cegado hasta el punto de anularle la capacidad de negociar con ellos.

—Un momento, no tan rápido —dijo Beltrán, tomando entre sus brazos al bebé, emocionándose de nuevo al sentir el calor de su cuerpecillo menudo y recordando a ese hijo suyo que ya nunca nacería—. Como podrá comprender, no podemos salir con un niño tan pequeño a estas horas, la noche nos pillaría por esos caminos boscosos, lo cual no es nada seguro. Pernoctaremos aquí. Mañana, antes de partir, alimentará al crio, y hemos de improvisar un transporte cómodo para él, hable con su marido, quizás se le ocurra algo. Por cierto, ¿tiene usted un lugar donde cobijarnos esta noche? Por supuesto, se lo pagaremos aparte.

—La vivienda no es gran cosa, como pueden ver, pero podrían alojarse en el altillo del molino.

Beltrán negó con la cabeza, al tiempo que Ezequiel le miraba sin comprender, hasta que su amigo se explicó:

—Desde ahora, nuestra obligación es custodiar al pequeño sin perderle de vista ni un segundo.

Petra era tan avariciosa que no dudó un segundo en cederles su cama a esos desconocidos. El molinero, al igual que ella, pasó la noche en el suelo, maldiciendo su incapacidad para negarse a los caprichos de esa esposa que tan pocas satisfacciones le daba.

Por la mañana, muy temprano, cuando el sol comenzaba a adivinarse tras la montaña, los dos hombres partieron de la aldea. Habían sujetado el capazo de mimbre, en posición vertical, a la espalda de Beltrán, cerrándolo cuanto pudieron, de tal forma que

Martín viajaba tan seguro como una mariposa encapsulada en su capullo. Nadie los vio partir, pero en la aldea siempre prevalecería la versión de que el niño que criaba Petra había regresado con su familia de tuberculosos.

Armados de paciencia, y previendo que el viaje de regreso sería complicado, los dos se perdieron por el camino que serpenteaba entre un bosque milenario, denso y plagado de leyendas. Volvían a Asturias con el corazón desbordante de alegría, entusiasmados ante la satisfacción, inigualable, de haber logrado la mayor proeza: Celeste abrazaría de nuevo a ese hijo al que creía haber perdido para siempre.

Capítulo 42

El verano terminaba, los días comenzaban a acortarse y el aire traía los aromas de la nueva estación, a setas y a tierra húmeda, a la madera seca que ya ardía, al anochecer, en la chimenea.
No tenían noticias de Beltrán, lo cual le hizo suponer a Celia que Ezequiel y él se encontrarían en un inhóspito paraje donde el tendido telefónico aún no había llegado. Quiso pensar eso, porque la otra opción, la de que él no la echase de menos, era insoportable.
Mientras tanto, se revolvía inquieta en la soledad de su cama, tan lejos de la calidez del cuerpo de Beltrán, anhelando el contacto de sus manos grandes abrazando su cintura, el tacto de su barba cosquilleando en sus labios. Sin duda, los disgustos le estaban pasando factura, porque últimamente su digestión era desastrosa y, sobre todo por las noches, notaba molestos movimientos abdominales que, sin provocarle ningún dolor, le inquietaban, por extraños.
Para colmo de males, y en consonancia con tanto desasosiego, no había vuelto a tener el periodo, lo cual era un claro indicativo de la tensión emocional a la que estaba sometida. Aquel verano, que prometía ser tan feliz, había traído consigo una cadena de desafortunados acontecimientos que, desde luego, lo harían inolvidable. Se encontraba mal de ánimo, pero también le preocupaba su salud. Antes de quedarse dormida, tomó la determinación de acudir a un especialista, quizás tuviese un problema digestivo grave. No diría nada porque consideró innecesario preocupar a Silvia o a Rosita hasta que no tuviese un diagnóstico claro.
Y así se quedó dormida: pensando en la consulta de un doctor desconocido y rememorando, con lágrimas en los ojos, aquella otra consulta a la que acudió con su madre y con Beltrán y en la que, por primera y última vez, oyó el latido de ese hijo tan deseado, que ya sólo vivía en su recuerdo.

Al día siguiente, tal y como había decidido, Celia se preparó temprano para salir. Antes de que Silvia bajase a desayunar, ella ya se dirigía hacia el cobertizo que habían habilitado como garaje. Allí estaba Roberto, el mozo de cuadras que, por consejo de Beltrán, había comenzado a estudiar mecánica de automóviles, destinados a reemplazar, sin duda, a la tracción de sangre. El joven, trabajador y muy espabilado, se lo había tomado tan en serio que, cuando no tenía que ocuparse de los caballos o de los dos carruajes, se pasaba las horas tratando de comprender los esquemas de funcionamiento del motor, en un libro que Beltrán le había proporcionado. Entusiasmado por el artefacto, también había aprendido a conducirlo, y lo cierto era que se le daba muy bien.
—Roberto, necesito que me lleve a Oviedo ahora mismo, prepare el carruaje cerrado, por favor.

Al cabo de un rato, Celia montaba en el coche de caballos, Roberto cerraba la portezuela y salían rumbo a Oviedo mientras Silvia, que desconocía las intenciones de su cuñada, veía partir el vehículo. Desolada, pensó que era evidente que Celia estaba pasando por un momento pésimo, y temió que los problemas del matrimonio se enfangasen sin solución. En ese momento, Rosita abrió la puerta:
—¿A dónde ha ido Celia? —preguntó, sin duda inquieta— ¡No me ha dicho nada!
—A mí tampoco —fue la escueta respuesta de Silvia.
—Les pasa salgo, ¿ verdad? —preguntó el aya, refiriéndose al matrimonio.
Silvia asintió con la cabeza, apesadumbrada:
—Un terrible encontronazo causado por algo sucedido tiempo atrás, cuando ni siquiera se conocían. Espero que Celia sea capaz de reflexionar y comprender a mi hermano, porque el asunto no es tan grave como para tirarlo todo por la borda. Pero también hay que comprenderla, Rosita: lo está pasando muy mal, la pérdida del bebé ha sido algo terrible, y luego está lo del niño de Celeste, que también le ha afectado mucho. Si e eso se le añaden otras cosillas que están enredándolo todo, pues sucede lo que ha sucedido: la

gota que ha colmado el vaso ha sido, precisamente, la que no debería haberlo hecho.
Rosita la miró, su mirada era, como siempre, comprensiva e inteligente, y al igual que siempre, sus palabras trajeron la tranquilidad a la mente de Silvia.
—No te preocupes, todo está bien, si Rosita te lo dice, confía, niña, que así será.
El aya abrazó a la joven y salió de la habitación, dejando la esperanza sembrada en el corazón de Silvia.

«Dr. Don Ramón González, *Médico Titular.* Especialista en Enfermedades del Estómago». Desde la bruñida placa de bronce, el nombre del doctor relucía, a modo de reclamo, con brillo propio. Celia se detuvo sólo un instante antes de acceder al portal con paso firme.
El portero no quiso importunar a la joven señora, y subyugado por su elegante porte y la indudable belleza de la dama, saludó con un gesto de cabeza, dando por hecho que se dirigía al principal, a la consulta de don Ramón. No obstante, permaneció atento hasta que oyó la voz de la enfermera en el rellano, y el inconfundible chirrido de la puerta al cerrarse .«A ver si tengo un rato y la engraso», pensó. Sólo entonces, continuó enfrascado en su monótona tarea, la de liarse unos cuantos cigarrillos y dejarlos, ya preparados, dentro la pitillera.
El doctor era un hombre maduro, de clarísimos ojos azules que resaltaban bajo de unas cejas abundantes y espesas, pobladas de canas. Era amable sin fingimientos y se notaba que amaba su trabajo, porque acompañaba su indudable diligencia profesional con una sonrisa abierta y sincera, capaz de tranquilizar al paciente más nervioso.
—Cuénteme, señora — le dijo a Celia, en cuanto la enfermera la ayudó a tumbarse en la camilla, dispuesta tras un discreto biombo.
—Verá, doctor—comenzó ella— llevo una temporada con indigestión y, sobre todo, por la noche, noto unos extraños movimientos

abdominales que nunca antes había tenido. Estoy un poco preocupada por mi salud.
El doctor cambió la sonrisa por un gesto serio que denotaba una gran concentración.
—Señora, ¿hay alguna posibilidad de que esté usted encinta?
—Precisamente, doctor, perdí a mi hijo hace unas semanas. Y desde entonces —ahora la joven desvió la mirada— no hay ninguna posibilidad de que lo que usted menciona se haya producido.
El doctor seguía pensativo mientras palpaba, como masajeando, el vientre de Celia.
—¿Ha vuelto usted a menstruar? —el médico se disponía a rectificar, creyendo que quizás Celia no comprendiese el tecnicismo utilizado para referirse al periodo femenino, pero ella respondió:
—No, doctor.
De nuevo, el doctor asintió, pensativo, mientras Celia, cada vez más impaciente ante la reserva del médico, comenzaba a temerse un fatal diagnóstico.
El médico tomó un estetoscopio, con el que le auscultó el vientre durante un buen rato, que a la joven se le hizo interminable. Finalmente retiró el aparato de su piel, lo dejó con cuidado sobre una mesita auxiliar y la sonrisa — una sonrisa compasiva, interpretó Celia— regresó a su rostro afable.
—¿Ha venido sola, señora?
La pregunta del doctor confirmaba sus peores augurios. A continuación, le daría la fatídica noticia, y ella no tendría en quien apoyarse para minimizar el impacto porque, así era, había acudido sola. Aunque Beltrán hubiese estado para acompañarla, ella no se lo hubiese permitido, porque le había retirado la palabra por una estupidez, desestimando tantas virtudes por un error cometido cuando ni siquiera la conocía, y del que estaba muy arrepentido, como él mismo le hizo saber, con el brillo de las lágrimas a punto de desbordar sus bellos ojos. Tampoco le había dicho nada a Silvia, su amiga, la persona gracias a la cual había evitado el matrimonio con Jaime Solís, un ser perverso y depravado que le hubiese condenado al infierno en vida. Ni a Rosita, esa mujer siempre dispuesta, cariñosa y atenta, que la hubiese acompañado de mil amores.

Estaba sola porque había desestimado, por cabezonería más que por arrojo, la compañía de todas esas personas que tanto la querían y a las que ella había dejado de lado.
—Sí, doctor, completamente sola—respondió con voz temblona, mientras la enfermera, quizás compadeciéndose también, le dedicó una sonrisa rápida, profesional, escueta.
—Pues lo que debo decirle…
—Adelante, doctor— dijo Celia con determinación, en un alarde de valentía inesperado.
—Lo que tengo que decirle es que yo nada puedo hacer por usted — la cara de la joven se contrajo en una mueca de pavor que contrastaba con la inexplicable sonrisa del médico— porque ésta no es mi especialidad: ha de acudir a un tocólogo.
Celia le miró sin comprender del todo, imaginando que quizás tuviese alguna complicada enfermedad de mujeres. El médico seguía sonriendo con placidez, e interpretando la confusión de su paciente, se deshizo en explicaciones.
—No me cabe ninguna duda de que está usted encinta, acabo de oír el latido del feto. Y eso que tan extraño se le hace, son los movimientos de la criatura, su hijo se ha movido con inusitado vigor mientras la examinaba.
Celia palideció. Esta incorporada, pero volvió a tumbarse mientras la enfermera corría, solícita, a por un vaso de agua.
—¿Está… está usted seguro?
—Ya le digo, señora, que esta no es mi especialidad, pero, a pesar de ello, estoy tan seguro como de que me llamo Ramón González— asintió mientras le daba una palmadita en la mano, sin relajar ni un momento la pacífica sonrisa que parecía esculpida en sus gestos.
—Y entonces, ¿por qué me dijeron que mi hijo …? — Celia se cubrió el rostro con las manos, y aunque lloraba de felicidad, no pudo evitar pensar en el médico de Villalegre, aquel que le dio el fatídico diagnostico con una indignante falta de humanidad.
—Me imagino que tendría usted un leve sangrado y alguna molestia que indujo, a un doctor en exceso ocupado, a darle un diagnóstico rápido, sin el consiguiente seguimiento. De haberla visto a posteriori, hubiese podido comprobar que sólo se trataba de una pequeña

hemorragia sin consecuencias, más habitual de lo que creemos y que suele coincidir, curiosamente, con la fecha del periodo de la mujer. Porque no tuvo usted dolores de parto, ni un sangrado excesivo, ¿verdad?
—No, señor, tuve algún dolor fuerte, que enseguida remitió.
El doctor asintió con un movimiento de cabeza.
—Pues está usted embarazada, señora, y su hijo está de maravilla, a juzgar por la fuerza de sus movimientos y el latido de su vigoroso corazón. Pero el especialista le dará las indicaciones precisas. Y ahora alegre esa cara, mujer, ¡bendita causa de indigestión! —río el doctor—. ¿Ve a lo que me refería, cuando le pregunté si venía sola?
Celia no pudo evitarlo y, al ponerse en pie, abrazó al doctor.

El viaje de regreso se le hizo muy largo, tal era su impaciencia por llegar y contarles a los suyos que todo estaba bien, que la vida nunca había cesado de crecer en ella. Ya llegando a Villalegre, le indicó a Roberto que se detuviese en Villa Beatriz.
Durante todo el trayecto había ido pensando en el emocionante momento de comunicar a su familia la feliz noticia, y ahora, mientras llamaba a la puerta, temió que la emoción desluciese su alegría, como así fue. Fue Olga quien abrió.
—Celia, querida, tu mamá está arriba, enseguida le digo que estás aquí. ¿Te encuentras bien? Te veo un poco pálida.
La joven asintió con la cabeza.
—No te vayas muy lejos, quiero que oigas lo que tengo que contarle a mamá. ¿Tía Marta está en casa? —al ver que el ama de llaves asentía, Celia expresó su deseo de que bajase también.
Desde la sala, oyó las voces amadas de su madre y su tía mientras descendían la escalera, y se irguió en el asiento. Aún le dio tiempo a limpiarse el lacrimal, nuevamente húmedo a causa de una emoción que no era capaz de controlar. Las hermanas Cruz-Stuart la recibieron con un cariñoso abrazo.
—Hija, ¿cómo tú a estas horas por aquí, y sola?
—Vengo de Oviedo, mamá —Beatriz frunció ligeramente el entrecejo — del médico.

Los semblantes de ambas mujeres adquirieron una repentina seriedad, y Celia, disfrutando como una niña traviesa, aún mantuvo durante unos segundos la intriga, hasta que no pudo más.
—Estoy encinta, mamá, nunca he dejado de estarlo, y mi hijo está sano y fuerte.
Tal fue el alboroto, que la pequeña Aurora, desoyendo el consejo de miss Hudges, bajó a la carrera. Cuando entró en la sala sonreía, animada por el ambiente de felicidad que allí se respiraba, al que ahora se había unido Olga también.
—¿Qué pasa, Celia? —preguntó la niña después de acercarse y saludar a su hermana con un beso en la mejilla.
—Pues pasa, querida hermanita, que vas a ser tía, el bebé sigue con nosotros.
Aurora frunció el ceño, se cruzó de brazos y, antes de que abriese la boca, su madre ya elevaba los ojos al cielo, temiéndose lo que se le ocurriría a continuación.
—¡Vaya lío! Mamá me dice, de buenas a primeras, que continúe bordando los baberos si quiero, pero que el bebé se ha ido al cielo. Y resulta que ahora ha bajado otra vez. ¡Este niño me va a volver loca!
La carcajada fue generalizada, ni siquiera Beatriz pudo evitar reírse hasta saltársele las lágrimas.
—¿Esperas a papá? ¡Quédate a comer y le das tú la buena noticia!
—No puedo, mamá, he salido sin avisar ni a Silvia ni a Rosita, me parece una descortesía llamar de pronto y decir que no como con ellas. Me vieron salir y estarán preocupadas.
—Lo veo muy razonable, hija. Además, estarás deseando darles la noticia a ellas también. Bueno, pásate por aquí mañana y se lo dices a tu padre, verás qué alegría tan grande se lleva.
Celia se despidió de su familia y puso rumbo al palacete de los Villanueva, donde, tal y como intuyera Beatriz, estaba deseando dar la buena noticia a esas otras mujeres a las que también quería tanto.

Capítulo 43

El carruaje se detuvo a la entrada de la casa. Cuando Celia descendió de él, las buganvillas que adornaban parte de la fachada le parecieron más coloridas, los árboles más vigorosos, y el viejo palacete de piedra aparecía soberbio ante sus ojos, en todo el esplendor de su digna antigüedad. Rosita, que había visto detenerse al carruaje, le abrió la puerta, y se llevó un buen susto cuando Celia se abrazó a ella, llorando como una Magdalena. En ese momento apareció Silvia, quien se paró en seco, impactada también al ver a su cuñada de ese modo.

—Vengo de visitar a un doctor…—fue capaz de articular Celia.

Tanto el aya como Silvia la miraron con el temor reflejado en sus rostros expectantes.

—Venid, vamos a la sala.

Celia fue la primera en entrar y acomodarse.

—He visitado a un doctor en Oviedo, estaba preocupada por esas indigestiones que sufro tan a menudo.

—Pero querida niña—intervino Rosita— ¿Cómo no has dejado que te acompañásemos?

—No quería preocuparos hasta tener un diagnóstico concreto.

—Y, ¿qué te han dicho? —preguntó Silvia indecisa, como si temiese oír la respuesta.

Se hizo el silencio, mientras Celia, con la cabeza gacha y las lágrimas rodando por su bello rostro, se armaba de la resolución necesaria para darles la noticia sin que la emoción se lo impidiese. Mientras, Rosita, sentada al lado de Silvia, le tomaba la mano y se la apretaba, como si quisiese, con el gesto, infundirle ánimos o, quizás, descargar su nerviosismo.

—Me ha dicho que estoy encinta —dijo Celia de carrerilla, y, a continuación, estalló de nuevo en un llanto feliz.

—¡Lo sabía! — fue lo único que dijo Rosita antes de llevarse las manos a la cara, radiante de felicidad.

—¡Celia! Pero, ¿estás segura?
Celia, ya más calmada, les relató todo lo acontecido en la consulta del médico. Lágrimas emocionadas corrieron ahora por los rostros de las tres.
—El niño está perfectamente— en ese preciso instante, la criatura se movió— ¡Mirad!
Al posar su mano sobre la tripa de Celia, fue la primera vez que Silvia constató la presencia real de esa criatura a la que tanto había deseado.

Esa misma tarde fue Silvia la que, sin decir nada a ni a Celia ni a Rosita, preparó el carruaje y partió hacia Villalegre.
El doctor, por suerte, estaba en su consulta, y después de esperar un buen rato, tuvo a bien recibirla.
—¿Qué le sucede ahora, señorita? —preguntó el médico, sin tener con ella la cortesía de levantar la vista para mirarle a los ojos.
—Por fortuna, doctor, no me sucede nada —respondió la joven con sequedad—. Estamos todos perfectamente, incluida mi cuñada Celia Quiros, quien lleva su embarazo de maravilla.
Entonces sí, el doctor la miró alarmado, aunque no quisiese darlo a entender.
—¿ Se sorprende usted, acaso? No me extraña nada, después de su diagnóstico erróneo. Sólo he venido a decirle que el trato que dispensó a mi cuñada fue nefasto, y que ha cometido usted una negligencia importante. Mire, doctor, por suerte, ella ha podido acudir a otra consulta donde le han dado un diagnóstico correcto, pero hay mucha gente por aquí que no se puede permitir el lujo de ir a Oviedo y pagar a un médico especialista. Es por todos ellos por lo que su actitud y su falta de profesionalidad me indignan tanto.
—Señorita, en ese momento, su cuñada, la señora de Villanueva, sufría fuertes dolores y una hemorragia que hacían pensar en un aborto espontáneo.
—Doctor, lo correcto hubiese sido hacerle un seguimiento a su paciente, pues de ser como usted dice, podría haber corrido un riesgo importante. No volvió a preocuparse por ella.

—Repito señorita que, en ese momento, todo apuntaba a que no había nada que hacer.
—Y yo le repito, doctor, que la atención hacia su paciente fue nefasta, ni siquiera tuvo la profesionalidad de explorarla en condiciones. ¿ Es necesario que le recuerde que mi hermano, Beltrán Villanueva, es uno de los mejores abogados?
—Lo sé, señorita, y lamento lo sucedido, lo lamento más de lo que se imagina.
—Vaya, doctor, parece que ahora empieza a comprender la gravedad de su actuación. No se preocupe, que mi intención al venir aquí no ha sido otra que la de recordarle que trata usted con personas, no con máquinas, y eso es algo que no debe olvidar nunca. Espero que lo sucedido le ayude, en adelante, a ser más humano, aunque no tengo demasiadas esperanzas puestas en ello.
En ese momento, Sílvia se puso en pie, al tiempo que el doctor, que parecía haber recuperado de pronto los buenos modales, lo hacía también. Ya salía de la consulta, cuando se volvió para decirle:
—Doctor, esta va a ser mi buena acción del día: intentaré convencer a mi hermano de que no emprenda acciones legales contra su persona. Usted ya tiene bastante con mirarse cada día al espejo y ver lo que ve, una persona carente de conmiseración hacia sus semejantes.
Cuando Silvia abandonó la casa del doctor, lo hizo con la satisfacción de haberse enfrentado cara a cara con ese hombre carente de humanidad. Tenía la esperanza, aunque minúscula, de que sus palabras le hiciesen reflexionar, pues la vida de muchas personas, en kilómetros a la redonda, dependía de su buena praxis profesional.

Era ya media tarde cuando, desde el jardín trasero, Silvia y Celia oyeron el motor de un automóvil.
—¿Será Beltrán? —dijo Silvia mientras se ponía en pie, casi de un salto.
Ambas se dirigieron a la sala, desde donde, en efecto, pudieron ver el coche adentrándose hacia el garaje, donde Roberto ya salía a recibirlos.

—¡Rosita! ¡Es Beltrán!
Ahora las tres corrieron hacia la puerta principal, la cual abrieron para precipitarse al exterior en el momento en el que los dos hombres se acercaban hacia la casa, cargando con algo que…
—¡Es un capazo de mimbre! —dijo Silvia, antes de descender de dos en dos los escalones de la entrada para correr hacia ellos, mientras Rosita sujetaba de la manga a Celia justo a tiempo de evitarle el riesgo innecesario de imitar a su cuñada en un impulso.
—¡Es Martín! — gritó la joven, arrebatada por la emoción, cuando se asomó al capazo que su hermano le mostraba con una sonrisa en el rostro cansado. Celia y Rosita se acercaban también y, alertadas por la llegada del coche y por la algarabía reinante, las criadas asomaron desde el patio de servicio del palacete. No tardaron en comprender lo que estaba pasando, sin terminar de dar crédito a lo que contemplaban sus ojos: el señor marqués sujetaba entre sus brazos un cesto de mimbre con el bebé de Celeste en su interior. La joven era la más desconcertada, así que se acercó con cautela hasta Beltrán. Sin una sola palabra de por medio, él, emocionado, le tendió el capazo, donde el niño, con los ojos muy abiertos, como si no quisiese perderse el emotivo reencuentro con su madre, la miraba sin pestañear.
Los momentos que se sucedieron fueron de esos instantes inolvidables, y la vieja mansión fue testigo, una vez más, de los acontecimientos. En esta ocasión fueron abrazos emotivos y felicitaciones a los recién llegados por el éxito de su misión y todos, señores y personal de servicio al completo, mezclados ante la entrada principal, celebraban la mejor de las noticias, el regreso de un hijo que ahora se apretaba contra el regazo de su madre, como si temiese separarse de ella. Ludivina los abrazaba a ambos con cierto recato, como si no terminase de creer en tanta dicha.
Hasta la cocinera salió secándose las manos en cuanto se aseguró de que lo que tenía en los fogones no se le quemaba, y al ser la última en aparecer, todos disfrutaron contemplando su cara emocionada al ver al pequeño Martín en los brazos de Celeste.
Entre tanto alboroto y tantas risas nadie se percató de las miradas que Roberto le dirigía a la feliz madre, ni de la sonrisa que ella le

devolvía, una sonrisa cargada de devoción.
Tras un buen rato, cada uno volvió a sus quehaceres, aunque Rosita decretase, como medida extraordinaria, que se asase un pollo para el personal de servicio, que podrían acompañar con unas botellas de sidra, la ocasión era propicia para que todos la celebrasen.
Ezequiel se quedó a cenar, y prepararon una habitación para que pasase la noche allí. Después de darse un buen baño—ambos lo necesitaban— se reunieron en el salón con las mujeres, deseosas de conocer los detalles de todo lo sucedido. Mientras saboreaban sendas copas de coñac, las pusieron al tanto de los detalles. De cuando en cuando, Beltrán miraba de reojo a su esposa, esperanzado. Quizás la separación de los días previos le hubiese servido para reflexionar. Deseó que así fuese, la amaba tanto que no podría soportar que ella lo dejase. Pensó en la carta que guardaba en su despacho, otro pequeño triunfo, un nuevo motivo de alegría entre tantas adversidades.
Antes de sentarse a cenar, Silvia y Celia fueron a ver a Celeste. El servicio ya había preparado la mesa, y un suculento pollo asado esperaba en el horno.
—Señoritas…dijo Celeste con timidez, cuando ellas entraron en el dormitorio de la joven. Estaba sentada en la cama, y daba de mamar a su hijo con indudable satisfacción.
—Es un milagro, aún tengo leche…—dijo bajito, para no perturbar al bebé.
Celia y Silvia se miraron y sonrieron.
—Desde luego que es un pequeño milagro—dijo Celia.
—Bueno, quizás se deba a que no he dejado de pensar en mi hijo, he estado siempre con él, y mi cuerpo así lo ha creído.
Silvia asintió en silencio, mientras pensaba en las palabras de Celeste, tan sabias, viniendo de una chiquilla tan joven. Se percató, de pronto, de lo poco que sabía de la muchacha, y se hizo el propósito conocerla un poco más, pues estaba segura de que valía la pena emplear tiempo y recursos con ella.

Aquella noche, la cena transcurrió en un ambiente marcado por la satisfacción. La incertidumbre del paradero del pequeño Martín había dado paso a la tranquilidad. Beltrán y Ezequiel siguieron respondiendo a las preguntas de las tres mujeres, muy interesadas en conocer hasta lo más mínimos detalles de lo ocurrido.
—Y ahora, ¿qué pasa con Jaime? ¿qué sucederá cuando se entere de que el niño está con Celeste, aquí, en esta casa?
—Bueno—respondió Beltrán— creo que pondrá el grito en el cielo porque, en cierto modo, se sentirá burlado por nosotros. Debemos extremar las precauciones respecto a él, pues querrá vengar esta nueva afrenta a su orgullo.
Todos sonrieron, pero fue Celia quien insistió:
—¿Podría volver a solicitar la custodia del niño?
—Ahora es casi imposible, porque no podrá alegar ninguno de los supuestos que le permitirían acogerlo.
—Y reconociendo que es el padre del niño, ¿tendría alguna posibilidad?
Beltrán sacudió la cabeza:
—Jaime Solís nunca declararía tal cosa, le compromete en exceso. Podría hacerlo, pero se vería obligado a pasar por encima de los derechos de la madre. Aunque, como sabemos, pisotear los derechos ajenos no es algo que le importe demasiado.
—Bueno, ahora disfrutemos del momento —intervino Rosita— y no adelantemos acontecimientos, preocuparnos en exceso no nos conviene, ¿verdad, querida?
El aya se dirigió a Celia, giñándole un ojo cómplice, como si la incitase a darle a Beltrán la buena noticia cuanto antes. Pero Celia no pareció darse por enterada.
Llegó el momento de dar por finalizada la feliz velada, y Beltrán sintió que el corazón le daba un vuelco al ver salir a su esposa sin apenas mirarlo. Antes de que él partiera, Celia había decidido dormir en otra habitación, y temió que ella siguiese deseando la soledad antes que su compañía.
—Celia, amor mío—él la cogió del brazo con suavidad, mientras los demás se alejaban, camino de sus respectivos dormitorios— necesito enseñarte algo, sólo será un momento.

Ella lo siguió en silencio hasta el despacho, donde él cogió una llave pequeña de la estantería, con la que abrió el primer cajón de la mesa.
—Esto es para ti—le tendió la carta escrita por Mercedes, dirigida a John Beadle.
Celia la leyó en silencio, mientras Beltrán la miraba embelesado, contemplando sus ojos, deleitándose con la curvatura de sus pestañas, con el rojo encendido de esa boca que tantas veces había besado. Los ojos se le humedecieron al pensar que quizás ella no fuese capaz de perdonarlo. Cuando su esposa levantó la vista, interrogante, él dijo:
—Con esto, el honor de tu familia está a salvo: no hay ninguna joven dama seducida por un par de ingleses corruptos a los que tu familia ha albergado bajo su techo, apadrinando sus fechorías. Los Quirós no estarán en boca de nadie.
Beltrán permaneció en silencio, mirándola, aguantando la tensión que le atenazaba la garganta .Pero de pronto, Celia se acercó a él, tomó sus manos, que colocó rodeándole la cintura, y acarició sus labios con la yema de su dedo índice antes de asaltar su boca con un beso apasionado, húmedo, profundo. Se fundieron en un abrazo intenso, y estaban así, fusionados sus cuerpos, sus bocas explorando la del otro, cuando un repentino movimiento provocó que Beltrán, desconcertado, se apartase de ella. Celia rió con ganas, con tantas como hacía tiempo que no reía.
—Tranquilo, amor mío, es tu hijo, que por las noches se alborota un poco.
Beltrán la miró. Había entendido bien, claro que sí, pero su cerebro no terminaba de aceptarlo, no era posible, habían llorado tanto la pérdida de ese bebé…
—Pero…
—Sí, cariño, nuestro pequeño ha estado siempre ahí, el médico se equivocó. Vamos a ser padres.

Aquella noche se amaron con la misma pasión con la que siempre se amaban, pero eran tantas las ganas contenidas que, al rayar el alba,

se unieron de nuevo en un abrazo intenso, Hicieron el amor ahora con calma, disfrutando de cada centímetro de la piel del otro, besándose hasta que sus respectivos labios perdieron la sensibilidad. El día amaneció soleado y, después de tantas complicaciones y sinsabores, la vida les sonreía de nuevo aquella mañana despejada.

Nota de la autora

Gracias, de corazón, por haber leído ***El mar fue testigo***, segundo libro de la serie **Indianos de Asturias**. Sin ti, mi trabajo no tendría sentido.
Si te ha gustado, en la tercera entrega de la serie podrás seguir al tanto de cuanto acontece en las vidas de esta saga familiar, a quien, espero, hayas tomado cariño.

Si te interesa estar al tanto de mis próximas publicaciones, puedes escribirme al correo:

letizia.balmoral@gmail.com, donde estaré encantada de responder a cualquier consulta que quieras hacerme.

Me encantaría que me siguieses en mi página de autor de Amazon, Letizia Balmoral, donde puedes ver todas mis novelas.

Y este es mi Instagram: *letiziabalmoral*,

Sería un placer que nos encontremos de nuevo entre las páginas de una novela , y te reitero mi más ferviente agradecimiento, recordándote que *escribo para ti*.
Hasta muy pronto, espero.
Letizia.